UNA BREVE MEDITACIÓN SOBRE LA GLORIA MORAL DEL SEÑOR JESUCRISTO.

POR JOHN GIFFORD BELLETT.

DUBLÍN FRANCIS CAVENAGH, 32 Y 33 WICKLOW STREET

LONDRES: GEORGE MORRISH, WARWICK LANE WH BROOM, PATERNOSTER ROW 1866

DUBLÍN: IMPRESO POR PORTEOUS Y GIBBS, WICKLOW STREET.

CONTENIDO.

l Pace Las Mañanas de las Escrituras + El Enigma de Sansón ', La Gran Ordenanza de Dios À : : . : ; < 17 El pecador y el Salvador : “22 Citas y t . x i . 29 Comunión ; . 34

El Misterio de la Vida . : ' . . . 86 Convencido pero confiado . . . . . 89 Génesis liit — v. . . « et calle nota . 44

Abraham en Génesis xviii., xix . . ' f i ; . 51 Éxodo xii., xiii . : s : A ; i ; .57 El Pilar Nublado > . $: . ; . 62 Éxodo vi. s « wl e e + & a 40 Éxodo xxxiii .— Levítico ix . . : ; '' . n Éxodo xxxv .— xxxix . . A . . 74 Éxodo xxxiii.— xl . . i : : ; j. 75 Un pensamiento sobre Éxodo xl. y Actai ii. so oa o un S8

El llamamiento celestial y la Iglesia ew ac 88 La Expiación- Dinero . i : : i ; . 108 El pariente . a . : 115 La redención de la AERA : : . . 119 El israelita mordido . . 2. 2002au «© a «© 125 Rico en Dios. bo G. 5 Se 136 Glorias: . : : : ' : ; . 140 Rut . . ; : 3 es : ; 142

PÁGINA.

El altar de Betel. : . . ; : . 150 La sunamita . : . : . ; . 156 2 Crónicas vi., 1, 2 . ; : : i ; A . 162 Nehemías viii . . ' yo ' yo , ; : . 165 Paz i : a . ; š yo ' . 171 Día de Visita . . 2a e © ©. 178

Viajes a Jerusalén T es T e ; 180 Los dos deudores . . š é : ; . 188 La Muerte Consumada ' Ss E a . 200 Manifestaciones Divinas . '. . 206 Intimidad Divina e ee ee ee i. a 212 Conciencia 5 i . ; : : yo . 217

El viaje a Samaria . . . y 8 . @ 226 Samaria—Galilea— Judea . i : : . . 231 Betesda . . . : . . . 239 Pedro en Juan xxi . . boo a . i . 249 El Hijo del Hombre en el Cielo: . ; . 255 Pablo en Mileto . . : : ; . 261 La obediencia de la fe . x j . : i . 270 La fe . : . i : $. 277 Justificación por la fe . Eà ; : . 281 1 Corintios xv. 22-28—Eras de RI: yo . 289

El alma es la morada de la verdad de Dios. El oído y la mente son solo la puerta y el camino; el alma es su hogar o morada.

La belleza y la alegría de la verdad pueden haber ocupado indebidamente los puestos de avanzada, llenado las avenidas y abarrotado las puertas, pero solo en el alma se puede conocer su realidad. Y es mediante la meditación que la verdad emprende su viaje desde la puerta, a lo largo de la avenida, hasta su morada adecuada .

MEDITACIONES.

LAS MAÑANAS DE LA ESCRITURA.

En el progreso de las Escrituras tenemos varias temporadas infantiles , como puedo expresarme, o mañanas.

La creación fue una sola, pero eso, claro. Ese fue el nacimiento de las obras de Dios, la mañana del tiempo. Y cuando se pusieron los cimientos, en esa época, «las estrellas de la mañana cantaron juntas», como leemos en el libro de Job ...

El Éxodo fue otra de estas mañanas. Israel, como nación, estaba naciendo entonces, o en su infancia. «Cuando Israel era niño, yo lo amé, y llamé a mi hijo de Egipto», dice el Señor por medio del profeta Oseas. El año comenzó de nuevo entonces, como si fuera un recién nacido. El mes del Éxodo se convirtió en el comienzo de los meses. La vida de entre los muertos, una mañana de resurrección, se celebró en el cántico de Moisés y la congregación a orillas del Mar Rojo.

El nacimiento del Señor Jesús fue otro. Ese acontecimiento se alzó sobre el mundo como la luz de la mañana. Una noche muy larga y lúgubre lo había precedido. Israel estaba cautivo y en el polvo. No había señales.

La voz del último de los profetas había permanecido en silencio durante siglos. Ningún Urim ni Tumim , ningún efod del sacerdote, emitía oráculos ni respuestas de Dios. Ninguna gloria llenaba el Templo. Nada distinguía a la ciudad de paz, la sede predilecta de Dios en la tierra, salvo de vez en cuando el ímpetu angelical de las aguas de Betesda, cuando poco se esperaba y apenas se recibía. Pero el nacimiento del Señor Jesús, como la mañana, despertó la creación; y las luces de muchos otros días estallaron juntas, para anunciar que la larga y oscura noche finalmente había dado paso a una mañana muy brillante y alegre. El cielo se regocijó, como los hijos de Dios en la creación. Los ángeles, antaño tan conocidos en Israel, reaparecieron. La gracia que había actuado en los días de la infancia y la época patriarcal, volvió a manifestarse. Se citan y se repiten las promesas a Abraham y a David, que anticiparon el nuevo nacimiento del pueblo y del reino. Todo esto se ve en esta gran ocasión, esta fresca hora de la mañana en el progreso de los caminos de Dios. Y el niño nacido en Belén es recibido por el Vidente de Dios como «la aurora de lo alto», el amanecer o la mañana. (Véase Lucas 1 , 2).

La resurrección del Señor fue otra de esas mañanas. Llegó después de la noche más sombría que jamás haya existido. Pero era luz, y luz en verdad. Era la promesa,

el presagio de un día eterno. Era la transformación de la sombra de muerte en mañana. «Amanecía hacia el primer día de la semana», cuando se reveló este gran misterio, como leemos en Mateo 28.

El Reino será otra de estas mañanas. Será día tras noche, el día de Cristo tras la noche de pecado y muerte, el mundo de Cristo tras el mundo del hombre. «Quien gobierna sobre los hombres debe ser justo, gobernando en el temor de Dios; y será como la luz de la mañana al salir el sol , una mañana sin nubes; como la hierba tierna que brota de la tierra con la claridad radiante después de la lluvia». Esto está escrito acerca de este reino venidero (2 Sam. xxiii).

El nuevo cielo y la nueva tierra serán diferentes. Será la creación en su segundo nacimiento. «Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva», dice el profeta, «porque el primer cielo y la primera tierra habían pasado». Se le llama la morada de la justicia, el escenario donde «Dios será todo en todos».

Dulce es ver cómo cada mañana se eleva de esta manera, a medida que pasamos a lo largo de las edades que mide la Escritura.

Pero tenemos otra visión que contemplar . El hombre ha estado convirtiendo una y otra vez el amanecer de Dios en sombra de muerte. La creación, que surgió de Dios tan hermosa y llena de alegría, rápidamente se convirtió en un desierto de espinos y cardos. Maldita fue la tierra que, en su hora de la mañana, había presenciado el gozo del Señor sobre ella, y la bendición del Señor sobre ella. Israel, que cantó su cántico de resurrección a orillas del Mar Rojo, quedó cautivo en las mazmorras de Babilonia, y la tierra de la gloria quedó devastada y desolada bajo los pies de opresores incircuncisos. El Sol que en la mañana de Belén se levantó sobre el mundo como su luz, y sobre Israel como la promesa de un día renovado, se puso en la noche del Calvario, porque el hombre era pecador y lo rechazó. El mismo bendito Jesús que resucitó por segunda vez sobre el mundo y sobre Israel como vida de entre los muertos, trayéndonos luz y vida para la eternidad con Él, ahora tiene que ver las sombras menguantes, desvaneciéndose y vespertinas de la cristiandad, que pronto se cerrarán en la medianoche de los juicios apocalípticos. El reino que ha de estallar como la luz de "una mañana sin nubes", ha de cerrarse en la gran apostasía de Gog y Magog, en el juicio de la muerte y el infierno, y todo lo que no está escrito en el libro de la vida, y en la huida de los cielos y la tierra de la presencia de Aquel que se sienta en el gran trono blanco. —Sin embargo, Dios conservará la mañana del nuevo cielo y la nueva tierra en su belleza y frescura originales para siempre . No habrá sombras vespertinas de la corrupción y la rebelión del hombre, ni noche de juicio en su historia. Se conservará como el único día eterno, cuyo sol nunca se pondrá.

¡Qué visiones las que se nos presentan! El Dios bendito comienza una y otra vez a sentar sus cimientos, como en la frescura de la mañana, y el hombre una y otra vez convierte su mañana en sombra de muerte. Pero Dios no puede habitar en la oscuridad. No es el Dios de los muertos, sino de los vivos; y, por lo tanto, aunque el

hombre no se una a Él para mantener la luz, sino que sumerja todo el panorama en la oscuridad una y otra vez, Él mismo se glorificará y asegurará su propio gozo, y habiendo hecho surgir la luz de la oscuridad en la hora de la mañana de la primera creación, conservará en eterna belleza la mañana de la segunda creación.

EL ENIGMA DE SANSÓN.

GÉNESIS I—IX.

“ Del devorador salió comida, y del fuerte salió dulzura.” El enigma de Sansón, el enigma de Dios. (Jueces 14:14)

Esto ha sido abundantemente ilustrado en la historia de este mundo. ¿Acaso no puedo decir que es la clave de todo? Nos muestra figurativamente a Dios y al Enemigo en sus diversas obras: el Enemigo obra como el Fuerte y el Devorador, y Dios, con su poder misericordioso y victorioso, obligándolo a ofrecer tanto alimento como dulzura, constantemente y siempre sacando bien del mal, y construyendo nuevos sistemas de maravilla, gloria y alegría a partir de las ruinas que Satanás ha forjado.

Ahora, sin embargo, sólo lo consideraré tal como se nos presenta en los primeros capítulos de las Escrituras, es decir, en Génesis 1-9 .

El hombre en su inocencia es colocado en el jardín del Edén, y allí (como en toda su creación) Dios es glorificado y tiene su alegría, mientras que la criatura es bendecida y feliz.

Pero el hombre pierde este buen estado. Pierde su inocencia bajo la tentación de la Serpiente, y con su inocencia lo pierde todo.

Esto nos lleva de inmediato a una nueva escena. «Claro que sí. Pero debemos preguntarnos: ¿Qué vemos del hombre y del mismo Dios bendito allí?»

Dios hace una túnica de pieles para Adán, y se la pone a Adán, y también otra para Eva, y se la pone a ella.

Pregunto de nuevo: ¿Fue esta una obra más o menos gratificante para Él que la obra de creación de los seis días anteriores? Reflexionemos sobre ello. En la obra de la creación, el Señor Dios tenía ante sí materiales, y con belleza y fecundidad adornaba los cielos y proveía la tierra. Pero ahora tiene a Cristo ante sí, y está ocupado con esa obra de gracia que había sido el secreto y el consejo de su seno en su propia eternidad, y que será motivo de admiración, gozo y alabanza en la otra eternidad.

Y en cuanto a Adán, al principio llamó a su ayuda idónea. “Mujer ”, pero ahora la llama “Eva ”, porque ella era la madre de todos los vivientes.

Pregunto de nuevo: ¿ En cuál de estos nombres de su ayuda idónea halló Adán su mayor alegría? Dejaré que esto dé la respuesta: «Al principio la recibió como de sí mismo, hueso de sus huesos y carne de su carne; pero ahora la recibe como la

madre (y para sí misma, testigo) de esa misteriosa Simiente que iba a sostener una controversia con el gran enemigo que recientemente lo había arruinado, hasta que lo derrocó y lo aplastó».

¿Acaso no puedo decir ahora: ¿ Acaso podemos dudar de cuál de estas fue la fuente del mayor gozo para Adán? Además de esta exultación en el espíritu de Adán, hay evidencia de un gozo o exultación similar en los labios de Eva cuando exclama: «He adquirido un varón del Señor», al nacer su primogénito. Y después, hay una impactante expresión de triunfo inteligente y creyente en Abel, cuando ofrece la grasa con el cordero sobre su altar. Y aún más, como no vemos en el Edén, se nos presenta a los santos invocando juntos el nombre del Señor, caminando con Dios, muriendo a esta vida y a este mundo, y siendo llevados al cielo. ¿Y qué significa todo esto para el corazón del hombre? ¿Es esto más o menos que la inocencia y el Jardín? ¿No es el cielo un escenario más brillante de lo que podría haber sido el Edén si hubiera continuado la herencia inmaculada del hombre para siempre ? (Génesis 1— V.)

Dejo estos contrastes para que nos digan si el Devorador se vio obligado o no , en ese momento más temprano de nuestra historia, a ceder carne y el Fuerte dulzura .

Pero llegamos a otro campo de observación posterior, en el que encontramos nuevamente a Dios mismo y a su criatura el hombre, así como al despiadado Devorador.

La maldad madura, alcanza su plenitud, y el Diluvio, el Juicio de Dios, la abruma. Pero un Arca, para la salvación mediante el juicio, está prescrita por la gracia de Dios, y construida por la fe por Noé. Y cuando está lista, todas las criaturas de la tierra, según la elección de Dios, por así decirlo, suben a ocupar su lugar en ella. Y entonces, a su debido tiempo, cuando todos están alojados —Noé y su esposa, sus hijos y sus esposas, y todas estas criaturas separadas de toda especie—, Dios mismo los encierra, impartiendo su propia fuerza y seguridad a sus elegidos, y haciendo su condición tan inexpugnable como su propio trono.

Entonces, mientras estaba en el Arca, Noé tuvo ejercicios de corazón —ejercicios , diría yo, en el Espíritu—. Se abrió la ventana, y la misión del Cuervo y la Paloma, la recepción de la Paloma, y su envío, y una segunda vez, con una hoja de olivo en el pico; y luego, el descubrimiento del Arca; todo esto con su diverso significado místico de verdad brillante y maravillosa. Y al llegar el momento de dejar el Arca, todo sale tan fresco y abundante como cuando entraron trece meses antes; nada falta, por pequeño e insignificante que fuera ; nada dañado, por delicado y expuesto que estuviera; y todo esto, una segunda vez, bajo la mirada de Noé. ¡Qué fresco y variado deleite debió haber sido todo esto para él, aunque la obra del Devorador le había hecho necesario este encarcelamiento en el día del juicio de Dios! (Gén . 6-8).

Y, después de todo este gran período entre paréntesis, y cuando el Arca se queda sin todo lo que había llevado a través del juicio de Dios, y «la tierra actual», como la

llama Pedro, es pisada por Noé y su hueste redimida, vemos su altar y su sacrificio, y la aceptación de Dios. Noé toma el nuevo mundo como en el nombre de Jesús. Entra en él con la autoridad y en virtud de lo que Cristo fue para él. Lee su derecho a él en la sangre del Cordero de Dios, y ofrece sus holocaustos de alabanza en consecuencia. El Arca había sido Cristo para él en el día del juicio, y el reino que sigue será suyo solo por medio de Cristo. ¡Qué ofrenda voluntaria fue esta! ¿Y qué fue para el Dios de su salvación? Podemos saber algo de eso cuando leemos: «Y el Señor percibió un olor grato ; y dijo el Señor en su corazón: No volveré a maldecir la tierra por causa del hombre». ¿Había existido antes un lenguaje así en el seno divino? Dios había descansado en su obra creadora con infinito deleite, lo sabemos. Descansó, como leemos, y fue refrescado. Pero ahora, el valor de Cristo para una creación condenada está ante Él, puesto allí en toda la preciosidad de la sangre de la expiación, por la fe de un pecador que le confesaba, en el misterioso lenguaje de su altar, que todo su derecho a todo se encontraba en el sacrificio de su propio Cordero. Antes de esto, Dios había dicho: «No es bueno que el hombre esté solo»; pero ahora dice: «En su corazón, no maldeciré más la tierra por causa del hombre». Antes de esto, había visto que la obra de sus manos era buena, pero ahora olía un grato olor en la obra de Cristo.

¿No era todo esto carne y dulzura de nuevo? El enemigo, en efecto, se había convertido en un Devorador y un Fuerte, como antes lo había hecho en el Jardín, corrompiendo al hombre fuera del Edén, como al principio lo había corrompido dentro de él. Pero ¿no le había hecho Dios de nuevo producir carne y dulzura? ¿No eran los deleites divinos en esta escena de redención de un carácter superior al que habían sido en el día de la creación? ¿No es el valor de Cristo mayor para Dios que toda la belleza y el orden que se manifiestan en las obras de su mano? ¿Y no es su Noé rescatado en el Arca más rico que Adán, su criatura en el Jardín? Él recibía los dones de la gracia y rendía la obediencia de la fe con un corazón generoso; aprendía la suficiencia de Cristo para él y experimentaba la obra del Espíritu en él. Se veía a sí mismo no solo en un sistema creado, sino en uno redimido.

Es un gran espectáculo ver cómo el Devorador ha dado alimento, y el Fuerte dulzor. Y aún contemplamos este gran misterio hasta el final de estos capítulos, después de que se haya ganado el nuevo mundo, y “la tierra que ahora es” haya sido formalmente tomada y heredada. Porque allí vemos a Noé sentado en estado real y sacerdotal. Es “bendecido”, como lo fue Adán en su época, y se le dice: “Fructificad, multiplicaos y llenad la tierra” (Génesis 1:28 ; 9:1). El rastro de la Serpiente se extiende, de hecho, por todo el escenario y la condición de las cosas. Adán tuvo la tierra sometida a él, y las criaturas del bosque, del campo, del mar y del aire reconocieron su señorío sobre ellas, tomando nombres de él según le placía, ellas en el reconocimiento, y él en el ejercicio de la soberanía; mientras que es solo en el temor y el temor de Noé que las criaturas de la tierra ahora se mantienen. Ya no era su homenaje rendido al hombre, sino su sentido de control debido a la eminencia del hombre. Aquí estaba el fruto y el testimonio de la obra del Devorador. Pero con esto, la mesa de Noé estaba ahora más ricamente servida que la de Adán al

principio. La hierba del campo alimentaba al hombre entonces; la carne de las bestias del campo ahora lo alimentará; pues el de Adán era el alimento debido a un inocente, el de Noé es el alimento de un redimido. Adán disfrutó de la vida de una criatura pura; Noé, de la vida de un pecador comprado con sangre.*

* La sangre no debía comerse con la carne; se reservaba para hacer expiación. (Véase Levítico 17). Noé, por lo tanto, se alimentó del testimonio de su redención, al igual que Israel en la noche pascual de Egipto. Su fiesta era la fiesta de un pecador comprado con sangre , en su interior, que anunciaba una redención plena, segura, gloriosa y sellada con sangre.

Aquí estaba el testimonio renovado de cómo la carne era expulsada del Devorador. Era un mundo a su alrededor, con las cicatrices y magulladuras de una lucha a muerte ; era una mesa, pero más allá. El Señor Dios hace un pacto con Noé y con todas las criaturas que lo rodean: protegerá la tierra de un segundo Diluvio. Y como muestra de ello, cuelga el Arco en la Nube, allí arriba, como bajo su propio ojo, para que pueda contemplarlo y así recordar su promesa. ¡Qué pensamientos y palabras son estos! Y, sin embargo, son las palabras del Espíritu, que nos hablan de los caminos íntimos de Dios con nosotros, nuestras almas y nuestras circunstancias. La Nube podía amenazar y llenarse de agua; el Arco debía controlarla. La Nube podía fruncir el ceño; el Arco debía sonreír. El Señor debía ser refrescado y glorificado ahora en los designios de su gracia, como al principio lo había sido en las obras de sus manos. Y la creación fue establecida, no en condiciones falibles, sino seguras.

No había habido una Nube amenazante en el cielo del Edén, pero tampoco había un Arco brillante que cabalgara triunfante sobre ella. La Nube era ahora testigo de que el Devorador había cumplido su obra —una obra mortal—, una obra de pérdida y ruina; pero el Arco era igualmente testigo de que Dios había obtenido alimento y dulzura de él. (Génesis 9)

¡Maravilloso enigma! Comienza a revelarse aquí desde el principio.*

* Se dice en el capítulo VI que Dios se arrepintió de haber creado al hombre, que le dolió profundamente. Pero esto no afecta a este maravilloso Enigma ni a la enseñanza de este pequeño documento. Pues esa fue la experiencia divina cuando se consideró la obra del Devorador en sí misma, y separada de la obra de Dios como la que le expulsaba la carne y la dulzura.

La caída o ruina del hombre se ha logrado mediante la sutileza del Devorador, el Hombre Fuerte, la Serpiente antigua que es el Diablo y Satanás; pero en medio de las ruinas, Dios mismo está reuniendo un gozo más rico y una gloria más brillante de la que había conocido antes, y en cuanto a su criatura, el hombre, su comunión con Dios es más profunda y más bendita, sus destinos más excelentes y gloriosos, ya sea celestiales, como el de Enoc y los santos antediluvianos, o en dignidades reales y sacerdotales, como el de Noé, en un sistema redimido y no meramente creado, con las señales seguras de la infalible tutela de Dios delante de él.

LA GRAN ORDENANZA DE DIOS.

Quizás hayamos observado en el Evangelio de Juan la forma celosa y decidida en que el Señor Jesús deja de lado toda gloria que los hombres pudieran traerle, para establecer la gracia de Dios, o el amor del Padre en Él y por Él, para los pobres pecadores. Él brilla allí en la gloria de la gracia, y no brillará en ninguna otra gloria. Los hombres podrán considerarlo Maestro de Secretos, Hacedor de Maravillas, Rey, Juez o alguien idóneo para ser grande en el mundo; pero Él lo deja todo a un lado con marcada e indignada sinceridad, y será conocido y recibido solo como Ministro de la Gracia Divina, la gracia de Su Padre, para los pobres pecadores.

De la misma manera podemos ver con qué celo Dios deja de lado todo lo que querría estar en compañía de Cristo, para compartir su lugar con él, o atreverse a desplazarlo; y hace lugar para él, y sólo para él, como su propia y gran Ordenanza.

La Epístola a los Hebreos es el testimonio principal y final de esto, pero había habido promesas sorprendentes y hermosas de lo mismo en días anteriores.

Y permítanme decir que hay una dulce correspondencia entre estas dos cosas. Cristo es celoso al ocultarse, para que solo la gracia del Padre se manifieste en Él durante su ministerio; Dios, en todo momento, tanto antes como después de ese ministerio, mostró su celo, ya sea por su mano o por su Espíritu, por sus actos providenciales o por sus comunicaciones inspiradas, para que Cristo, y solo Cristo, fuera honrado como su Ordenanza. Quisiera mencionar algunas promesas y testimonios de esto.

Nadab y Abiú, con una osadía infiel, anularon el fuego que había descendido del cielo, sellando los servicios de Aarón, quien era el símbolo de Cristo; y la mano de Dios lo juzgó de manera perentoria y terrible, matándolos en el acto. El fuego penal vengó el fuego extraño que había desplazado al fuego que había dado testimonio de Cristo. Esto fue muy significativo.

Moisés y Aarón se expusieron a un juicio similar; similar, quiero decir, en carácter, aunque no en medida. No fue por osadía infiel, sino bajo la provocación e irritación del pueblo, que deshonraron al Cristo de Dios en las aguas de Meriba . Pero lo hicieron. No santificaron a Dios en su ordenanza. Desconocían la Roca que seguía a Israel, y esa Roca era Cristo; y de inmediato son juzgados como destituidos de la tierra.

Este fue un resentimiento repentino de Dios hacia todo lo que afectaba los derechos y honores de Cristo. Había una gran distancia moral entre la infidelidad de Nadab y Abiú, y la prisa e imprudencia de Moisés y Aarón; pero la mano de Dios vengó la controversia de su Cristo con todos ellos.

Al llegar a los días del Nuevo Testamento, encontramos el mismo espíritu en el monte santo. En la ignorancia, sin saber lo que decía, Pedro propuso dar el mismo

lugar a Moisés, Elías y Jesús. Pero la voz de la excelsa gloria no se acalló entonces. Es solo ignorancia, si nos place; pero el Dios bendito no permitirá que la honra de Cristo sufra a manos de nadie ni de nada . Puede que solo la ignorancia toque su persona o su lugar, y no el desprecio ni el mal genio, ni la osadía infiel como en el caso de Nadab, ni la irritación mental como en el caso de Moisés; pero aun así, la mano o la voz de Dios estarán presentes para vengarlo. La voz le hace saber a Pedro que solo el « Hijo Amado» debe ser escuchado.

En Juan Bautista, el Espíritu, de otra manera, realiza la misma obra, abogando por la causa de Cristo. Los discípulos de Juan se conmovieron un poco al ver que la multitud parecía pasar de largo ante su Maestro, y se sintieron ofendidos, como Josué en la causa de su Maestro, cuando Eldad y Medad comenzaron a profetizar. Pero Juan, con toda mansedumbre pero con decisión , responde. Como en nombre de todos sus hermanos los profetas, se retira para que solo Jesús sea visto y oído. Él es Elías hablando el lenguaje de la excelsa gloria en el monte santo. La voz allí apartó a Moisés y a los profetas de la vista y el oído de Pedro; la palabra de Juan aquí lo retira a él mismo y a todos sus consiervos, los amigos del Esposo , de sus discípulos y de todo lo demás, para que solo el mismo « Hijo amado» sea conocido. Juan y la excelsa gloria comparten los mismos pensamientos que Jesús.

Todo esto es coherente y bendito, y es precioso ver la mano de Dios y el Espíritu de Dios concordando para glorificar a Jesús.

Las epístolas se unen a este servicio; más bien, diría yo, el Espíritu Santo en ellas. No es necesario particularizar ni demostrar esto. Cada epístola tiene su propio testimonio al respecto. La de Colosenses se distingue por tal carácter. Pero en Hebreos vemos este propósito prevaleciendo en la mente del Espíritu de principio a fin. Es dejar de lado una cosa tras otra, para tener solo al Señor Jesús, el Cristo de Dios, la gran Ordenanza de Dios, ante nosotros.

Y son apartados con mano fuerte, como en tiempos pasados.

Los ángeles son primero retirados de nuestra vista, y Aquel que ha obtenido un nombre más excelente que ellos es traído a nosotros, y esto, sobre la autoridad de la Escritura tras Escritura (i , ii) .

Moisés es apartado, entonces, como siervo en la casa de otro, para dejar el lugar a Aquel que es Señor sobre Su propia casa. (iii .)

Josué no dio descanso a Israel, y por lo tanto es como nada y nadie; mientras que Jesús, el verdadero Josué, da el propio descanso de Dios. (iv .)

Aarón debe ceder ante el verdadero Melquisedec, porque su sacerdocio, constituido por la ley de un mandamiento carnal, es débil e inútil, y debe dar lugar al sacerdocio del Hijo, que está establecido en el poder de una vida eterna. (v.—vii.)

El antiguo pacto debe desaparecer, y el que Cristo ministra debe continuar nuevo para siempre . (viii .)

El santuario bajo la ley no presenciaba la perfección en el adorador, sino que lo mantenía siempre apartado de la presencia divina. Debe ser derribado en favor de ese santuario que, con un velo rasgado, presencia la perfección del adorador. (ix .)

La víctima bajo la ley nunca logró la expiación; pero el único sacrificio de Cristo purificó la conciencia para siempre . (x.)

Así, la gran Ordenanza de Dios se establece en Su lugar, y allí completamente solo: ángeles, Moisés, Josué, Aarón, el antiguo pacto, el primer tabernáculo, el sacrificio legal, todos obligados a ceder, dejando toda la escena, y todo lo que le pertenece o la llena, solo a Él. Y Él, introducido de esta manera, por el Espíritu de Dios, ha de permanecer ante nuestras almas para siempre . « Jesucristo, el mismo ayer, hoy y por los siglos, no sea arrastrado…».

Y lo que el Espíritu en sus instrumentos —lo que el Espíritu en sus maestros autorizados— hace así, la fe de los elegidos, forjada por el mismo Espíritu, hace lo mismo. Pablo dirá: «Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo». ¿Y no es esta jactancia en Jesús, esta gloria en la cruz, la propiedad instintiva común de toda mente renovada, el sentido y juicio forjados, y por lo tanto naturales, de toda alma salvada?

¡Y qué armonías son estas! Armonías, también, del cielo y de la tierra, de todos los tiempos y dispensaciones, de la excelente gloria y de los pobres vasos de barro. La mano de Dios, la voz del Padre, el Espíritu Santo en sus ministros autorizados y con autoridad, el Espíritu en cada pecador vivificado e iluminado, todos unidos para vengar las ofensas de Cristo y honrar la gran Ordenanza de Dios.

EL SALVADOR Y EL PECADOR.

Nada más que la sangre de Cristo por un pecador, proclama toda la Palabra de Dios, de principio a fin. Toda la expiación que pueda disfrutar, toda la reconciliación que pueda implorar, toda la respuesta que pueda tener a las exigencias del trono donde se sienta el juicio para mantener los derechos de Dios, depende de ello.

Es la sangre del Cordero de Dios la que Dios presenta a la fe de un pecador, y es aquello que la fe de un pecador comprende y en lo que confía.

Tan pronto como entró el pecado, se reveló el sacrificio preparado en el consejo eterno. La primera promesa anunció la muerte de Cristo, la herida en el calcañar de la Simiente de la Mujer. Esto fue lo que se comunicó al hombre como pecador: lo único que el pecador confió en ello. Adán salió de su escondite y confió en la virtud reconciliadora del sacrificio del Cordero de Dios.

Tan pronto como llegó el momento oportuno para la manifestación pública de la redención, nuevamente fue la sangre de Cristo la que fue revelada, y solo eso. Israel, en la tierra de muerte y juicio, debía ser liberado. Habían hallado gracia ante los ojos del Dios de sus padres, y debían convertirse en un pueblo protegido en el

lugar de juicio y redimido del lugar de muerte. Es esa sangre preciosa, y solo esa, la que se usa en esa gran ocasión. Debía ser colocada afuera, en el dintel de las casas hebreas en la tierra de Egipto, y la familia hebrea dentro debía alimentarse de esa víctima cuya sangre los redimía. Nada más. De manera apropiada, debían alimentarse del Cordero asado, no crudo ni bañado en agua, sino asado al fuego, cada parte de él. Este debía ser su alimento. Al estilo del Antiguo Testamento, Cristo era como si les dijera: «Tomen , coman: este es mi cuerpo».

Y según esto, es lo que encontramos en el Nuevo Testamento. Lo leo en Mateo 26, Marcos 14 y Lucas 22. El Señor está presente como en la noche de la Pascua o en Éxodo 12. Era entonces un Cristo vivo, pero se presenta como un Cristo crucificado, un Cordero inmolado, un sacrificio en el altar. Se considera a sí mismo como un Ser vivo y se percibe como una Víctima. Toma el pan en su mano y dice: «Tomen , coman: esto es mi cuerpo». Toma la copa en su mano y dice: «Esta copa es el Nuevo Testamento en mi sangre». Es el Cristo crucificado que el Cristo vivo presenta así a la mente y aceptación de los pecadores, como el fundamento y título de toda nuestra bendición.

Esto equivalía a dar a la familia elegida el Cordero pascual, cuya sangre estaba en los postes de las puertas como refugio y liberación. Debían tomarlo y comerlo, como en la noche de Egipto.

En el Evangelio de Juan no encontramos la escena de la Cena. No tenemos un «Tomen , coman: esto es mi cuerpo », sino una palabra entre el Señor y los judíos, en la que Él les revela el gran secreto de la Cena. En el capítulo sexto, les dice a la multitud que Él era el pan que descendió del cielo, el verdadero Maná, del cual si un hombre come , vive para siempre . Pero, continuando con esa conversación, declara que este pan del cielo era Su carne, la cual Él daría por la vida del mundo, que Su carne era verdadera comida y Su sangre verdadera bebida. Es decir, que al recibirlo como el Cordero de Dios, al ir a Él como en la muerte y en el altar, el pecador obtiene redención y vida. No al conocerlo como un Cristo vivo, sino como un Cristo crucificado, obtenemos la salvación de Dios.

Todo esto es así, con gran certeza y sencillez. Desde el principio, la sangre de Cristo, el sacrificio del Cordero de Dios, ha sido presentada a los pecadores como el único objeto en el que deben fijar la mirada de la fe y al que deben depositar su plena confianza. El Cordero vivo no tiene cabida en este gran misterio de redención; más allá de que su vida atestiguara la idoneidad del Cordero para el altar, es el Cordero inmolado, Jesús crucificado, quien lo es todo en el gran relato de la redención de los pecadores. La sangre del Dios-hombre , y solo ella, fue el rescate.

No solo las Escrituras patriarcales, mosaicas y evangélicas nos enseñan esto, como ya hemos visto —como el tercer libro del Génesis, el duodécimo del Éxodo, la institución de la Cena y el sexto libro de Juan—, sino que también las Epístolas aprenden lo mismo. El décimo libro de Hebreos es contundente en este sentido. Allí se oye al Cristo de Dios decir: «He aquí, vengo». Pero ¿con qué fin vendría? ¿Para

vivir? No, sino para morir. ¿Para qué se le preparó un cuerpo ? ¿Para actuar en él y pasar treinta y tres años en él al servicio activo de un Testigo y Ministro de Dios Padre? No; sino para ofrecerlo en la Cruz (Hebreos 10:5-10). Vivió con seguridad, y lo hizo bajo la Ley, como un verdadero israelita. Vivió con seguridad, y lo hizo en un ministerio tan santo y misericordioso como el que testificó Dios Padre. Pero esa Escritura (Hebreos 10:5-10) pasa por alto la vida, y de inmediato lleva a Aquel que vino al mundo hacia la cruz, así como su propio lenguaje en la Cena, como vimos, lo pasó por alto como el Viviente, para presentarlo como el Crucificado. Y luego, en esa misma Escritura, aprendemos que es por la ofrenda del cuerpo, por la sangre del Hijo en el cuerpo que fue preparado para Él, que los pecadores son santificados y perfeccionados. Esto lo leemos de nuevo en el capítulo trece de la misma Epístola: «Jesús, para santificar al pueblo con su propia sangre, padeció fuera de la puerta»; la santificación del pecador depende completamente de la sangre de Cristo.*

No digo más que esto, aunque toda la Escritura y las Epístolas claramente aportarían mucho. Las ordenanzas sombrías de la Ley y la enseñanza dogmática directa de los Apóstoles concuerdan en decirnos que la muerte o la sangre del Cristo de Dios lo es todo para el pecador.

Pero si Dios comunica así su mente, la fe la comprende y la recibe. El capítulo cincuenta y tres de Isaías es testigo de ello. Allí, la fe del Israel de Dios despertado puede, de paso, echar un vistazo a la persona, la vida y

* Admito plenamente la santificación en otro sentido, por así decirlo, la 'santificación de un santo, la purificación gradual de un elegido bajo la verdad por el Espíritu'. (Juan 17:17). Pero hablo aquí de la santificación de un pecador, ministerio de Cristo, pero es solo de pasada: avanzan hacia la cruz, y allí encuentran todo para el perfeccionamiento de su conciencia como pecadores, y la fuente y fundamento de todas las glorias de Cristo mismo. En la cruz descubren que el castigo de nuestra paz estaba allí, la herida por nuestras transgresiones estaba allí, y nuestra sanación por sus llagas; y que habiendo hecho de su alma esta ofrenda por el pecado, podía ver ante sí a su familia, y el pleno cumplimiento del beneplácito de Dios en la vindicación y exhibición de sus propias glorias para siempre . 'Verá descendencia, prolongará sus días, y la voluntad del Señor prosperará en su mano'.

Así, el gozo de la vida de fe en Pablo, el Apóstol de los Gentiles, encuentra su fuente en la misma muerte del Señor por él. (Véase Gálatas 2:20, 21). Así, presenta ese objeto a la fe de los pecadores, como el único objeto de la fe que justifica. (Romanos 4:23-25). Y así, de nuevo, nos enseña que Cristo crucificado es ofrecido individualmente a la vista de un pecador para que sea bendecido como con el fiel Abraham. (Gálatas 3:1-14). «Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero», dice otro Apóstol. (1 Pedro 2:24). «La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado», dice otro. (1 Juan 1 :7). Pero esto puede ser suficiente; aunque toda la Escritura, decimos nuevamente, la Patriarcal, la Mosaica, la Profética, la Evangélica y la Apostólica, todas se unen para poner “al Cordero de

Dios" y "al pecador" juntos para la redención y la justificación—el Cordero provisto en las riquezas de la gracia de Dios, y aceptado por la fe del pecador, a través de la enseñanza interior, atrayente e iluminadora de Dios el Espíritu Santo.

Y entonces, lo que así se da en gracia, se acepta por fe y se testifica en toda la Escritura, se celebrará eternamente en los reinos de gloria. Esto lo encontramos en lo que podría llamarse la única porción o división restante de la Escritura: el Apocalipsis. Mientras aún estaban en la tierra, los santos allí nos hicieron saber que habían encontrado su objeto de alabanza y su fuente de gozo en el Cordero inmolado. Los oímos exclamar, mientras Juan se dirigía a ellos aún aquí, con ese ferviente tono: «Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos» (Apocalipsis 1 :5, 6). Y después de ser trasladados, después de haber dejado la tierra para ir al cielo y haber llegado al hogar de la gloria, los oímos de nuevo con igual gozo. ''Y cantaron un cántico nuevo, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.'' (Apocalipsis 5:9,10). Y los reinos de gloria, así como el hogar de gloria, las naciones en el estrado milenario, así como los glorificados en los cielos, hacen eco de la melodía, pues es el único pensamiento cariñoso e imperioso que ocupará la eternidad y llenará la creación, pues oímos de nuevo esta voz afín : ''Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero.'' (Apocalipsis 7:14.) Puede que no puedan añadir ni una palabra acerca de su reinado, como lo hicieron los glorificados; puede que sólo tengan que saber que estarán delante del trono y servirán a Dios día y noche en Su Templo, que todas sus lágrimas serán enjugadas y que serán guiados por el Señor a fuentes de aguas vivas; (versículos 15-17;) pero «la sangre del Cordero» es el objeto común de alabanza, la fuente común de gozo, el único título de toda bienaventuranza, ya sea de los santos glorificados y trasladados, o de las naciones redimidas que ocupan la tierra en los días milenarios de restitución y refrigerio. Los pecadores que ahora viajan y luchan en cuerpos no redimidos, en condiciones de peregrinación y militancia, y los pecadores que pronto estarán en la morada de la gloria en el cielo o en los reinos de gloria en la tierra, no conocen nada más que al Salvador en la sangre que derramó por ellos, en la vida que entregó por ellos, como Cordero de Dios, en la cruz del Calvario. Toda la gloria está en eso, pero solo en eso.

CITAS.

Los pasajes del Antiguo Testamento citados, como se citan en todas las partes del Nuevo, con múltiples vistazos o referencias tácitas y no expresadas, vinculan todas las partes del Volumen y le otorgan un carácter de unidad y completitud. El contenido mismo del Volumen hace lo mismo. También le otorga unidad y completitud, pues son una serie de eventos que se extienden desde el principio

hasta el fin, desde la creación hasta el reino. Y las profecías en el Antiguo Testamento de eventos del Nuevo son como citas en el Nuevo de pasajes del Antiguo. Y así, en boca de varios testigos de la más alta dignidad, tenemos la unidad y la consistencia del Volumen Divino, de principio a fin, plenamente expuestas y establecidas.

Esto nos diría que todo es la respiración de un mismo Espíritu. La Escritura misma lo anuncia. Y, de nuevo, el contenido mismo habla también en este caso. «Su luz y poder evidentes», las glorias morales en las que brillan tan brillante, abundante y variadamente, dan testimonio de que Dios es su fuente. Y así se establece el original divino del Libro, así como su unidad y consistencia. Y nos aferramos a estas verdades frente a todos los insultos que les lanzan hombres irrazonables y malvados; las oposiciones de la crítica, falsamente llamadas así, solo se agotan en vano, como olas furiosas en la orilla del mar . Dios mismo ha establecido los límites; y estas cosas solo regresan sobre sí mismas, esparciendo su propia vergüenza.

En el progreso de las Escrituras del Nuevo Testamento, el Señor y el Espíritu Santo, a su manera y a su tiempo , usan las Escrituras del Antiguo Testamento. Esto es un sello para ellas, si es que lo necesitaban . Pero así es. Es Dios quien las sella después de que salen, tal como fue Él quien las inspiró antes de que salieran.

En cuanto al Señor, encontraremos que Él usa las Escrituras del Antiguo Testamento de varias maneras diferentes.

1. Él los observa obedientemente, ordenando su vida, formando su carácter, ' por así decirlo, según ellos'.

2. Él los usa como armas de guerra o escudo de defensa cuando es atacado por el Tentador o por el mundo.

8. Los trata como autoridad, cuando enseña o razona.

4. Él confiesa y afirma su original divino y su carácter indestructible, y esto también en cada jota y tilde de ellos.

5. Él los cumple, sin retirarse de su lugar de servicio y de sufrimiento, hasta que pudo examinarlos en su totalidad (en la medida en que ese servicio y sufrimiento se referían a ellos) como realizados, verificados y cumplidos.

De maneras como estas, y quizás en otras, el Señor honra las Escrituras. ¡Qué espectáculo! ¡Qué hecho tan precioso! ¡Qué bendición verlo en tal relación con la Palabra de Dios, esa Palabra que es la base y el testimonio de toda la confianza, libertad y paz que conocemos ante Dios! Leemos el Salmo 119, que allí describe la relación del adorador con las Escrituras, y nos resulta edificante observar las respiraciones de un santo bajo las enseñanzas, las inspiraciones y las inspiraciones del Espíritu Santo. Pero es aún más conmovedor observar y rastrear la relación que el Señor Jesús establece con la misma Escritura.

Entonces, cuando el ministerio del Señor termina, cuando el Hijo regresa al cielo y el Espíritu desciende, Él aparece (como en los Apóstoles, a quienes inculca la escritura de las Epístolas), realizando el mismo servicio por nosotros. Porque en todas las Epístolas encontramos citas de los escritos del Antiguo Testamento.

Y esto no tiene límites. Estas citas se encuentran en cada parte del Nuevo Testamento y provienen de todo el Antiguo, desde Génesis hasta Malaquías, y en gran parte. De modo que, en la estructura del Volumen Divino, tenemos nada menos que el entrelazamiento más estrecho, completo e intrincado de todas sus partes, con el final, también, regresando al principio, y el principio anticipando el final. En cierto sentido, estamos en todas las partes del Volumen cuando estamos en cualquier parte de él, aunque la variedad de comunicaciones, al revelar las dispensaciones de Dios, es infinita.

Y ciertamente decimos que estas cualidades del Libro Sagrado son Divinas en el más alto sentido, pues sus contenidos o materiales tienen en sí una comprensión y exhibición de glorias morales en toda excelencia inmaculada, que de la manera más clara, hablan de Dios, inequívocamente , al corazón y a la conciencia.

Pero además: la Escritura se vincula con la eternidad.

Si tenemos predicciones en el Antiguo Testamento de acontecimientos que ocurrirán en el Nuevo, también tenemos, tanto en el Antiguo como en el Nuevo, predicciones de la eternidad que está por venir.

Si en el Nuevo Testamento encontramos citas de pasajes del Antiguo Testamento, también las tenemos tanto en el Antiguo como en el Nuevo, referencias a la eternidad pasada. La Escritura trasciende sus límites, por así decirlo, y se encuentra en las escenas y glorias de la eternidad venidera; también se esconde tras sus límites, y se encuentra en los secretos y consejos de la eternidad pasada, abriendo el volumen del libro y revelando las predestinaciones que se formaron y establecieron en Cristo antes de que existieran los mundos.

¡Ciertamente es maravilloso ! Pero el Espíritu de Aquel que conoce el fin desde el principio nos lo explica, pero nada menos puede. Y el Libro, como se ha dicho, es un milagro mayor que cualquier otro que registre.

Y es una bendición para nosotros saber y comprobar que nos prepara para todo, para todo lo que nos rodea en este momento. La confusión y la corrupción pueden ser infinitas, pero todo lo tenemos anticipado en y por el Libro, al que escuchamos como testigo de todo ante nosotros en el nombre y la verdad de Dios. No debemos temer ni asombrarnos, ya que lo tenemos. Podemos (si es una acción santa del alma) burlarnos , y no temer , de la insolente infidelidad del día; y si tenemos gracia, oremos por esos hombres malvados, para que Dios les conceda el arrepentimiento y el reconocimiento de la verdad.

Y quisiera añadir esto: que estas citas de sus propios escritos, hechas por Dios mismo, primero en la Persona del Hijo y luego en la Persona del Espíritu Santo, son

hermosas en este carácter al que antes aludí: que así como Él envió estos escritos como provenientes de Sí mismo, al principio, siendo la Fuente de ellos, así también, después de que han surgido, se han encarnado en formas humanas y han sido aceptados por los hombres, como en todos los idiomas de las naciones, y se han establecido en medio de la familia humana, Él mismo viene a acreditarlos allí. Él los ha inspirado y sellado, y nosotros los recibimos así, presentados por Él mismo, y no pedimos más.

Y podemos decir de las Escrituras, de principio a fin, que una parte de ellas no puede ser tocada sin que toda sea afectada. Para usar un lenguaje inspirado, «si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él». Dios ha templado así todo junto. Y puedo ir más allá con la misma analogía, y decir que las partes menos decorosas han recibido mayor honor ; por ejemplo, en el Libro de Proverbios encontramos un testimonio tan rico y bendito del Cristo de Dios en sus misteriosas glorias como en cualquier otro lugar.

Sí, y me atrevo a añadir que si todas las demás partes, como los miembros de un solo cuerpo, resienten la transgresión y el agravio infligido a alguna parte, así dirá el Espíritu de Dios y la Escritura, como dice de Dios y sus santos: «Quien os toca , toca a la niña de sus ojos». Estoy seguro de ello. Dios hará de la disputa de la Escritura su propia disputa. «El que me rechaza y no recibe mis palabras», dice el Señor Jesús, «tiene quien lo juzgue ».

COMUNIÓN.

Podemos contrastar la comunión a la que Juan, en el primer capítulo de su primera Epístola, introduce el alma, con la que Pablo le da al final de Romanos 8, y también con la que el mismo Apóstol le da al final de Romanos 11.

En Romanos 1—8 , el Apóstol nos instruye en el secreto de la paz, que la sangre de Cristo ha provisto para la conciencia; y al final de esa escritura, prepara un triunfo para la conciencia, o una comunión rica y exultante con Dios por la obra de Cristo por su pueblo.

En Romanos 9—11 nos instruye en los consejos y la sabiduría dispensacional de Dios; y al final de esa escritura, prepara un triunfo para el entendimiento deleitado y ampliado del santo, o comunión con Dios sobre las riquezas de Su sabiduría y conocimiento.

Pero en 1 Juan 1 , no se trata de ninguna de estas dos cosas. No se trata de comunión por la obra completamente suficiente de Cristo por los pecadores, ni por los caminos gloriosos y maravillosos de Dios. Se trata de comunión con Él mismo, comunión personal debido a una relación bien conocida entre Él y nosotros . Esto es de otra clase, y algo superior.

Y podemos recalcar esto aún más.

Esta última comunión que nos introduce Juan no conduce, como las dos anteriores , al triunfo y al júbilo, sino a la tranquila satisfacción del corazón, llamada «plenitud de gozo». Es más bien el ejercicio del corazón en el sentido de relación personal, no el ejercicio de la conciencia en su afirmación de libertad y victoria a causa de la sangre de Cristo, ni el ejercicio de la mente, el entendimiento renovado, en el deleite de admirar y adorar, a causa de los tesoros de la sabiduría revelada de Dios.

EL MISTERIO DE LA VIDA.

Permítanme decir con qué fuerza nos enseña el Espíritu de Dios en las Escrituras el misterio de la vida. Con qué intenso sentido nos inculcaría que la hemos perdido, pero que Cristo la tiene para nosotros.

La espada llameante en la mano del Querubín, guardando por todos lados el camino del Árbol de la Vida, fue la expresión de esto, tan pronto como se cometió el pecado y entró la muerte. Esa visión permitió que Adán aprendiera, y a todos nosotros a través de Adán, que la vida que hemos perdido nunca la podremos recuperar.

La ordenanza que prohibía comer sangre, establecida desde el momento en que se dio la carne de animales como alimento, y continuada y reiterada celosamente en la ley, fue un testimonio de lo mismo, un testimonio permanente que habló al corazón y a la conciencia del hombre desde los días de Noé hasta los tiempos del Evangelio, y quizás incluso hasta nuestros días. (Hechos 15.)

El Evangelio enseña abundantemente la misma gran verdad. Nadie tiene poder para cuestionarla: que el hombre está muerto, muerto en sus delitos y pecados, y que carece de fuerza, y jamás podrá recuperarse ni revivir.

De esta manera intensa y enfática, desde el principio hasta el final, la Escritura le hace saber al hombre que ha perdido la vida, y la ha perdido irremediablemente.

Con igual intensidad se revela el otro gran misterio: que la vida está en Cristo, el Hijo de Dios, y en Él por nosotros.

A Pedro se le dio a conocer que la vida estaba en Jesús, que él era nada menos que el Hijo del Dios viviente. Y tras su confesión, el Señor prosigue inmediatamente a revelar la verdad adicional: que esa vida, reconocida así como en él, era una vida victoriosa que debía ser usada para la Iglesia. (Mateo 16)

No me detengo a dar las hermosas pruebas que el

El ministerio del Señor nos brinda esta vida eterna, esta vida victoriosa, esta vida del "Espíritu vivificante " que estuvo en Jesús durante todo su tiempo aquí, pero la vemos gloriosamente manifestada después de su muerte. El sepulcro vacío , como se ve en Juan 20:5-7, es el testimonio peculiar de que un Conquistador había estado en las regiones de la muerte. Y entonces, como sabemos, fue visto por los testigos

escogidos durante cuarenta días después de su resurrección. Pero quiero meditar un poco sobre el gran hecho de que esta vida victoriosa en Jesús, el Hijo de Dios, es por nosotros. Me dirijo a los primeros tres capítulos de la Epístola a los Hebreos ... Allí, el que estaba muerto ha vuelto a la vida. Se muestra que su muerte fue por nosotros. No murió simplemente para exhibir su victoria, para demostrar que era el Hombre Más Fuerte, aunque en la casa del Fuerte, sino que se declara que su muerte fue por nosotros. Nos dice, como Mateo 16. 18 había prometido que el Hijo usaría su vida victoriosa en favor de la Iglesia.

Murió como Purificador de nuestros pecados. Por la gracia de Dios, experimentó la muerte por nosotros. Al morir, se encontró con quien nos mantenía en cautiverio, por temor a él, durante toda nuestra vida. Estas son las interpretaciones de su muerte que encontramos en los dos primeros capítulos.

Al comienzo del tercer capítulo, se nos manda considerar a Aquel que ha sido fiel —fiel de esta manera— a Aquel que lo designó para que se comprometiera a ganar la vida por nosotros mediante la muerte. Debemos considerarlo, para el establecimiento de nuestra fe y el consuelo de nuestras almas, familiarizándonos con este gran misterio: que el Hijo del Dios viviente ha estado en conflicto con la muerte, y en el lugar de la muerte, para devolvernos la vida a quienes la habíamos perdido, y la habíamos perdido irremediablemente.

Y así como se nos exhorta a considerarlo, también se nos exhorta además a retenerlo, rápido, firme y constante, a medida que avanza este mismo capítulo.

¿Y cuál es la advertencia? ¿Cuál debe ser la advertencia después de una enseñanza como esta? «Tengan cuidado de que no haya en ninguno de ustedes un corazón malo de incredulidad que los aparte del Dios vivo». ¡Qué simple, y a la vez qué necesario, y qué bendito! Nada menos que el mismo «Dios vivo» se ha hecho nuestro en Jesús, y por lo tanto es fácil decir: «Todo depende de aferrarnos a Él».

CONVICTO PERO CONFIADO.

Leí esta breve frase como si fuera el lema común de todos los santos. Nos describe concisamente, glorifica a Dios y humilla al pecador. Es también la experiencia de la fe. Grabémosla en nuestro espíritu y leámosla como nuestra confesión. «Convencidos, pero confiados». Las grandes casas de la tierra tienen sus propios lemas y emblemas, monumentos de distinción familiar. Este puede ser el lema familiar de los santos, no distinguiéndolos entre sí, sino a todos y cada uno de ellos de un mundo que busca mantener su propio carácter y su propia buena opinión, sin conocer el secreto de la confianza en Jesús.

Esa confianza, la confianza de un pecador en un Salvador , es lo que Dios se propone para gloria de su gran Nombre en este mundo rebelde. Habiéndonos expuesto bajo la ley, nos dice (como otro ha dicho), como en el Evangelio: «No puedo confiar en ti; ahora debes confiar en mí».

Dios reclama nuestra confianza, y se ha hecho acreedor a ella por gracia. Aceptó la muerte de Cristo por los pecadores. Es justo cuando perdona, por la obra de Cristo y por la gloria de quien la realizó. No es la misericordia lo que perdona al pecador creyente; es la justicia. La gracia proveyó y dio al Hijo . Así es, en efecto: misericordia insondable, inestimable. Pero es la justicia la que acepta al Hijo y lo que el Hijo ha hecho y perfeccionado por los pecadores. Apoyamos nuestras almas y nuestras esperanzas en hechos, no en destellos de luz en nuestro espíritu, ni en promesas de la Palabra, ni en la ayuda de Dios. La mera ayuda no bastaría para quienes ya están bajo condenación; las promesas no responderían a las exigencias de Dios. Es sobre hechos, sobre transacciones aconsejadas, realizadas y aceptadas entre Dios y su Cristo, y en cuanto a nosotros, nos apoyamos en nosotros mismos: un ancla del alma segura y firme.

“Convencidos pero confiados”. Sí, es un lema apropiado para la familia de pecadores creyentes y redimidos.

Debemos estar convencidos, o no nos conoceríamos a nosotros mismos; debemos confiar, o no conoceríamos a Dios. La confianza puede ser más firme y perfecta en algunas almas vivificadas que en otras, y por lo tanto, la convicción puede tener diferentes grados de intensidad. Las Escrituras ilustran estas cosas, y la experiencia las comprueba a diario. Aun así, el Dios bendito, en el Evangelio de la sangre de Jesús, se ha ganado el derecho a la más plena confianza, y la reclama; y ciertamente nosotros, pecadores, debemos someternos a la convicción; y esto el pecador creyente puede tomar, y seguramente tomará, como su lema, como aquello que ensalza su condición y conmemora su carácter: «Convencido, pero confiado».

Adán conoció esta condición tan pronto como salió de su escondite y sometió su cuerpo desnudo para ser vestido con la túnica que la propia mano de Dios le había hecho. Y así, todos conocemos la misma condición cuando, como pecadores, por la fe nos sometemos a la justicia de Dios (Rom. 10:3).

La fe patriarcal, que tomó el conocimiento de la muerte en nosotros mismos , pero también tomó el conocimiento de Dios como Vivificador de los muertos, hizo lo mismo.

Israel, poniendo la sangre sobre el dintel, para protegerse, con la provisión de Dios, de la muerte que andaba suelta en la tierra, hizo lo mismo.

Todas las ordenanzas de la ley, sus lavamientos y sacrificios , repetían lo mismo continuamente. Declaraban que nos habíamos destruido a nosotros mismos, pero que en Dios y sus provisiones teníamos nuestra salvación.

Todos los profetas enseñaron lo mismo; pero Isaías, Ezequiel y Daniel pasaron por la experiencia de ello, e Isaías, por así decirlo, por la historia de ello.

Y ahora, es característico del Evangelio publicar este hecho e invitar a los pecadores, por la fe, a aceptar esta condición, a adoptar este mismo lema, como

lo he llamado, como propio, la expresión de su estado y lo que los define: «Convencidos, pero confiados». Esto se ilustra en las almas vivificadas del Nuevo Testamento: en Pedro, Pablo, el samaritano, los tres mil, el carcelero, Natanael y todos los demás. Y cada uno de nosotros, hasta el día de hoy, y todos hasta que el último pecador sea salvo, por así decirlo, pasamos por la misma historia, en el Epíritu , o en la experiencia de nuestras almas.

Preciosa es esta unidad, esta luz e inteligencia comunes, esta unidad en la naturaleza que todos hemos recibido en Cristo. Todos somos uno, al estar en esta condición.

Pero entre todos los casos que ilustran o exponen esta condición, ninguno nos la presenta actualmente de manera más llamativa que David en 2 Sam. xxiii.

David había involucrado su conciencia más allá, quizá, de lo que cualquier santo de Dios jamás había hecho. El color escarlata de su pecado era ciertamente profundo. No necesitamos recordar los detalles. Y, en efecto, había sido profundamente convencido. Muchos de los Salmos pueden contarnos esto, y gran parte de la historia que encontramos en los capítulos anteriores a este. Y en "sus últimas palabras", como él llama a su declaración aquí, podemos ver lo mismo: que había sido completamente convencido. Pues reconoce que su casa no estaba con Dios como debía haber estado, y esto fue fruto de su propio pecado. Él mismo había traído una espada a la casa, que nunca sería envainada hasta que la hubiera entregado a otro. Pero, aunque así convencido, consciente de los juicios que lo habían alcanzado, aún confía y expresa su confianza en estas «sus últimas palabras» con un lenguaje ciertamente bendito. Habla de la bienaventuranza futura y eterna, perfecta en su carácter, clara y cierta en el derecho que tenía a ella. Era, como él dice, «ordenada en todo y segura».

Y puede hablar del juicio de los " hijos de Belial". Esto es muy impactante. En el día de su pecado, fue llamado por este mismo nombre. "Sal , hombre sanguinario, hombre de Belial", le había dicho Simei. Y él no le respondió. Más bien reconoció que Dios le había dado la comisión de acusarlo así. Los hijos de Belial podrían, por lo tanto, decir que era tan malo como ellos . Pero ante todo esto, no teme: ni duda en pronunciar su juicio, confiado en que en las riquezas de la gracia, por mucho que lo convenzan, Dios lo ha separado de ellos. Así como Pedro puede enfrentar y desafiar a los judíos como negadores del Señor, el Santo y el Justo, aunque él mismo lo había negado, literal y simplemente. Y Pablo puede condenar a su propia nación por las mismas cosas que habían distinguido su propia culpa. (1 Tes. 2:15)

Esta fue una maravillosa declaración de un hombre "convencido pero confiado". Era una voz que provenía del reino de los restaurados. David no era simplemente un pecador entonces, que miraba desde las ruinas que él mismo había forjado hacia el Dios de la salvación. Era un reincidente restaurado, que miraba desde las terribles ruinas que él mismo había atraído, y de las que nunca escaparía mientras viviera, hacia Aquel que era suyo, con cadenas que lo sujetarían por la eternidad. Y

esto le da a esta declaración una singularidad eminente. Es una voz que proviene del reino de los restaurados.

GÉNESIS III.—V.

Estos son capítulos muy importantes. Nos muestran la producción de las dos grandes energías que, hasta el día de hoy, animan todo el panorama moral que nos rodea; y también nos muestran cómo estas dos energías desempeñaban sus diversas funciones entonces, y aún las siguen desempeñando.

Son capítulos extraordinarios. Maravillosos, pues abarcan acciones morales tan diversas con tanta claridad y, a la vez, con tanta concisión, sin dejar nada que pase desapercibido, y sin embargo, en tan poco tiempo.

Observaría la producción de estas grandes energías y sus operaciones: la energía de la carne y la energía de la fe, o de la vieja naturaleza y de la mente renovada.

La mentira de la Serpiente prevalece para producir el primero de estos.

La Serpiente llama la atención de la Mujer hacia unas palabras que contenían alguna sugerencia injuriosa para su Señor y Creador. Era una mentira, aunque sutil. transmitido; el único instrumento por el cual él podía alcanzarla y tentarla. Ella escucha y responde, y sus facultades así alistadas pronto se ponen en acción en la causa de su seductor, y cae.

El principio llamado «la carne» o «el viejo hombre» se produce de inmediato y comienza a actuar. La confianza mutua se pierde al instante. La inocencia no necesitaba nada, pero la culpa es necesariamente vergüenza y debe cubrirse de alguna manera. Hasta el día de hoy, todo hombre lleva dentro lo que no puede expresar con comodidad y confianza, ni siquiera ante sus semejantes . La moderación ha sustituido a la libertad, y los artificios vienen a aliviar la culpa y la vergüenza. Así es ahora, y así era antes. en esta hora cuando se generó el jek .

Más profundamente aún se aleja de Dios. Podemos soportar la presencia mutua bajo el manto de la formalidad y la ceremonia, y la comprensión común de la naturaleza culpable; pero no podemos soportar la presencia de Dios. Aunque tenía el manto de hojas de higuera, cuando se oye su voz, Adán se retira bajo los árboles del jardín. Esta es la carne, o la vieja naturaleza culpable, hasta el día de hoy. Dios es intolerable. La idea de estar a solas o inmediatamente con él es más de lo que la conciencia puede soportar. Todas sus artimañas son vanas. Dios es demasiado para la carne. Susurra en secreto y le echa toda la maldad a Dios mismo, pero no puede salir y decírselo. De su propia boca es juzgada.

Estas son sus energías más simples y tempranas. Somos odiosos y odiamos, y estamos enemistados con Dios.

Pero la obra de este mismo principio (producido así en Adán mediante la mentira de la Serpiente) se manifiesta posteriormente de otras maneras en Caín. «Caín era del maligno». Se convierte en labrador de la tierra. Pero labra, no como sujeto al castigo, sino como alguien que busca obtener algo deseable de la tierra, aunque el Señor la haya maldecido, algo para sí mismo, independiente de Dios.

Esta es una gran diferencia. Nada es más piadoso , más acorde con la voluntad divina respecto a nosotros, que comer nuestro pan con el sudor de nuestra frente, obtener alimento y ropa mediante un trabajo duro y honesto. Es una hermosa aceptación del castigo por nuestro pecado y una reverencia a los justos pensamientos de Dios. Pero extraer de los materiales de la tierra maldita lo que ha de servirnos de deleite, honor y riqueza, olvidando el pecado y el juicio de Dios, no es más que perpetuar nuestra apostasía y rebelión .

la labranza de Caín . Y, en consecuencia, culminó en la construcción de una ciudad, dotada de todo lo que le prometía placer o le hacía progresar en el mundo. Esto es lo que busca, y lo busca con avidez, aunque debe encontrarlo todo en la tierra de Nod, en las regiones de alguien que había abandonado la presencia de Dios.

Él, a pesar de todo, tiene su religión. Ofrece a Dios el fruto de la tierra que cultivaba. Es decir, desearía que Dios aprobara su disfrute del mundo. Si pudiera ordenarlo, mantendría a Dios en paz, aunque estuviera convirtiendo la tierra que Él había maldecido en la ocasión de sus placeres. Esto es muy natural , y lo practican nuestros corazones hasta el día de hoy. Caín deseaba vincular al Señor consigo mismo en su mundanalidad y amor a las cosas presentes, para mantener la conciencia tranquila. Pero el Señor se niega, como lo hace hasta el día de hoy; aunque, como dijimos, el corazón hasta el día de hoy desearía hacer los mismos esfuerzos y lograr que Jesús aprobara y compartiera su mundanalidad y amor a las cosas presentes, para que la conciencia no interfiriera con la búsqueda de la lujuria.

¡Qué caminos de la carne o del "viejo hombre" hay aquí! Todo esto es precisamente lo que está extendido en el mundo hasta nuestros días. Es la obra de ese principio apóstata que se generó por la mentira de la Serpiente en el alma de Adán. Y siendo del maligno, Caín "mató a su hermano". Tenía religión, como hemos visto; pero odiaba y perseguía la verdad. Tal como sucede hasta el día de hoy. Observen lo mismo en Saulo de Tarso, como él mismo lo describe en Hechos 26. Considérenlo en la persona de los fariseos que se opusieron al Señor. Considérenlo en la historia de la cristiandad a lo largo de sus generaciones hasta la actualidad.

Esta es la enemistad de la descendencia de la Serpiente con la descendencia de la Mujer. «Caín era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué lo mató ? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas». Esta fue la causa. Fue la enemistad del pecado contra la piedad, la enemistad de la mente carnal contra Dios, la lujuria del viejo hombre, la lujuria de la carne contra el espíritu; fue el odio del mundo hacia Cristo, «porque él testificó de él, que sus obras eran malas». No siempre lleva esas

vestiduras manchadas de sangre, pero siempre está en el corazón: «La mente carnal es enemistad contra Dios».

Así es la carne, la vieja naturaleza, en la historia de su producción y en el curso y carácter de sus obras. Es exactamente ahora lo que era entonces. Goberna el curso de este mundo bajo Satanás, pero también se encuentra en cada uno de nosotros y obra en cada uno de nosotros, si se le provee. Pero debemos conocerla: saber de dónde vino y cómo actúa, y mortificarla en sus principios y en sus actos, en todas sus energías innatas que tan continuamente acosan al alma.

Pero ahora nos dirigimos a las otras actividades que encontramos producidas y en acción en estos maravillosos capítulos: la actividad o energía de la fe producida por la palabra de Dios, a través del poder oculto pero eficaz del Espíritu.

Mientras Adán estaba en la condición a la cual el pecado lo había reducido, mientras aún era el hombre culpable y culpable bajo los árboles del Jardín, la palabra del Evangelio, las nuevas del Conquistador inmolado, de Aquel que llevó el castigo, y sin embargo alcanzó el punto de la victoria gloriosa, la Simiente de la Mujer, llegó a su oído, y él nace de nuevo por la simiente incorruptible, la palabra de la verdad del Evangelio.

Él sale tal como era. Pero sale con el pleno sentido de la salvación y de la victoria que la gracia de Dios le había aconsejado y obrado. Por consiguiente, habla de vida. Hay algo muy bello en eso. Llama a su esposa «la madre de todos los vivientes». Hay algo verdaderamente maravilloso y excelente en eso. Muerto como estaba en delitos y pecados, habla de vida, pero habla de ella en conexión con Cristo, y solo con Él. No se da ningún recuerdo vivo. No se vincula con el pensamiento ni la mención de la vida, sino solo con la Simiente de la Mujer, según la palabra que acababa de escuchar. Es más, más bien da a entender que sabía muy bien que había perdido todo derecho y poder de vida, y que esta estaba completamente en otro, pero que estaba en ese otro para él. Que la vida encontrada en otro era para su uso, no tiene ninguna duda; La prueba de lo cual es ésta: que inmediatamente sale del lugar de vergüenza y culpa al lugar de libertad, confianza y presencia de Dios.

GÉNESIS III.—V. 49

Recupera a Dios. Lo había perdido y se había distanciado de Él. Lo había perdido como su Creador, pero ahora lo había recuperado como su Salvador , en el Evangelio, en la Simiente de la Mujer, en Cristo, su justicia.

Pero podemos añadir, para nuestro gran consuelo como pecadores, que esta sencillez y audacia de fe concuerdan exactamente con la mente de Dios. Nada podría haberle sido tan grato como esto; y, en consecuencia, como prenda de ello, primero le hace una túnica de pieles a Adán, y luego, con sus propias manos, cubre su cuerpo desnudo.

¡Qué bendición! Esta es la fe que, en el día del Pozo de Sicar, y hasta hoy, le da al Señor un festín: alimento que ni siquiera la amorosa y cuidadosa compasión de sus santos más queridos conoce.

Cristo lo es todo ahora para este pecador perdonado. De igual manera, por la fe, Eva se regocija en la promesa. Es el gozo y la esperanza de su corazón; y la religión de Abel está completamente formada por ella. Las penas del sudor de su frente y la tristeza del corazón parecen olvidadas. Y lo que debe considerarse profundamente: la tierra es liviana, mientras que Jesús fue firmemente aferrado. Adán ha recuperado al Señor mismo, y parece no contar nunca con volver a ser ciudadano del mundo, sino un simple labrador de la tierra según el designio divino por un tiempo, para luego abandonarla y compartir el fruto pleno de la gracia y la redención en la que ahora había confiado, en otros mundos. Muere, eso es todo. No busca ningún monumento aquí. No construye ninguna ciudad. No pretende mejorar un mundo maldito . Trabaja en él y se gana la vida con él. Pero nunca olvida que el juicio está sobre él. La familia de Set invoca el nombre del Señor y busca, a la manera y en el tiempo de Dios, consuelo y bendición en lugar del sufrimiento y la maldición presentes. Pero eso es lo que da esperanza y profecía, mientras que la perdición en el mundo juzgado es el camino presente de fe y piedad.

Esta es en verdad una Escritura maravillosa; y nos habla de esta misma hora por la que estamos pasando.

La energía de la carne, o de la vieja naturaleza, se produce y se pone a trabajar a su debido tiempo; la energía de la fe también se manifiesta en las almas de los elegidos y manifiesta su poder de forma muy bendita. Aprendemos nuestras propias lecciones aquí. Llevamos ambas energías en nosotros. Por naturaleza, somos ciudadanos de la ciudad de Enoc, y por la gracia, nuestras almas tienen conexión con Cristo, como Adán, Abel o Set. Y esperamos la traslación de Enoc (Génesis 5:24).

Estas son contrarias entre sí: “Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne”.

ABRAHAM EN GÉNESIS XVIII., XIX.

La elevación de Abraham en Génesis xviii-xix es algo muy peculiar.

Parece comprender al Divino Extraño y a sus compañeros angelicales de inmediato, sin necesidad de presentación, aviso ni revelación, como Josué, Gedeón y otros en circunstancias similares. « Estaba acostumbrado a la presencia divina», como alguien ha dicho. Esto abre estos maravillosos capítulos.

El Señor no viene a regularlo de ninguna manera, ni a reprenderlo ni a instruirlo moralmente. Abraham está ante él en el lugar, el carácter y la actitud de quien estaba plenamente preparado para su presencia.

En consecuencia, el Señor da a conocer sus caminos y pensamientos a Abraham, como un hombre lo haría con su amigo. Le revela secretos que no le conciernen; si así fuera, en cierto sentido Abraham habría tenido derecho a escucharlos; el Señor seguramente se los revelaría. Pero no tiene ningún interés personal en los asuntos comunicados. Son los pensamientos y propósitos del Señor con respecto a una ciudad y un pueblo con los que Abraham no tenía ninguna relación. Eran desconocidos para él y él para ellos, y eso, muy acertadamente. De modo que el Señor ahora trata a Abraham como amigo, ni siquiera como discípulo, y mucho menos como pecador, sino como amigo. Abraham comprende esto. Tenía derecho a hacerlo. La gracia espera ser comprendida, y sin duda se deleita en ser comprendida. Y así, si el Señor invita nosotros debemos ir; si Él nos atrae cerca de nosotros, debemos acercarnos a Él.

Y así es aquí. Los ángeles, aferrándose a la mente de su Señor, se retiran; y Abraham, haciendo lo mismo, se acerca y habla por esta ciudad y su gente. No tiene nada que pedir para sí mismo. No, seguro. No tenía ninguna confesión que hacer ni peticiones que ofrecer para sí mismo, pero como el Señor le había hablado de Sodoma, ahora le habla al Señor sobre ella. Intercede, como alguien cercano a Dios, como alguien que se siente cómodo consigo mismo y, por lo tanto, con tiempo para atender a los demás.

Cada rasgo de esta imagen rebosa gracia y dignidad. No hay aquí debilidad ni opacidad; todo es fuerza y elevación.

Pero esto continúa.

A la mañana siguiente, como leemos en el capítulo 19, Abraham lo lleva al lugar donde había estado hablando con el Señor sobre Sodoma, en algún lugar de las colinas de Judea, con vistas a la llanura del Jordán, o al valle de Sidim, donde se encontraba Sodoma; y allí contempla la quema de esa ciudad bajo el fuego del castigo celestial. Ve el juicio del Señor. Lo ve desde lo alto, donde él y el Señor habían estado conversando el día anterior.

Ahora bien, esto es de la misma naturaleza que todo lo demás. Sigue siendo una elevación del más alto orden. Esta es la relación del cielo con el juicio, la propia relación de Dios con él. Abraham no fue rescatado de él como Lot; ni llevado tranquilamente a través de él como Noé; ni simplemente llevado antes de que llegara como Enoc; sino que, más allá de todos ellos , se le otorga el lugar propio del cielo en relación con él. Él contempla desde arriba cómo se ejecuta en otros, sin tener nada que decir al respecto, sin tener que ser retirado de la escena antes de que llegara , ni ser llevado a salvo a través de él después de que hubiera llegado. Estaba en nada menos que la propia relación del cielo con él.

Esto es verdaderamente grandioso. Y esta es la Iglesia en el Apocalipsis; no como en 1 Tesalonicenses 4 simplemente, sino más allá de eso; como en el Apocalipsis. Los ancianos coronados allí están en lo alto, mientras los juicios se desarrollan en la llanura o tierra abajo. Como Abraham, contemplan los juicios como desde el

lugar de Dios. No es una mera traslación al cielo antes de su venida, como Enoc (pues eso ya había sucedido antes), ni es simplemente una transmisión a través de ellos, cuando llegaron, como Noé; sino que los ven ejecutados, como Abraham desde lo alto.

Así como el lugar de Abraham en el capítulo XVIII había sido el lugar actual de la Iglesia, aprendiendo los secretos de Dios (véase Juan XV:15), su lugar en el capítulo XIX es el lugar apocalíptico de la Iglesia, contemplando los juicios del Señor sobre la tierra. Abraham recibió primero esta realidad; y luego, vio su cumplimiento en la tierra, y aparte de sí mismo. En estas cosas, él es como la Iglesia de Dios.

Pero estos maravillosos capítulos sugieren una reflexión general sobre los juicios divinos. Rastreamos una serie de ellos en las Escrituras: como en los días de Noé; Lot; Israel en Egipto; Israel a orillas del Mar Rojo; Débora en el Libro de los Jueces; la Iglesia en la tierra, como en 1 Corintios 11; la Iglesia en la gloria, como en Apocalipsis 5; el Remanente elegido en Apocalipsis 15; los cielos en Apocalipsis 19. Y en cada una de estas ocasiones vemos al pueblo de Dios ocupado de manera diferente, o mejor dicho, diversa. Y hay belleza, fuerza y significado en todo ello; pues la manera en que la fe se ocupa se encontrará acorde con la naturaleza del juicio.

Noé presenció el juicio divino sobre el pecado y su propia liberación, por gracia, de él. Adoró y ofreció un holocausto al Señor (Génesis 8).

Lot fue rescatado, salvado como por fuego, y, como corresponde a tal hecho, no encontramos altar ni sacrificio bajo su mano. Fue sacado del fuego, y eso fue todo. (Génesis 19)

Israel en Egipto, al igual que Noé, presenció el juicio divino sobre el pecado, siendo, de igual manera, liberado por gracia. Y como Noé, adoraron, celebrando su redención con un banquete de sacrificio, comiendo del cordero cuya sangre los protegía. (Éxodo 12)

Israel, a orillas del Mar Rojo, a diferencia de esto, fue librado de la mano de sus enemigos, cuyo juicio presenciaban. Por lo tanto, cantaron, como les correspondía en tal ocasión. (Éxodo 15)

Débora se encontraba en las mismas circunstancias , en la misma relación con el juicio divino. Presenció el juicio de Dios sobre los enemigos de su pueblo; y por lo tanto, al igual que Israel en el mar, ella y Barac tienen un cántico. (Jueces 5.)

La Iglesia en la tierra presencia el juicio de Dios sobre el pecado, y con su fiesta, como Israel en Éxodo 12, celebra su propia redención. Enseña, con acción de gracias, la salvación de Dios en la Cena del Señor (1 Corintios 11).

La Iglesia en la gloria presencia los juicios de Dios sobre el mundo, anticipando su propio reino; y, en consecuencia, como Israel en el mar, o Débora en el libro de los Jueces, tiene un cántico preparado para sus arpas celestiales (Apocalipsis 5).

El Remanente martirizado, en su día, tiene un cántico: el juicio que celebran recae sobre los enemigos que se les resistieron, a la manera de Israel en la orilla del Mar Rojo. (Apocalipsis 15.)

Los cielos triunfan con gran júbilo cuando ella, que había estado corrompiendo la tierra con su fornicación, cae bajo la mano del Señor. (Apocalipsis 19.)

Aquí encontramos variedad en la manera en que la fe se manifiesta en el día del juicio divino. Hay juicios sobre el pecado y juicios sobre los enemigos; y las correspondientes liberaciones por gracia y por poder. Es oportuno cantar cuando se ha cumplido el juicio sobre los enemigos y se ha liberado de él por poder; pero el juicio sobre el pecado y nuestra liberación por gracia (habiendo sido nosotros mismos culpables y expuestos al juicio) deben celebrarse más bien con un espíritu de adoración y disciplina. Por lo tanto, no hubo cántico en Éxodo 12; hay un cántico en Éxodo 15.

Pero en medio de todo esto, el acto y la actitud de Abraham están tan llenos de belleza, idoneidad y significado como cualquier cosa que veamos en estos casos. Él contempló una escena de juicio sobre el pecado, pero no había estado en peligro del juicio, no había tenido parte en el pecado que fue juzgado. No había sido expuesto a él. No había tenido nada que decir a las ciudades de la llanura . En esto su historia difiere de la de Noé, pues Noé estaba en la escena del juicio, y de la de Israel en Egipto, o de la Iglesia de Dios en la tierra. Ellos, como él, presencian el juicio del pecado, pero ellos mismos habían sido expuestos a él, y fueron liberados por la gracia y la sangre de Jesús. No así, Abraham en el capítulo XIX. No necesitaba liberación personal del juicio que había visitado a las ciudades en la llanura del Jordán; pero lo contempló. Tenía una relación celestial con él. Se quedó en la contemplación de él en esa altura donde, el día anterior, había estado con el Señor.

ÉXODO XII., XIII.

Al comienzo de Éxodo 12, encontramos un cambio en el comienzo del año. No se explica por qué, sino simplemente: «Este mes será para vosotros principio de los meses; será para vosotros el primero de los meses del año». Esto era una indicación para el pueblo de Israel de que debían establecer una nueva conexión con Dios, asumir un nuevo carácter ante Él o ser reconocidos en una nueva relación; y que esto era necesario. «Este mes será para vosotros principio de los meses». Y esto se les dijo mientras aún estaban en Egipto, el lugar de muerte y juicio, el lugar de la naturaleza o de la carne.

La insinuación dada desde el principio fue rápidamente explicada: «Dios es su propio intérprete» , pues al instante siguiente la congregación es presentada al Cordero de Dios, cuya sangre debía protegerlos de la espada del ángel, es decir, ser su alegato y respuesta plena ante el trono del juicio donde se sienta la justicia.

Esto es simple, claro y bendito. A Israel se le enseña de inmediato que el nuevo carácter en el que debían andar con Dios era el de un pueblo comprado con sangre, una generación redimida y rescatada. Esta era la forma que adoptaría la nueva vida, el nuevo año en el que ahora entraban. Esta era su nueva creación, su segundo nacimiento. Eran nuevas criaturas, pecadores reconciliados.

Esta verdad adquiere una forma neotestamentaria en 2 Corintios 5:16-19. La nueva criatura es aquel pecador que camina con Dios en la fe y el sentido de reconciliación. «Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Jesucristo». Este es el hombre que comienza el nuevo año, entrando en una nueva vida, siendo una nueva criatura, como pecador reconciliado por la sangre pascual de Jesús. Así, en 1 Pedro 1:25 , se declara que ha nacido de nuevo por la palabra que el Evangelio le ha predicado; y ese Evangelio es el mensaje de redención mediante la sangre del Cordero. Por esto, se convierte en una especie de primicia de las criaturas de Dios. (Santiago 1)

La temprana insinuación de la nueva criatura que tuvimos aquí en este capítulo doce del Éxodo, se interpreta así rápidamente, y esta interpretación se confirma con una y otra escritura del Nuevo Testamento. Pero hay mucho más que esto en las analogías entre estos capítulos y las Escrituras del Nuevo Testamento.*

Al final del capítulo 12, encontramos a Israel, ahora redimido, actuando sobre otros. Se les enseña cómo tratar con los extranjeros . Debían decirles que eran tan bienvenidos a entrar en las regiones de la nueva creación como lo habían sido antes, para que pudieran comer la Pascua con ellos o celebrar la resurrección. * La estructura de Juan 3 es similar a la de este Éxodo 12. Pues allí el Señor comienza hablando de la necesidad de nacer de nuevo, o de ser una nueva criatura, pero no interpreta cómo debe ser hasta después. (Véase versículos 3, 14 y 15). La redención con ellos; solo que debían ser circuncidados como lo habían sido. Debían renunciar a sí mismos en la carne, o a la condición de la vieja creación, y entonces podrían entrar en el nuevo año con ellos, la nueva vida, la nueva creación de Dios en Cristo Jesús. No debe haber confianza en la carne, sino regocijo en Cristo Jesús: esta es la circuncisión. (Fil. 3:3)

Los Hechos de los Apóstoles, en el Nuevo Testamento, constituyen el testimonio principal y formal de este ministerio evangélico de los redimidos. Allí, los santos se dirigen a los «extranjeros », haciéndolo con el estilo sencillo de esta Escritura (12:43-49). De modo que aún respiramos la atmósfera del Nuevo Testamento al leer estos versículos. Nos encontramos en compañía del Espíritu que posteriormente anima el Libro de los Hechos. En la reconciliación de la sangre pascual, la sangre del Cordero de Dios, proclamamos a quienes nos rodean que el reino les pertenece por su nuevo nacimiento, por su fe en Aquel que murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación. «Somos embajadores de Cristo, como si Dios os rogase por medio de nosotros», seguimos diciendo a los «extranjeros », «reconciliaos con Dios». (Véase el capítulo ya citado, 2 Corintios 5:20-21).

¡Qué dulce, qué convincente, qué precioso es encontrarnos así en la mente y con los principios del Nuevo Testamento, al leer estos primeros oráculos del Antiguo! — Pero hay más de esto.

El santo debe cuidarse a sí mismo, así como dirigirse a los «extranjeros ». Y cuidarse a sí mismo, ordenar sus caminos y nutrir su alma, según las peculiaridades del llamamiento de Dios y según la mente del Espíritu. Esto lo encontramos en el capítulo XIII; y también, formal y característicamente, en las Epístolas del Nuevo Testamento.

En el capítulo XIII, vemos al israelita de Dios, ahora redimido por sangre, y así establecido en la presencia y comunión de Dios, comportándose conforme a su lugar y llamado. Encuentra su fuente en Dios, sus motivos y sanciones, y sus virtudes secretas y eficaces en lo que Dios ha hecho por él. Se purifica celebrando la fiesta de los panes sin levadura; se consagra y se dedica, ofreciendo su primogénito y su primogenitura al Señor; y si se le pregunta por qué se purifica, por qué se entrega, simplemente alega lo que el Señor hizo por él cuando estaba en Egipto, como esclavo, en el lugar de la muerte y el juicio. Esto es todo lo que tiene que decir, aunque se le cuestione una y otra vez . Se sabe que su fuente de vida moral surge de la salvación de Dios.

Esto es verdaderamente bendito. Esto le dice al Dios viviente: «Todas mis fuentes están en ti». Y este es el lenguaje de la nueva criatura en Cristo Jesús, tal como lo vemos en las epístolas del Nuevo Testamento. De modo que en este capítulo trece, todavía nos encontramos, como ya he dicho, en la atmósfera del Nuevo Testamento. Porque allí se encuentran las misericordias que hemos recibido, las promesas que se nos han hecho, la gracia que nos ha traído la salvación, el hecho de que somos comprados por precio, el gran misterio del Evangelio de que somos lavados de nuestros pecados, un pueblo rociado, redimido y santificado, que se reconocen como las fuentes de toda conducta moral y devoción personal —y que, por supuesto, tienen su eficacia en nosotros por la presencia y el poder del Espíritu Santo. (Véase Romanos 12; 2 Corintios 4; Tito 2; 1 Corintios 6; Romanos 6).

Y otro recordatorio del carácter que encontramos en el Nuevo Testamento se encuentra en los versículos 8 y 4 de este mismo capítulo. Allí, se le dice a Israel que «recuerde» el día de su liberación. Esto, como digo, se inscribe en el espíritu del Nuevo Testamento. Tanto es así que la ordenanza vigente entre los santos en esta era evangélica es una fiesta de conmemoración (1 Corintios 11:23-26). Y otras escrituras del mismo Nuevo Testamento nos enseñan que este recuerdo debe ser la esencia misma de la eternidad, o de la vida de los redimidos en gloria (Apocalipsis 1 :5; versículo 9).

EL PILAR NUBLADO.

Todos nos encontramos en una situación más adinerada de la que nos damos cuenta , y tenemos un interés mucho mayor en Cristo del que estamos dispuestos a aceptar. Muchos se animaron; las almas apenas se atreven a apoyar la justificación de sus personas; y, sin embargo, leen sobre la «justificación de vida» (Rom. 5:18). «La gloria de Dios» en su propia historia como pecadores que han recibido a Jesús, aún tiene que ser explorada en su mayor esplendor.

Esto me trae a la memoria la Columna de Nubes que acompañaba al campamento de Israel, y me siento demasiado atraído por este objeto como para no desviarme y mirarlo por un momento.

Israel en Egipto tuvo un testimonio maravilloso de lo que Dios era para ellos. Plaga tras plaga, de las cuales habían sido preservados, azotó esa tierra; y en la noche del Ángel Destructor, la sangre en el dintel los protegió. La Columna de Nube también comenzó a guiarlos en su salida de la tierra. Sin embargo, después de todo esto, cuando se encontraron entre el ejército de Egipto y el Mar Rojo, todo esto fue como algo olvidado. Temieron y murmuraron.

¡Qué torpes somos para aprender, qué lentos de corazón para creer en los secretos de la gracia y la fidelidad de Dios! Ya sea que Israel se encuentre al borde del desierto ante la Columna de Nube, o, como diría yo, ya sea que los discípulos se encuentren ante la tumba de Lázaro en presencia de Jesús (Éxodo 14; Juan 11), vemos esto.

Pero una y otra vez Él demuestra que no es en Él que estamos angustiados.

Esa Columna mística, como podría llamarla, acompañó al Campamento a lo largo de todo el camino, desde el corazón mismo de Egipto hasta las fronteras mismas de Canaán. Es decir, desde que la necesitaban hasta que ya no la necesitaban .

Nos deja saber, asimismo, que poseía muchas y diversas virtudes, todas ellas adecuadas a las crecientes y cambiantes exigencias del pueblo. No recorrió ese camino sino por amor a Israel. Estaba allí porque Israel estaba allí. Era, por tanto, lo que Israel necesitaba que fuera. Fue la condición del campamento, fuera cual fuese, la que despertó sus glorias y virtudes secretas. Este era su carácter. Así leemos su historia.

Tan pronto como Israel haya sido redimido por la sangre en el dintel y haya comenzado su viaje, esta Columna los recibirá y se colocará ante ellos para ser su Guía. Están a punto de entrar en un desierto sin caminos. Ningún hombre moraba allí donde Israel pronto viajaría. No había allí mojones ni señales . Su esterilidad exigiría pan del cielo, su sequía agua de la Roca, pero su falta de senderos también necesitaría un Guía, y Aquel que les abriría almacenes angelicales y ríos en las rocas, les levantaría una Columna que sería nube de día y fuego de noche, para que pudieran seguir su camino, ya fuera de noche o de día. Y así serían independientes

de caminos y señales en el desierto sin caminos, como lo serían de campos de trigo y viñedos en el desierto árido.

Pero la Columna era mucho más que esto para Israel. No era simplemente nube y fuego alternados, como el día y la noche se sucedían, sino también luz y oscuridad al mismo tiempo, justo cuando Israel lo necesitaba.

El ejército de Egipto había salido y presionaba a los hijos de Israel; y entonces, la Columna se interpuso entre ambos ejércitos; y en lugar de estar iluminada y ser luminosa por completo, se convirtió en oscuridad del lado egipcio y luz del lado israelita, de modo que uno no podía acercarse al otro. Era un escudo ahora, como antes había sido un conductor. Era justo lo que el pueblo deseaba. Esta es la debida explicación. Así era. Expresaba la gracia de Aquel que ahora había salvado a Israel. Es nube y fuego alternados, si el campamento los necesita ; luz y oscuridad al mismo tiempo, si lo necesitan.

Y mucho más aún. Hay Uno que ha hecho de esa Nube su morada, cuya mirada provocará la derrota de todos aquellos que traman maldad contra el campamento. La flor de Egipto se marchita bajo ella; los caballos y carros del Faraón se ahogan en el Mar Rojo ante ella. El Señor miró al ejército egipcio a través de la columna de fuego y de nube, y perturbó al ejército egipcio, y desgarró las ruedas de sus carros , de modo que los arrastraron pesadamente.

¡Qué glorias llenan ese lugar maravilloso! ¡Qué energías y virtudes para el uso de Israel! ¡Y cómo se manifiestan cuando Israel las necesita!

Y además. Puede expresar reproche y resentimiento cuando esto se convierte en una disciplina saludable para Israel. En los días de sus murmuraciones. Una y otra vez , la gloria en la nube les hace saber que su reposo había sido perturbado. Se les aparece en el día del maná, de los espías y de la rebelión de Coré; y la ven en la conciencia de la ira divina y justa. Es como el resentimiento del Espíritu afligido, del cual el santo de Dios ahora es consciente. Y todo esto demuestra que la Nube no era simplemente la compañera, sino la compañera interesada del campamento. Compadecía tanto a su condición como a la suya.

Pero de nuevo encontramos que si bien reprendía y se ofendía de esta manera cuando se requería disciplina, estaba prontamente dispuesta a acoger y responder a las insinuaciones de la fe. Cuando el Tabernáculo fue erigido por el pueblo dispuesto y obediente, y en ellos la fe aceptó las comunicaciones que el Señor les había hecho por medio de Moisés respecto al orden, el mobiliario y los servicios de su casa, ¡cómo la Gloria llenó de inmediato y con evidente deleite esa casa, y la Nube reposó sobre ella! (Éxodo 40). ¡Con qué plenitud de corazón y alma reconoció el Señor el lugar donde la fe se encontró con las ricas provisiones de su gracia!

¡Oh, qué gloria y virtud tan diversas se aprecian en este compañero místico del campamento de Israel! Tiene luz para guiarlo, terror para sus enemigos, un escudo tan impenetrable como la densa oscuridad para su seguridad; tiene reproches para

su rebeldía y los más generosos y rápidos estímulos y consuelos para su fe; y, además, es incansable hasta el final, y esperará a Israel hasta que ya no lo necesiten.

Esto lo vemos en Deuteronomio 31. Allí se ve de nuevo al Pilar paciente, misericordioso y fiel, como podría llamarlo, justo cuando se acerca el final de la travesía por el desierto.

El campamento se había impuesto una peregrinación de cuarenta años, cuando podría haber tenido un viaje de solo unos meses. Son enviados de regreso de Cades- barnea al Mar Rojo, debido a su pecado y provocación, pero la Columna seguramente regresará con ellos. Rodeará una montaña devastada tras otra, y tomará el camino de un desierto a otro, si Israel se ha sometido a estas peregrinaciones por el desierto. Y es incansable. Lo vemos al final, como hemos dicho, en Deuteronomio 31, como lo vimos al principio en Éxodo 13.

Y ahora la aplicación de todo esto se sugiere fácilmente.

Como leemos en la bendita historia de los evangelistas, los discípulos presenciaban las obras del Señor día tras día; y, sin embargo, a pesar de todo, se sentían desesperados una y otra vez cuando surgían nuevas dificultades. El hambre de la multitud en la orilla era demasiado para ellos; los vientos y las olas del lago eran demasiados para ellos. El Señor tuvo que revelar una y otra vez , como la Columna del desierto, las virtudes secretas que había en Él para su reprensión e iluminación. Sus glorias en gracia y poder, su soberanía sobre las fuerzas de la naturaleza y sus recursos ante la aridez de la naturaleza, todo se manifestaba según la demanda del momento.

Y, como el Pilar, fue incansable. Acompañó a los discípulos de principio a fin. Y fue ciertamente paciente, sufriente, incansable . Los acogió como pescadores ignorantes, a orillas del mar de Galilea, y nunca los abandona, aunque al final los encontró prácticamente igual que los mismos pescadores ignorantes. « Tanto tiempo he estado con vosotros, y no me has conocido, Felipe», tuvo que decir, justo al final de su estancia con ellos. Pero entonces, una nueva revelación de sí mismo se hace en respuesta a esto; otro rayo de su gloria se revela, y añade : « El que me ha visto a mí, ha visto al Padre».

Y así sucede de nuevo, de la misma manera, en la eminente ocasión del capítulo once de Juan. El Señor permite que la enfermedad de Lázaro termine en muerte. Permanece donde estaba hasta que pudo decir: «Lázaro». duerme ", pues entonces Él podría manifestarse en esta forma de gloria divina: "Voy para despertarlo del sueño". Fue en la tumba, y no solo en el lecho del enfermo, donde Él debía ser exhibido o glorificado. Fue en lugar del fruto pleno y del triunfo aparente y temporal del pecado, donde " la gloria de Dios" debía verse. Ningún lugar menos visible podría dar ocasión a la manifestación de esa gloria en su forma más brillante. Y allí, también, los discípulos debían aprender la inagotable provisiones que Él traía en Sí

mismo para satisfacer todas sus necesidades y la consumación de todas sus bendiciones.

Gran parte de la gloria divina, en la persona y las obras de Cristo, ya se había revelado a la familia de Betania y a los discípulos que ahora están reunidos junto a la tumba de Lázaro. Andrés y Felipe, mucho antes, habían abandonado la presencia del Cordero de Dios, satisfechos y felices (Juan 1). Pedro lo reconoció como aquel que tenía palabras de vida eterna (Juan 6). Juan y Santiago, al igual que Pedro, presenciaron la Transfiguración (Mateo 17). La querida familia de Betania lo recibió y lo agasajó, lo sirvió con lo mejor de sí y escuchó sus palabras con un corazón extasiado (Lucas 10). Estos se encuentran entre los muchos testigos que ya habían dado sus diversos testimonios de lo que Él era y quién era, en presencia de las personas que ahora estaban junto a la tumba de Lázaro. Y, sin embargo, todos ellos estaban traicionando su ignorancia de la gloria plena que le pertenecía, y de las energías divinas que tenían sus fuentes en él, y estaban listas para ejercitarse a su voluntad . Ninguno de ellos sabía aún que él podía decir de sí mismo: «Yo soy la resurrección y la vida». Todos hablaban de la muerte. Había virtud en «el último día», podían reconocer (versículo 24), pero ninguno de ellos conocía el secreto de «la primera resurrección». Lo habían conocido como el Cristo, y habían ido a él como pecadores, viendo su gloria (como puedo permitirme expresarlo) en la tumba de sus almas, pero aún no habían contado con verla en la tumba de sus cuerpos cuando fuera su voluntad que así fuera.

Había un tesoro adicional en Él, y en Él para ellos, que hasta entonces no habían comprendido. La Columna de Nube donde moraba la Gloria contenía virtudes para el uso de Israel, con las que este Israel del Nuevo Testamento, al igual que sus hermanos de antaño, no contaba. Porque todos nos encontramos en lugares más ricos de lo que creemos. Y el Maestro paciente y misericordioso sigue con nosotros incluso hasta las orillas del Jordán. Pedro había descubierto su condición de agonía, sin el Hijo del Dios viviente, y por lo tanto le había dicho: "¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna"; pero Pedro aún tenía que aprender que el sepulcro en el huerto estaba vacío (Juan 20), y que el sepulcro en Betania también lo estaría. Porque estaría en compañía de su Divino Maestro hasta el fin, aunque aún conocía tan imperfectamente las glorias y virtudes que se esconden en esa Columna de este mundo desierto y en ruinas.

En Éxodo 6, el Señor publica Su Nombre. Es un Nombre apropiado para la condición de Israel en aquel entonces. Gemían en Egipto. Capataces y ladrilleros los oprimían. El Señor les permite conocerlo en caracteres de fidelidad, gracia y fortaleza, perfectamente adecuados para tal condición. Les dice que se acordó de ellos, escuchó sus penas, tuvo en mente las promesas que les hizo a sus padres y estaba a punto de levantarse para liberarlos. Estaban oprimidos, y Él era un Redentor; eso era todo; ese era el Nombre que estaba publicando, porque ese era el Nombre que necesitaban; ese era el carácter que sus circunstancias necesitaban encontrar en Él.

En Éxodo 34, Él publica Su Nombre de nuevo. Pero es un Nombre muy diferente, un Nombre que respeta, no a enemigos fuertes, sino a un pueblo desobediente y rebelde; un Nombre, por lo tanto, lleno de gracia perdonadora, y no de fuerza liberadora. Porque este era el nuevo Nombre que la condición entonces presente de Israel necesitaba. El pueblo ahora se había atribulado, y lo que necesitaba era perdón; antes, Egipto los atribulaba, y lo que necesitaban era fuerza y liberación.

Conectados con el perdón, aprenden que Dios los corregirá o disciplinará incluso hasta la tercera o cuarta generación.

¡Qué maravillosas son estas dos publicaciones de Su Nombre! ¡Qué excelente testimonio nos dan de que si tan solo lo invocamos, Él nos tratará como nuestras almas lo necesitan! Si otros están en nuestra contra, Él nos librará; si nosotros mismos somos culpables, Él nos corregirá y perdonará.

ÉXODO XXXIII.— LEVÍTICO IX.

DESPUÉS de que el pueblo fue convencido de pecado, cuando hicieron el becerro de oro, se nos muestra, creo, cómo conocieron a Cristo y encontraron su alivio en Él, poniéndose el manto de alabanza en lugar del espíritu de pesadez.

Se les ve en Éxodo 33, observando al Mediador cuando entra en el Tabernáculo de la Divina Presencia; su actitud allí denota la ansiedad del alma por encontrar algún remedio fuera de ellos mismos para todo el daño poderoso y fatal que ellos mismos acababan de causar.

Cuando Moisés regresa del monte por segunda vez (cap. 31y) portando las Tablas de Piedra, su rostro resplandece con un resplandor que les resultó intolerable. No habían llegado al fin de la ley y, por lo tanto, bajo convicción, no podían soportarla. La habían soportado en el capítulo 24:17. «Vivían sin la ley» entonces ; es decir , desconocían su propia condición de pecadores y el carácter inflexible de la ley, y contemplaban la gloria ardiente sin desanimarse. Pero ahora que el pecado revivió, es decir, que sus conciencias lo comprendieron correctamente, porque «el mandamiento había venido» con poder, «mueren», asumen la sentencia de muerte, y el rostro de Moisés, que representa la ley, es intolerable. (Véase Romanos 7).

Moisés les habla entonces del Tabernáculo, de su mobiliario y provisiones, y de inmediato se disponen a hacer todo lo que les ordena. Su estado de convicción lo explica. Si hoy un alma está bajo convicción, estará dispuesta a atender a cualquier Moisés, a cualquiera que sepa que está más cerca del Señor que él mismo, y en el secreto de la paz. «Maestro mío, ¿qué bien haré ? », es el lenguaje de tal persona . Y así, aquí, la congregación convicta, aún ignorante del alivio, sintiendo su angustia y asombro presentes, escucha con alegría la palabra de Moisés y hace todo lo que él ordena. Su celo es tal que deben ser refrenados (cap. XXXVI); pues todo lo que puedan hacer bien podría ser para ocultarlos de sí mismos y de la intolerable gloria de la ley .

La obra prosigue, y el tabernáculo queda erigido. (Cap. xl.) Todos los materiales desprendidos se ponen en orden: la casa de Dios toma su debida forma; los lugares santos y los atrios, las moradas del arca, la mesa, el candelero y los altares, todos están dispuestos en sus relaciones adecuadas entre sí; la Gloria entra en la casa y la Nube la cubre.

Pero el pueblo no se siente aliviado. Han obedecido las instrucciones, pero aún no han comprendido a Cristo. Han sido convencidos y también guiados a los materiales de su liberación, por así decirlo. La vía de escape es... Se les ha mostrado ; pero aún no lo entienden, ni pueden, por lo tanto, usarlo ni regocijarse en él. Muchos oyen hablar de Cristo, pero aún no conocen su valor para sí mismos .

La escena, sin embargo, continúa. Moisés recibe instrucciones sobre las ofrendas. (Levítico 1-7) . Se le detalla todo esto extensa y detalladamente, pero nadie se dirige al pueblo, y mucho menos se le ofrece consuelo. Sin embargo, el momento está cerca.

Moisés recibe instrucciones de llevarlos a todos a la puerta del tabernáculo, no para construir el tabernáculo y sus muebles, sino para aprenderlo. Y, en consecuencia, se sitúan a la puerta de esta casa mística, mientras Aarón es consagrado y realiza todos los servicios de su oficio. Le traen su ofrenda por el pecado. Esto nunca antes lo habían hecho. Le traen su ofrenda por el pecado y lo ven realizar los servicios del altar por ellos. Y entonces, la Gloria aparece, y el Fuego del cielo recoge el sacrificio del altar. (Levítico 8:9). Ven esto, cada uno por sí mismo, y sienten alivio. Han alcanzado la liberación. Presencian la aceptación de la víctima y la concesión o manifestación de la gloria como fruto de dicha aceptación. Se inclinan y adoran. Pasan de un estado de convicción a la conciencia de la liberación. Para ellos, el velo se rasga de arriba abajo. ¿Qué más desean? ¿Qué más deseamos nosotros en este momento? El sacrificio es aceptado en el cielo tal como subió por ellos. Abogó por su causa, y la súplica fue escuchada. ¿Qué más necesita un pecador? Y la cosa más rica con la que Dios podría sellar esto es concedida: la Gloria misma viene a ellos. L Mira a Israel en Éxodo xxxv.- xxxix., trayendo sus ofrendas al Santuario y haciendo los materiales para él. ¿Sabían qué iba a salir de todo eso? No. Todo lo que Moisés les dijo fue, lo que debían traer, y luego lo que debían hacer, y que el resultado sería un Santuario. Pero cómo cada cosa debía ser dispuesta, qué lugar debía llenar cada una en relación con el resto, y cuál debía ser el efecto general del conjunto, ellos no lo sabían. Pero esto no les impidió ofrecer y trabajar. El gran resultado estaba en la mano de Moisés. Y en consecuencia, cuando lo hubieron hecho todo , Moisés dispuso todo. (Cap. xl.) La confusión cesó, y los montones de cosas hechas por ellos, esparcidos ante sus ojos, se redujeron al orden más perfecto, y no solo al orden, sino que se hicieron para revelar los misterios y secretos más preciosos del consejo y la gracia divinos. Dieron con fe, y Se esforzaron con fe. Sabían poco. Pero confiaban. Y el fin reivindicó de tal manera toda su confianza, que cayeron de rodillas y gritaron en santo triunfo. (Véase Levítico 9:24)*

* Levítico 1. — 9 . debe leerse en conexión con Éxodo 35. —40., porque todos los resultados de la fe que dio y obró para el Santuario no aparecen hasta Levítico 7.— 9., cuando Aarón usa las vestiduras que se hacen para él en Éxodo 39.

Un secreto extraño y maravilloso se revela al pasar de los primeros capítulos del Génesis a los últimos del Éxodo. Me refiero a estos hechos: en uno, vemos al Señor Dios preparando una morada para el hombre; en el otro, vemos al hombre preparando una morada para el Señor.

Al comienzo del Génesis, el Señor Dios construye los cielos y la tierra y los provee. Luego planta un jardín en el Edén, el lugar elegido en la tierra para tal fin, y allí coloca al hombre que había creado, lo bendice con toda clase de bendiciones, lo corona y lo enriquece, y le da una ayuda idónea, de modo que tiene que expresar la plenitud de un corazón satisfecho hasta rebosar.

Sabemos cómo el hombre manchó y perdió su buena propiedad, y fue expulsado, en justo juicio, del jardín para cultivar la tierra y obtener un sustento común. Pero el Señor Dios también se hizo extraño en su propia creación. Una escena de contaminación y corrupción sin juicio no podía ser su lugar. No podía descansar en ella ni ser reconfortado por ella, como una vez estuvo a la vista de la creación tal como surgió bajo su mano, limpia, pura y perfecta. Visitó a sus elegidos que estaban en ella; pero cuando terminó de hablar con ellos, como leemos, «se fue». El pecado la había contaminado y lo había separado de ella.

Esto continúa.

Con el tiempo, Él separa un pueblo para Sí de entre las naciones de esta tierra contaminada. Los redime para Sí mediante sangre, y se convierten en un pueblo peculiar, separado, podría decirse, como Él ya lo era. Y este pueblo, a su debido tiempo, de la manera apropiada y con el carácter correcto, le prepara una morada, un tabernáculo para la entrada y ocupación de la Gloria, como vemos al final del libro del Éxodo.

Así como en la antigüedad fueron creados los cielos y la tierra, el jardín del Edén fue plantado, y el hombre fue colocado allí como su morada, coronado y desposado, y satisfecho en plena medida de bienaventuranza, y todo esto de Dios para él, así ahora, el tabernáculo es hecho, amueblado y erigido por el hombre para Dios, y la Gloria entra en él y la Nube reposa sobre él, y el Señor Dios se deleita en Su nueva morada, como Adán la tuvo en la suya.

Esto es maravilloso. Hay algo misteriosamente excelente y precioso en este contraste entre el comienzo del Génesis y el final del Éxodo. Pero hay más que destacar.

Fue, por supuesto, en soberanía, en el ejercicio de su propia alta prerrogativa y beneplácito, que el Señor Dios, al principio, construyó y proveyó un lugar para el hombre; ahora, en obediencia, el hombre prepara un lugar para Dios. El Señor Dios mismo había ordenado que se construyera este Tabernáculo. Le había mostrado a

Moisés cada parte, según modelos; y en plena y exacta conformidad con dichos modelos, todo había sido hecho. Tal como lo había prescrito el Señor, así todo fue hecho por Israel; y así como el Señor mismo había contemplado todo lo que había creado y hecho, según su divina voluntad, y lo declaró bueno, descansó en ello y lo bendijo, así también Moisés contempla ahora todo lo que Israel había hecho, y, conforme al mandamiento y prescripción de Dios, Moisés lo declaró, de igual manera, bueno, por así decirlo, y bendijo al pueblo. Y entonces, manteniéndolo todo en su mano soberana, el Señor le ordenó a Moisés que lo ensamblara todo y lo erigiera en su forma de santuario. y haciéndolo así Moisés, siempre con espíritu de obediencia, el Señor, en los símbolos de la Nube y de la Gloria, toma posesión de ella como Su morada.

He aquí, repito, algo maravilloso, algo misteriosamente excelente: que aunque el Señor edifica para el hombre, y luego el hombre edifica para el Señor, sin embargo, hay una distancia infinita entre ellos; el Señor haciendo esto conforme a la voluntad de Sus derechos soberanos y placer, el hombre haciendo esto simplemente por obediencia.

Pero hay mucho más que ver en este asunto.

Esta construcción de una morada para Dios fue, como vemos, un acto de obediencia, y la obediencia de la fe, obediencia a una revelación. La desobediencia a un mandato, la violación de la ley, lo habían privado al principio de un lugar en su propia creación; pero ahora, la obediencia, la obediencia de la fe a una revelación, le había construido un lugar para su gloria. Pero aún tenemos que ver quiénes fueron los que obedecieron así, con qué carácter el pueblo de Israel había erigido este Tabernáculo para la Gloria. Y aquí se nos presenta una verdad muy bendita y necesaria.

Debemos retroceder del capítulo 40 al capítulo 33 para obtener satisfacción sobre esto, pero allí estamos abundantemente satisfechos y somos instruidos con mucha gracia y felicidad.

Israel se había destruido bajo la ley, bajo su propio pacto o el antiguo. Tras haber hecho el becerro de oro, quebrantaron el primer artículo de la ley y serían arrancados de la tierra. Pero el Mediador detiene la ejecución de la justicia; y bajo sus palabras (que les trajo el Señor), asumen un nuevo lugar, un nuevo carácter; se despojan de sus atavíos y buscan al Señor en el lugar donde Él se había retirado fuera de su campamento.

Esto era, por convicción, tomar el lugar de los pecadores ante Dios. Y esto era algo nuevo. Pero esto era lo único que el Señor podía acreditar. Era lo único verdadero, el único lugar real; pues eran pecadores, y debían serlo como pecadores ante Él. Pero, convencidos, le hicieron saber al Mediador que él era toda su confianza. Lo siguieron al entrar al lugar al que Dios había descendido ; dejaron sus tiendas, se quedaron, cada uno a su puerta, y desde allí, convencidos y humillados, mientras se inclinaban y adoraban, miraron al Mediador.

Esto fue hermoso: el segundo paso en el camino de un pecador convicto. Despojados de sus ornamentos, salieron del campamento, como si fueran impuros, y le hicieron saber al Mediador que él era toda su confianza. Y él no los decepcionó, no podía decepcionarlos. No analizaré en detalle la escena de su trato con el Señor, estando cara a cara, hablando como un hombre con su amigo. Pero esto podemos ver, y esto podemos decir: que Moisés usa su lugar y su intimidad, totalmente en favor de la causa de Israel. La sinceridad con la que suplica al Señor que reconozca a Israel como su pueblo y les conceda el beneficio de la gracia en la que él mismo se encontraba, es hermosa de ver, y sabemos que en todo esto representa a Uno mayor que él mismo, que no es más que la sombra o el reflejo del verdadero y único Mediador. Pero lo logra. No pudo, como se proponía, hacer expiación por ellos —esa está en manos de Aquel que, en el volumen del Libro, dice que dijo: «He aquí, vengo», para quien se preparó un «cuerpo»—, pero reunió al Señor y al campamento de nuevo, bajo la promesa de que llegarían a Canaán. El Mediador no defraudó las esperanzas del pueblo. Estuvo apartado de ellos todo este tiempo. No lo vieron, pero él les servía en la presencia de Dios con este amor sincero, devoto y abnegado.

Finalmente, regresa a ellos, trayendo consigo, por así decirlo, dos cosas: gloria en su rostro y ejemplos de lo que había visto en el monte. La gloria que llevaba en su rostro era la expresión de la ley, y ellos la encontraban intolerable; los ejemplos eran sombras de los bienes venideros, testigos de la gracia, o de las provisiones de Dios para los pecadores, y están llamados a adoptarlos como su única forma de bendición. Así lo hacen. Esta fue la obediencia de la fe, la obediencia que rinden los pecadores convictos a la revelación de las provisiones de Dios en la gracia para su condición. Y con plena sinceridad de corazón rinden este servicio de fe. Traen sus ofrendas a esta obra con corazones dispuestos, y trabajan en ella con manos hábiles , divinamente instruidas.

Es muy grato, de hecho, muy necesario, ver todo esto. Los pecadores convictos, que por fe aceptaron la provisión de Dios para su condición de ruina, son los artífices de este tabernáculo que el Señor estaba a punto de ocupar. Y lo construyen con corazones dispuestos, encendidos por su gracia, y con manos hábiles , dotadas por su Espíritu.

Todo esto debe considerarse principalmente. Cuando hablamos del hombre preparando una morada para el Señor, solo con esta naturaleza y de esta manera podría realizarse tal obra. Dios no podía quitarle nada al hombre, salvo que este ocupara el lugar de un pecador convicto. Pero si se humilla, Dios puede exaltarlo. Si por fe recibe las provisiones de Dios para su estado de culpa y juicio autoincurrido, entonces el Señor recibirá de él tributo, servicio y adoración, y, como se muestra en estos grandes capítulos, una morada para su gloria. Porque Salomón, hablando por inspiración divina, dice, como de hecho Moisés y el obediente campamento en el desierto podrían haber dicho, al final del libro del Éxodo: «El Señor ha dicho que

habitaría en la densa oscuridad. Pero yo te he edificado una casa de habitación, y un lugar donde morar para siempre » (2 Crónicas 6).

¡Qué puede ser más grandioso y excelente en los caminos de Dios y su gracia! El Evangelio, con gran parte de su esplendor, resplandece aquí, pues el Señor está allí aceptando los servicios de pecadores convictos que, por fe, usan su provisión para su estado de ruina y condenación. Sí, Él aún mora en santuarios que la fe, mediante la obra de su Espíritu, le prepara. Como, hablando del Padre y de sí mismo, el Señor Jesús dice, respecto a cada uno de sus amados santos: «Vendremos a él y haremos morada con él»; y el Apóstol habla de la asamblea de los santos como «una morada de Dios por medio del Espíritu» (Juan 14; Efesios 2).

Y en conexión con esto, permítanme decir, de qué maneras maravillosas el Señor Jesús, el Cristo de Dios, es más que un Reparador de todas las brechas, o que un Restaurador de caminos para habitar. Él es eso con seguridad, pero Él es más que eso .

Sabemos cómo todo lo que de tiempo en tiempo ha sido confiado al hombre ha en manos del hombre fracasado y decepcionado (hablo como hombre) las expectativas divinas. Adán en el Edén o en la hermosa creación inmaculada. Noé en el nuevo mundo. Israel en Canaán. La casa de David en el trono. La casa de Leví en el santuario. El gentil con la espada y el poder, como un dios terrenal. El candelero. Todos han resultado falsos. Pero todos los propósitos en estos, todas las expectativas divinas en cada uno y todos estos, serán respondidas y realizadas por Cristo. La tierra florecerá de nuevo. Israel, David y Leví, pueblo, rey y sacerdote, estarán todos en su propio lugar y servicio en los días del Mesías. El gobierno en el mundo será en justicia, y la Iglesia se presentará en plena belleza, una Iglesia gloriosa e inmaculada.

Todo esto será así, como en la mano del gran Reparador de todas las brechas. Pero más que esto. Al principio, el Señor Dios preparó un sábado. Adán lo profanó. A su debido tiempo, Jehová preparó otro sábado en Canaán y en Salomón. Israel y la casa de David lo profanaron. Pero ahora, bendito sea decirlo, Cristo ha preparado un sábado para Dios. «He terminado la obra que me diste para hacer», dijo Él, dirigiéndose al Padre. Y Dios ha entrado en este sábado. Descansa en la obra terminada del Señor Jesús; y descansará en ella para siempre.

¡Misterio maravilloso y precioso! El hombre, el primer hombre, Adán, profanó el sábado que Dios había santificado; el hombre , el segundo hombre, Cristo, ha perfeccionado y preparado un sábado para el Señor Dios, y él lo disfrutará para siempre .

Bien podemos decir que Cristo es un reparador de brechas, sí, y mucho más, para su alabanza, en admiración de los caminos de Dios.

UNA REFLEXIÓN SOBRE ÉXODO XL Y HECHOS II

El Tabernáculo se erige en Éxodo 4, la casa de Dios del Antiguo Testamento. El Señor entra en él y lo adopta. La Nube reposa sobre él, y la Gloria entra en él.

Así sucede, aunque de otra forma, en la casa del Nuevo Testamento de Hechos 2. El Espíritu Santo, como un viento impetuoso, entra en ella, y lenguas repartidas, como de fuego, se asientan sobre ella. Este es el Señor (aunque repito, de otra forma), adoptando esta última casa, como había adoptado la primera. La casa era ahora una casa viva, y el Señor entra personalmente en ella, trayendo consigo sus dones, simbolizados por las lenguas repartidas de fuego. La casa de antaño había sido una casa material, y por lo tanto, apenas una casa de sombras, y el Señor había entrado en ella como la Gloria, la expresión o refulgencia de la presencia divina.

Sin embargo, en relación con estas cosas que son afines en las dos casas, tenemos que marcar un fuerte contraste.

Tan pronto como el Señor se sentó en la casa del Antiguo Testamento, habló, como encontramos en los primeros capítulos de Levítico, que siguen inmediatamente a Éxodo 40. Pero habló como alguien que estaba sentado allí para ser adorado o reconciliado. Si su pueblo lo comprendía en alguna medida de su dignidad divina, podían traerle una ofrenda quemada o de cereal. Si valoraban la comunión con él, podían traerle una ofrenda de paz. Si encontraban su conciencia contaminada por alguna transgresión o falta , él estaba allí para recibir una ofrenda por el pecado o la culpa, para que la brecha fuera reparada y la expiación o reconciliación perfeccionada. Por lo tanto, anunció las ofrendas y los sacrificios, y entregó las leyes de ellos detallada y claramente, tan pronto como tomó su asiento en el santuario. Así es.

Desde la casa del Nuevo Testamento, el Espíritu habla de igual manera, tan pronto como entra en ella. A través de los vasos que ahora había llenado, habla, como el Señor Dios, en la antigüedad, había hablado desde el tabernáculo de reunión (Levítico 1 :1). Pero aquí está el contraste: habla de «las maravillosas obras de Dios». No se trata de lo que se requería que el hombre hiciera, ni como adorador ni como confesor, como cuando el Señor habló desde la casa anterior; sino de lo que Dios ya había hecho en favor del hombre. Las palabras de Pedro son un ejemplo de esto, y relatan las maravillosas obras de Dios en Cristo: cómo lo había aprobado en los días de su carne, cómo por su consejo había sido entregado a la muerte, cómo lo había resucitado de entre los muertos, lo había exaltado a su diestra en el cielo y lo había hecho Señor y Cristo. Estas son algunas de las «maravillosas obras de Dios», que el Espíritu, a través de sus instrumentos, estaba repasando: las obras de Dios en gracia para con los pecadores, como el ministerio, la muerte, la resurrección y la gloria del Salvador de los hombres. Esto es lo que el Señor del Templo estaba haciendo ahora. No se refería a lo que debían hacer los adoradores agradecidos ni los santos convencidos, sino a lo que Él, el Dios de salvación, ya había hecho. Muy apropiado. Ciertamente , el Bendito debe ser adorado y satisfecho, servido con

nuestros sacrificios de alabanza y buscado con nuestras confesiones y humillaciones. A través de los siglos eternos de gloria, será la tarea agradecida y digna de su creación redimida adorarlo. Pero aun así, si hay algo bueno, hay algo aún más excelente, incluso para Dios. En la redención, Él brilla con mayor gloria que en la creación, y como Él mismo dijo: « Hay más dicha en dar que en recibir». Entonces, ¿es algo superior, algo propio del Nuevo Testamento, en contraste con lo propio del Antiguo Testamento, encontrarlo predicando o publicando sus obras de gracia para nosotros, en lugar de anunciar sus derechos y sus demandas para nosotros y de nosotros?

Seguramente puedo decirlo otra vez: así es.

La fe, añadiría, también tiene su camino bueno y su camino más excelente. Quisiera ilustrar lo que quiero decir.

Algunos de nosotros tenemos la disposición de mantener al Señor ante nosotros como Aquel que ha sido rechazado y expulsado aquí, y que, durante esta dispensación, es un Extranjero celestial, aceptado en lo alto como Aquel que fue rechazado en la tierra, un mártir a manos del hombre. Todo esto es ciertamente bueno y saludable para el alma, tener este sentido de las cosas. Pero si esto se vuelve exclusivo o incluso predominante, tenderá al legalismo y a un espíritu de esclavitud y temor. Si el Señor es visto indebidamente bajo esta luz, nos predispondrá a muchos ejercicios de acusación y autocondena del alma; pues ciertamente debemos descubrir cuán poco dignos somos en la compañía viva y práctica de este Cristo de Dios rechazado.

Más bien , debemos cultivar en nuestras almas una disposición o tendencia a conocerlo en la gracia que nos ministra, en el amor que nos ha declarado, en la seguridad eterna que su sangre imparte a nuestra condición y en la segura y radiante bienaventuranza que nos prepara. Si el otro es el buen camino de la fe, este es el más excelente. Así como se reveló una vez, como vimos antes, de una manera buena, y luego de una manera más excelente, primero en la casa del Antiguo Testamento y luego en la casa del Nuevo Testamento; así también la fe debe ejercitarse hacia Él en caminos buenos y más excelentes, como estos.

En el curso del razonamiento divino en la Epístola a los Hebreos, se nos instruye a ver al Señor en los cielos, en estas dos actitudes o caracteres. Pues se revela que Él está allí, como «esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies», tras ser expulsado aquí; y como «el Purificador de nuestros pecados», el aceptado y glorificado Amigo de los pecadores, para quien el lugar más alto en el cielo es suficiente.

Debemos fijarnos en Él en ambas cosas, lo sé con certeza , pero más bien en la última actitud y carácter, pues este es el «camino más excelente» de la fe, el camino, me atrevería a decir, que es también el más aceptable para Él. Véanse pruebas de ello en el Cantar de los Cantares.

En ese librito, los ejercicios del alma no son característicos de quien se esforzaba por ser imitador o seguidor de Cristo en su lugar de martirio entre los hombres, sino de quien conoce su amor y desea conocerlo mejor, avergonzado de honrarlo tan pobremente. Cristo es allí más un objeto que un ejemplo. El alma se ocupa en descubrirlo y crecer en su gozo; y él se ocupa en ministrar esos descubrimientos y fomentar esos goces. Y esto lo hace con una gracia sorprendente, diciéndonos que está descubriendo cosas similares de sus santos y disfrutando de un gozo similar en ellos.

EL LLAMADO CELESTIAL Y LA IGLESIA.

El llamamiento celestial se conoce desde el principio. Habiendo sido la tierra, en todas las épocas, escenario de decepción divina (por decirlo de alguna manera), y siendo los elegidos, por lo tanto, extranjeros y sufrientes en ella, los cielos les han sido revelados como su lugar de descanso y herencia. Abraham anhelaba una patria celestial. Enoc ya había sido trasladado allí. Moisés perdió la tierra prometida, pero obtuvo el Pisga de Dios. David confesó que él y todos sus padres habían sido extranjeros con Dios en la tierra. Elías, entre los profetas de los últimos días del Antiguo Testamento, así como Enoc entre los patriarcas en sus primeros días, fue llevado al cielo. Y así, el llamamiento celestial se recordaba constantemente y se tenía presente. Y todos los elegidos, en estos tiempos del Antiguo Testamento, ya sean patriarcales, mosaicos o proféticos, tienen, sin duda, una parte en los lugares celestiales. El Señor los llama a todos “hijos de la resurrección”, y con ello nos enseña que serán llamados a su herencia mediante la resurrección de entre los muertos, cuando no se casarán ni se darán en matrimonio, como Él enseña además, como si fueran hijos de la tierra.

En el razonamiento divino de la Epístola a los Gálatas, se hace alusión a ellos y se los considera como hijos y herederos, junto con los elegidos que ahora se están reuniendo.

Así, en los Hebreos, son considerados como perfeccionados y partícipes del llamado celestial, con nosotros en este día.

Pero la Epístola a los Efesios nunca los retoma para asociarlos con los santos que ahora se reúnen en el cuerpo de Cristo.

Estas distinciones son muy significativas y nos llevan a la conclusión de que los santos del Antiguo Testamento disfrutan del llamamiento celestial, o de lugares celestiales como su hogar y herencia, aunque se mantienen separados de la Iglesia, el cuerpo de Cristo y la Esposa de Cristo. Puedo decir esto respecto a ellos.

Pero dejando atrás estos tiempos del Antiguo Testamento, tiempos de Patriarcas y Profetas, y habiendo entrado en el Nuevo, llegamos a su debido tiempo al día de Pentecostés. El Espíritu Santo está entonces en la tierra, tras la glorificación del Hijo del Hombre en el cielo; y lo encontramos realizando una obra de "sobreabundantes

riquezas de gracia", que será para "la alabanza de la gloria de Dios" en los siglos venideros. Él está bautizando a los elegidos que ahora se reúnen en un solo cuerpo; un cuerpo del cual Cristo es la Cabeza; un cuerpo que también es llamado "la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo". Y el conjunto, Cabeza y Cuerpo juntos, es llamado con un título eminente y maravilloso: "Cristo " (1 Corintios 12:12).

Todo esto es realmente peculiar.

Por supuesto, esta elección, formando así el cuerpo o plenitud de Cristo, tendrá, junto con los santos del Antiguo Testamento, su lugar y herencia en el cielo. Pero mientras comparten así el llamamiento celestial con sus hermanos del Antiguo Testamento, estos no estarán en el cuerpo de Cristo con ellos. Cuando el Reino en su forma gloriosa se manifieste, cuando se alcance el mundo venidero, los santos del Antiguo Testamento tendrán un nombre allí, y serán, por así decirlo, principados y potestades en los lugares celestiales; pero la elección, ahora reunida y bautizada en un solo cuerpo, será entonces la plenitud de Aquel que está sobre esos principados, potestades y nombres, de Aquel que todo lo llena en todo.

Sugiero y presento mi juicio sobre estas verdades.

Y entonces —como diría más adelante— cuando todos estos hayan sido trasladados para encontrarse con el Señor en el aire, cuando los santos del Antiguo y del Nuevo Testamento, juntos, como iguales «hijos de la resurrección», hayan ocupado su lugar en los cielos, como se les había ordenado desde el principio, entonces comienza la acción del Apocalipsis, desde el capítulo 4. En el curso de esa acción, algunos santos de Dios morirán como mártires; y estos también serán llevados al cielo, donde ocuparán sus lugares como ciertas dignidades y tronos, «un noble ejército» o «una noble compañía», por así decirlo; pero no formarán parte del cuerpo de Cristo con la elección que ahora se reúne.

Los santos de Dios que sobrevivan al gran proceso judicial del Apocalipsis formarán la semilla o primicias del pueblo terrenal. Su llamado no es celestial. No tienen parte en los lugares celestiales. Comienzan a llenar y proveer la tierra milenaria; y para ellos, como primicias , se recogerá una cosecha, hasta que la faz de toda la tierra sea fructífera: Jerusalén, la tierra de Israel, el pueblo de Israel y las naciones de todo el mundo, constituyendo un escenario de poder y gobierno, y un santuario para el servicio del Dios del cielo y de la tierra, quien entonces desplegará las glorias de su Reino.

Y este Reino es objeto de mención en las Escrituras del Antiguo Testamento, junto con los juicios que lo introducen y las glorias que le dan su carácter. Pero el llamado de un cuerpo para Aquel que es la Cabeza de ese Reino no es el tema de esas Escrituras. Se le llama, en un sentido eminente, «el misterio», y se declara que estuvo «escondido en Dios desde la fundación del mundo», y solo ahora ha sido revelado a los profetas del Nuevo Testamento, siendo Pablo, el Apóstol de los Gentiles, el gran instrumento y depositario de él, su testigo y publicador especial.

Sin embargo, ha habido atisbos de ello desde el principio; la mente divina dejaba entrever el secreto que albergaba, de vez en cuando, como nosotros solemos hacerlo con algún pensamiento predilecto del que no podemos o no nos atrevemos a hablar en particular, pues los tiempos y las épocas nos lo prohíben. ¿ No es así? ¿No nos sucede lo mismo a nosotros, y no nos deleitamos al verlo así con Dios y su secreto? A pesar de tales prohibiciones , ante tales restricciones, por muy respetadas que sean, y con razón, el secreto a veces traspasa los límites y cruza el campo de nuestra visión en un tipo o en una historia, dejando a muchos observadores incapaces de descifrar qué es o qué significa.

Ahora quisiera considerar por un momento o dos vislumbres de este brillante secreto, habiendo viajado ya desde el principio hasta el final de las Escrituras, como "con todos los santos", notando el destino de los santos del Antiguo Testamento, de la elección que ahora se reúne bajo el Espíritu Santo, y de los santos apocalípticos, ya sea que mueran en el curso de ella, o sobrevivan a la acción de esa terrible temporada.

Creo, entonces, que «el misterio», la Iglesia, la Esposa del Cordero, comienza a manifestarse en la primera Mujer. Ella fue tomada, como sabemos, del costado de Adán, cuando este cayó en un sueño profundo; y luego fue formada por el Señor Dios para Adán; y finalmente puesta a su lado para ser su ayuda idónea , y en cierto sentido, su compañera coordinada.

Todo esto nos habla de la Esposa de Cristo (Efesios 5:1). El mismo misterio, en diferentes fases, se lee en las historias de otras mujeres en el libro del Génesis, como Rebeca, Raquel y Asenat. Y así, en el libro del Éxodo, en Séfora, la Esposa gentil de Moisés.

Es muy fácil leer algo de la Iglesia en cada uno de estos pasajes. Efesios 5 sin duda nos ha animado, nos ha guiado en el camino y nos ha dado un ejemplo de cómo debemos interpretar estos tipos.

No dudo de que la Espigadora de Levítico xxiii sea también un personaje misterioso o típico. Se la presenta en el intervalo de la historia de Israel y de la tierra, o entre la Fiesta de Pentecostés y la Fiesta de las Trompetas.

** Se ha observado que el lenguaje de Efesios 5.º refleja el deleite de Adán al recibir a la mujer que Dios le había preparado. Véase Génesis 2:23, Efesios 5.º 30.*

Durante un paréntesis de unos tres meses en el año eclesiástico judío, perdemos de vista todo menos a esta Espigadora. No es más que una pobre Extranjera. Ha entrado en los campos de los señores de la tierra, no para codiciar ni usurpar, sino como Extranjera que entra y como Extranjera que sale, satisfecha, por así decirlo, con «comida y vestido», que es el sustento del Extranjero y la satisfacción del Cristiano o de la Iglesia. (Deuteronomio 10:18; 1 Timoteo 6:8).

No digo que Rut no pueda ser una figura similar a la espigadora de Levítico xxiii, porque ella entra en la escena también en un intervalo que interrumpe la historia de

Israel, como entre su ruina moral total al final de Jueces y su reavivamiento al comienzo de 1 Samuel.* Pero concedo que más bien podemos ver en Rut al remanente de los últimos días que entra en los términos gentiles de la gracia soberana, según Romanos xi. 81.

Pero estos tipos del Antiguo Testamento son, en realidad, tenues. El misterio de la Iglesia se revela especialmente en la Epístola a los Efesios. Allí se menciona bajo dos títulos que le son exclusivamente propios: «el cuerpo de Cristo» y «la esposa de Cristo».

* *La Iglesia, como sabemos, entra en escena justo cuando lo hacen estos espigadores, en un momento en el que se ha vivido una ruptura en la historia de Israel.*

Alguien ha dicho con contundencia: "No es en los cielos arriba, ni en la tierra abajo, ni en los mismos ángeles, brillantes testigos del poder creador, que el carácter y los caminos de Dios se manifestarán en los siglos venideros: es en la nueva creación redimida en Cristo, en la Iglesia y por la Iglesia, que se dará a conocer la multiforme sabiduría de Dios. En la Iglesia, resplandeciente emanación de la mente divina, obra maestra de la obra de Dios, se manifestará toda perfección de luz, gloria y belleza; de lo contrario , sería indigna de su alto destino como la Esposa . Las profundidades y alturas de la gracia, el amor y el poder de Dios nunca serán conocidas por las huestes celestiales hasta que contemplen a la Iglesia, escogida de la raza arruinada y apóstata de Adán, no solo llevada a la más íntima y dulce intimidad de filiación con Dios, sino exaltada a la más alta dignidad en el cielo, partícipe de la gloria inefable de su Cabeza resucitada".

Sin duda, estas palabras son útiles para la edificación. Pero, además, al exponer la gracia y la gloria en esta Epístola a los Efesios (que ahora consideraré con más detalle), podemos observar una peculiar acumulación de lenguaje, como si el Escritor (el Espíritu) fuera consciente del singular peso y dignidad del tema que estaba tratando. Leemos sobre «la gloria de la gracia», «las riquezas de la gracia», «las sobreabundantes riquezas de la gracia», «la alabanza de su gloria» y «la alabanza de la gloria de su gracia». Este es el estilo en el que se exponen los magníficos secretos de esta Epístola. El cofre es conforme al tesoro.

Y la visión del Señor ascendido se presenta en el mismo estilo que se nos presenta. Otro ha observado que San Marcos nos dice que nuestro Señor fue llevado al cielo. La Epístola a los Hebreos nos dice que fue llevado a través de los cielos. Pero esta Epístola nos dice que ascendió muy por encima de todos los cielos (Mc 16:19; Heb 4:14; Ef 4:10). ¡Qué relato tan variado y maravilloso de Él! Pero el relato de Éfeso es el más magnífico, pues le otorga al Hijo del Hombre el mismo lugar que se le da a Dios mismo en Deuteronomio 10:14.

Y esta acumulación de lenguaje, de la que he hablado, se conserva en el segundo capítulo, donde el Espíritu se acerca a los objetivos de este alto llamamiento, y no, como antes, a la naturaleza misma del llamamiento. Nos conoce, pecadores, en

dos condiciones: muertos y alienados; muertos en nosotros mismos, alienados de Dios; y luego nos ve trasladados a las condiciones opuestas de vida y cercanía. Pero, al tratar estas cosas, acumula lenguaje, como lo había hecho antes. Los términos se multiplican, las descripciones se repiten detalladamente, para que todas estas condiciones en las que se nos presenta, y cada una de ellas por separado, puedan ser comprendidas con gran énfasis por nuestras almas. El estado de muerte en el que nos encontrábamos por naturaleza era terriblemente completo; el estado de vida en el que ahora nos encontramos es completa y eternamente perfecto. Nuestra condición de distanciamiento de Dios, en la que nos encontró la gracia, se describe como tal que nada podía trascenderla; nuestra condición actual de cercanía a Él es tal que solo el Hijo mismo pudo haber disfrutado, por así decirlo, antes que nosotros.

Pero además. La característica de la bendición de la Iglesia es esta: que están en Cristo. Los santos de antaño, como hemos visto, tendrán un destino celestial; pero el llamado de la Iglesia es celestial, en y con Cristo.

La palabra “en” abunda allí de una manera notable, y siempre es en “Cristo ”. En el curso de las maravillosas revelaciones allí hechas, aprendemos que habiendo sido vivificados juntamente con Él, ahora estamos sentados en lugares celestiales en Él.

Habiendo ascendido así, también se nos enseña que allí en lo alto somos bendecidos con todas las bendiciones en Él.

Y nuevamente somos aceptados en Él, el Amado, hechos objetos de amor personal y bendecidos con todas las bendiciones espirituales.

Y además, en Él, Dios hizo sobreabundar para con nosotros toda sabiduría y conocimiento, dándonos a conocer sus pensamientos y su beneplácito acerca de los siglos venideros, y dándonos el lugar de amigos.

Así nos sucede ahora. Pero esta misma Escritura mira hacia adelante y hacia atrás, y nos muestra el interés que teníamos en Cristo antes de que el mundo existiera, y el que tendremos en Él cuando el mundo haya llegado a su fin. Antes de que el mundo existiera, aprendemos que fuimos escogidos en Él y predestinados para ser adoptados como hijos. Y cuando el mundo termine, y las dispensaciones hayan concluido su maravillosa historia, aprendemos que seremos herederos en Él y con Él de ese gran nuevo sistema, el mundo venidero, en el que todas las cosas serán reunidas bajo Él como su Cabeza.

Este es, sin duda, un tema trascendental: nuestra porción eterna en Cristo, nuestra posición en Él, con los consejos que la establecieron antes de que el mundo existiera, la elevada condición y las prerrogativas en las que ahora nos coloca, y la porción que nos otorgará en los siglos venideros. Y todo este excelente estado es nuestro, simplemente porque ahora creemos o confiamos en Él.

Pero aquello que había sido así «escogido en Cristo» desde antes de la fundación del mundo, estaba «escondido en Dios» hasta que fue revelado por el Espíritu a los

profetas del Nuevo Testamento. Y su revelación completó la Palabra de Dios (Col. 1:25). Fue la revelación final y culminante, hecha especialmente por medio de San Pablo, el Apóstol de los Gentiles. La Iglesia está llamada a la más alta dignidad, y su revelación ocupa el último lugar en las comunicaciones de Dios. Sí. La Iglesia ha sido revelada al final. El Apostolado Gentil la ha dado a conocer. Aunque escogida en Cristo antes del mundo y escondida en Dios por siglos y siglos, ahora se revela, la corona de todos sus propósitos, así como la última de todas sus comunicaciones.

Me pregunto: ¿Es esto extraño ? ¿Debe ser una sorpresa, o estamos preparados? ¿Nos ha preparado la Escritura, Dios mismo en su Palabra, para algo así, para un método como este?

Creo que sí. Encontramos otras cosas similares, relacionadas con esto, en las Escrituras.

La Mujer fue la última criatura revelada o surgida en la obra de la creación. Adán vivía en su hogar, en sus propiedades y en sus dominios antes de tener a la Mujer. Todas las provisiones del Jardín eran suyas. Había sido coronado señor de todo lo que contemplaba. Había puesto nombre a todo el ganado, las bestias del campo y las aves del cielo. Estaba en sus dominios, así como en su hogar y en sus propiedades. Pero la Mujer aún no existía. Ella surge como la última, pero es la corona de su gozo y la perfección de su condición. (Génesis 2)

Lo mismo ocurrió con Jerusalén en Canaán, como ocurrió con la Mujer en Edén.

La tierra misma había sido sometida y dividida. La espada de Josué y la suerte de Eleazar habían causado esto siglos atrás. Pero Jerusalén seguía siendo una fortaleza jebusea. Seguía siendo posesión de los gentiles. Los jueces habían gobernado en sus respectivos días , y Saúl había reinado. Pero Jerusalén fue como nada durante todo ese tiempo, sin valor, sin revelación. Al final, David la redujo a manos de Israel; y la embelleció y la amuebló. Se convirtió en el trono y el santuario, el gran centro de atracción, el objeto de mención en toda la Escritura, cuya belleza y dignidad es un tema inagotable. El Espíritu en la Escritura la celebra una y otra vez ; Israel, en los días de su nación, se deleitaba allí, celebrando fiestas y días festivos en ella; y nuestros pensamientos bíblicos aún están llenos de ella. Ella es la gema, la perla, la reina, el objeto, en la tierra y en la historia de Israel. — Este último, de nuevo, es el más importante . La Jerusalén de Canaán es como la Mujer del Edén.

Y lo mismo ocurre nuevamente con la Ciudad Dorada del Apocalipsis XXI.

Los juicios que debían limpiar la Herencia y expulsar del reino a todos los ofensores se han ejecutado. La victoria del Jinete del caballo blanco y su ejército ha sido alcanzada. El reinado de los mil años ha sido establecido (cap. xix, xx). Pero la Novia aún no ha sido revelada. Pero ahora, al final del Libro, al despedirnos de los inefablemente preciosos oráculos de Dios, es a la Mujer a quien vemos, la Mujer de Génesis 2, la Jerusalén de la tierra de Israel; solo que es la Mujer celestial, y no la

Mujer del Edén, la Jerusalén celestial, y no la terrenal. Ella ahora, la Esposa del Cordero , se revela, la obra cumbre de la obra divina, la revelación divina más reciente.

¿No hay , entonces, pregunto de nuevo, bondad en todas estas cosas? ¿No podríamos estar preparados para encontrar esa excelencia que fue elegida en Cristo antes de la fundación del mundo, para permanecer oculta en Dios por siglos, y ser revelada solo cuando la revelación de todos los secretos estuviera a punto de completarse, y la Palabra de Dios se cumpliera ?

¡Sin duda ha habido un rico y maravilloso descubrimiento de los secretos del corazón! Se revelan los secretos del hogar , así como las glorias del reino. Debemos permanecer atentos y ver de nuevo el camino de Dios.

Cuando Israel hubo superado el temor y la espada del Ángel Destructor, y, bajo la guía de la Nube, llegó a las cercanías del Mar Rojo, se le ordenó detenerse y ver la salvación de Dios. (Éxodo 14). Lo hicieron. Así, y esa salvación se manifestó en vastas y maravillosas formas de gracia y poder que hasta entonces habían permanecido ocultas. Ya habían conocido la redención por la sangre. Los primogénitos ya habían sido liberados, y el juicio de Dios había quedado atrás. Se había agotado, y ellos estaban a salvo. Pero la Gloria en la Nube, la vara de Moisés, el Ángel que esperaba en el campamento, todos tenían ahora que revelar algunas virtudes excepcionales y maravillosas que , hasta ese momento, no se habían revelado. El Ángel cambió de lugar y se interpuso entre el campamento de Israel y el ejército egipcio, para mantenerlos separados durante toda la noche. La vara de Moisés ordenó a las aguas del mar que se alzaran como un montón. La Gloria se asomó desde la Nube y turbó al ejército egipcio. ¡Poderes extraños y misteriosos, nuevas y sobrecogedoras revelaciones de gracia! Israel está seguro, tranquilo y triunfante, y solo le queda avanzar y cantar el cántico de victoria y liberación, del servicio presente en el santuario y de las glorias venideras en el reino.

Así que aquí, en la Epístola a los Efesios, el pecador ya ha sido rescatado por la sangre de Jesús. Los pecados son perdonados, y los santos, así, más allá del juicio, son llamados a escuchar, hasta que el alto llamamiento de la Iglesia en Cristo Jesús, bajo las abundantes gracias de Dios, como la salvación de Dios en el Mar Rojo, se revele ante sus oídos. Solo tienen que escuchar. Si hablan de responsabilidad, esto es todo: escuchar, aceptar, ser felices y agradecidos, porque todo esto es lo que es, y el Dios de toda gracia es para ellos lo que es. Y el Apóstol, quien les enseña estos ricos y maravillosos secretos, solo ora por ellos, para que, al escuchar, tengan un corazón dispuesto a comprender.

Sus oraciones por ellos, ya sea en el primer capítulo o en el tercero, nos dan otras muestras de esa acumulación de lenguaje, de la que ya he hablado, y que es tan expresiva de la conciencia de tener que lidiar con temas y pensamientos de un peso y dignidad muy peculiares.

Al adentrarnos en el cuarto capítulo, nos encontramos con algo maravilloso a su manera, como lo que ya hemos visto.

El cautiverio del hombre bajo la mano de la Serpiente Antigua, en Génesis 3, fue completo. La mentira de Satanás fue aceptada, el hombre se convirtió en pecador, separado de Dios y perdido: el Edén fue perdido, la tierra maldecida, el hombre y la mujer castigados, y Satanás, mentiroso y errante, vagó por la faz de la tierra.

Esta primera historia del cautiverio del hombre se ve brevemente en Efesios iv, como contraste. El mismo Captor con todo su ejército ahora es hecho cautivo (una multitud cautiva), y por el Libertador del hombre es conducido en triunfo, o exhibido abiertamente, como habla otra Escritura afín (Col. ii). Pero este Libertador ha demostrado ser no solo poderoso de esta manera, sino también glorioso. Él llena todas las cosas . Ha descendido y ascendido: ha estado en las partes más bajas de la tierra, la tumba, la fortaleza misma del Captor; y ahora está muy por encima de todos los cielos. Y tal Ser , este Libertador, poderoso y glorioso, ha tomado sobre Sí la tarea de escribir la historia o asegurar las fortunas del antiguo cautivo de Satanás. Y es maravilloso, como leemos más adelante en este capítulo. Habiendo obrado la liberación en las partes más bajas de la tierra, ahora en los lugares más altos, muy por encima de todos los cielos, ha recibido dones para las antiguas víctimas de la Serpiente ; y los ha distribuido ; y por medio de ellos los ha dotado con las más ricas porciones y las más altas dignidades. Estas dotes han llevado al antiguo cautivo del gran enemigo a la perfección; lo han hecho, en un sentido divino y espiritual, independiente; le han dado seguridad contra las artimañas del engañador; y han depositado sus recursos dentro de sí mismo, mediante el Espíritu Santo que le fue dado. (Véase vers. 8-16.)

Puede que al principio nos sorprenda encontrar algo así: las ruinas del hombre en Génesis 3, confrontadas con su recuperación en Efesios 4; la ganancia y el triunfo de la antigua Serpiente allí, correspondidos y anulados por su vergüenza y derrota aquí. Pero así es. Y la sorpresa puede cesar si recordamos que la Epístola a los Efesios, como hemos visto, es la más maravillosa muestra de los resultados de la redención que nos presenta la Escritura. Por lo tanto, podemos esperar encontrar Génesis 31 confrontado en tal Epístola. Es la escritura especial sobre la Iglesia, que es «el Cuerpo de Cristo» y «la Esposa de Cristo». El primero de estos títulos nos indica que ocupa el lugar más alto de honor ; el segundo, que también ocupa el lugar más querido e íntimo de afecto y relación personal. Además, se le considera, ante la creación de Dios, ante los principados y potestades en los lugares celestiales, el gran testigo, el único testigo adecuado, de la gracia, la gloria y la sabiduría; de las abundantes riquezas de la gracia, de la alabanza de la gloria y de los múltiples recursos y secretos de la sabiduría. Ella es esto, y su revelación, recordemos, ha completado o llenado hasta su plenitud la Palabra de Dios.

Otro ha observado que el llamamiento de Dios en la antigüedad era a individuos, para que anduvieran con Dios; o a una nación (como la de Israel), para que observaran los estatutos y cumplieran las leyes de Dios, su Rey. Pero ahora, el

llamamiento de Dios es a un cuerpo. Si bien esto es así, la individualidad del santo aún se contempla; y la Epístola a los Efesios lo tiene presente, dirigiéndose enfáticamente a nosotros en nuestros pasajes personales e individuales, en el capítulo V.

Esta es una verdad oportuna y oportuna al final de esta maravillosa epístola. Y ciertamente debemos conocer nuestra posición personal, nuestra propia perfección individual, antes de ocuparnos del llamado de la Iglesia o del Cuerpo. En consecuencia, en otro lugar, el Apóstol hace saber a los santos que hablaría de tal sabiduría, la sabiduría de estos misterios divinos, solo entre aquellos que eran perfectos. (1 Cor. 2:6). Y así aquí, en Efesios somos individualmente elegidos, predestinados, perdonados, aceptados, instruidos, sellados (según el capítulo 1); y luego, se ora por nosotros, para que podamos tener ese espíritu de sabiduría y revelación que nos capacita para comprender nuestro llamado a la Iglesia, la fuerza que nos guía y la gloria que debemos alcanzar: «La Iglesia corporativamente está compuesta de creyentes individuales; y aunque vista en su carácter corporativo, tiene relaciones con Cristo que el creyente individualmente no tiene—porque ningún creyente es el Cuerpo de Cristo o la Esposa de Cristo—sin embargo, es en los afectos y la conciencia del creyente individual, que las relaciones de la Iglesia con Cristo deben ser reconocidas y tener su efecto".

Ciertamente es así. Los santos individuales primero se perfeccionan bajo el Espíritu dado, y luego el Cuerpo se edifica, como vemos en el capítulo 4:12. Los preceptos, que encontramos del capítulo 4:17 al 6:9, se dirigen a nosotros individualmente; pero el estado de la Iglesia se asume o contempla aquí y allá a lo largo de todo el texto.

Y aquí, permítanme decir, en cuanto a los preceptos, que el llamado mismo, la gracia en la que nos encontramos, podría guiarnos, sin preceptos. Esta idea está respaldada por pasajes como Tito 2:11, 12 y 2 Pedro 3:11, 14. Los santos en Génesis actúan sin ley ni precepto. Su llamado sugería sus deberes. "¿Cómo podría yo cometer esta gran maldad", dijo uno de ellos, "y pecar contra Dios?". La gracia en la que se encuentran los santos del Nuevo Testamento podría hacer lo mismo. Aun así, están llamados a escuchar los preceptos, como aquí en esta porción de la Epístola a los Efesios. Pero los preceptos honran notablemente las doctrinas. Comúnmente se refieren a ellas o las presuponen tácitamente ; y así, por así decirlo, se presentan como expresiones de la virtud moral que se esconde en ellas.

Y además. Nos hacen saber que la santidad debe tener un carácter dispensacional. No es simplemente virtud moral, como sugeriría la conciencia ; no es justicia legal, como la ley podría exigir; ni es lo que Juan Bautista habría prescrito. Es cristiana. La santidad, o el carácter debido, de un santo, se deriva del llamado cristiano. Encuentra sus fuentes y sanciones en la verdad cristiana. Se mide por la Palabra que ahora se dirige a nosotros y que delinea nuestro lugar y peculiaridad dispensacional. Es la santificación de la verdad, el lavamiento del agua por la Palabra, lo que se busca. Es esto lo que da un carácter definido a la moral que Dios

acepta y que el Espíritu obra. Y esto es lo que se descuida o se pasa por alto, pero que, para estar en la luz como Dios está en la luz, debe ser atendido.

Pero hay algo más en esta epístola. Hay conflicto o lucha. Vemos el caminar de un santo en Efesios 5, su lucha en Efesios 6. Su caminar se encuentra entre los altibajos de la vida, las circunstancias y relaciones que conforman la historia humana. Su lucha es contra las asechanzas del diablo, o contra las huestes espirituales de maldad en los lugares celestiales.

Estos espíritus malignos provienen de lugares celestiales, y traen consigo mentiras y engaños de infinita variedad. 2 Crónicas 18 es un testimonio directo de ello. Allí, se ve a un espíritu salir del cielo con una mentira en la boca; o con una mentira que pone en boca de uno de los falsos profetas de Acab. Y esa mentira conduce a Acab a la fatal batalla de Ramot de Galaad .

La Serpiente, al principio, entró en el jardín como mentirosa, y con una de sus artimañas arruinó al hombre (Gén. iii). Satanás, con otra de ellas, tentó a David para que censara al pueblo, conduciéndolo a un terrible día de retribución (1 Crónicas 21). Esta misma naturaleza de engañador se reconoce en Apocalipsis 12:9; 20:8. Y las señales, los prodigios mentirosos y todo engaño de injusticia se mencionan como obra de Satanás en 2 Tesalonicenses 2:9-10.

Así que tenemos espíritus malignos en los lugares celestiales ejerciendo “artimañas ” aquí en medio de nosotros.

Estas artimañas, estas mentiras de «los gobernantes de las tinieblas de este mundo», pueden ser multitudinarias; tales como sugerencias infieles, perversiones de la verdad, supersticiones humanas devocionales, confusión de cosas que difieren dispensacionalmente , cálculos falsos sobre el progreso del mundo, y cosas por el estilo. ¡Qué solemne es este pensamiento! Pero qué bien que se nos informe de estas artimañas y así prepararnos para ellas. Se mencionan ejemplos claros de estas artimañas en 2 Corintios 2:11; 11:8; 2 Timoteo 2:26.

Es con estas artimañas con las que debemos luchar. En otros casos (como cuando es un mentiroso o un perseguidor), podríamos caer ante el enemigo. Porque nuestra lucha no es contra carne y sangre, como la de Josué o David. Dios los envió a tal conflicto, habiéndoles puesto una armadura adecuada para enfrentarse a la carne y sangre.

Pero de ninguna manera es así ahora. Ni una sola pieza de nuestra armadura serviría para la batalla de Hai ni para el día del valle de Ela. Nuestros enemigos no son los amorreos ni los filisteos. Es una armadura preparada para enfrentar al corruptor de la verdad, a aquel que no cesa de pervertir los caminos rectos del Señor (Hechos 13:10). Es el cinto de la verdad, la coraza de la justicia, el calzado del evangelio de la paz, el escudo de la fe, el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu.

Toda la era por la que estamos pasando se considera como “una guerra”, con luchas ocasionales o “días malos”; por eso el Apóstol nos dice: “Para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes”.

Estas «artimañas » también pueden convertirse en «dardos de fuego». Es decir, estas mentiras y engaños que siempre circulan pueden , de vez en cuando, de una forma u otra, dirigirse directa y personalmente contra nosotros.

Y es sorprendente observar lo que esta Epístola nos enseña sobre estos principados y potestades malignos. Nos dice que son cautivos de Cristo, enemigos del santo, con quienes él ... tiene que luchar, y los gobernantes de las tinieblas del mundo. (iv . 8; vi. 11, 12.)t

** Satanás es un acusador de los Hermanos en el cielo (Job 1 ; Apocalipsis 12). En la tierra es un acusador de Dios (Génesis 2) y un perseguidor de los santos (Job 2; Apocalipsis 12). Pero el Apóstol aquí habla sólo de sus artimañas o engaños* .

ha observado que Éfeso se presenta muy especialmente como escenario de aquellos espíritus malignos que practican sus mentiras y engaños (véase Hechos 19:19) .

Pero aquí podría añadir (aunque nuestra Epístola no lo sugiere) que el actual gobernante de las tinieblas de este mundo está condenado a emprender un viaje solemne pronto . Será expulsado del cielo, donde ahora se encuentra, y actuará solo en la tierra. Entonces, a su debido tiempo, será sacado de la tierra y arrojado al abismo. Entonces, al ser sacado del abismo, será entregado al lago de fuego, o a su condenación eterna. (Véase Lucas 10:18 ; Rey 12:20).

Y esto, puedo añadir, es el viaje completamente opuesto al del Señor. El Señor resucitó como un Conquistador. Había sido «muerte de muerte y destrucción del infierno». Regresó a la tierra, donde permaneció cuarenta días, dando promesas y promesas respecto a su futuro reino . Y luego ascendió a los cielos más altos, recibiendo todo poder y enviando al Espíritu Santo para morar en sus santos y prepararlos para sí mismo en el día de gloria suprema, cuando se manifestará como quien llena todas las cosas, según esta misma epístola.

Aquí terminamos, salvo la conclusión misma, que tiene, sin embargo, un carácter que debo destacar.

El Apóstol se describe a sí mismo como un «embajador encadenado». ¡Qué otro testigo fue, entonces, en ese momento, del carácter del mundo que acababa de reconocer bajo el dominio de los poderes de las tinieblas! ¡El embajador de Dios fue encarcelado por el mundo al que Él lo había enviado! ¿Acaso una nación trata así al representante de otra? ¿Acaso no es sagrada la persona de un embajador?

Pero el prisionero del hombre es el hombre libre de Dios ; y bajo el cuidado del amor considerado, desde su prisión enviará mensajes de simpatía, consuelo y estímulo

a sus amados hermanos a cientos de millas de distancia de él, más allá de los mares.

EL DINERO DE LA EXPIACIÓN.

Éxodo xxx. 11—16.

Cuanto más simple sea nuestra comprensión de la «expiación» o «reconciliación» (es decir, la misma cosa), más feliz será. Implica un cambio de actitud hacia Dios. En lugar de estar lejos de Él, nos acercamos a Él ; en lugar de estar en enemistad, estamos en paz con Él. Tal es nuestra condición. Cualquiera que sea nuestra experiencia, nuestra condición es la de paz con Dios, cuando hemos recibido la expiación realizada por la sangre de la Cruz.

Pero esta reconciliación, esta condición de paz con Dios, se basa en el hecho de que Dios encuentra su satisfacción en lo que Cristo hizo en la cruz por nosotros. Mi paz con Dios depende de su satisfacción en Cristo. Si Dios no descansara en Él y en su obra por mí, yo no podría descansar en Él. Si la demanda de Dios, en justicia, contra mí no hubiera sido atendida, no habría tenido derecho a hablar de reconciliación ni a ocupar mi lugar en paz ante Dios. Yo era deudor de Dios, deudor de morir bajo la pena que Él justamente impuso sobre el pecado. Cristo actuó como mi fiador ante Él. Él asumió mi causa como pecador. Si Dios no hubiera estado satisfecho con mis responsabilidades hacia Él, aún estaría lejos de Él; Él aún tendría una pregunta conmigo, una demanda sobre mí y contra mí.

Por lo tanto , pregunto: ¿Está Dios satisfecho con lo que Cristo ha hecho por mí? Respondo que sí, pues me lo ha hecho saber mediante los testimonios más maravillosos, gloriosos y magníficos que se puedan concebir. Ha hecho pública su satisfacción en la cruz de Cristo, en Cristo como Purificador de pecados, por boca de los testigos más irreprochables que jamás se hayan escuchado en un tribunal donde la justicia o la rectitud presidan un asunto. Me dice que todas sus demandas contra mí como pecador han sido cumplidas plena y justamente.

El velo rasgado lo declara. El sepulcro vacío lo declara. La ascensión de Cristo lo declara. La presencia del Espíritu Santo aquí (don como Él es, y fruto de la glorificación de nuestra Fianza) lo declara.

¿Se presentaron alguna vez testimonios tan augustos al debatir una causa? ¿Se presentaron alguna vez testigos de mayor dignidad o de tan indiscutible credibilidad para que prestaran declaración? ¿Se presentaron alguna vez declaraciones de forma tan convincente?

La consecuencia está bien ponderada. La paz con Dios es nuestra condición, una condición establecida por Dios mismo. Porque invocamos la cruz de Cristo como nuestro derecho a la paz, habiendo Dios mismo declarado que Él y todas sus

demandas contra nosotros se satisfacen en y por esa cruz. Dios descansa en Cristo, y nosotros también.

Mi experiencia: puede ser fría y débil. Es tan segura. Puede estar manchada por dudas, temores y otros afectos, de los cuales debería avergonzarme. Pero mi condición es segura y fuerte, tal como el trono mismo de Dios. El Purificador de pecados ha resucitado de la muerte por la cual respondió por los pecados, y ha sido llevado a ese trono como tal Purificador, y si Él puede ser movido, también debe serlo el trono donde se sienta. Si Él es rechazado allí, la palabra, el llamado y la voz de Dios que lo convocó y lo sentó allí, también deben ser contradichos y rechazados. « Justificados por la fe, tenemos paz con Dios», debe leerse como una exposición de nuestra condición, más que de nuestra experiencia. Por la fe en la muerte y resurrección del Cordero de Dios, somos justificados, estamos en un estado de aceptación con Él, permaneciendo en la justicia divina, o «como la justicia de Dios». Este es nuestro estado, nuestra condición ante Él, nuestra relación con Él. Nuestra experiencia puede que no lo mida, pero así es; aunque seguramente nuestra experiencia debería ser nuestra condición.

Pero permítanme mirar un poco más particularmente a Éxodo XXX.

Esta ordenanza del dinero de expiación nos dice que Dios se apropia de sus elegidos solo como pueblo rescatado. Y ciertamente sabemos que así es. Si no somos rescatados , no somos suyos. Si no tenemos el valor de la sangre de Cristo, no somos contados para Él como parte de su herencia ni como pertenecientes a Él.*

* *El acto de numerar es símbolo de apropiación. Numerar las cosas expresa propiedad sobre ellas. Salmo 147:4.*

Antes de la institución de esta ordenanza, esta era una verdad reconocida. En la tierra de Egipto, el primogénito, ya fuera humano o animal, era suyo, porque era el primogénito quien había sido rescatado (Éxodo 12:13). Y después, en los días del Nuevo Testamento, aprendemos lo mismo. El Señor Jesús le dice a Pedro: «Si no te lavo, no tendrás parte conmigo» (Juan 13). Y, sin duda, puedo reiterarlo, sabemos que esto es así; solo que lo tenemos aquí, entre mil otros, en boca de estos tres testigos : por el testimonio de la Pascua, por el testimonio de esta ordenanza del dinero de la Expiación y por la palabra de su Señor a Pedro en Juan 13.

Pero esta ordenanza no sólo nos dice que así nos encontraremos entre el pueblo de Dios, al ser un pueblo redimido, un pueblo que hace mención delante de Él de la sangre de Cristo, y de ella solamente, trayendo consigo a Su presencia el dinero de la expiación, y sólo eso, sino que también nos dice que Él mismo ha fijado y establecido lo que será ese rescate o dinero de expiación.

Esto nos llena de consuelo, si lo pensamos. Aprendemos todo sobre el camino para llegar a Dios de Él mismo. No tenemos que razonar al respecto, sino aceptar su explicación del asunto en toda su extensión . Cada israelita debía presentarse a

Dios con su medio siclo , llamado «la moneda de la expiación». No importaba si era rico o pobre. No tenía que medir su ofrenda él mismo; el Señor había prescrito y determinado cómo debía ser. Y todos comparecieron juntos en virtud de un mismo rescate.

De modo que obtenemos estas conclusiones con toda claridad, decisión y sencillez. Es la divina complacencia y la segura revelación de Dios que Dios tenga a su pueblo con Él y ante Él solo como pueblo redimido, —el precio, la calidad y la medida del rescate siendo fijados enteramente por Él, de modo que no tengan que objetar ni cuestionar, sean quienes sean, ricos o pobres— y que, de esta manera, todo su pueblo no solo se reconcilia y se acerca a Él, sino que está unido en una misma salvación y animado por una misma fuente de triunfo y júbilo.

La conciencia de un pecador, instruida por las Escrituras, puede, por lo tanto, entregarse a estos pensamientos y seguridades. El verdadero medio siclo, el verdadero dinero de la expiación , es decir, la sangre del Cordero, es la contraprestación, la contraprestación completa, adecuada y firme, sobre la que se basa el pacto de paz. Es un rescate justo. Dios es justo mientras justifica al pecador que confía en él. El Señor mismo dice de ello: «Este...» Es el nuevo pacto en mi sangre. Se llama «la sangre del pacto eterno», y se nos predica que, en virtud de ella, Dios, como « Dios de paz», resucitó de entre los muertos a nuestro Señor Jesús, el gran Pastor de las ovejas, un Salvador y Pastor de los pecadores (Hebreos 13:20).

Y podría añadir a esto, y a lo que ya he dicho, que la idoneidad de este medio siclo místico, esta preciosa sangre de expiación, está finamente expuesta en contraste con la insuficiencia de todos los demás sacrificios, en Hebreos 10:1-18.

La insuficiencia de todas las ofrendas levíticas se deduce del testimonio que ellos mismos dan. Son juzgados por su propia boca, y ningún juicio puede ser de mayor calidad que ese. Así, el hecho de que quien hacía esas ofrendas, el sacerdote en el santuario levítico, solo comparecía ante Dios, teniendo que salir de la presencia divina para repetir el mismo sacrificio en el tiempo señalado. El hecho de que dicha repetición se hiciera año tras año, recordando así el pecado, y no su remisión. El solemne reconocimiento de la insuficiencia de esos sacrificios u ofrendas, por Cristo mismo, cuando, en el volumen del libro, se presenta dispuesto a ayudar a los pecadores, a hacer la voluntad de Dios. Y luego, la imposibilidad misma de que la sangre de toros y machos cabríos pudiera quitar el pecado. En contraste con esto, la suficiencia de la sangre de Cristo se testifica y concluye de forma contundente. El hecho de que Él esté sentado en el santuario celestial, habiendo satisfecho a Dios mediante el sacrificio que ofreció, y por consiguiente recibido y acogido, y colocado para siempre ante Dios como Purificador de pecados. El hecho también de que ahora esté ocupado con pensamientos y expectativas de su reino venidero, sin necesidad de pensar más en el pecado y su expiación, como lo hizo en el volumen del libro o en el día en que se establecieron los términos del pacto eterno. Y el hecho adicional de que el Espíritu Santo, en el nuevo pacto sellado por la sangre de Cristo, habla de la remisión del pecado; no como lo hacían los sacerdotes

levíticos sobre los sacrificios que ofrecían, del recuerdo de este. Todo esto es alentador y tranquilizador. Pero debo añadir algo más. La idoneidad del verdadero medio siclo , el verdadero dinero de expiación, no debe basarse simplemente en su designación divina, sino en su propia naturaleza. Es designada por Dios, por su naturaleza, por su idoneidad intrínseca. Es medio siclo «del santuario», pesado en la balanza del Lugar Santísimo y hallado de pleno valor ante el trono de Dios. No debemos decir que la sangre del Cordero es el camino señalado, como si Dios pudiera haber elegido o tomado otro. Más bien, debemos decir que es el único camino, porque en ese sacrificio, y solo en él, Dios es justo y el Justificador de los pecadores. Es el precio, el único precio, que mide la deuda, que satisface la balanza del santuario y que da al pecador una respuesta ante el trono de justicia. ¡Bendito misterio! —hace todo esto. De modo que el Apóstol se pierde en admiración al contemplar este gran espectáculo, al meditar en ese sacrificio que tenía la virtud de la «impecabilidad » y del «Espíritu Eterno» en él. Lo vemos tratar con cierto desprecio e indignidad la idea de la sangre de toros y machos cabríos; diciendo: «No es posible que la sangre de toros y de... Los machos cabríos deben quitar los pecados." Pero con fervor de espíritu, como quien se perdía en asombro, amor y alabanza, mirando la cruz de Cristo, dice: "¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?" (Hebreos 9:14; 10:4).

EL PARIENTE.

Todo pariente bajo la ley tenía que realizar dos servicios: redimir la persona o la herencia de su hermano, si alguna de ellas había sido vendida a un extraño; y vengar el daño causado a su hermano, ya fuera (puedo decir) cautiverio o muerte.

Estas cosas se ven en Levítico xxv y Números XXXV, donde (como nos muestra la Concordancia Hebrea del Inglés) la palabra para "pariente ", "redentor " y "vengador" es la misma.

Esta persona, el Pariente, era, como sabemos con certeza, un tipo o una sombra del Cristo de Dios. En las riquezas de su gracia, el Señor ha asumido estos dos servicios por nosotros: rescatarnos de los justos y legítimos derechos de Dios mediante el sacrificio de sí mismo, redimiéndonos así a nosotros y a nuestra herencia; y, asimismo, vengándonos de la cabeza de nuestro enemigo, librándonos de aquel que tiene el poder de la muerte.

De este modo ¿Está en la sombra y en la sustancia, en el tipo y en el original?

Sin embargo, según nos enseñan estas ordenanzas legales, según nos instruyen estos escritos de Moisés, vemos en el Cristo de Dios solo a uno de la familia humana, un hermano, copartícipe de carne y sangre con los hijos, la descendencia de Abraham, su parentela. Él debe ser eso, o nada podría ni querría hacerse por

nosotros. El Cristo de Dios debe constituirse en nuestro Pariente; y esto lo ha hecho mediante la encarnación, al asumir la naturaleza humana en y desde el vientre de la Virgen.

Pero a medida que avanzamos, cuando dejamos la Ley para los Profetas, obtenemos otro hecho; y es este: que este Pariente es "el Señor de los Ejércitos", "Jehová", "Dios ". Allí, en los Salmos y los Profetas, muy abundantemente, repetido una y otra vez, tomado no como una verdad a ser probada, sino como un hecho asumido y sobre el cual construir, se encuentran varios nombres de Dios en compañía de la palabra usada bajo la Ley para Pariente.

Hay algo bendito en esto; algo, además, grande, glorioso y magnífico. El misterio de la Persona de Cristo se anticipa así, y eso, además, de la manera más sencilla y persuasiva. La humanidad y la Deidad se encuentran en la única Persona.

Cuando llegamos al Nuevo Testamento, dejando la Ley y los Profetas para los Evangelistas y los Apóstoles, encontramos este mismo misterio, aunque no se manifiesta en sombras y profecías, en diferentes momentos y de diversas maneras, sino que se declara claramente como un hecho y se enseña en su necesidad y valor. Los evangelistas nos hablan de la realidad, los apóstoles nos revelan su necesidad y valor.

¡Pero qué espectáculo es este! Bien podemos apartarnos y verlo, pues Dios mismo nos lo ha mostrado. «¿Cómo podemos hundirnos con semejante apoyo?» ¿Cómo puede el trono del juicio, que sopesa las demandas de Dios y defiende los derechos de la justicia, negar la súplica que la fe presenta ante él? Dice: «El gran Dios es mi Pariente, y me ha hecho un servicio digno de un Pariente».

Así es. Somos devueltos a Dios con la misma justicia por la sangre de Cristo, como fuimos, al principio, justamente desterrados de Él por nuestro propio pecado. Adán estaba de nuevo en la presencia de Dios cuando oyó y recibió la noticia de la Simiente de la Mujer, herida y herida, con un título tan justo como antes, bajo una sentencia justa, cuando se le había obligado a esconderse tras los árboles del jardín. El Señor Dios mismo reconoció su título, le hizo una túnica de pieles y lo vistió. La Simiente de la Mujer era su Pariente; de carne y hueso; y él debía levantarse y cumplir la parte de un Pariente, vengándolo y redimiéndolo, muriendo y resucitando por él.

El misterio del Pariente ha sido así revelado y conocido desde el principio. Otras circunstancias en el mismo Libro del Génesis lo ilustran; y así, aunque las ordenanzas de la Ley, como ya hemos señalado, encarnaban y presentaban formalmente los deberes de este personaje, este era visto y conocido antes de la Ley.

Para continuar con esto un poco más, podemos observar que en la Epístola a los Hebreos, el Señor se nos presenta como Vengador y Redentor; y se le muestra

actuando en caracteres tales en Su Persona completa, como el Dios-hombre, Compañero de Jehová y Pariente del hombre.

En el capítulo 2, por ejemplo, lo vemos como nuestro Vengador. Mediante la muerte, destruye al que tenía el poder de la muerte y nos libera a quienes, por temor a la muerte, estábamos en cautiverio. Este es el acto de un Pariente Vengador . Pero esta misma Escritura nos muestra que Él realizó este servicio por nosotros como Aquel que, siendo "el Hijo", "el Santificador", se hizo carne y sangre con los hijos, y así se hizo (aunque Hijo, Compañero de Jehová) nuestro verdadero y verdadero Pariente.

En el capítulo x, lo vemos como nuestro Redentor. Él paga el rescate. Nos recompra de Aquel que tenía pleno derecho justo sobre nosotros y contra nosotros. Por la ofrenda de Sí mismo, perfecciona para siempre a los santificados. Pero esto también lo hace en la misma Persona. Porque Él es visto en esta misma Escritura como Aquel que podía venir, como en plena independencia personal, al trono, y decir: "He aquí , vengo"; y luego, "sin mancha", y "por medio del Espíritu Eterno", ofrecerse a Sí mismo. Pero un cuerpo fue preparado para Él; un cuerpo humano formado en el vientre de la Virgen , y tomado de allí; carne y sangre con los hijos. Y así, en esta única Persona, Él ha satisfecho el altar, respondido a las demandas del trono y purificado la conciencia del pecador creyente.

Estas son gloriosas noticias del Pariente del Antiguo Testamento que se encuentran en el Nuevo. Y se encuentran en la parte donde naturalmente esperaríamos encontrarlas: en ese escrito que el Espíritu dirigió a los creyentes de la nación hebrea, la nación que había estado bajo la ley.

Esto es sólo un poco acerca de tan bendito misterio, pero no diré más.

El Compañero de Jehová y Pariente del hombre, en una Persona, asumiendo como el Cristo, o bajo comisión y unción Divinas, la causa de los pecadores, es la base de todo.

LA REDENCIÓN DE LA HERENCIA.

Tenemos cuatro Escrituras, en partes distantes de la Palabra, que encuentran conexión con este tema, “La redención de la herencia”. Me refiero a Lev. xxv. 25; Deut. xxv. 5-10; Rut iv. 1-10; Jer. xxxii. 6-15.

La ordenanza en Lev. xxv nos enseña que un israelita podía redimir o comprar la herencia de un pariente empobrecido, de las manos de aquel a quien había sido vendida, quienquiera que fuese; y entonces podía conservarla hasta el año del Jubileo, cuando, como aprendemos después, debía volver al propietario original.

La ordenanza de Deuteronomio 25 nos enseña que un israelita estaba obligado a casarse con la viuda de su hermano, si este había muerto sin hijos, y a dar descendencia a su hermano, para que su nombre y su herencia quedaran

asegurados en el primogénito de ese matrimonio. Si se negaba a prestar este servicio a su hermano fallecido, era expuesto a vergüenza pública, poniéndose sobre él una marca de degradación.

Estas ordenanzas se ilustran en Rut y Jeremías. En la hermosa historia de Rut, encontramos a Booz desempeñando esta función de hermano o pariente en Israel, según la ordenanza de Deuteronomio 25, de una manera muy especial y admirable. La herencia de Mahlón, israelita de Belén de Judá , había sido vendida, y su esposa, moabita de nacimiento, había quedado viuda sin hijos ni dinero. No le quedaba nada más que su virtud, la intachable excelencia de su carácter y reputación. Era una extranjera que, a costa de su propia diligencia y trabajo , mantuvo a su suegra, la madre de su difunto esposo, por cuya causa, con el espíritu de una verdadera hija o hija adoptiva de Abraham, había dejado su hogar, su país y la casa paterna.

Booz redime su herencia y se casa con ella. No teme arruinar su propia herencia, sino que se dedica a los intereses de su difunto pariente y de la viuda sin hijos ni dinero que dejó. Y mediante este matrimonio, y la redención de la herencia que lo acompaña, la casa de Mahlón revive y alcanza los honores reales , el primer y más alto nivel de riqueza y dignidad en la tierra. Pues David, quien se sentó en el trono de Israel, el más eminente de todas las genealogías de Israel, fue el fruto de ello en la tercera generación.

Esta fue una gran y magnífica ilustración de la virtud del parentesco.

En el libro de Jeremías, o en la historia de ese profeta, lo encontramos (aunque no de la misma manera que Booz en el libro de Rut) cumpliendo la función de pariente. Mientras estaba en prisión (como lo estuvo durante el reinado de Sedequías, por causa de la verdad), y mientras el ejército caldeo se asentaba frente a Jerusalén, amenazando con destruirla y con el cautiverio de su pueblo, Hananeel, el hijo de su tío, acudió a él y le pidió, como pariente suyo, que comprara su campo, que estaba en Anatot, la ciudad de sus padres. Era una petición extraña para un hombre así en un momento como ese. Pero Jeremías no dudó. Sabía que era la voluntad del Señor, y pagó su dinero y compró o redimió el campo de Hananeel, el hijo de su tío; aunque sabía que, si se dejaba a merced de las circunstancias, podría resultar un negocio sin futuro . o al menos, debía llegar ese momento muy lejano antes de poder adquirir posesión efectiva de su compra. Este fue un gran acto de fe, y otra excelente y noble ilustración de la virtud del parentesco .

Por lo tanto, puedo decir que las ordenanzas en Levítico y Deuteronomio prescriben estos deberes de parientes; y luego, las historias de Booz y de Jeremías, de estas hermosas y admirables maneras, ilustran estos deberes.

Pero tenemos más que esto, pues las acciones de Booz y Jeremías anticipan, como en tipos y figuras, los caminos de nuestro Señor Jesús, quien, habiéndose hecho nuestro Pariente, ha, de maneras que eclipsan toda analogía, desempeñado la función de un Pariente. Sí, en efecto —y no hace falta decirlo—, estas ilustraciones de las virtudes de un Pariente en las personas de Booz y Jeremías son eclipsadas y

eclipsadas por los caminos brillantes, maravillosos y perfectos del Hijo del Hombre; pues Él, sin duda, como un Booz más abnegado , a un precio que le costó todo, ha ayudado no solo a un Pariente sin hijos ni dinero, sino a uno culpable, arruinado y vendido a un cautiverio deshonroso ; y como un Jeremías mejor, ha esperado ahora durante un largo tiempo y a través de una era de doloroso rechazo la herencia que compró con su propia sangre en el día del Calvario.

Pero quisiera profundizar en esto . El Señor Jesús es Redentor en dos aspectos: por compra y por poder. Es Redentor por el precio de su sangre, comprándonos a nosotros y a nuestra herencia de las justas demandas de Dios, de modo que Dios es justo al justificarnos y bendecirnos. Es Redentor por la fuerza de su brazo, rescatándonos a nosotros y a nuestra herencia de la mano del gran enemigo. Para que en el mundo venidero, donde se exhibirá la redención de la posesión adquirida, podamos mirar con gratitud al Dios bendito y saber que está satisfecho con nuestro Redentor, y mirar con valentía a nuestro gran adversario y verlo vencido por nuestro Redentor. Y esta será, en verdad, una condición elevada. «Comprados » y «rescatados », sujetos de una doble redención, serán nuestra condición en el «mundo venidero», algo que jamás ha existido en la creación de Dios. Ni los ángeles en su dignidad, ni Adán en su inocencia , la ilustraron jamás.

Cabe mencionar que un versículo de la Epístola a los Colosenses nos invita a aprender la redención por sangre; otro versículo de la Epístola a los Filipenses nos invita a aprender la redención por poder; y otro versículo de la Epístola a los Efesios combina ambos (Col. 1:20 ; Fil. 3:21; Ef. 1:14).

La historia de la compra que nuestro Redentor ha hecho se nos da en los Evangelios; la historia del rescate que nuestro Redentor hará, se nos da en el Apocalipsis.* Por consiguiente, es simplemente como "el Cordero", vemos a Cristo en los Evangelios; es como "el León de la Tribu de Judá", así como "el Cordero", lo vemos en el Apocalipsis. (Juan 1:29 , 36; Apocalipsis 5:5, 6.) Porque es por su sangre o sacrificio que el Señor Jesús nos compra, o responde por nosotros a las demandas de Dios sobre nosotros; será por su brazo extendido en juicios, que él rescatará nuestra herencia del control y cautiverio del Usurpador, quien ahora gobierna, como su dios y príncipe, el curso de este presente mundo malo.

** Al menos, en lo que se refiere al rescate de la Herencia, desde el capítulo cuarto hasta el decimonoveno.*

Pero puedo añadir algo más sobre este doble carácter de la redención del que hablamos. Está insinuado en la primera promesa (Génesis 3:15). Se manifestó en el día del Éxodo, pues Israel era entonces un pueblo comprado, rescatado de las demandas de Dios por la sangre derramada en los dinteles, y también un pueblo rescatado, liberado de la enemistad y el poder del Faraón mediante la derrota de Egipto en el Mar Rojo (Éxodo 12:14). Luego, a lo largo del Antiguo Testamento, encontramos, aquí y allá, tipos, profecías y reflexiones de este gran misterio: la creación de Dios en una condición comprada o rescatada, o en el disfrute de esta

doble redención. Después de todo esto, el Señor Jesús es presentado al mundo y a su propia obra y comisión en él, en este carácter de doble Redentor, como nos dicen las profecías que le precedieron. (Véase Lucas 1 : 2 .) Y luego, Su ministerio en vida ilustró la redención por poder, porque Él estaba borrando los rastros de la fuerza del enemigo en las sanidades y vivificaciones que Él obraba; y Su ministerio en la muerte logró la redención por sangre, porque pagó el rescate por nuestra liberación de todas las demandas de Dios y de la justicia que estaban contra nosotros.*

* Hay un intervalo, seguramente, entre los tiempos de estas dos redenciones, como nos dice claramente Efesios 1:14 , y, como sabemos, debe haber.

Pero incluso con una sola gracia y luz para hacerlo, el tiempo no alcanzaría a relatar todas las glorias de la gran Redención. Esta sigue cosechando victorias, y las seguirá cosechando hasta el día de la Resurrección de los santos y del Reino venidero; y cuando todas sus victorias se hayan forjado, sus honores serán celebrados para siempre.

EL ISRAELITA MORDIDO.

NÚMEROS XXI.

Es muy feliz descubrir las glorias de las Escrituras, especialmente en días en que la insolencia infiel de los hombres las desafía. Amalec, en la antigüedad, se atrevió a salir y resistir al campamento de Israel, aunque en ese momento la Nube que llevaba la Gloria descansaba sobre el campamento. Y, pronto, la gran confederación infiel de los últimos días se elevará tan alta en orgullo y audacia que se enfrentará al ejército del Jinete del caballo blanco que desciende del cielo. (Éxodo 17; Apocalipsis 19).

Con el mismo espíritu, el corazón del hombre desafía ahora el Libro que contiene las preciosas y misteriosas glorias de la Sabiduría de Dios. Por lo tanto, es un buen servicio extraer estas glorias y dejar que los oráculos de Dios hablen, con su propia excelencia, para la confusión de esta iniquidad. Y una de estas glorias, parte de esta excelencia, es que se descubre que hay un solo aliento que anima, una sola luz que brilla, una sola voz que se escucha, en todas las regiones de este único volumen divino. Porque, en cierto modo, puede decirse que Moisés reaparece en Pablo, Isaías en Pedro, David en Juan, y similares. La luz de la mañana es la luz del mediodía y de la tarde, aunque, es cierto, en diferentes medidas y condiciones.

Al examinar ahora la narración que nos ofrece esta escritura, veremos esto ilustrado. Encontramos, en primer lugar, que el Señor se niega a anular el juicio que había pronunciado. El campamento había pecado, y serpientes ardientes, mensajeras de muerte, fueron enviadas entre ellos; y aunque Moisés orara y el pueblo clamara con angustia, el Señor no revocaría a los ejecutores de su justo juicio. Y este es su camino en el Evangelio. La sentencia de muerte pronunciada al principio sobre el pecado no se revoca. Eso no podría ser. Eso sería reconocer algún

error o debilidad, y eso no podría ser. Pero Dios tiene sus provisiones ante la sentencia de muerte. | Este es su camino. ¡Es maravilloso contarlo! Él provee al pecador una respuesta a sus propias demandas en justicia. Al principio así fue , y así ha sido una y otra vez ; así es en el Evangelio, y así es en esta narración.

Dios trajo la Simiente magullada de la Mujer al jardín del Edén, asolado por la muerte, y Adán, el pecador autodestruido , recibió provisión. Noé recibió de Dios el Arca en el día del Diluvio, e Israel el dintel rociado en el día del juicio de Egipto. A David se le ordenó erigir un altar en la era despreciada de un jebuseo incircunciso; y ese altar tuvo la virtud de acallar la espada del Ángel de la Muerte que viajaba en lo alto sobre la ciudad condenada. Así como la sangre del Calvario tuvo la virtud de rasgar el velo de arriba abajo y abrir los cielos a los cautivos del pecado y la muerte.

Esta es una de las hermosas unidades en el camino revelado de Dios.

No es Dios quien cancela sus juicios, sino quien da al pecador una respuesta. Esta breve narración lo demuestra de forma vívida y sutil. Israel había pecado, como hemos visto, y serpientes ardientes fueron enviadas en medio de ellos. Oraron para que las serpientes fueran quitadas; pero tal oración no prosperó. Los ejecutores de la justicia debían permanecer en el campamento; la muerte debía seguir al pecado, pues Dios había dicho desde el principio: «El día que de él comieres , ciertamente morirás». Pero el Señor le ordenó a Moisés que hiciera una serpiente de bronce y la colocara sobre un asta, y luego proclamara, a oídos de todo el campamento, que todo israelita mordido que mirara a esa serpiente levantada sanaría y viviría.

Esta era la vida confrontando a la muerte, un manantial secreto de vida y sanación en medio de los poderes de la muerte; era como la revelación de la Simiente herida de la Mujer en el jardín del Edén, recién azotado por la muerte. Pero esto no era la retirada de las serpientes ardientes, como el campamento había anhelado; no era la cancelación de la sentencia dictada sobre su pecado; era algo diferente y superior; era permitir al israelita en el desierto triunfar sobre esa miserable situación en la que se había visto envuelto. Eso es lo que era. No era simplemente escapar de ella, sino triunfar sobre ella, pues un israelita mordido por una serpiente ardiente, con solo mirarla de bronce, ¡podría sonreír! a las serpientes ardientes aunque todavía estaban dispersas en el campamento—así como Noé mucho antes, en el lugar estratégico donde la gracia y la salvación lo habían puesto, podría haber sonreído a las aguas que subían a su alrededor—o como el israelita en Egipto, bajo el dintel rociado, podría haber sonreído a la espada del Ángel destructor mientras pasaba por la tierra.

¡Qué excelente es todo esto! Y esto sigue siendo el Evangelio; tan coherente consigo mismo es el camino de Dios, y se refleja con igual belleza en la historia de Noé en el Diluvio, o del israelita en Egipto, o del hombre mordido del campamento en el desierto que había contemplado la serpiente de bronce. Tal persona no podía ser mordida una segunda vez; el pecado contra el Señor del campamento, que había vivificado a estos ministros de la muerte, había sido compensado por las

provisiones de ese mismo Señor del campamento, y esta fue su seguridad y su triunfo. Ahora estaba en mejor estado que si nunca hubiera sido mordido. Su estado entonces era vulnerable, ahora es inexpugnable; entonces pudo haber sido herido por el mensajero de la muerte, ahora no. Así como Adán, revestido de Dios, está más allá de Adán en la desnudez de la inocencia ; Adán, el pecador perdonado y aceptado, más allá de Adán, la criatura recta.

El enigma de Dios —« Del devorador salió alimento, y del fuerte salió dulzura»— se repite una y otra vez . Lo hemos visto antes y lo volvemos a ver aquí. Y en relación con todo esto, volviendo a observar a Adán, puedo decir que cuando sus labios se abrieron sobre la mujer por segunda vez, pronunciaron una palabra más feliz que la primera. « Será llamada mujer» no expresaba una alegría igual a la que experimentó cuando, como leemos más adelante, « llamó a su mujer Eva, por ser madre de todos los vivientes». Celebrar la vida que viene de Dios frente a la muerte autoinfligida es una ocupación mucho más elevada para el corazón que celebrar incluso el don final y supremo de Dios en la creación o en la providencia.

Ahora bien, todo lo que hemos trazado aquí en esta breve narración de Números 21 es, repito, el Evangelio. Esto es como la salvación de Dios. Nada de lo amenazado ha sido cancelado. Todo, mediante el proceso de ruina y redención, se encuentra satisfecho. La sangre del pacto eterno ha dado al «Dios de paz» la capacidad de resucitar a Jesús, como «el Pastor de las ovejas». Dios mismo es justa y gloriosamente justificado, y el pecador es victoriosamente llevado a una condición de certeza e inexpugnabilidad , y de santo y agradecido desafío a toda la enemistad, los intentos y los recursos del antiguo Destructor.

Pero hay otra característica del Evangelio impresa en esta breve narración. La vida o sanidad debía ser individual: el israelita mordido debía contemplar a la Serpiente levantada. « Cualquiera que fuere mordido y la mirare , vivirá», dijo el Señor a Moisés, y luego la historia nos dice: «Si una serpiente mordió a alguno, al mirar a la Serpiente de bronce, vivió» (versículos 8, 9). Así es ahora entre nosotros y Dios, personal e individualmente, en el Evangelio, y podemos bendecirlo profundamente por ello. Él nos individualiza y nos separa para sí mismo, para hablarnos de nuestros pecados y resolver con nosotros la cuestión de la eternidad. Se sienta con nosotros a solas junto al Pozo de Sicar, o nos ve, a nosotros mismos, bajo la higuera, o siente nuestro propio toque en medio de la multitud, o levanta la vista hacia el sicómoro para captar nuestra mirada, o se encuentra con nosotros a solas fuera del campamento o en el suelo del Templo. Su palabra en Juan 3 es como la de Números 21: « El que no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios». Una mirada basta, pero debe ser un acto personal e individual. La fe es el acto del alma en su trato directo con Dios. Otro no puede creer por mí, ni las ordenanzas ni las disposiciones religiosas humanas pueden sustituir a Dios en mi relación conmigo. Debo mirar, y Cristo debe ser exaltado . Es una bendición decirlo: Él y yo debemos tener una relación mutua.

Así es, como se refleja en esta breve narración, y así es en el Evangelio difundido por todo el mundo. Y sin duda, estos son testimonios maravillosos de cómo la gracia y la salvación de Dios nos han acompañado. Dios no impidió el pecado. Ni canceló el juicio que le impuso. Ni simplemente restauró las cosas como eran antes. Él saca de la ruina algo mejor que lo que había sido arruinado, y lo ha logrado mediante una justicia inmaculada y una manifestación infinita de su propio nombre y gloria. Es redención y resurrección, vida en victoria, vida ganada por Él mismo del poder de la muerte.

Pero debo meditar más particularmente sobre el Señor Jesús en el Evangelio de San Juan, en relación con esto.

El momento registrado en nuestra narración no era tiempo para nada más que una mirada, y además, una mirada a la Serpiente en alto. No habría sido conveniente que un israelita mordido se ocupara de ningún otro objeto. La muerte lo acechaba si no miraba hacia allí. Y habría sido un servicio generoso de cualquier hermano israelita recordarle ese objeto si veía que su mirada, o temía que sus pensamientos, se inclinaban hacia cualquier otra cosa.

Es una parte como esta la que el Señor mismo desempeña con Nicodemo en Juan 3. Nicodemo había acudido a Él como a un Maestro . El Señor inmediatamente lo desvió hacia otra dirección y le hizo saber que debía acudir a Él como Salvador o Dador de Vida. Nicodemo buscaba instrucción. El Señor le dijo que necesitaba vida. Y entonces, dirigió su conversación con él de tal manera que lo apartó de todo pensamiento y objeto , excepto de la Serpiente de bronce alzada en el asta en el desierto. Le hizo saber que él y todos los hombres, como los israelitas mordidos, iban camino a la muerte, pero que la Serpiente de bronce, el Sanador o Dador de Vida, la salvación de Dios, estaba de nuevo en el campamento, y que debía volver a mirarlo, interponerse de nuevo como entre la mordedura y la muerte, o el reino se perdería y el pecador perecería.

De hecho , es según esto, o en el espíritu de Aquel que apartaba la mirada de todo aquel que se acercaba a Él de todo objeto excepto de la Serpiente elevada, que el Señor Jesús conduce Su ministerio a lo largo de ese Evangelio de San Juan. Porque Él se niega a actuar en cualquier carácter que no sea el de un Salvador . Los hombres pueden acudir a Él en otras relaciones y con otros fines, pero Él no los recibirá. Uno puede apelar a Él como Hacedor de Maravillas, otro puede adularlo como Rey, otro puede estar para sentarlo en un trono de juicio, otro, como Nicodemo, puede acudir a Él como Revelador de las profundas y misteriosas lecciones del cielo; pero Él no tiene la bienvenida para tales; Él no acepta acercamientos y apelaciones como estos. Él no se compromete con ninguno de estos. Pero cuando un pecador convicto viene a Él o se presenta ante Él, cuando, de esa manera, un israelita mordido lo mira como la Serpiente levantada, el Sanador o Vivificador del hombre designado por Dios, entonces Él responde de inmediato, y se imparten vida y salvación.

¡Qué consuelo! ¡Qué gracia en Él, qué liberación y bendición para nosotros! ¡Qué alegría encontrar a Dios en tal carácter, y verlo así, como el Jesús del Evangelio de San Juan, presentándose tan celosamente ante nosotros en ese carácter, negándose a ser recibido en ningún otro! Su amado Nicodemo estuvo bajo un largo y paciente entrenamiento antes de darle la apariencia de un israelita mordido. Pero al final lo hizo, y lo hizo con bendición y vigor. (Véase Juan XIX.)

¡Preciosa verdad, y precioso Salvador que nos la ha dado a nosotros, pecadores! La mirada que se predicó hace tanto tiempo, en medio del campamento de Israel en el desierto, en el día de este veintiuno de Números, el Señor Jesús, el Jehová de Israel y la verdadera Serpiente de Bronce, la predica una y otra vez, con todo fervor y sinceridad, en el Evangelio de San Juan.

Pero, de nuevo, el Señor nos deja ver, además, en ese mismo Evangelio, cómo acoge esa mirada cuando se le dirige, y con qué rapidez responde con la sanación y la salvación de Dios. Observen esto en el caso de Andrés y su compañero, y de Natanael en el primer capítulo. Observen esta bienvenida, expresada con gran delicadeza y cordialidad, en su trato misericordioso con la samaritana en el cuarto capítulo; y léanlo también en sus palabras a la mujer en el octavo capítulo; y escúchenlo en sus palabras a Pedro, en el sexto, cuando se vuelve hacia él al ver que la multitud se negaba a dirigirle esa mirada. Y tenemos otro testimonio de lo mismo en el capítulo 12, cuando se refiere de nuevo a sí mismo como la Serpiente de Bronce levantada, y se regocija al pensar en reunir a todos los hombres en torno a sí en esa condición. (Véase el versículo 32).

Ahora bien, estas son características de la verdadera ordenanza que no podríamos haber obtenido en la ordenanza típica de Números 21. No encontramos allí a un israelita, con el dulce afecto del Jesús de San Juan, guiando con fervor y cuidado la mirada de su hermano mordido hacia la Serpiente elevada. Ese fue un ejercicio afectuoso del corazón que estaba reservado para que el Salvador mismo lo practicara y exhibiera. Tampoco encontramos (porque no podríamos) a la Serpiente elevada allí dando la bienvenida y animando a la mirada que se volvió hacia ella. Pero esto también estaba reservado para el verdadero, el viviente, el Divino Sanador de los pecadores arruinados por la antigua serpiente ardiente de la muerte. En Él obtenemos estas cosas. Y así, en gran sentido, la mitad No nos lo dice el tipo; el original supera la fama que habíamos oído de él. ¡Felices los pobres pecadores que se encuentran ante la Serpiente de Bronce que ahora se alza ante sus ojos en el Evangelio de San Juan! Allí reciben la sanación de Dios y, asimismo, una cordial bienvenida.

Sin embargo, tenemos algo más. Tenemos esta misma seriedad y afecto en el Espíritu Santo que hemos visto en el Hijo. Lo encontramos en la Epístola a los Gálatas. ¡Con cuánto celo se ocupa San Pablo allí, en el Espíritu, ya sea en mantener la mirada de los gálatas en Cristo crucificado o en volverlos a dirigir hacia ese objetivo! Los alarmaba con el temor de alguna brujería. Los desafiaba y los reprendía con dureza. Los anhelaba y con gusto consentía en volver a tener dolores

de parto con ellos. Con el más profundo afecto, les recordaba días pasados de bienaventuranza y los contrastaba solemnemente con el presente. También razonaba con ellos. Y les contaba su propia historia y el propósito de su corazón al tocar este gran objeto, el Cristo crucificado de Dios, la verdadera Serpiente de Bronce levantada, cómo lo había mirado y cómo pensaba seguir mirándolo, vivir por la fe en él y gloriarse solo en él.

Todo esto es ciertamente excelente. El Espíritu en el Apóstol está en compañía del Hijo del Evangelista, y la sombra es eclipsada por la sustancia. Los afectos se manifiestan en los originales divinos, lo cual jamás podría haberse expresado en las ordenanzas típicas.

¿Descubrimos aún un secreto más, me pregunto, al comparar este capítulo de Números con el de San Juan? Sí: la luz que brilla allí, aunque es la misma, es aún más brillante aquí. Lo descubrimos de nuevo en el capítulo iii.

Allí el Señor conecta esta mirada a la Serpiente elevada con el nuevo nacimiento. Esto no se había hecho en Números 21 , aunque podría haberse derivado de él. La nueva vida eterna podría haber sido descubierta en el israelita que había mirado a esa Serpiente, porque entonces respiraba vida de resurrección, que es vida eterna. Estaba disfrutando de una vida que le había sido provista por Aquel que había enfrentado, en su lugar, la herida de la serpiente antigua, la serpiente que tenía el poder de la muerte. Cuando miró, vivió; y esa vida fue una vida ganada de la muerte, una vida victoriosa. En principio era vida eterna, como el poder sanador de Dios, la salvación de Dios, el Hijo resucitado y victorioso infunde en los elegidos. No digo que todo israelita que miró fue introducido a esta vida eterna. No es necesario decirlo; pero es la expresión de ello—y esto, en su sustancia y realidad, lo encontramos en Juan 3 , y somos instruidos por el Señor mismo a saber que la mirada de fe a la verdadera Serpiente de Bronce conlleva vida eterna. “Y como Moisés levantó la Serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado , para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.”

Y esta verdad se enseña claramente en 1 Pedro 1:1-2 . «Siendo renacidos», dice el inspirado Apóstol, «no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece» . para siempre ”. Y luego nos enseña además dónde se puede encontrar esta palabra, dónde se puede recoger esta semilla de vida eterna: “y esta es la palabra que por el Evangelio se os predica” —siendo el Evangelio, como sabemos, la publicación de la virtud de la verdadera Serpiente de Bronce, el Cordero de Dios, el Sanador de los pecadores destruidos por la mentira de la antigua serpiente de la muerte.

RICO EN DIOS.

Nos conviene familiarizarnos con los muchos, profundos y maravillosos intereses que tenemos en Dios, como, por ejemplo, sus afectos, sus consejos y sus obras. Estas cosas se enseñan e ilustran en las Escrituras.

Los afectos divinos, los consejos divinos, las obras divinas nos hacen su objeto. Bendito sea contarlo. La eternidad pasada de Dios nos conoció, habiendo sido elegidos, predestinados e inscritos en el Libro de la Vida. El tiempo, en la mano de Dios, en todas sus etapas o sucesiones, se ha preocupado por nosotros. La eternidad venidera de Dios deberá gran parte de su gozo y gloria a nuestra historia, a lo que se ha hecho, en abundante gracia, para la redención de nosotros, pecadores.

Habiéndonos elegido antes de que el mundo fuese, nos ha estado instruyendo en la sabiduría de sus caminos a lo largo de la historia; y cuando el mundo se enrolle como un pergamino, seguiremos siendo un objeto. El Cielo se familiariza con nuestra historia; los ángeles obtienen de ella nueva luz y gozo; y la moraleja o resultado será la revelación y la plena manifestación de la gloria de Dios en todas sus múltiples e infinitas perfecciones para siempre . ¡Cuántos intereses en Dios son estos!

Su justicia es nuestra, como su amor es nuestro. Somos hechos justicia de Dios, y con el amor con que Cristo es amado, somos amados.

La gente habla de sus amplios y variados intereses, de sus propiedades aquí y allá; y recorren con sus pensamientos estos lugares ricos, fijándose bien en ellos y complaciéndose con la claridad y seguridad de su derecho a ellos. Pero, ¿reflexionamos con igual deleite sobre nuestras posesiones en Dios, como hemos dicho, como en sus afectos; sus consejos; su eternidad, pasada o futura; en el tiempo como ahora bajo su mano y ordenamiento; en su justicia; en sus obras por nosotros y sus operaciones en nosotros a través de su Hijo y por su Espíritu; en los sufrimientos que ha realizado y las glorias que ha alcanzado? ¡Qué riquezas! ¡Qué bendita verdad es esta para que el alma la abrace !

La Epístola a los Romanos y a los Efesios, entre otras, nos muestra ampliamente nuestro interés en los consejos divinos; la Epístola de Juan nos muestra nuestro interés en los afectos divinos. Toda la Escritura nos dice cómo Dios nos ha estado ministrando en todos sus planes a lo largo de los sucesivos viajes del tiempo, y el lugar que ya hemos ocupado, o ocuparemos, en su eternidad. Y el Evangelio nos predica nuestro interés en sus sufrimientos, sus glorias, su justicia y la obra de su Espíritu.

Recibimos ejemplos, como enseñanza directa, de estas cosas. Quisiera destacar algo de esto, como lo vemos en Zacarías 3 y Lucas 15, en la parábola profética de Josué, el sumo sacerdote, y en la parábola del Señor del hijo pródigo. Hay similitud en estas parábolas, y sin embargo, una diferencia característica en cada una.

Josué nos representa como teniendo nuestros intereses en los consejos divinos; el hijo pródigo, en los afectos divinos, aunque ambos son vistos en presencia de un amigo y de un acusador, y también pasando por el proceso que los cambia de la degradación al honor y al gozo.

Pero en Josué no vemos ningún ejercicio personal. No se nos muestra nada de la obra del poder de Dios en él. Tampoco se nos habla de ninguna manifestación del corazón del Padre hacia él. Él es simplemente objeto de elección y de la obra de la gracia de Dios para él y en su favor (y esto en un grado brillante y maravilloso), mientras que él mismo solo tiene que ser pasivo, dejando que el Señor haga por él y con él lo que le parezca bien.

En el hijo pródigo vemos la obra del Espíritu, la virtud oculta y eficaz de la operación de Dios visitando y moviendo su alma, y volviéndolo a casa, donde le espera una bienvenida bajo todas las formas que el afecto más querido y profundo pudiera sugerir.

De hecho, podría destacar la narración de Juan VIII, en compañía de estas parábolas, pues allí, la convicta se encuentra en presencia tanto de un acusador como de un amigo, y es llevada del lugar de vergüenza y peligro a uno de libertad y seguridad. Pero no se declara que haya sido objeto de consejos, ni se la muestra como objeto de afecto; pero el camino de Cristo en el Evangelio está finamente ilustrado. ¿Quién es «ciego» y «sordo» como el Señor en esta ocasión? —tomando así su lugar al servicio de la gracia de Dios para con los pecadores, sin imputar a los hombres sus ofensas. (Véase Isaías 42:19; 2 Corintios 5:19). Estas son ilustraciones de cosas que se nos enseñan: nuestros múltiples y diversos intereses en Dios. Los consejos divinos , los afectos divinos, las obras y operaciones divinas, nos hacen su objeto. Somos «ricos en Dios».

Cada uno de los santos de Dios comparte todo esto, pero es, por lo tanto, la manera de la sabiduría Divina ilustrar las diferentes partes de esta nuestra herencia en Dios en diferentes porciones de Su Palabra.

Los santos serán ricos en circunstancias próximamente, como ahora lo son en Dios mismo. El reino se establecerá, el mundo venidero resplandecerá en su gloria, y los santos estarán allí. Y los santos deben ser ahora ricos para con Dios, como lo son en Él, dedicando sus energías, sus ventajas y sus talentos, cualesquiera que sean, a su servicio, como dice Lucas 12:21.

GLORIAS.

Habrá una escena de gloria cuando venga el Reino. Comúnmente hablamos de «gloria » como si solo se refiriera a esa conexión. Pero esto es un error. La gloria se manifestará entonces, es cierto; la gloria se dará en las circunstancias de la escena. Pero ya se conoce una forma mucho más maravillosa de gloria: en el Evangelio. Allí se manifiesta Dios mismo; un objeto más maravilloso que todas las circunstancias. La gloria del Evangelio es moral, lo admito, no material ni circunstancial. Pero es una gloria del carácter más profundo. Allí, repito, se manifiesta Dios mismo. El Dios justo y, sin embargo, el Salvador se ve allí. La justicia y la paz brillan allí, mutuamente acompañadas, un resultado que nadie más que Dios mismo, y en el camino de la cruz, podría haber alcanzado jamás.

El Evangelio llama a los pecadores a respirar la atmósfera, por así decirlo, de salvación, a tener comunión con Dios en amor y a mantenerla en libertad y seguridad; y hay una gloria en tales pensamientos y verdades como estos que verdaderamente supera ...

Satanás interfirió o se entrometió en la obra de Dios y la arruinó en su condición de criatura. Dios, de inmediato, interfirió o se entrometió en la obra de Satanás y la derrocó eternamente, sacando alimento del que come y dulzura del que es fuerte.

Los tres primeros receptores del Evangelio de Dios, Adán, Eva y Abel, ilustran de manera sorprendente almas que comprendieron la gloria del Evangelio en diferentes aspectos del mismo.

Adán fue bendita y maravillosamente envalentonado por ello, de modo que, a su llamado, salió de inmediato de su refugio culpable y entró de nuevo en la presencia de Dios, desnudo como estaba. Y su valentía fue justificada, pues allí fue bienvenido. Eva se regocijó. Cantó sobre ello. «He adquirido un varón del Señor», dijo ella, en el gozo de la promesa que se le había hecho, tocante a su Simiente.

Abel ofreció la grasa junto con la víctima. Con la más feliz y brillante inteligencia, aceptó la promesa, y vio que quien la había dado encontraría en ella su propio y bendito deleite: que el Evangelio, si bien salvaba al pecador, era tanto el gozo como la gloria de Dios. La grasa sobre el altar expresaba esto.

Y estas aprensiones de Cristo —la fe que da valentía, la fe que inspira alegría, la fe que penetra la cruz— están llenas de poder en el alma.

PIEDAD.

Los caminos de la gracia y de la fe, y la garantía con la que cada uno de ellos actúa, reciben ilustraciones muy hermosas en este pequeño libro.

La fe tiene dos características especiales, al igual que la gracia. La fe vence al mundo y regresa plena e íntimamente a Dios. O, en términos conocidos en las Escrituras, se ubica «fuera del campamento» y «dentro del velo».

La gracia anima el alma (inspirando confianza) y luego la responde. Estas son dos de sus formas brillantes; y se expresan aquí en el trato de Booz con Rut; así como la fe ilustra sus dos propiedades (de las que he hablado antes) en las acciones de Rut.

Rut, al principio, une su suerte a Noemí en la hora de su viudez, su extranjería y su pobreza. Por amor a Noemí, como hija de Abraham, dejará su país, su parentela y la casa paterna; y todo lo que se le diga para intimidarla no servirá de nada. Cruzará el mundo desconocido, y el pueblo de Israel será su pueblo, y su Dios será su Dios. Y esta fue la fe que se establece fuera del campamento, o que logra victorias sobre el mundo.

Pero la fe que deja el mundo, vuelve a Dios. Y así En Rut. Las grandes cosas de Booz no son demasiado grandes para ella. En cuanto a su posición social, ella estaba tan distante de él como era posible, como una espiga en su campo tras sus segadores, incapaz de estar entre sus siervas. Pero ella se fija en sí misma. No es una medida pequeña lo que busca, sino la más alta y rica. La espiga sería la esposa. Y este es también el camino de la fe. Sale del campamento, pero entra tras el velo. Deja el mundo, pero regresa a la plena presencia de Dios; ocupando así el lugar opuesto al que la Caída había dejado al hombre. Por la Caída, el hombre se aleja de Dios y encuentra su lugar en el mundo. Vemos esto en Caín. Él fue Se apartó de la presencia del Señor; pero allí construyó una ciudad y la llenó de toda clase de ganancias y placeres, de pasatiempos y tráfico. La fe regresa por el mismo camino, haciendo el recorrido opuesto. Se despide del mundo y regresa plena, íntima y eternamente a Dios. Y este camino y el poder de la fe se manifiestan en Rut, primero uniéndose a la pobreza de Noemí, y luego obteniendo la riqueza y la dignidad de Booz.

Y la gracia tiene su grandeza y excelencia en su camino y generación, tan ciertamente como la fe. Primero alienta, como dije, inspirando confianza; y luego recompensa la confianza que ha despertado. = ¿Qué estaba haciendo el Señor con Gedeón en Jueces vi . ? ¿ Qué estaba haciendo con Moisés en Éxodo iii.? ¿Qué estaba haciendo con Jeremías, cuando lo llamó por primera vez a su oficio? (Véase cap. i .) Encontró corazones lentos y renuentes allí; pero los preparó para la bendición que su gracia tenía preparada para ellos. ¿Y cuál fue en los días de su ministerio el camino del Señor Jesús, sino este del Dios de Moisés, Gedeón y Jeremías? ¿Cómo se sentó junto al pozo de Sicar, invitando a la confianza de un pobre samaritano lejano? ¿Cómo reprendió una y otra vez a esa “poca fe” que no sabía y no podía decir si podría recurrir a Él para bien o no? ¿Y cómo arrancó de golpe

del corazón del pobre leproso la única duda que allí colgaba, oprimiéndolo y nublándolo?

Y así es también el proceder del Espíritu en los Apóstoles. Cuánta enseñanza de las epístolas, cuánta energía del Espíritu se dedica a fortalecer la fe y animar los corazones de los santos. Argumentos de persuasión divina, reprimendas de temperamento noble y sincero, y anhelos de amor, todo ello empleado para seducir el corazón débil con la gracia y el Evangelio de Dios.

Y Booz expresa esto. La delicadeza y, a la vez, la sinceridad con que anima a Rut en el segundo capítulo son admirables. Y entonces está dispuesto a responder a todas las exigencias que le impone la confianza que así había despertado. No había preparado su corazón para la decepción. Así como la mano del Señor está dispuesta a llenar la mano del pecador que su Espíritu ya ha abierto para recibir de Él.

Y aquí podría decir que fue un momento bendito en el alma de Noemí, cuando despertó al recuerdo, o al conocimiento de este simple hecho, que Booz era un pariente. (ii . 20.) "Bendito ", dice ella, "sea él del Señor, que no ha dejado de mostrar bondad a los vivos y a los muertos". Fue como cuando un alma es llevada al descubrimiento no solo de la gracia que está en Petites.

Dios, pero del título de un pecador a esa gracia, por causa de Jesús el Pariente.

Y así, al descubrir este bendito hecho, Noemí, de inmediato, le encomienda a Rut que se quede junto a sus doncellas y que no se la encuentre en ningún otro lugar. Porque este es el camino de la fe en el pleno descubrimiento de Cristo. Requiere una larga despedida, una despedida para siempre , de todas las demás confidencias.

Booz era pariente, y un pariente tiene sus deberes y obligaciones, según las leyes y ordenanzas de Israel. Noemí lo sabía, e instruye a Rut, la extranjera, en estos secretos selectos y maravillosos. Y es audaz, y anima a Rut. Y la fe se mantiene así. Cuenta con las cosas más importantes: perdón, aceptación, adopción, herencia, gloria. Pero aunque audaz , está garantizada. Las costumbres y ordenanzas del lugar donde se introduce la fe, los consejos del Dios de Israel, los secretos de la abundante gracia, son la garantía de la fe. Aspira a lo alto; pero su objetivo es guiado por el Espíritu de Dios; porque Dios, desde la antigüedad, ha aconsejado estas cosas elevadas para la fe.

Y cuando Rut siguió la palabra de Noemí, se postró a los pies del Pariente y lo reclamó como señor y esposo, al regresar a Noemí, Noemí, con un lenguaje hermoso, le dijo: "¿Quién eres, hija mía?" (3:16). ¡Qué hermosa! Noemí miró a Rut como la Novia elegida. Sabía lo que el Pariente fiel haría de ella. En ese momento, resplandeció en toda su dignidad y gozo a los ojos de Noemí, tal como nosotros deberíamos examinarnos con el mismo poder de fe y decir: "Ahora somos hijos de

Dios; y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es".

Lo que sigue es la experiencia de un alma, cuando el Pariente es descubierto por la fe.

La gracia del Pariente es un gran espectáculo. Hubo obstáculos en el camino. Un pariente más cercano tenía sus derechos, y Booz debe reconocerlos y responder a ellos. Tal como en el gran original, el pecado se opone a los propósitos del amor; la culpa del hombre impide la bendición de Aquel que es santo y misericordioso. Pero Él ha encontrado la manera de vindicar la justicia y dejar de lado el pecado, mientras satisface su propio amor y responde a todas las demandas que la fe hace de la gracia.

Booz se dirige a la puerta, el lugar del juicio, y allí se encuentra con los ancianos, guardianes y defensores de la justicia. Allí, en su presencia y para su completa satisfacción, aparta al pariente más cercano, eliminando así el obstáculo que le impedía tomar a Rut y todas sus cargas. Fe contaba con que «el hombre no descansaría hasta que hubiera terminado el asunto» (3:18), y así sucedió. Booz resuelve todo el asunto; Rut solo tiene que «quedarse quieta», como le había instruido Noemí, y su pariente es fiel y su Redentor es poderoso.

Un pariente en Israel era aquel que, como Noemí le había dicho a Rut, no olvidaba su bondad ni con los muertos ni con los vivos (2:20). Es más, con los pobres y los oprimidos, podríamos añadir. Debía rescatar la herencia, la herencia vendida, de su hermano pobre; debía vengar la sangre de su hermano asesinado; debía enaltecer el nombre de su hermano muerto y sin hijos. Hermosos servicios, que mostraban la gracia en su riqueza, profundidad y variedad. Y Booz es el representante de esto.

Él actuó, al tomar a Rut y bendecirla con la mayor riqueza posible, según las leyes de Israel. Actuaba con rectitud y generosidad, honrando los derechos del trono del juicio al tomar a una espigadora del campo para sentarla a su lado. Hermosa imagen de Aquel que es Justo y al mismo tiempo Justificador.

La fe puede aspirar a lo alto y esperar grandes cosas, pero la gracia de Dios, sus consejos, la ley del Pariente y la fidelidad del Redentor lo garantizan todo. La audacia de la fe no superará su título. El corazón que se anima en Dios será bendecido, ¡bendecido al decirlo!

Y la gracia tiene una justificación tan clara para gratificarse como la fe para animarse. La cruz ha sido, por así decirlo, erigida "a la puerta", o en el lugar del juicio. Dios nunca es más santo que cuando perdona el pecado con la garantía de la cruz de Cristo. Allí se proclama de nuevo la gloria de Dios en las alturas, como la paz en la tierra. Su justicia se manifiesta allí, tan brillante como su amor. Nos apoyamos en la misericordia entronizada: un propiciatorio sobre el Arca del Pacto, donde se encuentran las tablas del testimonio. Si la sangre rociada está allí, la ley guardada, honrada y magnificada también está allí. La justicia de Dios se declara allí, para que

él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús. (Rom. iii. 26.) Es gloria a Dios en las alturas, mientras que es paz en la tierra, buena voluntad para los hombres, lo que todavía será cantado por cada alma que aprende el misterio y el fruto de la misión del Hijo desde el seno del Padre a un mundo de pecadores.

Y hay otro punto hermoso en las instrucciones de Noemí a Rut que quiero destacar.

Le dice, en la etapa anterior, mientras aún era pretendiente, que se lave, la unja, le ponga su ropa y luego la baje al suelo, donde estaría Booz. Pero tan pronto como Booz haya aceptado Ella, entonces Noemí cambia su voz y le dice que se quede quieta. (iii . 8, 18.)

Así es en el viaje del alma. Al principio, nos ocupamos de nosotros mismos . Pensamos mucho en nuestra impureza y desnudez, en nuestra condición de pecadores convictos y en nuestra vergüenza ; pero cuando conocemos el gran secreto de la gracia, que nuestro Redentor hace suya nuestra causa, entonces nos sentimos a gusto en el silencio, la quietud, la abstracción del yo y la ocupación exclusiva con Cristo. Entonces debemos permanecer atentos y ver la salvación de Dios. Entonces, como Josué en Zacarías iii, debemos guardar silencio mientras el Señor obra con nosotros y por nosotros. Debemos dejar que Él responda a nuestros acusadores y no abrir los labios, como la mujer en Juan 8. Podemos, de antemano o durante el camino, como el hijo pródigo, pensar en nosotros mismos, pero tan pronto como entramos en la casa y vemos que el Padre ha hecho de nuestra bendición su cuidado, entonces, como el pródigo de nuevo, solo nos queda sentarnos y comer.

Y permítanme añadir que Noemí, interponiéndose entre Booz y Rut, el testimonio de Booz a Rut, es como la Escritura entre Dios y nosotros. Nos da testimonio de Dios. Incluso lo compromete, y la esencia de la fe es escuchar, recibir y disfrutar con confianza. Rut también. La modesta espigadora se convierte en la pretendiente segura, y si se quiere, audaz, bajo la palabra de Noemí. A Rut le bastó, absolutamente, que Noemí la hubiera instruido. No pidió más, ni dudó.

Y, para colmo de bendiciones, la palabra de Noemí fue suficiente para Booz, como lo fue para Rut. Todo lo que Noemí había prometido por Booz al espigador, Booz se lo había cumplido . A Booz le bastaba que Noemí se lo hubiera prometido. Y así, bendito sea decirlo, basta que la Escritura haya hablado y hecho promesas en el nombre del Señor a los pecadores. Todo se cumplirá. Nada fallará. El cielo y la tierra pasarán antes de que eso suceda. Jesús cumplió la Escritura a lo largo de su ministerio aquí, y no descansará hasta haberla consumado por completo, en todas sus ricas y maravillosas promesas de gracia y gloria.

EL ALTAR DE BETEL.

1 Kines xn . 25— xm .

El comentario inspirado sobre la idolatría, que encontramos en Romanos 1 , nos enseña que su origen fue la corrupción de la mente humana. La soberbia del intelecto se convirtió en su progenitora (versículos 22-25). El Apóstol también nos dice que el corazón incrédulo es malo (Hebreos 3:12). Y al comienzo de esta escritura, encontramos que fue el amor al mundo lo que erigió el altar idólatra en Betel. Jeroboam pensó que era la única manera de asegurar el reino.

Corrompió la religión del pueblo. No la negó, con desprecio infiel, porque reconocía que el pueblo de Dios había sido sacado de Egipto, sino que la corrompió, considerándola algo culpable, pues la estaba utilizando para su propio beneficio o para sus propios fines.

Al comienzo del capítulo 13, aprendemos cómo el Señor trata esta corrupción. Lo hace según su método habitual. «Él envía a su siervo, con una nueva comunicación de su mente y una nueva unción de su Espíritu, desde la tierra de Judá al altar de Betel, para denunciarla y dictar el juicio de Dios contra todos los que se habían relacionado con ella; con una suspensión de la ejecución de dicho juicio hasta la época de Josías, el futuro rey de la casa de David. Pero también da una garantía presente de dicha ejecución, pues el altar se rasgó en ese momento y las cenizas que lo cubrían fueron derramadas ».

Esta es su manera habitual. Él pronuncia juicio, pero retrasa su ejecución, dando garantías presentes. El intervalo se llama «su longanimidad», y sabemos que es «salvación», un tiempo de reunión y vivificación (2 Pedro 3:15). Enoc pronunció el juicio de los impíos, y sabemos por Judas que ese juicio aún está por ejecutarse; pero el Diluvio fue el cumplimiento de una garantía. El Señor pronunció el juicio de Jerusalén en Mateo 24, y sabemos, por los mismos términos de esa sentencia, que aún está por ejecutarse; pero la invasión romana fue el cumplimiento de una garantía .

Jeroboam se indignó con el hombre de Dios que había pronunciado esta sentencia contra su altar, y extendió su brazo, como si ordenara a sus siervos que lo sujetaran. Pero la mano de Dios lo sujetó, y su brazo extendido se endureció y se marchitó. Entonces cambió de parecer, se arrepintió —y sin duda lo hizo—, mostró compasión cuando lo asaltaron los dolores, y suplicó al hombre de Dios que orara por la restauración de su brazo. Así lo hizo; e invitó al hombre de Dios a que lo acompañara a su palacio para recibir refrigerio y recompensas. Pero le hizo saber al rey, con el espíritu de Daniel, que podía guardar sus dones para sí mismo y dar sus recompensas a otro.

* La sentencia aquí pronunciada se cumplió al pie de la letra. (2 Reyes xxiii.) Josías fue profetizado = por nombre, como lo fue después Ciro. (Isaías xliv.)

Él abandona la escena de la maldición de Dios y emprende el camino de regreso a Judá, habiendo cumplido con el trabajo que le había sido encomendado por "la palabra del Señor". El altar y sus sacerdotes quedan para enfrentar el juicio de Dios a su tiempo.

Ahora, sin embargo, y desde entonces hasta el final, la escena cambia. Ya no vemos al hombre de Dios ni al Rey juntos, sino al hombre de Dios en compañía de un anciano profeta que por aquel entonces vivía en Betel.

Estamos expuestos a tentaciones especiales si vivimos en zonas fronterizas o en circunstancias y condiciones equívocas.

El anciano profeta, santo de Dios como era, vivía (algo así como Lot en Sodoma) cerca del altar. El diablo lo usa; y con una mentira en la boca, diciendo que un ángel le había ordenado hacerlo, lo lleva de vuelta del camino que lo conducía a Judá, para comer y beber con él en su casa de Betel.

El hombre de Dios no estaba en la posición ni en la fuerza del Apóstol. Podía y quería defender la palabra del Señor frente a toda pretensión o suposición. Pronunciaría anatema incluso contra un ángel si se atreviera a contradecir la palabra que había recibido de Dios. No le importaba quién fuera, por así decirlo, si venía de la tierra, del infierno o del cielo. Se aferraría a la palabra de Dios frente a todos (Gálatas 1:11), así como podía darle la espalda a Jerusalén y reprender al jefe de los apóstoles, incluso a Pedro, y oponerse a él ante todos.

Pero este hombre de Dios no compartía el vigor de Pablo. Entregó la palabra que había recibido de Dios a la palabra, según su criterio, de un ángel; y regresó a comer y beber al lugar donde el Señor le había dicho: « No comerás pan ni beberás agua allí».

Y aquí otro principio divino recibe una ilustración muy sorprendente.

Dios juzga según la obra de cada uno (1 Ped. 1:17). Es decir, disciplina a su pueblo ahora. El juicio en la casa de Dios ha comenzado (1 Ped. 4:17). Y lo mismo ocurre aquí. El juicio sobre Jeroboam y sus sacerdotes se retrasa; el juicio de este hombre de Dios será inmediato. Ahora será juzgado por el Señor, para que no sea condenado con el mundo ni con Jeroboam en el futuro (véase 2 Reyes 23:17, 18). La palabra cae sobre él, en juicio, mientras está sentado a la mesa del anciano profeta, comiendo y bebiendo, pues comer y beber lo condenaba a sí mismo. Y poco después, al reanudar su viaje a Judá, y en camino hacia allí, un león lo encuentra y lo mata.

¡Qué conmovedor y solemne es todo esto! El juicio del mundo se ha detenido; la disciplina de los santos continúa. Así es aquí. Sí, y más. Había una promesa presente del juicio futuro del mundo, y ahora habrá una promesa presente de la salvación futura del santo. El altar fue rasgado, como vimos, y las cenizas derramadas; y ahora, al león no se le permite tocar el cadáver del hombre de Dios, ni poner su garra mortal sobre el asno que lo había llevado. Su cuerpo está

reservado para el honor final , aunque su vida fue una prenda presente al justo juicio o la santa disciplina de Dios.

Habría sido la naturaleza del león matar al asno así como a su jinete, y devorar el cadáver, pero actuó tanto bajo comisión divina, en la muerte del hombre de Dios, como el hombre de Dios mismo había actuado, cuando pronunció juicio sobre el altar.

¡Qué variadas e instructivas ilustraciones de la verdad son todas estas cosas !

Y el anciano Profeta también volverá a estar ante nosotros. Había en él lo que era de Dios, así como lo que era de la naturaleza o de la carne. Pero ya era viejo, y las canas son tristemente numerosas en este Efraín, como habla el Profeta. Había vivido descuidadamente como un santo. Había fijado su morada en un lugar impuro. Era demasiado como un viejo profesor que necesitaba revivir la virtud. Satanás lo usa (como hemos visto, pero es triste decirlo) para corromper a su hermano menor, un vaso recién ungido del Espíritu. Pero aun así, parece haber sido un hombre justo, como Lot, aunque vivía en Sodoma. Su lamentación por el hombre de Dios fue genuina, y como la de un santo por otro, genuina como la lamentación de David por Jonatán. Fue el dolor de un santo de Dios. Y encargó a sus hijos que, cuando él muriese, lo enterrasen en el mismo sepulcro donde ahora depositaba religiosamente los restos de aquel a quien llamaba su «hermano », el hombre de Dios.

Todo esto revela su mejor naturaleza. Y cuando el Señor viene a ejecutar por medio de Josías el juicio que había pronunciado por medio del hombre de Dios; cuando el poder de su mano cumple las declaraciones de su Espíritu, y llega el día de la ruina del mundo, este mundo de Jeroboam del que hablamos, la mano de Dios respeta al anciano profeta tanto como al hombre de Dios. Josías salva el sepulcro de estos hombres y preserva los huesos de cada uno de ellos de la quema penal común a la que sometía a todos los demás que se encontraban en ese lugar inmundo alrededor del altar de Betel, como leemos de forma tan completa y conmovedora en 2 Reyes 23 :

Así es; y todo esto nos da una lección de moral muy diversa. Vemos el camino de Dios en el juicio del mundo y en la disciplina de sus santos. Vemos el peligro de vivir cerca de Sodoma. Y aprendemos de nuevo que debemos aferrarnos a la palabra de Dios ante todo y en todo.

LA SUNAMITA.

2 Kincs IV.

En los tiempos del Antiguo Testamento, encontramos al Señor aportando nuevos recursos ante los repetidos fracasos, y una fe siempre dispuesta a asumirlos, incluso a calcularlos y buscarlos. El fracaso de todo lo que está bajo la mano del

hombre, o en su administración, se presencia una y otra vez , pero los recursos de Dios no se agotan, y la fe permanece firme e inquebrantable.

Cuando Israel, en el desierto, construyó el becerro de oro, rompiendo así el primer artículo del pacto que regía todo, Moisés actuó como alguien que esperaba encontrar en Dios algo que pudiera hacer frente a la catástrofe (Éxodo 33).

Cuando la nación, traída a la tierra bajo Josué, vuelve a romper el Pacto, como lo hace a menudo, el Señor, en la energía de Su Espíritu, llama a los Jueces para su liberación, y la fe en ellos está lista para la ocasión.

Cuando el Sacerdocio se arruinó después, e Icabod fue escrito en la frente de Israel, Dios tiene un Profeta (una provisión nueva y extraña) en el lugar secreto de Su consejo y recursos, y Samuel, como tal, en la fe conduce a Ebenezer, de la ayuda de Dios, para este pueblo caído.

Cuando el Reino, con el tiempo, se arruine, como le ocurrió al pueblo en el desierto y a la nación bajo los Jueces, y el trono y la casa de David estén en el polvo, e Israel cautivo, la fe aún aguarda con la certeza de que Dios no ha fallado, aunque todos los demás sí. Puede que el Templo esté desolado, el Arca haya desaparecido, todo lo sagrado se haya perdido, la tierra misma sea propiedad de los incircuncisos y el pueblo de Dios sea esclavo de los gentiles; aun así, un Daniel, un Nehemías, una Ester y otros corazones afines pueden mantener su nazaritismo y esperar días de nuevos descubrimientos de lo que Dios es y tiene para Israel.

De este modo, los recursos de Dios no se agotan ante los fracasos del hombre, y la fe no se distrae.

Pero en los días actuales del Nuevo Testamento, tenemos algo más que destacar, y es esto: la plena satisfacción que la fe toma en lo que Dios ya le ha provisto, y el celo y cuidado del Espíritu, que usamos eso, y nos aferramos a ello, en la perfecta satisfacción de que es igual a todas las exigencias nuevas y emergentes.

La diferencia, por lo tanto, es esta: en otros tiempos, la fe calculaba sobre lo que aún le quedaba por alcanzar; en la actualidad, es fiel a lo que ya posee y se aferra a él. Porque tiene a Cristo, el fin de toda provisión divina.

Basta con leer las Epístolas para comprender esto. Cristo, el Cristo de Dios, y la Escritura, la palabra de su gracia, se convierten en nuestra provisión permanente. ¿Cómo es que el Espíritu , allí, mantiene toda la gloria del corazón en lo que ya está con nosotros? Y ciertamente la fe ocupa la mente del Espíritu. ¿Cómo hablan las Epístolas de Cristo como si fuera todo para nosotros, exhortándonos a seguir con Él como comenzamos con Él, a ser edificados en Él como hemos sido arraigados en Él, a aferrarnos, a continuar en lo que ya hemos aprendido y a seguir rechazando todo excepto a Cristo y la Palabra? «Os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia», es lenguaje apostólico.

Aquí hay una diferencia . Pero existe una similitud entre el pasado y el presente, en los tiempos del Antiguo y del Nuevo Testamento, en esto: el fracaso del hombre y la consiguiente confusión en el panorama que nos rodea han caracterizado a ambos. Y la fe es la misma, conociendo y utilizando los recursos de Dios ante la confusión; solo que, repito, con esta diferencia: el recurso, en el pasado, en los tiempos del Antiguo Testamento, era algo nuevo; ahora, es siempre uno y el mismo; es decir, Dios y la palabra de su gracia, Cristo y la Escritura.

Antiguamente la fe actuaba de esa manera, ahora la fe actúa de esta manera.

Cuando, como hemos visto, se forjó el Becerro de Oro, la fe esperaba una nueva revelación del Nombre de Dios. Cuando la nación de la tierra perdió su lugar bajo el ala de Jehová, la fe halló su objeto en el recién despertado Juez o Libertador. Cuando el sacerdocio fue profanado, la fe usó al Profeta. Cuando el reino estaba en ruinas, la fe aún esperaba con la esperanza de un alivio soberano, seguro y cierto, en nuevas formas adaptadas a las nuevas condiciones; como dijo Mardoqueo en tal ocasión: « Desde otro lugar surgirán para los judíos alivio y liberación». Pero ahora, ante el fracaso y la confusión, sea cual sea su forma, la fe cuenta con Dios y su Palabra, Cristo y las Escrituras, recursos permanentes y conocidos por igual en todo momento de los tiempos del Nuevo Testamento. Nada nuevo, nada nuevo, excepto lo que se da por gracia, la fe usa, y permanece serena y sin distracciones, por muy afligida y humillada que esté. Porque «el fin del mundo» nos ha llegado . (1 Cor. 10:11) No buscamos más exhibiciones, sino que usamos lo que tenemos, sean cuales sean las ruinas de la Iglesia y la confusión de la cristiandad. La fe mantiene firme el principio de su confianza hasta el fin. La fe está preparada para el fracaso en los Mayordomos de Dios; pero, al alcanzarlo a Él, descansa tranquila y satisfecha.

La sunamita, en 2 Reyes 4, ilustra estas hermosas formas de fe, y lo hace de forma admirable. No se desanimó ni se distrajo ante un día de fracaso y confusión; estaba preparada para ello bajo la influencia del hombre ; pero, habiendo comprendido y alcanzado a Dios y sus recursos, se siente satisfecha y permanece allí.

Esto se aprecia claramente en su historia. Al principio, comprende a Eliseo con justicia. Sin preámbulos, lo percibe como «un hombre de Dios», y como tal lo acoge y lo recibe. Puede confiar en que Dios tiene sus recursos a su disposición, aunque el reino esté réprobo. Y lo hace como corresponde. Conoce su carácter tanto como su persona. Si es un hombre de Dios, confiará en él por tener los gustos y las simpatías de los tales, y como tal, se prepara para él. Una pequeña habitación en la pared, y luego los muebles necesarios: una cama, una mesa, un taburete y un candelabro. No pretende exhibir los tesoros de su casa, sino conocerlo en su carácter; y esto es comunión. Sus instintos son finos, pues su fe es fuerte e inteligente.

El paisaje era celestial. Es decir, todo en esa cámara anunciaba la presencia de extranjeros celestiales en la tierra, en tiempos de corrupción y apostasía. La

situación estaba entonces en completa ruina moral. La familia de Acab, la casa de Omri, estaba en el trono, y nada en el reino era digno de Dios. Las pequeñas cosas son, y solo las pequeñas, para el pueblo de Dios. En los días de Salomón será diferente. Ahora, basta con una cama, una mesa, un taburete y un candelabro; entonces, los sirvientes, sus ropas y su lugar de descanso, con todo lo demás, representarán la grandeza terrenal y mundana.

Todo esto está lleno de belleza y significado. Esta querida mujer comprende el testimonio de Dios en este día malo. Sabe que Dios es veraz, aunque todo hombre sea mentiroso. Sabe que si se destruyen los cimientos, Dios sigue estando en su santo templo. En este día malo, ve los recursos de Dios en este instrumento. Él es un extraño, un hombre solitario, una especie de Jonás en Nínive, desconocido , desconocido. Pero ella lo comprende y, habiéndolo aceptado, se aferra a él. El esposo puede hablar de lunas nuevas y sábados; Eliseo mismo puede hablar del sirviente y el personal; pero para ella, el instrumento de Dios lo es todo. Él había sido el comienzo de su confianza, y lo tendrá como tal, firme hasta el fin.

Porque la fe, tanto en aquellos días como en estos, se aferró a los recursos de Dios. Como ya he dicho, la fe buscó una y otra vez nuevos recursos a medida que surgían nuevas exigencias ; pero mientras estos recursos estuvieron en manos de Dios para su pueblo, hasta que, debido a una nueva corrupción, dieron paso a otros nuevos, la fe se aferró a ellos. Así, esta sunamita al Profeta, cuando todo en el Reino de las Diez Tribus, tanto en el Trono como en el Santuario, estaba en ruinas.

2 CRÓNICAS VI., 1, 2.

No fue un momento común en la experiencia de un hombre de Dios, cuando Salomón pronunció estas palabras: “El Señor dijo que habitaría en la oscuridad; pero yo te he edificado casa de habitación, y lugar para tu morada eternamente ”.

Era un pensamiento maravilloso que cualquier cosa hecha o erigida sobre la faz de esta tierra contaminada, en medio de este mundo rebelde, invocara al Dios de gloria desde la distancia a la que el pecado lo había obligado, por así decirlo. Porque el pecado lo había alejado de esta escena de su creación. Una distancia inconmensurable, una oscuridad impenetrable, se extendían entre él y el mundo que se había rebelado; y maravilloso, sin duda, era el pensamiento, la conciencia de esto: que había sido traído de vuelta para tener su tabernáculo con los hombres de nuevo.

Pero así es; y así le fue dado al espíritu de Salomón gustarlo y conocerlo en esta gran ocasión.

Fue una anticipación pasajera y momentánea del Reino. Salomón se encontraba entonces en la gloria combinada de Rey y Sacerdote. Era como un sacerdote en el trono. Los sacerdotes comunes habían sido apartados, y él, como Sacerdote real, estaba a punto de bendecir al pueblo y adorar al Señor, como en los días del Reino que aún nos espera.

Así será entonces. El tabernáculo de Dios estará con los hombres, y Él morará con ellos. La gloria entonces será devuelta a la tierra.

2 CRÓNICAS VI., 1, 2. 163

Pero este surgir de la densa oscuridad, o de la distancia infinita, a la que el pecado había separado a Dios, se conoce de otra manera. En espíritu, estamos llamados a caminar en la luz plena y sin nubes de la presencia divina ahora; en circunstancias, lo haremos, en el Reino más adelante.

Ahora, el Evangelio, que es su propia provisión para el pecador, lo trae de vuelta desde esta distancia, o de la oscuridad a la que el pecado lo había obligado. Y nuestra fe en esa provisión lo trae de vuelta. Su gracia ha abierto un camino por el cual puede venir a nosotros, y cuando la fe usa ese camino, se acerca mucho a nosotros, encuentra de nuevo su lugar, su morada, su hogar con nosotros. «Nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él» (1 Juan 4:16).

Pero hay otra oscuridad en la que Dios aún mora. Me refiero a la que se cierne sobre todo el panorama que nos rodea, ya sea de circunstancias o de providencia. En ese lugar, Dios obra invisiblemente; al menos, comúnmente. En ese lugar dice, por así decirlo: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora», y aún debemos andar por fe, donde Dios aún mora en tinieblas. Lo sabremos en el más allá. Veremos cara a cara entonces, aunque ahora sea solo en la oscuridad. «Dios es su propio intérprete, y lo aclarará». Y así como la fe en sus provisiones de gracia en Cristo ahora lo saca de la oscuridad distante en la que se había escondido justamente de los pecadores, así también, poco a poco, la Gloria lo sacará de la oscuridad en la que ahora ordena la providencia para sus santos. « Allí no habrá noche»; como ahora en espíritu, aunque no en circunstancias, decimos: «Las tinieblas han pasado, y la luz verdadera ahora brilla». (1 Juan 2:8; Apocalipsis 22:5.)

NEHEMÍAS VIII.

Este capítulo enseña e ilustra una verdad que impregna el Libro de Dios y de la cual depende nuestra salvación: que la gracia prevalece; la obra de Dios, mediante la sangre de Cristo, sobre la obra de Satanás, el pecado y la muerte; el Evangelio de paz sobre todos los terrores y acusaciones de la conciencia.

Así fue en la historia y la experiencia de Adán. Se arruinó y se apartó de la presencia de Dios, pecador; pero la voz de la misericordia, revelando el misterio de la Simiente de la Mujer, herida y herida, lo acompañó en su distancia culpable y lo atrajo de vuelta a Dios en paz y seguridad.

El fin de toda carne se presentó de nuevo ante Dios en los días de Noé. Pero el arca que Dios había prescrito, y que la fe había adoptado, sobrevivió a las inundaciones.

El juicio entró en la tierra de Egipto, con títulos de propiedad sobre todas las casas allí, tanto israelitas como egipcias. Pero la sangre en el dintel, que la gracia había prescrito y que la fe había usado, protegió la casa que así había sido introducida al secreto de Dios.

Los truenos del Sinaí hicieron temblar a todo el ejército . Ni siquiera Moisés pudo resistirlos. Tiembla y teme con desesperación . No puede resistir allí más que el israelita más débil. Pero es llevado por encima del lugar de los truenos, al lugar donde Cristo se le revela a la sombra de los bienes venideros, y allí está con el rostro descubierto .

Después de esto, el juicio entra en Canaán, como antes había entrado en Egipto. Pero la gracia prescribió de nuevo lo que la fe empleó; el cordón escarlata se tendió, como se había rociado la sangre, y el juicio pasó de largo.

Este mismo patrón se siguió, en cierta medida, durante toda la época de Israel; pues durante esa época, ya fuera mosaica, legal o condicional, existían ordenanzas que proclamaban la antigua verdad, la verdad que se había enseñado desde el principio. El Templo entonces reservaba el sábado; es decir, el sacerdote realizaba los oficios del Templo en sábado ; en otras palabras, el servicio de la gracia prevalecía sobre las exigencias de la ley (Mateo 12).

A su debido tiempo, el Evangelio se presenta para revelar esta gran verdad, la primera, en toda su gloria. Porque este es el Evangelio en la sangre de Jesús. «La gracia triunfante reina». Reina , mediante la justicia, para vida eterna, por Jesucristo nuestro Señor.

Este hermoso octavo pasaje de Nehemías contiene una vívida ilustración de esta misma verdad, que, como vemos, permea, y puedo añadir, necesariamente permea, el Libro de Dios.

La Ley se leía en presencia de la congregación de Israel en Jerusalén el primer día del séptimo mes. Ese día era el día místico o típico del avivamiento, el día del son de las trompetas y de la luna nueva. (Véase Levítico 23; Salmo 81).

El pueblo, al escuchar la Ley en un día como este, recibió el mandato de quienes ocupaban la cátedra de Moisés de dejar que sus mentes se formaran por el día, y no por la ley. Es decir, se les dijo que no lloraran, sino que se alegraran. Era muy correcto que lloraran si solo escuchaban la ley, pero al escucharla en un día como el primero del séptimo mes, la oyeron como en presencia de la gracia, la vivificación y la salvación de Dios, y su lugar y deber es que sus almas sean formadas por la gracia. Es correcto, repito, es más, necesario, que estemos quebrantados de corazón al sentir nuestro pecado y nuestra ruina, y al escuchar la ley; pero cuando la sanidad de Dios nos visita, debemos aprender el gozo que imparte la sanidad y tener nuestras mentes en armonía con ella. Si la ley y el primer día del séptimo mes se unen, como aquí—si el servicio del Templo y el Sabbath están en colisión—el

reclamo de la ley debe dar lugar al de ese día místico, y el Sabbath ceder ante el Templo—como aprendemos de Mateo 12:5.

Podemos recordar nuestra condición de pecadores, pero debemos disfrutar de nuestra condición de salvos (Efesios 2:11-18).

Se hacían cabañas en la Fiesta de los Tabernáculos. Pero solo servían para recordar, con el fin de realzar el gozo presente de las tribus del Señor, en las ciudades, aldeas y tierras de su posesión, recordándoles, como lo hacían dichas cabañas, que una vez habían atravesado el desierto. Así también, en la ordenanza de la cesta de las primicias ... El israelita debía recordar que su padre había sido un sirio a punto de perecer en esa ordenanza; pero su cesta, bien llena, estaba en ese momento en su mano y bajo su vista, para que pudiera adorar en el sentido de una buena herencia presente. Véase Levítico 23:88-48; Deuteronomio 26:1-11.

Y así aquí, en este hermoso capítulo, la ley con razón hacía que el pueblo se lamentara; pero, como el día en que se les leía era el primer día del séptimo mes, el duelo bajo la ley debía dar paso al gozo. Sí, y más que eso, debía formar la mente y el carácter del pueblo.

Y es una bendición ver cómo la gracia forma el carácter (véase Tito 2:11-14). Podemos verla actuar así en cada uno de los casos que he mencionado.

Permítame preguntar: ¿Qué formó el carácter de Adán, tal como lo vemos a él y a su compañía en Génesis 4? Fue la redención que había aprendido. Allí se le ve como un extranjero en la tierra y un adorador de Dios.

¿Qué formó el carácter de Noé en el arca? La liberación que estaba demostrando. No lo vemos, con temor y con inquietud, manipulando las tablas de madera de su casa para comprobar si impedían el paso del agua; sino que lo vemos abriendo las ventanas para echar un vistazo , a la espera del nuevo mundo.

¿Qué formó el carácter de Israel en la noche pascual de Egipto? Se alimentaban del Cordero cuya sangre en ese momento los protegía. Lo hacían con libertad de corazón, sin preocuparse por la escena exterior ni por si el ángel había pasado por su puerta.

¿Qué le dio carácter a Moisés cuando estuvo con Dios más allá del fuego del Sinaí? Allí está, con el rostro descubierto , como en casa con el Señor.

¿Qué le dio a Rahab su carácter después de haber colgado el cordón escarlata? Logró que tantos como pudo se sometieran a la salvación, deseosa de compartir su propia bendición, segura y llena de gozo.

¿Y qué caracteriza a la congregación de Nehemías aquí, tan pronto como conocen el misterio del primer día del séptimo mes? Envían porciones a otros, comen la grosura y beben lo dulce ellos mismos, y aprenden la lección de la gloria, ahora en la salvación de la gracia.

Y ahora pregunto además: ¿Qué? ¿ Qué formará al creyente su carácter? ¿Qué formará su mente y su experiencia? Sin duda, la conciencia de ser vivificado, salvo y aceptado. Debe saberse cercano por la sangre de Cristo; aunque recuerde que era gentil, pecador, incircunciso, alejado, sin Dios, sin esperanza, hijo de la ira, como los demás. El gozo del Señor debe ser su fortaleza, como lo fue para Israel en los días de Nehemías 8: una fortaleza que lo librará del egoísmo y del amor al mundo en su vanidad y codicia, llevándolo con generosidad, como lo hizo con Israel entonces, a buscar la felicidad de los demás y a esperar la gloria, o la Fiesta celestial de los Tabernáculos.

Porque, así como el Evangelio prevalece sobre la Ley en el progreso de las dispensaciones de Dios, también debe prevalecer en el corazón y la conciencia del pueblo de Dios. Muchos de nosotros podemos ser débiles, obstaculizados por la naturaleza y por Satanás, y el buen Dios sabe cómo consolar a los débiles y apoyar a los débiles, pero aun así debemos reconocer que esto de lo que hablamos es Su camino, y reconocerlo también como lo que debería ser nuestro camino.

Debemos comprender a Dios en la gracia. Debemos conocerlo como amor y morar en él, en nombre del sacrificio que él mismo realizó en Jesús. La Ley quizá nos haya enseñado a tratarlo como justo y a considerarlo Juez —y es cierto que lo es, pues toda la gloria le pertenece, ya sea de poder, de santidad, de majestad, de verdad, y de todo lo demás—, pero el Evangelio nos enseña a conocerlo también en la gracia, nos da comunión con él como Salvador y forma nuestro carácter en consecuencia.

PAZ.

En el nacimiento del Señor, la tierra fue saludada con palabras de paz. «Paz en la tierra», proclamaron los ángeles en los campos de Belén.

Esto, sin embargo, no era más que un saludo. No era la proclamación autorizada de paz. Era como la palabra que el Señor puso después en labios de sus Doce, o mejor dicho, de los Setenta, en Lucas 10, al enviarlos, pues entonces les dijo que, en cualquier casa que entraran, dijeran primero: «Paz a esta casa». Esto era un saludo, un pozo de los deseos, la proclamación de una buena voluntad hacia la casa, no una pronunciación autoritaria de paz: esto más bien seguiría, al ser encontrada, que el hijo de la paz estaba allí.

Tras la resurrección del Señor, sin embargo, tenemos la otra cosa. «Paz a vosotros», dijo el Salvador resucitado a sus discípulos, y así regresó a ellos; y al decir esto, les mostró las manos y el costado. Les dio a leer su derecho a la paz. La paz ahora no era meramente deseada, sino pronunciada con autoridad, comunicada a ellos bajo la garantía de la cruz. Jesús ahora les dio la paz, porque ya la había hecho por ellos. Y esta es la paz que nosotros, que estamos en ella, podemos testificar a nuestros compañeros pecadores . No simplemente, como los Setenta comisionados, decimos: «Paz a esta casa», como saludándola o deseándole bien, sino que le

proclamamos la paz segura, establecida y comprada, a la que los pecadores tienen derecho, en la sangre de la cruz.

DIA DE VISITA.

Betsaida.

LA ESCRITURA contempla un día o hora de visita. (Jer. viii. 12; Lucas xix. 44; 1 Pedro ii. 12.)

Un día así puede venir sobre un individuo (1 Ped. 2), sobre una ciudad (Lc. 19), o sobre una nación (Jer. 8).

O bien es por misericordia (Lc. 19; 1 P. 2;) o en juicio. (Jer. viii.)

Y además, puede usarse para glorificar a Dios por medio de él (1 Ped. 2), o puede menospreciarse (Lc. 19).

La visitación en misericordia precede a la visitación en juicio, y el intervalo puede ser largo o corto. Vemos esto en la historia moral de diferentes naciones, como Egipto, Israel y el mundo mismo.

En cuanto a Egipto, José fue entregado a esa tierra por misericordia, y por medio de él Dios la convirtió en la cabeza de las naciones y el granero de toda la tierra. Pero José fue olvidado, se despreció la misericordia, y entonces Moisés y las plagas fueron enviadas.

En cuanto a Israel, Jesús fue dado, el Mesías fue enviado, se distribuyó la sanidad y se trajeron las bendiciones del pacto. Pero Jesús fue rechazado, y ahora la desolación y el cautiverio han triunfado.

En cuanto al mundo, la muerte de Cristo se predica ahora en su virtud salvadora, como la que pagó por el pecado para siempre y en su plenitud. Pero al ser menospreciada, la misma muerte de Cristo será castigada en juicio contra el mundo culpable.

¡Qué simple coherencia se puede encontrar en los caminos de Dios! ¡Qué perfección moral! ¡Qué alivio descubrirla, en medio de todas las confusiones humanas y terrenales!

La visitación en juicio puede no seguir, como ya señalé, hasta después de un largo intervalo —como en el último caso que he mencionado, la historia moral del mundo—, pues el tiempo presente de la gracia se demora mucho, y el juicio se duerme siglo tras siglo. Pero, de nuevo, el intervalo puede ser breve; y lo vemos en dos ocasiones distinguidas en el trato moral de Dios con su pueblo. El Espíritu fue derramado abundantemente justo antes del cautiverio de las Diez Tribus por los asirios, como sobre los profetas Isaías, Oseas, Miqueas y otros. Fue derramado aún

más abundantemente justo antes del cautiverio de Judá por los caldeos, como sobre Jeremías, Ezequiel, Habacuc, Sofonías y otros.

Estas cosas son así. —Pero debo agregar que un día así, un día de visita, deja el lugar o la persona, si ese día es desatendido, en una condición peor que la que los encontró.

Betsaida, en el pasaje del Evangelio, creo, ilustra esto.

Esa ciudad tuvo un día de visitación. Había sido muy favorecida . Las obras poderosas del Señor se habían realizado allí, más allá de lo común, y Andrés, Pedro y Felipe, tres de los apóstoles del Señor, habían pertenecido a esa ciudad. (Véase Juan 1:44 .)

Pero tal favor , tal día de visitación misericordiosa y llena de gracia, había sido desatendido. El lugar no se había vuelto hacia Aquel que lo había bendecido. No se había arrepentido. (Mateo 11:20). Aun así, no está del todo fuera del alcance de la abundante, aunque descuidada, gracia de Cristo. El Señor lo visita, después de todo esto, y cuando lo visita, tiene consigo los recursos de su gracia y poder. Sin embargo, la forma en que esos recursos se manifiestan ahora, después de haber sido, como hemos visto, desatendidos y sin usar, está llena de significado y tiene una gran moraleja o lección para nosotros. (Marcos 8:22-26): Un ciego de Betsaida (o en Betsaida) es llevado al Señor, y le suplican que lo toque. Seguramente un toque o una palabra habrían sido suficientes. La curación, obediente al Señor de la Vida, habría seguido, y seguido de inmediato. Pero no es así. Hay reserva y demora, un proceso más gradual que el que el poder de Cristo (si se hubiera sentido completamente libre para actuar) habría exigido, o que el que jamás había exigido en cualquier ocasión anterior. Tenemos que marcarlo cuidadosamente. ` f Toma al ciego de la mano y lo saca del pueblo. Esto fue significativo. Betsaida había perdido, en este momento, el derecho a ver las obras de Cristo. Porque Él había llamado, y ese lugar no había respondido. Él ya había hecho Sus obras allí, y no se habían arrepentido. Ahora saca al ciego del pueblo; como en la antigüedad Moisés había sacado el tabernáculo del Señor del campamento. (Éxodo xxxiii.) Ambos actos fueron judiciales. Hablaban de una distancia que el Señor ahora, en justicia, había tomado, ya sea del campamento o del pueblo. Pero esta reserva o distancia dejó a cada israelita en libertad de buscar al Señor en el tabernáculo fuera del campamento, y aquí este ciego de Betsaida puede encontrar el poder sanador de Cristo fuera del pueblo.

¡Qué coherencia en los caminos de Dios! ¡Qué resplandecientes son! ¡Cómo se imprime la gloria divina en la gran materia o sustancia de las Escrituras, y cómo resplandece en el tono o estilo mismo de las Escrituras!

Pero si este hombre de Betsaida conoce la virtud sanadora del Señor, debe ser de una manera que lo distinga eminentemente.

Escupió en sus ojos, le puso las manos encima y le preguntó si veía algo. Esto era extraño y peculiar. ¿Había cuestionado alguna vez el Señor su poder? ¿Había dudado alguna vez de la perfección de sus actos? No, ni lo hace ahora, aunque sus palabras puedan parecerlo. No cuestionó su poder, ni desconocía la condición actual de este pobre hombre. Pero debe y quiere darle carácter a esta ocasión. Era un momento especial, y debe dejar que se distinga. Desea que se sepa ahora que la misericordia desairada es sensible. Así debe ser. Así es con nosotros, siendo jueces. ¿Iríamos a reiterar nuestras bondades y servicios a quienes ya los habían despreciado y desatendido, sin al menos dejar saber que sentimos algo? Que se ejerza la bondad, sin duda, pero es moralmente apropiado que algunas expresiones la acompañen. Y si así es con nosotros, así es con Dios. Todo el libro de los Jueces nos lo hace saber. Cada Libertador sucesivo se levanta en favor de Israel, con mayor reserva, porque Israel había estado pecando contra el anterior. misericordias. Y así es con el Señor Jesús en estas Sus acciones con esta ciudad de Galilea.

La curación avanza lentamente. Ante la pregunta de si vio algo, el hombre debe responder: «Veo hombres como árboles caminando».

¡Qué extraño es esto! Cómo todo... ¡Señala este caso! No fue así con el ciego de Jericó, ni con el mendigo ciego del 19 de Juan. Uno de ellos solo tiene que decir: «Fui , me lavé y volví viendo». Y de los otros está escrito: «Jesús , compadecido, les tocó los ojos, y al instante recobraron la vista, y le siguieron». Pero aquí la sanación es lenta y laboriosa . Jesús aún tiene que obrar. Le impuso las manos por segunda vez y le hizo levantar la vista. Y entonces, pero no hasta entonces, no hasta el final de este prolongado proceso, fue restaurado. Es decir, no fue completamente sometido a la gracia y el poder del Hijo de Dios; porque esa es nuestra restauración, llegar a ser nada menos que lo que esa gracia y poder quieren que seamos y nos hagan. « Vio a todos con claridad».

¡Narración valiosa, seria y trascendental! ¡Cómo ilustran todos sus actos, en los días de su vida terrenal entre nosotros, algún secreto de la gracia y sabiduría divinas! ¡Oh, la maravillosa variedad y plenitud moral que se encuentra en las Escrituras! Betsaida no era un material nuevo en manos de Cristo. Le había sido infiel, y debe saber que él lo siente, aunque su gracia abunda.

Y cuando la misericordia se perfeccionó, y el ciego vio claramente a todos, el Señor concluyó la escena diciéndole: «No entres en la aldea, ni se lo digas a nadie en la aldea». Y esto seguía siendo similar a todo lo demás. Como aldea, los días de Betsaida habían pasado. «¡ Si también tú conocieras, al menos en este tu día, lo que pertenece a tu paz! —pero ahora está oculto a tus ojos». Su condición estaba sellada. El juicio por la misericordia desairada estaba ante ella, como el Señor ya lo había dicho claramente en Mateo 11:22. Por lo tanto, ¿Se dice ahora: “No entréis en la ciudad, ni se lo digáis a nadie en la ciudad”?

Así es, pero en contraste con este caso, puedo decir: ¡Oh , qué consuelo se encuentra a menudo en un material nuevo! El Señor mismo lo encontró así; el

Espíritu todavía lo encuentra así; y nosotros, los santos de Dios, lo encontramos así, como seguramente nos lo recuerdan muchos ejemplos de la obra divina en estos tiempos de avivamiento o visitación.

El Señor mismo lo encontró así. Así lo hizo en Samaria. ¡Cuán libre y feliz se sentía allí, ya fuera junto al pozo de Jacob o en la aldea de Sicar! Estaba allí, como en casa, Durante dos días, pues la tierra había sido recién arada y visitada. Los pecadores estaban aprendiendo la salvación, y su fe le ofreció un festín. Allí tenía carne para comer, que no debía ser... Le suplió también con la diligencia de los que estaban constantemente con Él.

El Espíritu aún lo considera así. Él quiere que siempre seamos como niños recién nacidos , que lleguemos con frescura de gusto y deseo a la leche de la Palabra que él mismo preparó y proveyó para nosotros. (1 Ped. 2:2)

Y nosotros mismos lo encontramos así, como lo he ejemplificado en nuestra experiencia de este día presente, por el cual estamos pasando, en la gracia de Dios.

El Señor Jesús se invitó a sí mismo a la casa y hospitalidad de Zaqueo, quien estaba entonces en su frescura, con la flor del afecto temprano sobre él, pero "hizo como si quisiera ir más lejos", cuando llegó a la casa de los que habían estado caminando largo tiempo con Él, pero que acababan de estar razonando con pensamientos que surgían en sus corazones.

Seguramente puedo repetir: ¡Oh , la maravillosa variedad moral que se encuentra en el Libro de Dios! ¡Y cuántas expresiones de secretos divinos, secretos de gracia y sabiduría, cuántas indicaciones de simpatías y sensibilidades divinas, encontramos en el camino del Espíritu del Señor a través de las circunstancias de la vida, tal como Él las atravesaba día a día!

VIAJES A JERUSALÉN.

El viaje de los Reyes Magos de Oriente, según Mateo 2, y el de la Reina del Sur, según 2 Crónicas 9, brillan ante nosotros con una belleza y un significado similares. Todos ellos se dirigen a Jerusalén; pero los Reyes Magos de Oriente comenzaron su viaje bajo la señal o predicación de la Estrella; la Reina del Sur inició el suyo simplemente por haber recibido un informe de la lejana tierra. Pues, a veces el Señor ha visitado y guiado a sus elegidos mediante señales, señales visibles, sueños, voces, visitas angelicales y similares; a veces simplemente les ha hecho oír un informe, como en el caso de esta ilustre dama. Pero, independientemente de cómo se dirija a nosotros, la fe reconoce su voz, como en estos casos. «Mis ovejas oyen mi voz y me siguen».

Los Reyes Magos fueron a adorar y llevaron ofrendas ; la Reina del Sur fue a inquirir en la puerta de la sabiduría y a aprender lecciones de Dios; y traficando con aquello

que era más precioso que el oro o los rubíes, llevó consigo algunos de los tesoros más selectos de su reino.

El viaje de los Reyes Magos está repleto de ejemplos de la vida de fe. Pero Jerusalén no los satisfizo.

Tuvieron que proseguir hasta Belén para alcanzar el objeto de su fe. En el viaje anterior de la Reina del Sur, Jerusalén cumplió todas las expectativas. En ella podemos encontrar algunas características morales notables, que conllevan varias advertencias saludables y significativas para nuestras propias almas.

En primer lugar, observo que la noticia que le había llegado sobre el rey en Jerusalén la hizo sentir inmediatamente insatisfecha con su condición actual, a pesar de su riqueza y su extraordinario honor. Pues partió de inmediato , dejando atrás su propia realeza, con todas sus ventajas, tanto en la carne como en el mundo. El hecho de su viaje revela la inquietud y la insatisfacción que habían despertado las noticias sobre Salomón y Jerusalén.

Esto nos habla a los oídos. Nos habla del efecto que la noticia que se ha extendido sobre alguien mayor que Salomón debería tener en nuestros corazones. Con el mismo espíritu, hasta el día de hoy, el alma vivificada, bajo la noticia que ha recibido de Jesús, se siente convencida e inquieta por la condición en la que la naturaleza nos ha dejado, y esta noticia nos ha encontrado. Nos ha perturbado, nos ha despojado de toda la tranquilidad y satisfacción que antes podíamos tener en nosotros mismos, en nuestras circunstancias o en nuestro carácter.

Pero, de nuevo. Tan pronto como esta dama elegida llegó a Jerusalén, se dedicó a inspeccionar todas las propiedades del rey allí. Llegó con ese propósito, y lo hace. No es ociosa. Se entera de todo . Le planteó sus difíciles preguntas al rey, escuchó su sabiduría y contempló sus glorias. Ni siquiera la forma de sentarse ni la vestimenta de sus siervos se le escaparon, y mucho menos la subida por la que subió a la casa de Dios.

Esto nos habla de nuevo. Cuando llegamos a Jesús, nuestras almas lo convierten en su objeto. Lo conocemos , hablamos de Él, indagamos en los secretos de su gracia y gloria. Sentimos una sola cosa: que nuestro negocio es con Él. Él es nuestro objeto.

En tercer lugar, después de que esta reina extranjera se familiarizara con todo lo que pertenecía al Rey en Sión, quedó satisfecha. Su alma estaba saciada como de médula y gordura. No sabía qué hacer consigo misma. No comprendía su nueva condición. La alegría era abrumadora. No le habían contado ni la mitad , dice; y Salomón superó la fama que había alcanzado sobre él. Ya no tenía ánimo. Regresó a su tierra y a su pueblo, llena. Lo dejó, como la mujer de Sicar dejó a Jesús; vacía de todo , pero llena y satisfecha con su nuevo tesoro.

Tal había sido su maravilloso camino. Su viaje había comenzado con la inquieta e inquieta sensación de necesidad, desvaneciéndose toda su anterior y hermosa

apariencia de circunstancias halagadoras. Se había familiarizado con los vastos y misteriosos tesoros del lugar adonde la había llevado su viaje; lo había hecho con cuidado, con un corazón cada vez más comprometido e interesado a medida que avanzaba en su búsqueda. Terminó su viaje, o regresó a su tierra, colmada hasta el borde de todas sus expectativas y deseos.

características muy similares . Me refiero al del eunuco de Etiopía, en Hechos VIII.

Comienza su viaje con la conciencia intranquila. Había ido a Jerusalén a adorar, pero dejó esa ciudad de solemnidades, esa ciudad del Templo y del servicio a Dios, con su sacerdocio y sus ordenanzas, aún sin tranquilidad, y lo vemos como un inquieto investigador en su camino de Jerusalén al sur de Gaza. Nada en ese centro de provisiones y observancias religiosas le había dado descanso. Estaba insatisfecho con el culto que había estado rindiendo allí. Su conciencia no estaba limpia. Aún no tenía respuesta para Dios. No había paz en su espíritu. Jerusalén, puedo decir, lo había decepcionado, como a los Reyes Magos ...

Pero si, como la reina de Saba, al principio, al emprender su camino, se sentía inquieto e insatisfecho, como ella, estaba profundamente comprometido con lo que Dios le proveía a través de sus testigos y representantes. La Palabra de Dios se dirigía a su alma. El profeta Isaías lo sacaba de sí mismo. No se sobresaltó ante la sorpresa de la voz del extraño en aquel lugar desierto. Todo lo que le importaba, todo en lo que pensaba, era en el secreto del Libro. Examinaba ese testimonio de la gracia de Dios, como la reina había examinado una vez el patrimonio de Salomón, el testimonio de la gloria. Y Felipe le reveló el secreto que buscaba .

Y entonces, él está satisfecho. Su corazón, como el de ella, rebosa de lo que ahora le ha sido descubierto . Continúa la segunda etapa de su viaje, de Gaza a Etiopía, «regocijado». Felipe puede dejarlo, pero él puede prescindir de él. La mujer de Sicar puede volver a dejar su cántaro y descubrir que Jesús lo es todo para ella. Con el alma satisfecha, como si estuviera llena de médula y gordura, puede proseguir su camino. Otro regresa al sur, a Saba o Etiopía, con el corazón enriquecido por los descubrimientos que hizo en su visita a Jerusalén.

Estas características afines se rastrean fácilmente en estas narraciones. Pero fue más bien la conciencia la que impulsó al eunuco en su viaje; fue el deseo el que impulsó a la reina. Y ella entró en contacto con la gloria, en la corte y el estado de Salomón; él con la gracia, en palabras del profeta Isaías. Pero ya sea que Dios se dirija a nosotros con una revelación de su gracia o de su gloria; ya sea que se dirija a la conciencia o al corazón, es su alta y divina prerrogativa satisfacernos, como lo hace con estos dos distinguidos individuos. Él sacia el alma con una manifestación de sí mismo, ya sea que esa manifestación adopte la forma que desee o se adapte a la exigencia o demanda del alma que desee. Y tal satisfacción la obtenemos de manera diferente, pero muy bendita, ejemplificada en estos dos casos.

Y permítanme añadir otra característica común a ambos. Su espíritu estaba libre de rencor. La Reina contemplaba las glorias de Salomón, y podía contemplar su estado

superior, más eminente y excelente, sin la menor señal de celos ni envidia. Era demasiado feliz para eso. Podía felicitar al Rey en Sión, a sus siervos que lo atendían, y a su pueblo que escuchaba su sabiduría, y regresar a casa como quien solo tenía el privilegio de visitarlo; pero no les escatimaba la porción más rica que disfrutaban. Su propia porción de bendición la llenaba, aunque su vasija era comparativamente pequeña. Y lo mismo le ocurrió al eunuco, estoy completamente seguro. Estaba dispuesto a ser deudor de Felipe, a saber que cuanto menos se bendice, mejor. Sea así, diría su espíritu. Estaba feliz, estaba lleno; y si no había vacío en su espíritu, podemos asegurarle a Durr Hes que no había rencor.

¡Qué alegría deberíamos sentir al contemplar tales ejemplos de la obra divina! El alma, perturbada por su propia condición, fija en la búsqueda ferviente de Cristo, satisfecha al descubrirlo, y entonces, demasiado feliz para vivir en medio de los tumultos y las sacudidas de esa naturaleza que anhela la envidia. ¡Y con qué sigilo se lleva a cabo el proceso! Continúa en el espíritu del hombre por el poder que obra según el modelo del viento que sopla donde quiere, pero de dónde viene ni adónde va, lo ignoramos.

, tengo otro pensamiento sobre este tema de los viajes a Jerusalén.

A veces encontramos, como en el caso de la reina de Saba, que esa gran ciudad colmó todas las expectativas que se habían formado en su corazón. Lo que allí había la satisfizo profunda y plenamente, como hemos visto. Pero Jerusalén a veces ha decepcionado dolorosamente el corazón. Decepcionó, como puedo repetir, a los Reyes Magos de Oriente que fueron allí buscando al Rey de los judíos. Tuvieron que pasarla de largo y emprender otro viaje, hasta Belén, en el sur. También decepcionó al eunuco, como también he observado. Había ido allí a adorar, pero la abandonó insatisfecho en espíritu, buscando ese descanso que, como vimos, todas las provisiones religiosas de esa ciudad del Templo y el Sacerdocio no le dieron ni pudieron darle. Y debo añadir que decepcionó igualmente al Señor Jesús. En lugar de encontrar allí su bienvenida y su lugar, tuvo que llorar por ella y pronunciar su condena, y encontrarse allí en su propia persona con lo que aquí preferimos recordar en lugar de mencionar.

Sin embargo, en los últimos días, por así decirlo, revivirá y recuperará el carácter que cumplió en los primeros. Responderá a las más ricas expectativas de aquellas multitudes que entonces, como la Reina del Sur, subirán allí para ver al Rey en Su hermosura. Los caminos estarán entonces repletos de visitantes gozosos, y los corazones de miles de naciones repetirán de nuevo lo que han encontrado en la ciudad santa. «Todas las naciones fluirán a ella», como leemos; «y muchos pueblos irán y dirán: Venid y subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob; y Él nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas, porque de Sión saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén». Y nuevamente leemos : « Y sucederá que todos los que sobrevivan de todas las naciones que vinieron contra Jerusalén subirán de año en año para adorar al Rey, el Señor de los Ejércitos, y para celebrar

la fiesta de los tabernáculos». Y además: « Me alegré cuando me dijeron: « Entraremos en la casa del Señor; nuestros pies se afirmarán en tus puertas, oh Jerusalén. Jerusalén está edificada como una ciudad unida, adonde suben las tribus; las tribus del Señor, al testimonio de Israel, para dar gracias al nombre del Señor». Estos se cuentan entre los testigos divinos e inspirados de la gratificante virtud de estos viajes a la ciudad del gran Rey en el día del Reino, cuando la promesa que nos dio la Reina de Saba se redima con bendición en el gozo de los corazones de las miles de naciones que, en el día venidero de la restauración de Sión, esperarán allí para servir voluntariamente al Señor de la tierra.

La secuela, entonces, simplemente se pesa. Viajes a

Jerusalén satisface o decepciona ; y es el Señor mismo quien debe determinar cuál. Su gloria se manifestó o reflejó allí en ese momento, y por lo tanto, su visita satisfizo a la reina de Saba; su gracia no se ministró ni testificó allí entonces, y por lo tanto, su visita decepcionó al eunuco de Etiopía. Y así, el valor de esa ciudad de solemnidades debía medirse por la presencia de Cristo allí. Y vayamos, permítanme decir, de todas las ordenanzas y servicios. Jerusalén no es más que "una ciudad de los jebuseos", si Jesús no es su vida y gloria; es "el gozo de toda la tierra", si lo es. Como el Monte Sinaí o el Horeb. No es más que "el Monte Sinaí en Arabia", o asume la dignidad de " monte de Dios", según lo adopte o no el Señor. Las ordenanzas de la ley eran "sombras de bienes venideros", el mobiliario de la "hermosa casa" de Dios, o meros "elementos miserables ", según Cristo los usara o los rechazara.

LOS DOS DEUDORES.

Lucas vu. 36—50.

La plena seguridad del alma es la fuente del afecto más puro y del servicio más libre. De hecho, es necesaria para cada uno de ellos. El perdón presente de los pecados debe afirmarse con plena confianza.

Pregunto: ¿Cuál ha sido la obra del bendito Dios en este mundo nuestro, si no es el fin mismo de ponernos en tal condición? Nuestro pecado lo trajo aquí, y luego, al quitarle nuestro pecado, le dio su historia aquí, después de venir entre nosotros. Murió y resucitó. Porque ¿qué veo en esa historia, la muerte y resurrección del Hijo de Dios, si no veo la eliminación del pecado?

Tan pronto como el pecado entró, Él se reveló en relación con nosotros. No como Legislador ni Juez, sino como Salvador . Él se ve en la primera promesa. Fue como Salvador , como Purificador de pecados, Él se reveló entonces, en el misterio del calcañar y la cabeza magullados, y eso fue todo. Su muerte y resurrección como Hijo y Cordero de Dios. Y... ¿qué veo, pregunto de nuevo, en esos grandes hechos, si no veo la eliminación del pecado? ¿Cómo puedo, con alguna razón, con alguna sencillez de mente, estar ante la Cruz de Cristo y no comprender la purificación de

los pecados que allí se produce? Si no comprendiera eso, todo reprendería y tendría que reprender la oscuridad de mi alma. ¿Acaso el velo rasgado, acompañado de las rocas rasgadas de la tierra y las tumbas hendidas de los santos, no anunciaron que la muerte del Hijo de Dios, entonces consumada, había restaurado al hombre a Dios, abriendo un camino desde la prisión de quien tenía el poder de la muerte hasta los cielos resplandecientes, y allí al trono de la majestad? ¿Acaso el sepulcro vacío no siguió en su día señalado para dar testimonio similar y anunciar que Dios estaba satisfecho con la muerte de Cristo, y que había expiado el pecado y reconciliado? Y luego, ¿acaso el don y la presencia del Espíritu Santo no vinieron, en su debida hora pentecostal , para sellar el mismo gran hecho? Y pregunto además: ¿Cuál fue la predicación, el Evangelio, el testimonio de los Apóstoles inmediatamente después, tal como lo tenemos en el Libro de los Hechos? Sin duda, es la remisión, el perdón de pecados, por la virtud de la sangre o muerte de Jesús, para todos los que lo reciban. Pedro, en su primera palabra en el capítulo 2, y luego en su segunda palabra en el capítulo 3, y en su primer testimonio a los gentiles en Cesarea en el capítulo 10, relata este gran hecho; y cuando Pablo retoma el testimonio, retoma la misma historia maravillosa, como vemos en el capítulo 13. Y en sus epístolas, donde enseñan más que predicar, instruyendo a los santos en lugar de incitar a los pecadores, encontramos lo mismo; la epístola a los Hebreos hace de uno de sus grandes objetivos característicos mostrarnos al Purificador de nuestros pecados ahora en los cielos, en medio de sus muchas glorias allí.

Todo esto es cierto y en efecto. Y ahora, nuestras almas deben conservar este bendito hecho, que el pecado ha sido quitado, como algo en primer plano. No debe tratarse como algo que podríamos discernir en la distancia, brumosa y neblinosa, tras un escrutinio minucioso. Debe colocarse en primer plano, donde el velo rasgado , la resurrección, el Pentecostés , la predicación y la enseñanza apostólicas ya lo han colocado, para que podamos comprenderlo como a la luz misma del mediodía y poseerlo con plena seguridad.

La Escritura, como alguien observó una vez, simplifica mucho más la eliminación del pecado que nuestra religión. La Escritura lo sitúa al principio; la religión humana lo convierte en el gran logro. La Escritura asocia el pecado con la sangre de Cristo, y este desaparece.

De paso, podemos admitir que cuando la gracia de Dios, que trae salvación y que brilló con tanta fuerza en la primera promesa y se mantuvo vigente durante la época de los patriarcas, se conecta, bajo Moisés, con la Ley, se oscurece. Naturalmente, diría yo, pues entonces se mezcla con un elemento extraño. El perdón de los pecados, la provisión de Dios para el estado de los culpables, tuvo un amplio y diverso testimonio allí, lo reconozco; pero ese testimonio fue transmitido por sombras, ordenanzas y servicios religiosos oficiales, que lo oscurecieron o lo obstaculizaron. Toda la economía mosaica tenía fines importantes que cumplir, pero en lo que respecta a la gracia, obstruyó y oscureció sus acciones y manifestaciones. La gracia no se manifestó en su simplicidad, como en los días

patriarcales. Y según esto, el Nuevo Testamento, en su razonamiento y comentarios divinos, comúnmente coloca el Evangelio de la gracia junto con los patriarcas, pero en contraste con Moisés. Abraham fue bendecido como un Abraham creyente. Moisés se puso un velo sobre el rostro, y se declara que la ley engendró un espíritu de esclavitud al temor.

Pero la gracia, al final, emerge de este elemento mixto, de esta atmósfera nublada; y ahora, asegurada y efectuada por la muerte y resurrección de Cristo, brilla, como hemos visto, en su infinito resplandor, y reclama ocupar el lugar principal en el cristianismo, y el primer plano a la vista y comprensión de nuestras almas.

Del diferente propósito y carácter de cada uno de ellos, encontramos esta verdad, el perdón de los pecados, presentada de diversas maneras en los Evangelios, en los Hechos y en las Epístolas. La encontramos predicada a los pecadores en los Hechos; enseñada o explicada a los creyentes en las Epístolas; y la encontramos ilustrada en individuos en los Evangelios. El Espíritu, por así decirlo, es un Evangelista o Predicador en los Hechos; un Maestro de los santos en las Epístolas; y en los Evangelios encontramos narraciones vivientes que ilustran lo que en otros lugares se predica y enseña de esta manera.

Con qué sencillez se predica en los Hechos esta verdad fundamental: el perdón de los pecados por la autoridad y en nombre de la muerte y resurrección de Cristo. Pedro comienza testificándolo y lo repite una y otra vez , como ya dijimos, y Pablo continúa.

presenta la misma verdad en Epístolas como la de Romanos y la de Hebreos, mostrada en la estabilidad del fundamento sobre el que reposa y en las glorias en las que resulta (todas las Epístolas, puedo decir, la asumen!).

¡Y cuán conmovedor es el poder de la misma verdad en el alma de quien la recibe, ilustrado en esta narración del pecador de la ciudad en la casa de Simón el fariseo, al final de Lucas 7 !

Así es, en efecto. Y es dulce este método variado de presentar esta gran verdad fundamental. La predicamos a los pecadores, la explicamos y la explicamos a los creyentes, y la ilustramos en individuos.

En esta casa de Simón el Fariseo, el Señor se encuentra con dos personas , representantes de dos generaciones morales. Es decir, su anfitrión y un pecador de la ciudad. Y estos constituyen los dos deudores en la parábola que el Señor presenta en esa ocasión, y que se encuentra en el centro de la narración.

Considero a Simón como alguien que sin duda reconocía la excelencia del Señor Jesús. Lo había invitado a su casa como señal de honor . Era también, sin duda, alguien que reconocería diariamente la deuda de gratitud por las bendiciones del cuidado y la misericordia de Dios, y se reconocía inferior al más pequeño de ellos. Era como alguien a quien se le habían perdonado cincuenta denarios.

El pecador que había entrado en su casa, sin duda era pecador; pero ella lo sabía. Pero Jesús era un Salvador ; y ella lo sabía. No estaba simplemente convicta, hasta el punto de estar confundida y dispuesta a renunciar a todo ; estaba conscientemente perdonada, como después de la convicción. Estaba en un día de gracia, fuera del juicio. No estaba, como David de antaño, ante el Ángel de Dios con la espada desenvainada en la mano. Estaba ante Él como su salvación, no en el sentido de mera misericordia providencial, sino de aceptación eterna. Era como una deudora a la que se le habían perdonado quinientos denarios.

Así, creo, era esta mujer, esta pecadora de la ciudad, y, en medio de las narraciones de los evangelistas, ella ilustra las virtudes y victorias que acompañan al conocimiento del perdón.

Eso la hizo valiente. Se aventuró, pecadora como era, a entrar en la casa de un fariseo. Fue muy atrevido de su parte. Podría haber contado con lo mismo que recibió: desprecio y susurros injuriosos , las murmuraciones de reproche moralista. Y lo que podría haber contado, lo recibió.

La hizo feliz. Eso la independizó de la criatura y la elevó por encima del mundo. Infundió en ella un espíritu de sacrificio y adoración. Todo lo que era y tenía no era suficiente ni suficiente para Aquel que la había salvado, que la había amado y se había entregado por ella. Lo trajo todo consigo a los pies de Jesús, sin importarle que nadie la recordara excepto Él mismo. Leía el nuevo nombre en la piedra blanca. Los pensamientos de desprecio del fariseo se le escaparon, como los reproches de Mical se le escaparon a David en un momento de alegría similar. Lo tenía todo en Jesús, y de Él recibía respuesta a todo.

Ella conocía la gran verdad característica del cristianismo, como hemos dicho, el perdón de los pecados. «Sus muchos pecados le son perdonados». Conocía a Jesús como Simón no. Tenía una relación diferente con él. Él estaba ante ella como su Salvador . Simón la consideraba muy pobre y parcial. No podía comprenderla, y lo que sabía, lo conocía por completo, de una manera que lo engañaba. Se decía a sí mismo que «era una pecadora». Sin duda lo era. Nadie más que un pecador podía ofrecer sacrificios como los que ella ofrecía entonces. Pero Simón desconocía que su carácter pecador era la raíz de todo lo que presenciaba. Tampoco conocía a su Invitado. Dudaba que fuera profeta, pero pronto le hizo saber que no era simplemente un profeta, sino un profeta de orden divino, capaz de revelarle los secretos de su corazón. Dijo que la mujer tocó al Señor. "¿ Eso fue todo, Simón? ", podríamos preguntarle. Seguramente no comprendió nada de lo que había sucedido. Los besos, las lágrimas y los tesoros del vaso de alabastro los veía como si no los viera. Los cincuenta denarios estaban muy lejos de medir los quinientos.

Ciertamente es así, y esto lo percibo como la lección característica de esta breve narración y de la parábola que la encierra . Ilustra el valor de que el alma tenga pensamientos correctos sobre su relación con Dios, el valor de saber que somos pecadores, pecadores irremediablemente, eternamente arruinados, pero que

Jesús es nada menos que un Salvador presente , un Salvador perfecto , un Salvador para la eternidad.

El Evangelio, entre la multitud de glorias morales que brillan en él, tiene esto: que forma el vínculo más maravilloso y precioso entre Dios y sus criaturas, un vínculo que, en su forma diferente, es inestimable tanto para el Dador como para el receptor: la obra de salvación con todos sus resultados por parte de Dios, y el amor agradecido y responsivo por parte del pecador, el mayor beneficio para los más distantes e indignos.

Los ángeles han conservado su primer estado, formados como fueron en excelencia de fuerza y brillo; y su original, su "primer estado", como se le llama, al ser así conservado, es el vínculo entre ellos y su Creador. La inocencia de Adán , como podemos admitir por un momento, lo mantuvo en su conexión con Dios como criatura formada en posición vertical, para caminar en el jardín del Edén. Pero ¿qué son estos vínculos en comparación con los que la gracia ha formado en el gran sistema de salvación?

¿Y cómo, entonces, se convierte en nuestro deber, nuestra obediencia misma, nuestro servicio, albergar pensamientos profundos y seguros sobre el perdón de los pecados y la salvación de Dios? El afecto entonces regresará a Él siguiendo el ejemplo de este pecador de la ciudad. ¡Y cuán maravillosamente hermoso y maravilloso, puedo decirlo, es ese Libro que comienza exhibiendo el vínculo de inocencia entre el Señor Dios y sus criaturas, y concluye exhibiendo el de la salvación! La esposa del Cordero en la gloria amará como Adán en el jardín no pudo amar. Amará, me permito decirlo, siguiendo el ejemplo de esta mujer en la casa de Simón el fariseo. Amará con la fuerza y el gozo de esa gracia que ha perdonado quinientos denarios.

Y, de hecho , creo poder decir que no conozco a nadie , en el progreso de las Escrituras desde el principio hasta el final, que haya ilustrado el afecto de la Esposa del Cordero con mayor profundidad y conmoción que ella. La familia de Betania y María Magdalena expresan un afecto personal muy ferviente. Sus corazones se sintieron atraídos y cautivados de una manera muy hermosa. Uno disfruta enormemente de las imágenes que tenemos de ellos. Y puedo decir que el poder moral que Él tiene en el sentido de perdón y aceptación se exhibe finamente en la primera reunión de creyentes en Jerusalén en Hechos 2. Y de igual manera, que David en el Salmo 32, e Isaías en el capítulo 6 de su profecía, y el Israel arrepentido, como se anticipa en Isaías 33 y Miqueas 7, entre una multitud además, expresaron algunas emociones muy hermosas del alma bajo la fresca sensación de perdón y reconciliación. Y así, Pedro, Mateo, Zaqueo, el samaritano en los días de los evangelistas, y Pablo después, al describir la condición de su corazón hacia el Señor Jesús, en Gálatas 2:19-21. Todo esto es así; y todos estos casos nos dan grandes ejemplos del poder del perdón. Pero repito , no conozco otro ejemplo tan conmovedor como el de esta pecadora de la ciudad en Lucas 7. Ella nos presenta la medida completa y la manera perfecta en que, a veces, el perdón y la conciencia

de aceptación se apoderan del alma, imponiéndole una autoridad incuestionable e inigualable, imponiendo su yugo suave y bienvenido sobre todo y llenando el espíritu con los afectos más ricos y generosos.

¡Qué será tener corazones para la eternidad en posesión de tal alegría como la que estas condiciones les aseguran!

Sin embargo, hay lecciones incidentales o secundarias en esta breve narración. Vemos en ella, o aprendemos por ella, que todo ha de reaparecer a su debido tiempo y lugar. Los servicios de la mujer y las negligencias de Simón son recordados por el Señor al final. Todo parecía haber sido pasado por alto cuando las cosas se hicieron o se dejaron sin hacer; pero no fue así. Y esto ilustra una verdad interesante y seria. Nada carece de importancia, pero todo tiene un carácter, un carácter moral, mientras que ahora hay balanzas escondidas en el santuario de Dios destinadas a pesarlo en el futuro. Como aquí—los besos y las lágrimas y el servicio del cabello de la cabeza, y los fragantes tesoros del vaso de alabastro, que habían marcado el camino anterior de esta mujer amorosa, con las correspondientes negligencias de los fariseos, son todos ensayados por el Señor mismo en un momento en el que tal vez ambos no eran conscientes—como está escrito, 'El Señor de ese siervo vendrá en un día que no lo espera , y a la hora que no sabe'.

Esto puede tomarse en serio. ¿Hemos estado rindiendo servicio secreto a Cristo? ¿Tenemos algún interés en el día de la manifestación de todas las cosas? ¿Cuál es nuestra posición respecto a ese día? No planteo estas preguntas como preguntas de vida, sino como llamados piadosos a mi propio corazón y caminos, para que mis acciones presentes se orienten a la luz de los días venideros.

Y de nuevo en esta instructiva historia, al final, el Señor anuncia la salvación de la mujer ante todos los que estaban sentados a la mesa con Él. Pone su propio sello amplio y autoritario sobre el hecho de que ella fue perdonada, como en presencia de todo el mundo, sin importar los pensamientos acusadores o las preguntas incrédulas que pudiera haber. "Tus pecados te son perdonados", le dice el Señor. " Y los que estaban sentados a la mesa con Él comenzaron a decirse a sí mismos: ¿Quién es este que también perdona pecados?" ¡Qué voz sobre las aguas debió haber sido la de Jesús! Las aguas volvían a crecer, los vientos y las olas de Galilea estaban en todas partes, pero la voz de Jesús se había alzado de nuevo. La mujer no oyó los susurros ni las acusaciones . "Quién ¿Acaso acusarán a los elegidos de Dios? Dios es quien justifica . Esto le bastó .*

Pero entonces, al apartarse de sus acusadores y volverse hacia sí misma, el Señor cambia de tono. El fruto del perdón puede ser, y es, el amor, pero la raíz y la fuente del perdón son ... No fue su amor, ardiente y abnegado como era, lo que la salvó. Su fe precedió a su salvación, antes de que esta escena comenzara; el amor ahora viene después, como hemos estado viendo. Y en consonancia con todo esto, cuando ahora aparta su mirada de sus acusadores y se vuelve hacia ella misma, dice: «Tu fe te ha salvado; ve en paz». No se menciona el amor ni lo que el amor

había hecho, junto con la salvación. La salvación es por gracia, junto con la sangre de Cristo y la fe que la comprende y se apoya en ella. La salvación es algo demasiado elevado para equipararse con las obras del hombre. Es obra de Dios, y viene «al que no obra», como dice el Apóstol. «Es por fe, para que sea por gracia».

* Simón no era de aquella generación de fariseos que ponían trampas al Señor, como el del capítulo 11; pero tampoco era de la misma generación que Leví, quien cuando hizo un banquete para Jesús, puso a publicanos y pecadores en su compañía.

Y permítanme añadir que la que es principal en el Libro de los Cantares representa la misma generación a la que pertenecía esta mujer. Ella se sitúa por encima de las hijas de Jerusalén, como esta lo hace por encima de Simón el fariseo. Había descubierto que « era morena pero hermosa», y ese era el secreto de su afecto sincero y anhelante. Así, nos recuerda a la elegida en los Cantares, y prefigura, en su afecto, a la esposa del Cordero. Se sitúa entre ellos, y todos pertenecen a una misma generación. «Soy morena pero hermosa», expresa el secreto de tal afecto. Es la alegría y el amor de los pecadores conscientemente perdonados y aceptados lo que llena el espíritu de la de los Cantares, de esta pobre pecadora de la ciudad, y de la Novia -compañera, la hermana y la Esposa, la esposa del Cordero para siempre .

LA MUERTE CONSUMIDA.

Lujo 1x., 30, 31.

Hablaron de su partida, que Él iba a cumplir —tres palabras de dulce y diverso significado—. Nos hablan de la intimidad , la intimidad personal, que existe entre el Señor y los elegidos en los reinos de la gloria. Como fue en el jardín del Edén al principio, y luego entre los patriarcas, y luego con los discípulos y su Divino Maestro en los días de los evangelistas, así será en las eras de gloria: habrá intimidad personal entre el Señor y su pueblo, como lo indica la palabra «hablar». «Dios habló con Abraham».

Pero también tenemos el tema de su conversación: su fallecimiento, un tema sumamente digno de ser abordado por las huestes glorificadas. Bien podemos hablar de él cada Domingo, a la luz de la resurrección, ya que los redimidos en los cielos hablan de él a la luz de la gloria. Pues es ese gran hecho o misterio que será celebrado por siempre, así como es el gran hecho que demostrará ser los pilares de la eternidad, los pilares de la creación de Dios.

Y, además, nos revelarán un asunto de gran importancia relacionado con este tema: se trataba de una muerte que debía consumarse, una palabra que sugiere el carácter pleno, consumado y perfecto de la manera en que se llevaría a cabo ese gran misterio, la muerte del Cordero de Dios en Jerusalén. Se debía celebrar con la

debida solemnidad, para que nada quedara sin efectuar , sin producir o sin asegurar, tal como se aconsejó .

¡Y qué consuelo para nosotros, pecadores! El sacrificio del Cordero de Dios fue el preciado secreto eterno que nos daría la bendita paz eterna; y debemos aprender que todo lo que le fue encomendado, lo ha hecho: los consejos, el trono, los pesos y medidas del santuario de salvación, todo se ha satisfecho hasta la última jota y tilde.

Meditaría un poco más detenidamente sobre este cumplimiento de la muerte del Cordero de Dios.

Al leer Levítico 16, podemos impresionarnos con el cuidado, el orden y la regularidad exacta y perfecta con que el sacerdote cumplía con los deberes del Día de la Expiación. Sin prisas, sino con una precisión ordenada y definida de principio a fin.

Debía tomar las víctimas designadas, ya fueran bueyes o machos cabríos. Luego, debía ofrecerlas . Después, debía matarlas, según el tiempo y el orden debidos. Tenía entonces que preparar la nube de incienso, que debía acompañarlo y revestirlo con la sangre al entrar en el Lugar Santísimo. Y (vestido con esta nube, con su sencillo traje de lino sagrado, no con sus vestiduras sumosacerdotales de gloria y hermosura, estando sobre él), habiendo entrado en el Lugar Santísimo, rociaba la sangre sobre y delante del propiciatorio , en testimonio de que Dios, en el trono de justicia, había aceptado el sacrificio. Luego salía y usaba la misma sangre (la sangre que había sido acreditada y sancionada en el trono) para la reconciliación de los lugares y las cosas exteriores; nadie más que él podía entrar al santuario mientras se encontraba así, en toda esta solemnidad, cumpliendo con los asuntos de este día misterioso.

Y habiendo reconciliado así los lugares y las cosas exteriores, pone las iniquidades del pueblo sobre la cabeza de un macho cabrío, llamado el chivo expiatorio , y lo envía a una tierra donde esas iniquidades nunca más podrían ser recordadas.

Luego, ataviado con sus propias vestiduras sacerdotales de gloria y hermosura, ofrece un holocausto por sí mismo y otro por el pueblo; testimonio de que toda esta gran y misericordiosa obra había dado como resultado la adoración y la alabanza que así le fueron rendidas por la congregación del Señor, redimida y comprada con sangre. Y luego, coloca la grasa de la ofrenda por el pecado sobre el altar, en señal de que el Dios bendito tenía reservada para sí la porción más rica del banquete, el gozo más profundo en este sacrificio y expiación, a la manera, diría yo, del Padre en la parábola del hijo pródigo.

Las ofrendas por el pecado, tanto el becerro como el macho cabrío, eran entonces consumidas enteramente "fuera del campamento" —y el hombre apto que había quitado el macho cabrío expiatorio , y el otro que ahora había consumido así las

ofrendas por el pecado, se purificaban cuidadosamente, y luego tomaban su lugar nuevamente en el campamento.

* El Evangelio es llamado “el glorioso Evangelio del Dios bendito (feliz)”, en 1 Timoteo 1:11. Esto es, según esta ordenanza, “la grosura sobre el altar”.

Tal era la actividad de este gran día en Israel, el día de la expiación, el décimo día del séptimo mes. No pretendo interpretarlo aquí; simplemente pretendo presentarlo de manera que muestre la forma cuidadosa y deliberada en que se llevaba a cabo, la manera bien definida y ordenada en que esta gran solemnidad se desarrollaba y celebraba en todas sus etapas y a lo largo de su desarrollo, de principio a fin.

Ahora bien, esto va de la mano con la gran expiación sustancial realizada en la hora de la cruz. ¡Con qué serenidad, santidad, mesura y ponderación se llevó a cabo la muerte del Señor Jesús! Seguramente Moisés y Elías podrían haberle hablado de su partida, la cual debía cumplir en Jerusalén. A lo largo de su vida ministerial, estuvo expuesto a la enemistad del mundo. De hecho, fue así desde su nacimiento. Y en todo momento , el hombre parecía tenerlo a su merced. En cuanto a las escenas por las que pasó, no había guardia, ni Mahanaim a su alrededor, ni huestes angelicales que ascendieran y descendieran para su seguridad o provisión. Tampoco permitió que su voz se escuchara en las calles, negándose a organizar un grupo para sí mismo, enfrentando confederación tras confederación, cuando podría haberlo hecho. Y, sin embargo, nadie pudo echarle las manos encima hasta que llegara su hora . Así como nació en la plenitud de los tiempos, así también en la plenitud de los tiempos, pero no antes, debía morir. Pero cuando ese momento llega, todo se cumple en calma, sagrada, mesurada y bien ponderada, como podemos ver desde la hora de la última cena hasta la muerte misma.

En la Cena, como Víctima, se ató a los cuernos del altar. En Getsemaní, inmediatamente después, renovó esta entrega a su Padre. Cuando los soldados vinieron a prenderlo, no pudieron tocarlo hasta que él lo deseara. Pero a su debido tiempo, como cautivo voluntario, se entregó a sus manos. Pasó del beso traidor de uno de los suyos a manos de los judíos, y de ellos a manos de los gentiles, porque tales cosas habían sido profetizadas sobre él. Cada jota y tilde de la Escritura se cumplió, incluso cuando dijo: «Tengo sed». Todo su dolor predicho, en todas sus múltiples formas de sufrimiento e insulto, se hizo realidad; también las mismas vestiduras con las que sufrió, y la compañía que lo acompañó en la cruz. Sus discípulos lo abandonaron, las ovejas del rebaño se dispersaron, pues así lo habían escrito los profetas. Y entonces, cuando todo terminó, y llegó la hora pascual, entró en las tres horas de oscuridad bajo la mano quebrantada de Dios como su Cordero para el sacrificio.

La muerte es así maravillosa, en la forma y el carácter mismo de su realización, como es más allá de todo pensamiento maravillosa en sus glorias morales y en sus virtudes salvadoras y purificadoras.*

Pero en contraste con todo esto, consideremos, por un momento, la muerte del Bautista, que precedió a la muerte del Señor Jesús, y la de Esteban, que le siguió. ¡Qué diferencia! Y, sin embargo, no es de extrañar: todo es fácil de explicar.

* El mismo orden deliberado marca su sepultura y resurrección posteriormente. No hay prisa, según la costumbre humana, como si el hombre tuviera la escena en sus manos, sino que todo está en la calma y la plena fuerza de Dios, según sus consejos y profecías. El día de la resurrección tenía que llegar plenamente, así como el del nacimiento y la muerte.

La muerte de Juan y Esteban carecía de valor ante el trono de Dios y de lugar en sus designios. Podemos estar seguros de que eran preciosos a la vista de Dios, pero no eran importantes, repito, ni para el trono ni para los designios de Dios. Ni su justicia ni su gracia los exigían. Por lo tanto, el secreto y la prisa pueden darles su carácter y su historia. Tampoco es necesario que su contenido, las circunstancias que los acompañan, les confieran dignidad alguna. Ninguno de ellos fue una «muerte » «consumada», como Moisés y Elías describen la de Jesús.

El Bautista fue víctima de la pasión desenfrenada de una mujer; Esteban fue mártir a manos del repentino y acalorado frenesí de una chusma ciega y religiosa. Esta fue la historia de estas muertes. ¡Y cómo desencadenaron la que hemos estado viendo, y que se encontraba entre ellos! No es que no fueran, como ya he dicho, preciosos para Dios. De hecho, lo fueron, profundamente. (Salmo 116:15). Pero no fueron tomados en sus manos, según los consejos eternos y según las profecías que habían precedido desde el principio, como lo fue el suyo. Las pasiones humanas dispusieron de Juan y Esteban. «Hacían con ellos todo lo que quisieron», podría decir. Pero los consejos y el trono de Dios, su justicia y su gracia, las gloriosas revelaciones de sí mismo, toda la historia de la creación , en su propósito y en sus resultados, explican la muerte de Jesús y tienen su interés en ella.

Con esto debe familiarizarse el pecador convicto; en esto el pecador creyente lee su título. ¡Qué objeto para el sostenimiento de la eternidad, y para el gozo y la celebración de la eternidad!

MANIFESTACIONES DIVINAS.

El Señor se dirigió a su pueblo de antaño en visiones. El ojo, por supuesto, percibió la revelación; pues fue una forma sensible de una u otra clase la que la transmitió.

Ahora bien, se habla de la fe. Pero la fe alcanza su objetivo con la misma certeza que la vista o el oído, en la antigüedad. La fe «es la convicción de lo que no se ve».

Y así como el fruto espera esto, que la realización se lleve a cabo ya sea por los ojos o por la fe.

tuvo una visión del Trono y los Serafines en el Templo lleno de humo; y se sintió convencido y abrumado. Luego, se le aplicó a los labios el carbón purificador del altar; y recobró la paz. (Isaías 6)

Podemos ver un proceso similar, aunque por otros instrumentos, en las personas de Ezequiel y Daniel (Ezequiel 1 ; Daniel 10) .

Tenemos lo mismo bajo el ministerio del Señor Jesús, como aquí bajo las visiones antiguas. A Pedro, en Lucas 5, el Señor se le manifestó mediante la pesca, de una manera que lo abrumó. Estaba convencido de ser pecador entonces, como lo habían estado los profetas de los que he hablado. Pero las palabras de Jesús le devolvieron la paz; al aplicarse diferentes instrumentos a ellos, restauraron a los profetas. Y así, la samaritana. La palabra del Señor primero la convenció, tanto como le reveló su condición de pecadora, como la visión de la gloria había convencido a Isaías. Pero las palabras posteriores del Señor, de igual manera, la restauraron.

Y aún más, tenemos los mismos efectos bajo la predicación de los Apóstoles.

La palabra de Pedro en Hechos 2 provoca el clamor: “Varones hermanos, ¿qué haremos?” y luego, sus palabras adicionales impartieron gozo y paz al creer.

El mismo efecto del hablar sencillo e inteligible en la asamblea de los santos, sin nada maravilloso ni milagroso, se contempla en 1 Cor. 14:23-25.

De este modo, se producen efectos similares, aunque las circunstancias cambien desde visiones o toques palpables hasta el ministerio personal del Señor, o desde éste hasta el simple testimonio o predicación.

se necesita la comprensión de lo revelado, y la fe lo hace bajo la Palabra, como lo haría el ojo en presencia de una visión. Por supuesto, sabemos que el Espíritu debe dar la fe.

Se me ocurre otra ilustración de esto.

Eliseo siguió a Elías por el camino que lo conducía a su traslado. Las tentaciones acechaban el sendero. Las dificultades se amontonaban allí, y los obstáculos se repetían. Pero el propósito del alma de Eliseo era firme y único. Se propuso acompañar a su señor en todo el camino, hasta el final. No quería oír hablar de otra cosa; y por lo tanto , los obstáculos, las dificultades y las tentaciones recibieron una respuesta inmediata de él. (2 Reyes 2)

Los santos de Tesalónica no tenían más que un informe en el que apoyarse. Carecían de visión y de milagro. No tenían un maestro, como Eliseo, en su compañía, a quien sabían que les sería arrebatado de la cabeza, ni una señal sensata que alimentara las expectativas de sus corazones. Pero los objetos de la fe eran tan reales para ellos como lo eran las cosas sensatas para Eliseo; y el mismo fruto y efecto se obró en ellos. Con un espíritu de victoria , se deshicieron de los obstáculos, como él lo había hecho. Se apartaron de los ídolos mudos. La fe obraba

en ellos, el amor su labor , la esperanza su paciencia. Sirvieron al Dios vivo y esperaron al Hijo del cielo.

¿Acaso todo esto fue algo menos que Eliseo siguiendo a Elías desde Gilgal hasta el otro lado del Jordán, rodeando Betel? Los tesalonicenses, al igual que el profeta, tenían los lomos ceñidos y las luces encendidas, y eran como siervos que esperaban a su Señor. La fe en un mensaje divino obró tan eficazmente en ellos como la presencia palpable de su señor en él. Y se produjo un fruto similar . Todo lo que necesitamos es alcanzar nuestro objetivo, y la fe lo logra tan bien como la vista, el tacto o el oído.

Pero el efecto de una manifestación de Dios, si bien no depende necesariamente de algo palpable, como una visión o un milagro, deberá medirse por la condición del alma a la que se dirige. Esto es así; y esta es una importante verdad moral. Y esto también nos lo ilustra la Escritura.

lecho de su padre (Génesis 27) , y en Betel, experimentaba la amargura de sus acciones, siendo un errante de la casa paterna, sin amigos ni refugio. En la gloria de su bondad, Dios se le manifestó. Los cielos abiertos, la escalera y los ángeles brindaron una respuesta maravillosa de la gracia de Dios a alguien como Jacob. Pero así fue. El Señor es admirable para sus santos, aunque sufre bajo sus reproches por sus maldades .

Después de esto, Jacob se había mostrado muy incrédulo en Peniel (Génesis 32). Había temido al ejército de Esaú en presencia del ejército de Dios. Había apartado su mirada del Señor y la había puesto en la criatura; y había temblado, calculado y orado, como si quien estaba a su favor no fuera más que quien estaba en su contra; aunque uno era Dios y el otro, el hombre. El Señor reprende esto, sin duda lo hace. Resiste a Jacob. Pero Jacob, resistiendo esta reprimenda, con su fe reviviendo y aferrándose al Señor, el Señor le concede una maravillosa manifestación de su gracia, permitiéndole prevalecer sobre él, y luego le otorga un nuevo nombre y una nueva bendición.

Tales fueron los materiales de la historia de Jacob en estas dos grandes ocasiones, en Betel y en Peniel. Pero la experiencia de este santo de Dios en cada ocasión fue diferente.

En Betel, la experiencia de Jacob fue de naturaleza mixta. Dijo que el lugar era "terrible" y, sin embargo, "la puerta del cielo". La visión lo animó, pero difícilmente podríamos decir que lo alegró. Pero en Peniel, todo fue alegría para él. Tiene una jactancia, un santo triunfo, en sus labios, y se dirige a su viaje como a la luz del rostro de Dios.

Aquí hay una diferencia; y una diferencia que debe explicarse por la condición del santo mismo, no por la manifestación, pues aquella en Betel superó.

No hubo en él ningún ejercicio espiritual en Betel, como en Peniel. Allí dormía , aquí estaba despierto. Allí simplemente fue influenciado, aquí se recuperó y se despertó.

Había diferencias morales en la misma alma; y, en consecuencia, experiencias diferentes. Peniel fue más para Jacob que Betel ; una manifestación de Dios es más para un santo despierto que para uno dormido. Así se ve hoy , como se ve que fue en los primeros días de los Patriarcas.

Y aquí permítanme contrastar a Moisés en la visión en la Roca Hendida con Jacob en Betel o Peniel. Véase Éxodo 33, 32 .

Moisés suplica al Señor y ruega que le muestre «su camino». Lo que aún había oído de Él no le servía. Ya lo había visto como el Legislador y como el Señor del pacto condicional, incluso comiendo y bebiendo en su presencia, junto con setenta de los ancianos de Israel (Éxodo 19 y 24). Pero tales manifestaciones de Dios no le satisfacían. Moisés no estaba satisfecho. Y con razón; pues Israel se encontraba en ese momento bajo su mirada, en ruinas morales; todo había terminado para ellos según los términos de la Ley o según su propio pacto; y Moisés, por lo tanto, debía ver a Dios a su manera. Debía conocerse a sí mismo, como ahora le dice: conocerlo en gracia soberana.

El Señor promete hacer lo que su siervo anhelaba. Dejará que su gloria pase ante él, «toda su bondad», su gracia soberana, esa gracia que, como en el Evangelio, abunda . Y así lo hace.

Moisés está profundamente satisfecho. Se inclina y adora. No pide más, ni más manifestaciones de Dios; solo desea que Aquel que ahora había descendido y permanecido con él, y que había pasado en su propia gloria, pudiera acompañarlo en el camino, junto con Israel.

Esta fue una experiencia verdaderamente bendita. Fue como un torrente desbordante y vivificante. ¿Y por qué este rico gozo? Moisés lo había buscado. No se quedó dormido bajo la visión, como Jacob en Betel; ni se había recobrado simplemente bajo ella, como Jacob en Peniel; él mismo la había buscado. Fue el ejercicio de espíritu lo que lo condujo a la visión, y así se preparó para su pleno poder; y lo obtuvo.

INTIMIDAD DIVINA.

La intimidad entre el Señor y sus elegidos trasciende, podríamos decir, lo que se conoce en otros lugares. Los ángeles cumplen su voluntad, esperan en su presencia, han conservado su primer estado y se destacan en esa fuerza que le sirve. Pero no están donde están los pecadores elegidos. Aprenden, a través de la Iglesia, la multiforme sabiduría de Dios: a nosotros, todo lo que el Hijo ha recibido del Padre, nos lo ha dado a conocer.

El Salvador se familiariza con los secretos del seno del pecador; mientras le comunica los secretos del seno divino. Esto es, en efecto, intimidad. Véanlo ilustrado en el pozo de Sicar. Véanlo en las historias de Abraham, Moisés, David y

otros. Es maravilloso decir esto, pero así es. No estamos llamados a demostrarlo; la Escritura lo hace tanto por doctrina como por ilustración. Estamos llamados a creerlo y disfrutarlo.

Vemos al Espíritu de Dios, por medio del Apóstol, en la Epístola a los Romanos, guiando a los santos por dos caminos diferentes: el camino de la gracia, en los capítulos i —viii; y el camino del conocimiento, en los capítulos ix— xi.

Él nos encuentra, al principio, en nuestras ruinas. Somos llevados como pecadores, destituidos de su gloria, en rebeldía y distanciados de Él. Es desde ese punto que emprendemos el camino. Pero Él nos guía desde nuestras profundidades hasta sus alturas, desde nuestras ruinas hasta sus maravillas y riquezas de misericordia. Y finalmente nos coloca en una posición elevada donde podemos desafiar a todos nuestros enemigos y encontrarnos por encima de todo lo que pueda estar en nuestra contra. ¿Quién puede estar en nuestra contra?, es el lenguaje del corazón allí; ¿quién puede acusar, quién puede condenar, quién puede separar?

Habiéndonos guiado así todo el camino por la senda de la misericordia, y habiendo resuelto nuestras propias preguntas para siempre, Él nos toma de la mano de nuevo para guiarnos por otro camino, el de la sabiduría o el conocimiento, donde aprendemos, no nuestros propios intereses como pecadores, sino las diversas riquezas y secretos de sus propios consejos desde el principio hasta el fin. No suelta la mano del pecador salvo a quien aquí conduce, hasta que lo coloca en otra altura y llena su espíritu de otro éxtasis: no una exultación en su propia bienaventuranza bajo los dones de la gracia, como vemos al final del camino anterior, sino un triunfo en los caminos y propósitos de Dios mediante la luz de estas comunicaciones divinas que ahora le son hechas.

¿Y no es todo esto intimidad? Primero, traer a casa a un desterrado, preparar a un pecador para su presencia y colocarlo allí en libertad, fuerza y alegría, y luego contarle todos sus consejos.

La mujer de Sicar recibió el primero de estos, pero no el segundo; al menos en ese momento. Fue muy apropiado. El Salvador le contó todo sobre ella, y luego se le mostró de tal manera que su espíritu se llenó del júbilo que encontramos al final del primero de esos caminos que hemos estado rastreando en la Epístola a los Romanos, es decir , lo que leemos al final del capítulo VIII. Pero aún no había llegado el momento de guiarla por el segundo camino. Muy apropiado, repito, todo esto era para ella.

Pero si miramos atrás, a Génesis 18, 19, veremos allí el caso de un pecador salvado, un santo de Dios, conducido a lo largo de cada uno de estos caminos; o más bien, alguien que ya estaba al final de uno, conducido, como desde esa posición, a lo largo de todo el camino del otro.

El Señor se acerca a Abraham mientras este estaba sentado a la puerta de su tienda cerca de Hebrón. Como quien lo conocía bien, Abraham se levanta y adora, y se

propone prepararle un refrigerio. En consecuencia, se prepara y se disfruta de la comida. Abraham disfruta así de la gracia en la que se encontraba. La presencia de Dios es su hogar. Ilustra un alma en Romanos 7:81-39. Pero estando allí, está listo para dar un nuevo paseo en compañía de su Divino Maestro. Y así lo hace. Se levantan juntos de debajo del árbol, donde compartían el banquete; y mientras continúan juntos, el Señor le comunica sus secretos a Abraham.

¿Puede la intimidad superar esto? «No os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer».* Los ángeles, repito, no se nos presentan así, ni Adán se encuentra en la inocencia del jardín del Edén. Pero los pecadores salvos ocupan estos lugares, sin robo. Toman la piedrecita blanca y leen allí un nombre nuevo, que nadie conoce excepto quien lo recibe.

¡Maravillosa gracia! Dios Padre no nos quiere siervos, sino hijos: el Señor Jesús no nos quiere siervos, sino amigos.

Considere el Evangelio de Juan y el Apocalipsis de Juan como otras ilustraciones de estas mismas cosas. Aquí, un pecador tras otro, en ese Evangelio, es guiado por el camino de la gracia, como si desde sus propias ruinas se hubiera hundido en el abismo, a las alturas de salvación y paz de Dios, para exultar allí con el espíritu que concluye Romanos 8. Y en el Apocalipsis, ¿cómo es que el propio Juan (pecador salvo como era, al final del camino de la gracia) es guiado por todo el camino de los consejos divinos, e instruido en los secretos de los sellos, las trompetas y las copas, hasta que es dejado a la vista de la santa Jerusalén, como en el rapto que concluye Romanos 11?

Estos caminos son verdaderamente brillantes: el pecador, al final de uno, se regocija en su propia condición, salvo con una salvación segura y eterna; el santo, al final del otro, se regocija en los designios de Dios, todos revelados a él, para que pueda caminar en la luz como Dios está en la luz. ¿Qué se hará con los elegidos, podríamos decir, a quienes el Señor se deleita en honrar ?

Ahora bien, quisiera añadir que los Salmos 23 y 24 son expresiones del alma, mientras se encuentra en estos dos caminos que he estado considerando. En el vigésimo tercer salmo , el santo recorre el camino donde la gracia lo ha puesto. Por lo tanto, cuenta con todo . Todo es suyo; y seguramente puede carecer de todo. Sabe que está bajo la guía y el cuidado de un Pastor que puede ministrarle todo: edificación, refrigerio, restauración, una vara y un cayado para el valle de sombra de muerte, una mesa y una copa rebosante, y aceite de unción para la misma presencia de los enemigos; y una reserva de bondad y misericordia hasta que el camino termine en la casa del Señor, hasta que el cuidado, la atención y las provisiones de la gracia concluyan en el hogar de la gloria.

Así, el pecador salvado contempla su propia bienaventuranza y la celebra en lo más profundo de su espíritu, tal como se le enseña en Romanos 1-8 . En este Salmo se le ve en el camino que la Escritura le presenta.

En el día veinticuatro, el santo camina por una línea de luz maravillosa, en la que el Espíritu de sabiduría y revelación lo ha colocado. Contempla, no sus propias bendiciones y bienaventuranzas, como lo había hecho en el día veintitrés, sino los propósitos de Dios, los secretos de los consejos divinos, las glorias de Cristo, sus obras, sus juicios, sus virtudes, sus derechos, su destino. Escucha, en espíritu, la bienvenida que le espera después de haber cumplido los juicios que tuvo que ejecutar y haber mantenido el carácter que debía exhibir, en las mismas puertas de los reinos de la gloria, ante los desafíos.

-que le fueron dirigidos desde aquellos que se deleitaban en escuchar una y otra vez la historia de sus hechos y sus honores .

Así, el pecador salvo contempla la sabiduría y el camino de Dios; no la gracia que lo ha visitado, sino los consejos que le han dado a Cristo su lugar y su gloria. Se le ve aquí en el mismo camino que Romanos 9-11 le había trazado.

CONCIENCIA.

JUAN ¥.—- IX.

En el Evangelio de Juan, vemos al Señor acercándose a los pecadores. No es tanto el Sanador de Israel, obrando milagros de bondad en los cuerpos de los hombres, limpiando a los leprosos o restaurando la salud de toda clase de enfermedades y dolencias entre el pueblo; sino que busca el alma y, por lo tanto, trata con la conciencia. Si la conciencia no está ante Él, no tiene su tema ni su material ante Él. No tiene nada que tratar ni sobre lo que operar, según el carácter que está llenando o sosteniendo.

Esto nos permite saber quién es Él, cuál es su propósito y su obra en cada situación. Puede ser una conciencia tranquila, una conciencia despierta e inquieta, una conciencia soñolienta e intacta, o una conciencia resentida. Él se ocupa de toda esta variedad, pero en todo ello, vemos la conciencia en una u otra condición ante Él.

En Andrés, tenemos una imagen sencilla de una conciencia tranquila, o de un pecador feliz. Acudió a Jesús como pecador, pues acudió a Él como «el Cordero de Dios», y por lo tanto fue aceptado, acogido y recibido por Jesús; y se va feliz. Su corazón es libre; y por eso puede pensar en los demás y dedicarse a unir a Jesús y a otros pecadores como él. Predica como predicaría un pecador feliz. Le dice al primer compañero de pecado que encuentra, su hermano Simón, que ha encontrado a « Cristo», palabras que expresan la satisfacción de su alma; y luego, con plena y constante benevolencia, invita a Simón a venir y compartir con él al Cristo de Dios.

Aquí vemos una conciencia en libertad, porque el pecador ha encontrado a Jesús. Pero tenemos otras condiciones .

En Natanael, la conciencia ya había despertado. Bajo la higuera, creo, se había estado confesando pecador, meditando en su condición ante Dios, pues es el espíritu de confesión el que, según la Divinidad, nos hace inocentes ; y ese es el carácter en el que el Señor reconoce a Natanael. Y las confesiones de los labios son las expresiones de los fragmentos del corazón. No son reales si no son esto. Natanael era, pues, un hombre con el corazón quebrantado. El Señor, por lo tanto, ya estaba en espíritu con él antes de que Felipe lo llamara, pues los anhelos de un alma despierta siempre le son queridos. Se lo dice, como ya lo había anunciado por medio de su Profeta: «Así dice el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu» (Isaías 52:15).

Y ante su amable saludo, y al hacerle saber que lo había conocido así, el alma de Natanael se maravilló. «Rabí », dijo, «tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel». Esto fue un avivamiento para su corazón. El Altísimo cumplió así otra parte del mismo oráculo del Profeta: «para reanimar el espíritu de los humildes y el corazón de los contritos».

Ahora bien, este caso nos muestra la bendita intervención del Señor en una conciencia despierta, reviviéndola y alegrándola, o convirtiéndola en una conciencia aliviada y liberada. En la samaritana , la conciencia aún dormía. Tenía que ser despertada, llevada a la presencia de Dios con toda su carga y culpa. El Señor, en consecuencia, la obliga a descubrirse a sí misma. Todos los secretos culpables de su alma fueron sacados a la luz. Pero ella permanece en pie, aunque abrumada, y aunque la naturaleza, por un momento, se dispuso a tejer un velo entre ella y su pecado, permanece, como en la luz que la había descubierto y expuesto; y esa es la fuente de su futura bienaventuranza, porque el Señor rápidamente llena ese lugar con las señales de su gracia, y ya no permite que sea simplemente el testigo de su culpa y vergüenza.

Hay algo en este misterioso Desconocido que obra en su espíritu, y ella pronuncia el nombre de «Mesías» al oído, como Aquel a quien, en cierto sentido, buscaba. Entonces, con la conciencia ya removida , y ahora el recipiente abierto, el Salvador se revela; el Desconocido resulta ser el Mesías que ella había nombrado, y ella queda bendecida y satisfecha.

Aquí vemos lo que el Señor hará con una conciencia que necesita ser despertada, si el pecador, a pesar de la vergüenza y la exposición, aún permanece en su presencia. Porque, sin duda, el camino a la bienaventuranza es valorar a Cristo más que el carácter. Podríamos decir, en cierto sentido, que todo depende de eso. Ya no se escondió , sino que les contó a sus vecinos que había sido completamente expuesta.

En el caso de los fariseos, o los acusadores de la adúltera, la conciencia es mala. Un propósito malvado llenaba sus corazones todo el tiempo que estuvieron en la presencia de Cristo. ¿Qué debe hacer Él con semejante pueblo? Su presencia les

resultará intolerable. « Condenados por su propia conciencia, salieron uno por uno, comenzando por el mayor, hasta el último».

¿Qué menos se podía hacer con un material tan impactante? Y así será pronto. Todos los malvados perecerán de la presencia del Señor. Como humo serán expulsados. Este no fue el camino común de Jesús; pues no vino a juzgar, sino a salvar. «La ley fue dada por Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo». Pero cuando estos acusadores de la pecadora anhelan tenerla en el monte de fuego y tratar con ella legalmente, entonces el Señor puede volver el calor de ese lugar contra ellos y darles una muestra del día del juicio, cuando los malvados perecerán de la presencia del Señor.

A diferencia del pobre samaritano, valoraban su carácter. Al ser expuestos, no lo toleraron. Preferían ocultar su pecado antes que que se publicara y se eliminara. Por tales, Cristo murió en vano. Frustran la gracia de Dios. Pecan contra sus propias almas.

Así, el Señor Jesús actúa con la conciencia en diferentes circunstancias. Con la conciencia despierta, actúa con toda gracia, dándole, como corazón contrito, la certeza de que la reaviva y habita en lo alto con ella. Con el pecador que permanece con Él, aunque bajo el dolor de ser expuesto y expuesto a su vergüenza, actúa hasta aliviarlo y satisfacerlo. Con los malvados que practican su maldad y, al ser expuestos, lo abandonan, prefiriendo conservar su lugar y reputación entre los hombres antes que alcanzar la virtud de su presencia, Él muestra que esa presencia es intolerable.

Estos son Natanael, el samaritano y los fariseos. Él mora en el lugar alto y santo con los contritos; guía al pobre convicto que aún permanece con Él por el camino de la luz y la vida; condena al monte de fuego y a la separación de Él a los malvados que prefieren practicar su maldad a buscar Su presencia, y valoran su carácter más que su interés en Cristo.

descubrimos estos preciosos secretos de los caminos de Dios en Cristo. Sin embargo, queda otro que no debo pasar por alto. Me refiero al Mendigo Ciego del capítulo IX.

En él vemos una conciencia honesta. No es una conciencia feliz , ni despierta, ni soñolienta, ni mala . No vemos en él ninguna inquietud en su alma. No había estado bajo una higuera con Natanael, ni la flecha de la convicción lo penetró, por la palabra de Cristo, como había penetrado hasta los secretos más profundos del samaritano. No es en tal estado de alerta que lo vemos. Pero es honesto. Es fiel a la luz que posee y se aferra a los hechos que conoce. Sufre antes que ceder en su integridad; y los fariseos lo expulsaron. La religiosidad persigue la veracidad: un caso común.

¿Podría Jesús dejar solo a alguien así ? ¿Podría serle indiferente? Sabemos que no. Oyó que lo habían expulsado, y podemos concluir que lo buscó de inmediato; pues

leemos: «Cuando Jesús lo encontró», lo convirtió en su objetivo, y ver a Jesús y a este mendigo reencontrarse es una bendición y un consuelo.

Hasta entonces , este pobre hombre solo lo conocía en su poder para sanarlo. No había experimentado ningún ejercicio de alma como pecador, aunque tenía una conciencia honesta. Pero al ver a Jesús por segunda vez, fuera del campamento, su alma se sintió ejercitada. Jesús lo invitó a este ejercicio. "¿Crees en el Hijo de Dios?". Y el pobre hombre se dispuso de inmediato a aceptar cualquier cosa de Jesús. "¿Quién es, Señor, para que crea en él?". Y Jesús se le reveló como Aquel que le había dado la vista cuando estaba ciego, y ahora lo recogía, cuando todos lo expulsaban. "Lo has visto", dijo el Señor, "y es él quien habla contigo". El alma entonces descubrió a Jesús. El amor y el poder así combinados, actuando así en virtud divina, fueron suficientes. "Señor , creo", respondió, y luego "lo adoró".

Así llegó a su alma y lo trató. Y somos conscientes de que, si bien antes solo era un hombre honesto, ahora es un alma vivificada. Porque una conciencia honesta no es un alma salvada.

Pero además de todo esto, permítanme destacar el trato que Pablo da a la conciencia en sus epístolas. No ve ninguna de estas variantes. Ve al pecador tal como es: un pecador. Instruye a la conciencia sobre cómo debe tratar con Dios y su Evangelio, en lugar de mostrarnos, como en el Evangelio, cómo Cristo la trata. Le dice a la conciencia que puede disfrutar de una condición purificada; no solo una condición despertada, convicta u honesta, sino una condición purificada.

Este argumento se encuentra en Hebreos 9 y 10. El Apóstol enseña allí que podemos tener una conciencia limpia o purificada por la fe en Cristo, porque después de haber hecho su única ofrenda, entró en el Lugar Santísimo para nunca más abandonarlo como lo hacían los sacerdotes bajo la ley, siendo su ofrenda eficaz para quitar los pecados, y esto debido a la admirable naturaleza de un sacrificio como el que se presenta «sin mancha» y «por el Espíritu eterno», y porque este sacrificio satisfizo a Dios en cuanto al pecado, respondiendo y cumpliendo «su voluntad». El Espíritu Santo mismo, al revelar el nuevo pacto, o el pacto de Dios, estableció también que los pecados y las iniquidades ya no se recuerdan.

Así, bajo la enseñanza del Apóstol, se enseña a la conciencia a tratar con Dios, y se exhorta al pecador a ser feliz en Su amor y satisfecho con Sus provisiones, para así entrar al reino como un niño pequeño, no razonando sino recibiendo .

En Juan vemos casos vivientes en los cuales el Señor trataba con la conciencia; en Hebreos se nos enseña cómo la conciencia debe tratar con el Señor, y cómo llegar a la condición en la que quedaron las conciencias de Andrés, Natanael, la samaritana, la adúltera y el mendigo, por parte de Jesús.

Podemos caminar de tal manera que estemos en la presencia o en compañía del Señor.

Podemos actuar de manera que llevemos a nuestros compañeros santos o compañeros pecadores a Su presencia o a Su compañía.

Quizás estemos viviendo de tal manera que mantenernos por delante de nuestros semejantes o compañeros.

El primero es el camino del adorador.

La segunda es la actividad del verdadero siervo.

El tercero es fruto de la vanidad y de la falta de sinceridad , y seguramente nos mantendrá inseguros, sin alegría ni fuerza, y resultará ser una trampa y una amargura en el final.

¡Que lo tengamos a Él, no solo a Su verdad! Porque hay una diferencia, y puede haber una distancia entre ambos, como nos dice la experiencia. ¡Que lo alcancemos a través de la lectura, el ministerio, la oración o la comunión! Necesitamos más afecto y atención para tenerlo personalmente.

EL VIAJE A SAMARIA.

JUAN IV.

A todos nos atrae el viaje que emprende el hijo pródigo desde la lejana tierra de su degradación y miseria, hasta su hogar paterno, en Lucas 15. Es una imagen conmovedora del regreso que hace un pecador bajo la vivificación y la guía del Espíritu, de vuelta a Dios, y luego encontrando en Él un Padre que lo perdona.

Sin embargo, hay otro viaje diferente descrito en las Escrituras, correlativo, por así decirlo, al del hijo pródigo. Me refiero al viaje del Padre a tierras lejanas tras su hijo pródigo. Lo leemos en Juan 4.

Jesús, quien vino del Padre celestial y representó al Padre en este mundo de pecadores, es visto allí haciendo este viaje. Entra en la contaminada Samaria, figura de este mundo contaminado; pues Samaria era como un leproso, separado del lugar de la justicia y tratado como algo ajeno al campamento. Pero allí, en esa tierra réproba, esa tierra natal de pródigos, el Señor va. Y encuentra allí a un pecador, uno que todavía estaba como con los cerdos en los campos de un extraño, alimentándose de algarrobas, insatisfecho.

El viaje le costó caro. Estaba cansado, hambriento, sediento; y en el calor del día se sentó donde esta pródiga pronto se reuniría con él. Y allí, ante su necesidad, olvidó de inmediato la suya, dedicándose a atenderla, con la paciencia que el amor tolera y con la destreza que el amor sugiere.

Él busca su confianza de la manera más eficaz y amable. Le pide un vaso de agua fría, el más pequeño de los favores conocidos entre los hijos de los hombres. Quería que se sintiera a gusto en su presencia; y ella lo hace. Pero atraído por algo que la

interesaba más que la sed de un desconocido, es decir, la novedad de toda la circunstancia, él inmediatamente la sigue adonde ella, bajo esa atracción, lo conducía.

Sin embargo, es después de la hija pródiga que Él se ha ido, y no puede recibirla ni bendecirla de ninguna otra manera. Era la ruina de los pecadores perdidos y rebeldes a la que Él había venido del cielo para aliviar, y solo con ellos ahora puede tratar, al otro lado de las fronteras entre Judea, el lugar del santuario, y la impura Samaria.

aún no se conoce a sí misma. Por eso, Él se propone enseñarle, despertarla a su condición. ¡Y con cuánta gracia lo hace! Haría todo lo posible por proteger sus sentimientos, pero no puede evitar su pecado.

Ciertamente podemos decir que, si el viaje que emprendió el hijo pródigo hacia su hogar, en Lucas 15, fue hermoso, por ser coherente con su condición de pecador convicto, hermoso es este viaje que el Padre emprende tras el pródigo con la gracia considerada y el amor paciente que le dan carácter de principio a fin. Bendito sea ver en uno de estos viajes el fruto de la obra oculta y eficaz del Espíritu en el alma de un pecador, poniéndolo en el camino de regreso a Dios con la única condición con la que Dios podía recibirlo; y bendito es ver en el otro de estos viajes esa gracia que actúa por sí misma y con soberanía, buscando y salvando lo perdido, en el ejercicio del amor más paciente y hábil , tierno hasta donde la fidelidad lo permite.

Y aquí permítanme añadir, pues es feliz y edificante poder hacerlo, que estos dos viajes, el del Salvador que busca , el del pecador que regresa, terminan en el mismo lugar, aunque fueron emprendidos desde puntos opuestos, uno hacia, el otro desde, la tierra lejana. Ambos terminan en el gozo de la casa del Padre, con, sin embargo, esta excelencia distintiva en Juan 4 sobre Lucas 15: es más bien el gozo del hogar lo que se ve en Lucas 15, pero el gozo del Padre (del Señor Jesús, el testigo del Padre en este mundo de pecadores, como vimos antes, y como Él mismo nos dice) lo que se ve en Juan 4. «Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis», son palabras que expresan el gozo del seno divino por alguien que estaba muerto pero revivió, que estaba perdido pero ahora encontrado; y que, como el Señor mismo insinúa, estaba muy por encima de la medida de los discípulos aquí, o de los ángeles en el cielo.

Pero hay una característica que, por encima de todas las demás, da al viaje del Padre una excelencia distintiva sobre el del Pródigo, y es ésta: que Él tuvo que preparar al Pródigo para su recibimiento, mientras que, por el contrario, el Pródigo lo encuentra plenamente preparado para el suyo.

Esto excede .

El hijo pródigo, al final de su viaje en Lucas 15, encuentra al Padre bien preparado para él. Su corazón y su casa le dieron la bienvenida. Todas sus expectativas fueron superadas. Sus mejores pensamientos no alcanzaron la medida del amor que lo

recibió. Con motivo de su regreso, la casa se preparó de inmediato para llenarse de una alegría como nunca antes había experimentado ni celebrado.

El Padre, sin embargo, en Juan 4, experimenta algo muy diferente. Como hemos visto, el Señor Jesús debe preparar al pobre samaritano pródigo para recibirlo. Llevó consigo la bendición a la tierra lejana, pero allí descubre que debe preparar el corazón y la conciencia de su elegida para ello. Ella no estaba dispuesta a admitirlo. No solo ignoraba su necesidad, sino que luchaba con esa convicción que le hacía saber que no podía prescindir de ella; y Él, en la prolongada e incansable paciencia de la gracia, tuvo que sentarse sobre un material áspero y reticente, y moldearlo en una vasija adecuada para el tesoro que traía.

Seguramente, puedo decir otra vez, esto excede ; y si el viaje que el pecador emprende bajo la vivificación y guía del Espíritu es hermoso, este viaje que el Salvador emprende, en las riquezas de Su gracia y los servicios de Su amor , es aún más hermoso—o si preferimos dejarlos sin comparación , podemos dejarlos permanecer juntos bajo nuestra mirada y ante nuestro corazón, más atractivos que los viajes que las glorias estrelladas del cielo realizan en sus órbitas designadas y misteriosas.

¡Pero cómo se magnifica la gracia! Todo es gracia: la casa del Padre lista para recibir al pródigo a su regreso, y el servicio del Padre (como sabemos por el Hijo y el Espíritu) preparando al pródigo para la casa.

¿Recibimos la gracia en cada una de estas formas, pregunto? Algunos dirán: «Sé que estoy en deuda con la gracia para que mi mente vuelva a Dios, y eso me enseña a reconocerme pecador, permitiéndome « volver en mí», como el hijo pródigo». ¿Es, entonces, más dudoso que su casa esté lista para darte la bienvenida que que él mismo (por su Hijo, su Palabra y su Espíritu) estuviera listo para darte la disposición para buscarla? Seguramente podemos decir que la gracia que nos vivificó en la lejana tierra de nuestro exilio voluntario, y nos hizo «volver en mí» y comprender nuestra necesidad de Él, la gracia de esa obra eficaz y oculta del Espíritu, aplicando la verdad y a Jesús a nuestra conciencia, fue de mayor valor, y de un carácter más profundo y maravilloso , que la gracia que nos abrirá el hogar de la gloria para recibirnos para siempre . Si le hemos conocido en la tierra lejana adonde nuestros pecados una vez le trajeron, seguramente podemos confiar en que Él nos conocerá en Su propia casa a donde Su gracia nos llevará.

Y hay aún algo más que aportan los capítulos 4 de Juan y 15 de Lucas. Ya he notado que en Lucas presenciamos el gozo de la familia después de que el hijo pródigo regresó a casa, y la familia fue convocada y reunida; en Juan leemos el gozo más pleno y profundo del Padre mientras aún estaba solo, antes de presentar al hijo perdido y encontrado a la familia.

Pero no solo eso; el gozo del hijo pródigo en Juan 4 es de un carácter diferente al de Lucas 15. En este último, es la silenciosa satisfacción del corazón, al aceptar con agradecimiento, fe y sencillez la bendición, con el hijo que regresa sentado en el

banquete mientras la familia se alegra; en el primero, es el gozo activo de un alma en perfecta libertad, buscando, con algo de la gracia recibida, hacer a otros tan felices como ella. Y esto, quizás, también lo supere ; o, repito, si no queremos compararlos, que la silenciosa satisfacción del hijo pródigo y el gozo activo del samaritano nos muestren juntos la plenitud de la bienaventuranza que Dios nos prepara.

Todo lo que el hijo pródigo trajo consigo, al prepararse para su largo viaje, fue su pecado, su confesión y la ruina que le había acarreado; y todo lo que la samaritana era mientras Jesús estaba sentado con ella era una pecadora convicta. Pero esto era suficiente. El Padre estaba sobre el cuello de su hija convicta, aunque todavía andrajosa y miserable; y Jesús revelaba su gloria, mientras aún estaba sentado en gracia sobre una piedra con ella, a la mujer de Samaria.

se combinan y complementan estas dos preciosas Escrituras ! Ambos caminos, con sus fuentes y sus frutos, nos permiten adentrarnos en las glorias y los caminos de Dios en el Evangelio de su gracia y nuestra salvación. «Es bastante fácil para nosotros», como dijo alguien hace años; «pero a Él le costó todo». ¡Maravilloso y poderoso hecho! El Rico se hizo pobre para que los pobres se enriquecieran; el Pleno se despojó de Sí mismo para que los vacíos se llenaran; el Altísimo se humilló para que nosotros fuéramos exaltados; la Vida Eterna estaba bajo el dominio de la muerte para que los pecadores muertos vivieran para siempre .

SAMARIA.—GALILEA.— JUDEA.

S. JUAN IV., V.

¡Cuán sencillas e importantes son las palabras que se encuentran en esta Escritura: “¿Quieres ser sano?” (cap. 5:6).

Pero su valor no será debidamente apreciado si no consideramos cuidadosamente la ocasión que los motivó.

El Señor estaba en Jerusalén. Era el gran centro y representante de la religiosidad humana, rodeado en ese momento por sus diversas disposiciones. Era sábado. Era tiempo de fiesta en la ciudad de las solemnidades. La ordenanza, o ministerio angelical de Betesda, estaba ante Él, y multitudes se reunían a su alrededor. El Templo estaba cerca, y los fariseos estaban todos desperdigados.

En medio de todo esto, hablando como lo hacían, e instando al hombre a la religiosidad, el Señor se planta. Pero es como algo nuevo, diferente de todo lo que ya existía, que ahora aparece. No se fija en la Fiesta, ni en el Sabbath, ni en el Templo. Deja de lado la ordenanza, y provoca a los fariseos. Sus palabras lo cancelaron todo, e introdujeron algo completamente distinto. "¿Quieres ser sano?" El hombre puede liberarse de inmediato de toda rivalidad y resistencia; puede dejar de buscar ayuda humana; ya no necesita esperar ni dudar de la bendición tan

anhelada. Estaba allí para él en Jesús, sin rivalidad, sin ayuda humana, sin demora, sin duda, sin ordenanza ni ángel. La única pregunta era: ¿ Aceptaría la bendición de Jesús? ¿Sería deudor suyo? ¿Se quedaría de brazos cruzados y vería la salvación de Dios? ¿Dejaría que Dios, en su gracia, obrara por él?

¡Qué palabras, en verdad, en medio de semejante escena! ¡Qué palabras tan conmovedoras y trascendentales! Eran un llamado desde la religiosidad y sus preceptos y dependencias, a la fe, a los preceptos y la soberanía de... Esto ocurrió en Judea. Pero además de Judea, también están Samaria y Galilea, y debemos considerar cada una de ellas.

Estas regiones, moralmente, son muy diferentes. Samaria era la contaminada, Galilea la racional, Judea la religiosa. Estas son las diferencias características entre ellas, como las vemos en estos capítulos.

Samaria era la profanada, la marginada, el lugar sin campamento, por así decirlo. Era un símbolo del mundo de los pecadores. No tenía carácter que perder. Pero siendo un lugar así, era precisamente el lugar que el Hijo, desde el seno de Dios, venía a visitar, y en el que podía ejercitarse.

Galilea era la racional , la orgullosa y la intelectual . La experiencia del Señor en Nazaret ya le había mostrado el carácter de ese país. Era un lugar donde el orgullo prevalecía sobre las convicciones, y donde había sido rechazado (por mucho que les recomendara su autoridad) por ser el hijo del carpintero. Allí demostró que un profeta no tenía honor en su propia tierra (Lucas 4). Por lo tanto, en esta ocasión, prefiere ir a otra ciudad de Galilea y va a Caná. Pero Caná no es Samaria para él. Allí había pretensión. Los galileos lo recibieron porque habían visto sus milagros. Lo acreditaron antes de aceptarlo. Y en ningún lugar se detecta más el orgullo de la pretensión que en el mundo intelectual.

Judea era el mundo religioso . Si Galilea era el mundo intelectual, Judea era el mundo religioso. Aunque de diferente naturaleza, ninguna de las dos serviría para el Hijo nacido en el seno. No había venido entre los hombres para reivindicarlos ni adoptarlos como religiosos, ni para educarlos y cultivarlos como intelectuales. Su trato era con el hombre contaminado, con el hombre pecador, y la pretensión humana, en cualquier forma, no le serviría.

Hay un consuelo asombroso para el alma al ver cómo el Señor fue afectado de manera diferente en estas diferentes regiones.

En Samaria se sentó junto al pozo con uno de la nación contaminada; y después permaneció dos días en medio de Varios de ellos. Allí se conmovió su conciencia, y por lo tanto, Él está entre ellos sin reservas. No hay peso en Su espíritu. Estaba en el lugar que le correspondía, el lugar que le dio la oportunidad de actuar como si fuera Él mismo, y de dar a conocer quién era y para qué había venido a este mundo. Encontró un hogar en Samaria, pues allí encontró conciencias conmovidas, corazones contritos y humillados. (Isaías 52:15)

Hacia Galilea miró con un peso en Su espíritu. (iv . 44.) Galilea no era ese escenario natural para que el Divino Extranjero sirviera, como lo fue Samaria. Él no vino aquí, como dije antes, para educar y cultivar al hombre intelectual. Y por lo tanto , mientras lo vemos tomando Su lugar en el Pozo de Sicar con toda comodidad, y luego morando durante dos días entre los samaritanos como en casa, aquí en Galilea Él no encuentra hogar, y entra en él con reserva. Él administra gracia y poder allí, pero es sin refrigerio de espíritu. Él no tiene allí alimento que Sus discípulos no conozcan. Samaria había provisto eso. Judea Él tiene que probar; más bien, de hecho, cancelar. Judea era la religiosa, como Galilea era la racional; Galilea tenía sus pretensiones, Judea sus preocupaciones; y a Judea el Señor tiene que proponerse como el fin de la ley, la sustancia de sus sombras, el objeto de todas sus ordenanzas, y el que iba a tomar el lugar de todo lo que había allí. Él toma Su posición al lado de Betesda, y simplemente le dice al hombre impotente, '* ¿Quieres ser sanado? ” Él sería aceptado como el fin de todas las ordenanzas, la vida y el poder de todas las instituciones de la ciudad de solemnidades. Él está haciendo personalmente lo que el Apóstol doctrinalmente está haciendo en la Epístola a los Hebreos, sustituyéndose a Sí mismo en el lugar de todas las provisiones de la dispensación mosaica o levítica. Entró en Samaria libremente, Galilea con reserva; pero en Judea, no encontró lugar en absoluto. El sábado, el estanque, el templo, las fiestas estaban allí ante Él, y Él es desafiado como un intruso, y tiene que retirarse.

Todo esto nos sirve de consuelo. Aprendemos de ello quién es Jesús y lo descubrimos para nuestro consuelo. Es cuando nuestras necesidades lo acogen, como en Samaria, que nos da su presencia; es cuando se presentan nuestras pretensiones, ya sean intelectuales o religiosas, que, total o parcialmente, lo perdemos. El Señor en el pozo de Sicar y en el estanque de Betesda se muestra de manera diferente.

Y permítanme añadir que, así como comenzamos, debemos seguir con el Señor, como pecadores, como samaritanos, con la conciencia ejercitada. Si dejamos de lado la conciencia y nos aferramos al intelecto, si nos separamos con el corazón quebrantado y nos aferramos a la religiosidad, si dejamos Samaria para ir a Galilea o Judea, la comunión con Jesús fracasará. Porque Jesús dejó su hogar al salir de Samaria y no encontró otro ni en Galilea ni en Judea.

Seguramente, entonces, vemos que estas regiones son moralmente diversas, y que el bendito Señor se relaciona con cada una de ellas de diversas maneras. En Samaria se despertó la conciencia, y no se pidió ningún milagro; y allí Jesús se sentía como en casa. En Galilea, se ejercitó la mente, más que la conciencia, y los milagros fueron la base de la fe; y allí Jesús realizó una obra de gracia y poder, pero no habitó. La religión lo excluyó de Judea.

¿No nos dice todo esto acerca de Jesús para nuestro consuelo? Desdichado, autodestruido, corrompido hijo de la naturaleza, el Hijo de Dios se acercará, pero la pretensión de ninguna manera le servirá. Puede ser la presunción intelectual que lo discute y lo pesa en su propia balanza; puede ser la presunción religiosa, que aún

confía en sus acciones a pesar de las ofertas de su gracia; pero ninguna de las dos servirá para Aquel que llegó a un escenario de ruinas, solo porque eran ruinas, ruinas sucias, negras, leprosas e impuras . Que el pecador sea el pecador, Jesús se acercará a él, pues vino a buscarlo y a salvarlo; pero que el hombre finja o suponga, Jesús debe ser reservado.

Es una dulce meditación recorrer estos invaluables capítulos y descubrir al Hijo de Dios. Podemos estudiarlo, estudiarlo profundamente, cuando lo tenemos presente; pues son el corazón y la conciencia, y no solo la mente, los que se sentarán a la escucha. Con todo esto, sin embargo, debo destacar algo más: «el método que el Señor adoptó con el samaritano impuro, para así establecerse allí». Como vino tanto a buscar como a salvar, esta escena nos lo muestra buscando y salvando.

Era hija de la naturaleza, una naturaleza arruinada y contaminada. Su corazón no conocía nada más allá de los placeres y ocupaciones comunes de la vida cotidiana .

El Señor comienza invitándola a confiar. Y lo hace con la habilidad del amor, buscando su favor .

Él adquiere la confianza que buscaba. Ella se siente a gusto en su presencia.

Entonces, él usa la confianza que había ganado para su bien. Despierta la curiosidad de la persona que había conquistado. Usa palabras que le hacen sentir que no se trata de una persona común. Ella pronuncia la palabra «Señor », mostrando que su alma se había detenido y fijado. Y, habiendo así ganado su confianza y su atención hacia sí mismo como una persona común, él usa sus ventajas aún para ella, pero con fidelidad a su condición actual. Se dirige a su conciencia; y después de una breve demora, la comprende, exponiéndola a sí misma, para su confusión y asombro.

Así, Él se ha ganado su confianza, su atención y su conciencia. Pero hay mucho más. Ella lucha y quisiera esconderse de nuevo, como Adán en la antigüedad. Una pregunta sobre la adoración le hará lo mismo que los árboles del jardín le hicieron a él. Pero Él la sigue hasta su escondite y responde a su pregunta con palabras que parecen fijar su atención más profundamente en Él y despertar su asombro con mayor intensidad, de modo que casi lo identifica con el Mesías prometido.

Él, Entonces, se le revela. Esto, sin embargo, es para su satisfacción; como antes, se le había revelado a sí misma, por Sus palabras, para su confusión.

Ella lo deja, y los discípulos regresan; pero aprenden por él que sus provisiones ya no eran necesarias. Había despedido a un pobre pecador feliz, y esto era alimento, bebida y descanso para él.

¡Qué secretos se revelan en estas cosas de Samaria, Galilea y Judea, y qué métodos de gracia en estos tratos con la mujer!

En cuanto a ella, el Señor la busca y luego la salva. Buscó la confianza de una pecadora, luego fijó la atención de su alma en Él, luego la expuso a sí misma y, finalmente, se le reveló en luz, gozo y libertad. Y cuando todo el proceso termina, ¡él se regocija más en el resultado que ella misma!

Éste es el Jesús con el que tenemos que tratar, y a quien tenemos el privilegio, así como el deber, de estudiar.

Él puede encontrar un hogar entre nosotros en esta tierra solo en el pobre pecador que con el corazón quebrantado trata con Él, y un hogar como este debe conseguirse por el poder interior de su Espíritu. Encontramos un ejemplo de todo esto aquí. El profeta, podría decir, lo había esbozado, o anticipado, en Isaías 52:15-19. Pero todo esto nos habla del Salvador que hemos encontrado. Su experiencia, diferente en Samaria, Galilea y Judea, nos dice que solo encuentra un hogar en medio de pecadores con el corazón quebrantado; y su trato con la mujer nos muestra cómo lo consigue.

BELÉN.

JUAN V.

El Señor es visto ocasionalmente en Jerusalén, en Juan; pero no así en los otros Evangelios. Pero a diferencia de lo que es en Galilea, donde miles lo siguieron, en Jerusalén es un hombre solitario, como podemos observar en Juan 2, 3, 5, 7, 8, 9 y 10.

En su última entrada a la ciudad, quiero decir por el camino de Jericó, a través de Betania y el Monte de los Olivos, que registran todos los evangelistas, sé que le seguía una multitud, pero eso no es una excepción a lo que hemos observado, que era un hombre solitario en Jerusalén; aunque en medio de miles, cuando estaba en las partes de Galilea y alrededor de todas las orillas del lago de Tiberíades.

En Juan, también, las fiestas se tratan como si fueran elementos del pasado. Se habla de ellas de forma muy similar a como San Pablo, en sus epístolas, hablaría del monte Sinaí o de las ordenanzas legales. En este Evangelio se las llama «las fiestas de los judíos» —ii, v, vi, vii—, salvo en 13:1, donde nuestro evangelista honra la Pascua de ese día como una fiesta divinamente instituida , porque el Señor estaba a punto de cumplirla como el verdadero Cordero Pascual.

Estas son peculiaridades de Juan, y muy características de él: que en Juan , el Señor se encuentra al final de su discusión con el judío, y se encuentra entre pecadores, repudiado por el mundo creado por Él y rechazado por su pueblo, al cual se había ofrecido. Véanse los capítulos 1 , 10 y 11.

Es en perfecta y consecuente sabiduría que el Espíritu de Dios no nos ha dicho qué fiesta era la que había atraído al Señor a Jerusalén. No importaba cuál de ellas fuera ; pues Él estaba a punto de manifestarse en la ciudad de los judíos, la ciudad de las

fiestas y solemnidades de ese pueblo, como Aquel que las reemplazaría a todas y a todo lo que les pertenecía. De modo que, no solo tenemos una fiesta allí en esta ocasión, sino también el día de reposo , a los gobernantes religiosos del pueblo, el Templo y esta singular y maravillosa ordenanza de Betesda, todo ante nosotros en esta escena.

Este estanque junto al mercado de ovejas de Jerusalén, o Betesda, era una provisión hecha por la gracia de Dios para su pueblo en Jerusalén. El sistema establecido en Israel no la proveía. Era extraordinario y ocasional, como lo había sido el surgimiento de un juez o un profeta en tiempos pasados, o la misión de un ángel, de vez en cuando, como a Gedeón o a Manoa. Así, la agitación de este estanque. Pero, a la vez, era un testimonio de que había recursos de misericordia y poder en el Dios de Israel para su pueblo, más allá de todo lo que entonces se les dispensaba ordinariamente. Su mismo nombre lo indicaba: Betesda, «casa de misericordia». Y por ser esto, era una promesa para Israel del Mesías. Predijo de Él, como lo habían hecho las ordenanzas y los profetas.

Pero Jesús junto al Poel de Betesda, como vemos en este capítulo, es una imagen que, con el espíritu de Moisés ante la zarza, bien podemos contemplar. Si antes se había reflejado en esa agua, ahora está allí para secarla. Es más, contrasta con ella.

Esta visión me recuerda la Epístola a los Hebreos. Allí, el Apóstol sitúa al Señor Jesús junto a las ordenanzas de la Ley, como aquí el Señor se sitúa junto al estanque, cerca del mercado de ovejas, como uno de ellos. Y lo mismo ocurre aquí en Juan 5, como en esa Epístola.

En cada uno de ellos hubo un testimonio de Cristo. Betesda dio testimonio de Él; las ordenanzas de la Ley hicieron lo mismo. Pero, si Jesús se encuentra junto al estanque, o es llevado junto a las ordenanzas de la Ley, encontraremos que el contraste es tan fuerte como la similitud. Solo tenemos que escuchar al Señor aquí, y al Espíritu en el Apóstol allá, para comprender esto con claridad y plenitud.

“¿Quieres ser sano? ” fue la única palabra que el Señor llevó consigo cuando se dirigió al pobre lisiado en ese lugar. ¿Estaba dispuesto a entregarse, tal como estaba, en sus manos? ¿Estaba dispuesto a ser su deudor? ¿Podía confiar, con su necesidad y su debilidad, a solas con Jesús? Eso era todo. Y sin duda esto, en su simplicidad, contrasta completamente con la pesada y engorrosa maquinaria de Betesda. Ninguna rivalidad, ninguna demora, ninguna incertidumbre, ninguna ayuda buscada y prestada, está aquí como está allí. Aquí con Cristo es: “El que quiera, tome del agua de la vida”. Es: “¿Por qué? ” ¿Te demoras ? Levántate, bautízate y lava tus pecados». Pero ninguna de estas voces, ni ninguna otra similar, se oye desde el seno agitado de esa agua extraña y misteriosa. El ángel que la agitaba en ciertas estaciones nunca había despertado sonidos como estos.

“¿Quieres ser sano?” ¡Sencillo, serio y lleno de consuelo!

El Señor estaba entonces en Jerusalén. Era el gran centro y representante de la religiosidad humana, rodeado en ese momento por sus ricas y variadas provisiones. Era sábado. Era tiempo de fiesta. La ciudad de las solemnidades estaba en uno de sus momentos más gloriosos. El Templo estaba cerca, los fariseos estaban alrededor, y una gran multitud de expectantes y devotos se reunía alrededor del estanque junto al mercado de ovejas, la ordenanza o ministerio angelical de Betesda. En medio de todo esto, Él permanece. Pero es como algo nuevo, algo diferente. No presta atención al día de fiesta, ni al sábado, ni al Templo. Sus palabras suenan como si anunciaran la condenación de todo esto. «¿Quieres ser sano?» Fue su toque de difuntos. El pobre lisiado al que se dirigían podía liberarse de inmediato, ya fuera de rivales o de amigos. A quienes podrían haber luchado con él, o a quienes podrían haberlo ayudado, ahora podía ignorarlos por igual. Y no necesitaba esperar. La demora y la esperanza podían cambiarse por el gozo presente. No necesitaba dudar ni demorarse. Ordenanzas, ángeles, ayudantes y rivales, demora e incertidumbre, todo fue así bendita y gloriosamente dispuesto por Jesús en su favor. Cuando Jesús apareció, cuando el Hijo de Dios estaba junto a este estanque, la única pregunta era si el pobre lisiado lo dejaría todo por Él, y de esa manera permanecería allí y vería la salvación de Dios.

¡Qué palabra fue ésta , en medio de semejante escena y en semejante momento! «¿Quieres ser sanado? »

La pobreza del estanque queda expuesta. Se ve como un simple elemento miserable. Carece de gloria en comparación con la gloria que lo supera . Y de la misma manera, el Espíritu expone el santuario terrenal y todas sus provisiones y servicios en la Epístola a los Hebreos. Allí, el Apóstol, bajo el Espíritu Santo, coloca a Jesús de nuevo junto a Betesda, junto al sistema de ordenanzas que lo precedía, y los expone a todos en su pobreza e impotencia. Había habido un reflejo de Cristo en estas ceremonias del Templo, como lo había habido en estas aguas junto al mercado de ovejas; pero el reflejo no tenía sustancia —era una sombra— y desapareció cuando la verdadera luz llenó el lugar. Solo Jesús es glorificado. Cuando el Espíritu lo introduce en esa Epístola, lo retiene, diciendo de Él: «Jesucristo, el mismo ayer, hoy y por los siglos ». Y aquí, el Señor mismo le habla al pobre lisiado de nada más que de su propio poder sanador : «Levántate , toma tu lecho y anda». Debía llevar lo que una vez, mientras colgaba sobre el estanque, lo llevó. No necesitaba nada más. Conocía la sanidad del Hijo de Dios, y era libre.

Así pudo haber sido con él. Él nos lo representa. Pero, quizás, no era más que un tipo inconsciente del trato del Hijo de Dios con los pecadores. Pues, personalmente, no parece entrar en escena. En lugar de abstraerse y ser fijado por el Señor, en lugar de contemplar el rostro del desconocido con asombro y deleite ante las palabras que le dirigía, y de entregarse de inmediato, tal como estaba, en todo su dolor y necesidad, a sus manos, habla de su condición actual. Sé que esto es natural; es algo cotidiano; la forma común de ser humano. No nos debe sorprender, ni que este hombre fuera encontrado después en el Templo, en lugar de

estar, como el leproso samaritano de Lucas 17, a los pies de su Libertador. Estas no son más que las formas y los procedimientos de la mentalidad legalista y religiosa, tanto en Judea como en la cristiandad; pues no presta oídos a las propuestas de la gracia. Y otra vez digo, no debemos maravillarnos de este hombre, este lisiado que fue sanado, cuando vemos en ese momento "una gran multitud de gente impotente" rondando ese estanque incierto y decepcionante, aunque el Hijo de Dios estaba en la tierra, llevando consigo y en él la salvación sin dinero y sin precio, sin duda ni demora, para todos los que vinieran a él; y eso, también, desafiando todo obstáculo o rivalidad, e independientemente de toda ayuda o apoyo.

Todo esto nos da una lección. De hecho, sí. ¡El estanque, muy frecuentado, Jesús pasando desapercibido! ¡ El estanque buscado, mientras que Jesús tiene que buscar y proponerse! ¡Qué imagen de la religión del corazón humano! Las ordenanzas, con toda su engorrosa maquinaria, se esperan; ¡la gracia de Dios que trae la salvación, descuidada! O al menos, esta gracia tiene que proponerse, ser predicada e impulsada, como Jesús en Betesda, mientras que estas ordenanzas, como ese estanque, se llenan de devotos voluntarios cada día.

Pero además. Esta piscina tiene sus alrededores , así como a sí misma, para nuestra inspección; la escena tiene sus acompañamientos o sus accidentes para nuestra mayor instrucción.

Leemos aquí: "Y aquel mismo día era sábado".

En los otros Evangelios, cuando se reta al Señor por realizar su obra en un día como este, responde ya sea con el caso de David comiendo el pan de la proposición; o con los sacerdotes trabajando en el Templo; o con una palabra de los profetas: «Misericordia quiero, y no sacrificio»; o con el hecho de que ellos mismos, sus acusadores, sacaran su asno o su buey a beber en sábado. Pero aquí, en esta ocasión, en el Evangelio de Juan, al ser retado sobre el mismo motivo de la sanación en un día como este, dice: «Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo trabajo».

¡Maravillosa frase! Pero permítanme primero notar cuán característica de Juan es. El Señor no se pone aquí, como en los otros Evangelios, en ocasiones similares, como acabamos de ver, al nivel de David, ni de los sacerdotes, ni de las palabras de los profetas, ni de los caminos, los caminos comunes y aceptados por los hombres, sino al nivel de Dios. No es lo que David había hecho en su día, ni lo que harían los sacerdotes, ni lo que los hombres, incluso sus mismos acusadores, hacían a diario, sino lo que el Padre siempre había estado haciendo en este mundo necesitado y arruinado, lo que el Señor defiende como modelo de sus acciones. Y en la distinguida ocasión que tenía ante sí, al restaurar al cojo en el estanque de Betesda, dio un ejemplo de esto.

Esto está lleno de carácter. Pero, sin duda, también está lleno de asombro. «Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo ».

Al principio, el hombre perdió el sábado. Al pecar, destruyó el resto de la creación. Perdió el jardín y se convirtió en un siervo de la tierra para ganarse el pan con el sudor de su frente y vivir. Pero cuando el hombre perdió así su descanso, el Señor Dios lo abandonó y de inmediato reanudó su obra.

Había santificado el séptimo día en memoria de haber terminado su obra creadora. Descansó entonces. Y habiendo descansado, disfrutó de su descanso, caminando con la criatura que su mano había creado a su imagen, conforme a su semejanza, en el jardín que había formado y provisto para ella. Pero cuando entró el pecado y desapareció el Reposo de la Creación, el Señor Dios no solo comenzó a obrar de inmediato, sino a obrar por su criatura autodestruida, como leemos: «Y el Señor Dios hizo túnicas de pieles y los vistió», vistió al hombre y a la mujer, quienes ahora se habían reducido a la condición de pecadores culpables y expuestos.

¡Maravillosa manifestación de Dios! El glorioso Creador de los cielos y la tierra, Aquel cuyos dedos acababan de adornar el firmamento sobre nosotros, y cuyas criaturas llenaban y cubrían el suelo que pisamos, ahora vuelve su mano (para su alabanza sea recordado por siempre) para cubrir a un pecador. Dios en gracia, el Padre de nuestro Señor Jesús, comenzó así a obrar. Y así, a lo largo de los días del Antiguo Testamento, actuó en amor, mostrando misericordia. No disfrutaba de su reposo como Creador de una obra terminada, sino que obraba, en gracia, en medio de las ruinas, según los principios de la nueva creación, como lo habían estado testificando los Patriarcas, los Profetas, Israel, las ordenanzas de la Ley y este mismo Estanque de Betesda, en sus diversas formas y épocas. Y ahora, siguiendo este modelo, Cristo había salido a obrar, como lo testifica el lisiado sanado de este capítulo. De modo que, de pie al borde de esta agua mística, y con el hombre sanado delante de Él, pudo decir: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo”.

¡Maravilloso! Quedó el Reposo, y se reanudó la obra. La Columna del desierto era una figura similar. Tras salir de Egipto, Israel perdió el Reposo de Canaán que se les había prometido, al que habían ido y al que seguían viajando. Y tuvieron que vagar fuera de ese Reposo durante cuarenta años. Pero la Columna de Nube, o mejor dicho, la Gloria que moraba en ella, también sería una errante. Si Israel, como Adán, hubiera perdido su descanso, el Señor Dios de Israel estaría de buen grado sin el suyo. Y así la Nube se paseó con el Campamento, repitiendo la gracia divina del Señor Dios en el principio. El Dios de Israel era como había sido el Dios de la creación, pues Él es el mismo ayer, hoy y por los siglos .

El Evangelio es un gran sistema de obra, como obra del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y con la autoridad de lo realizado, con el título de lo que Dios mismo ha obrado en la redención consumada de los pecadores, Jesús, en el Evangelio, todavía se dirige al hombre culpable e indefenso, y le dice a cada uno: "¿Quieres ser sanado? ".

Sin duda, la secuela está bien ponderada. Betesda refleja al Hijo de Dios, el Salvador . La casa de la misericordia, y el Señor y Dispensador de la misericordia,

están en la misma compañía. Pero si bien lo refleja en su medida, lo destaca en una medida algo mayor. Hace que la gloria y las riquezas de su gracia brillen con mayor intensidad debido a su propio fondo débil y oscuro; y como en las ordenanzas mosaicas, así también en este estanque en el mercado de ovejas , lo tenemos tanto por contraste como por semejanza.

Permítanme añadir, como reflexión sobre este estanque cerca del mercado de ovejas, que el alivio que la gracia proveía, en la era de la Ley, era solo ocasional; como ya he señalado; por ejemplo, por un Juez o un Profeta, y también como lo atestigua el Ángel que agita el agua de vez en cuando. Pero ahora, en esta era del Evangelio, la gracia o la salvación de Dios es lo permanente, lo ministrado: «Este es el día de salvación». Y, sin embargo, no dudo que haya épocas especiales u ocasionales de la obra y visitación peculiares del Espíritu. Hay "tiempos de visitación" ahora, como los hubo en el pasado; aunque es totalmente cierto que el presente es una dispensación de gracia, a diferencia de la anterior. La ciudad de Corinto tuvo un tiempo similar, al igual que Jerusalén antes (Lucas 19:44; Hechos 18:10). De igual manera, hay momentos similares (1 Pedro 2:12); y, de hecho, si Betesda presenció esto en Jerusalén en otros tiempos, los tiempos de avivamiento, como los llamamos, lo han presenciado en el transcurso de la era de la cristiandad.

es tanto la sensación de lo que éramos cuando estábamos en pecado y no éramos convertidos, sino el recuerdo de lo que hemos sido desde que conocimos al Señor, nuestra frialdad, nuestras deficiencias y nuestro egoísmo desde entonces, lo que interfiere con esa bienvenida plena y cordial a su presencia y a la esperanza de estar pronto con él, que debemos albergar. Pero todo esto es legal. Pertenece a la naturaleza. El argumento divino en Romanos 5 se opone a esto (versículos 8-9). Y Pedro, en este capítulo, ilustra una reprimenda al respecto.

Muchos de sus recuerdos, como santo, bien podrían haberlo convertido en un cobarde, temiendo la presencia del Señor. Pero no lo era. En cuanto oyó que su Maestro, aunque lo habían negado con sus labios mentirosos y profanos, estaba en la orilla, se arrebujó en su abrigo de pescador y se lanzó al agua para alcanzarlo lo más rápido posible. Porque si bien tenía recuerdos de sí mismo, también tenía conocimiento de su Señor; y este era el secreto de su alma y la fuente de su valentía.

Si Pedro hubiera ignorado a Cristo, o lo hubiera visto simplemente según los dictados de la naturaleza, de la carne y la sangre, habría huido atemorizado; si solo lo hubiera conocido parcialmente, habría albergado sus temores y sospechas, y habría permitido que sus compañeros en la barca llegaran al Señor antes que él, para que fueran una especie de velo que interrumpiera la fuerza de su presencia en

su espíritu. Pero Pedro lo conocía bien. Lo conocía en amor, y por eso no huyó ni se escondió detrás de sus compañeros, sino que se encontró con su presencia solo.

Pedro conocía al Señor. Eso lo era todo para él. Sin duda lo era. Y él, estando muerto, aún habla. todos . Él dice: «Conoce ahora a Él y estarás en paz», como dice toda la Escritura.

Y así, puedo decir, la María Magdalena del capítulo anterior, Juan xx, actuó con el mismo conocimiento de su Señor. Pecadora como era, había sido presentada a Él en sus pecados, sí, y por sus pecados, habiendo expulsado de ella siete demonios; y ahora habla como si tuviera derecho a reclamarlo y a tomarlo completamente para sí. «Dime », dijo , como al hortelano, «dónde lo has puesto, y me lo llevaré». Él era todo suyo.

¡Qué precioso afecto! ¡Qué sentido de nuestro derecho a Él! ¡Cómo debería ser así con cada uno de nosotros, cada uno reconociendo su propio derecho y exigencia personal a un Cristo completo en toda su plenitud, nuestro derecho a Él mismo!

Y es la fe, y solo la fe, la que logra esto. Pues la fe nos familiariza con Él, la conciencia con nosotros mismos. Esta última nos hace cobardes —con razón—; la otra nos da una feliz y santa valentía.

* Tal era el conocimiento que Adán tenía del Señor Dios cuando salió de su encierro culpable en Génesis 33 , con esta diferencia: Adán lo hizo como pecador, bajo una revelación del Evangelio; Pedro, como santo, bajo conocimiento del Señor.

La conciencia ya había impulsado a Pedro a emprender un viaje cuando salió del palacio del sumo sacerdote y, allí afuera, avergonzado y solo, lloró amargamente. La fe lo impulsó a emprender este viaje, cuando dejó la barca para alcanzar a su Señor en la orilla. Ni el sentido moral del hombre, ni su mente religiosa, ni un pensamiento general de misericordia habrían sido capaces de ponerlo en tal camino. Era la fe —el conocimiento de Cristo en amor— y eso es fe. La fe en Dios, no como Juez, sino como Salvador , es fe —fe en Él como dador, no como imperativo o exigente. La conciencia puede actuar, y actúa, como la seguridad de la comunión con Dios —pues no podemos, ni nos atrevemos, a caminar con Él, salvo en compañía de su testimonio—, pero nunca es el poder ni la medida de ella. La comunión debe ser el fruto de la fe, que requiere el conocimiento de Dios según su revelación de sí mismo en gracia y salvación.

¡Y qué maravilloso es conocer a Dios en amor! ¡Tener comunión con Cristo como el amante de nuestras almas! ¡Vivir en amor y, por lo tanto, vivir en Dios! ¡Conocer y creer en el amor que Dios nos tiene! ¡Qué bendición! Y este es el precioso y preciado resultado del Evangelio en el corazón: la paz en la conciencia. Dar a conocer estos derechos al corazón y a la conciencia, mediante la gracia, en el Evangelio, es uno de los frutos y propósitos de la revelación que Dios ha hecho de sí mismo.

Y en este caso de Pedro en Juan XXI, según esto, el Señor, en una etapa posterior de la acción , se pone en contacto con la conciencia y la fe de su santo. Actúa con la

conciencia de Pedro, sometiéndolo a un amargo ejercicio de alma mediante tres desafíos, haciéndole saber así que, en efecto, había pecado al negarlo nuevamente. Pero también se pone en contacto con la fe de Pedro, dándole el rico y abundante fruto de esa fe, recuperándolo en una comunión plena y cercana con Él (como ya lo había hecho la fe en Pedro) y confiriéndole el favor de ser, entre todos, el único que apacentará y guiará especialmente a su rebaño.

La gracia, sin duda, siempre de esta manera garantiza y sella las conclusiones de la fe. El Señor no somete de nuevo a Pedro a asumir la sentencia de muerte como pecador, como lo hizo con él en Lucas 5, donde estuvieron juntos por primera vez en el mar de Galilea con una pesca milagrosa. No. Simplemente restaura su alma, o le lava los pies, y luego le otorga su preciado lugar de cercanía a Él, y más de lo que la fe misma habría previsto.

Y permítanme añadir que es esta comunión de Pedro con su Señor la que necesitamos más abundantemente, si se me permite hablar por otros. No se trata de conocerlo en juicio y justicia; no se trata de tratar con Él en sus consejos y revelaciones, ni en las cosas que le conciernen. Estas serán correctas y no deben descuidarse . Pero conocerlo en su amor, eso es fe. Y eso es de Dios, de la obra y testimonio del Espíritu. Es superior a la naturaleza. Sí, está más lejos de la comunión con Él en juicio y justicia que de un estado de descuido e incredulidad. La conciencia, el sentido moral, la mente religiosa, el pensamiento general de nuestra necesidad de su misericordia, como ya he dicho, pueden darnos un lugar ante Él en el juicio, y podemos sentirnos justamente humillados por ello; pero eso no está muy alejado de la naturaleza. Pero conocerlo en amor, con un sentido de nuestro derecho a Él, eso es de Dios, y está muy lejos de la naturaleza. El Pedro del capítulo cinco de Lucas no era el Pedro del capítulo veintiuno de Juan, aunque sé con certeza que la atracción del Espíritu, a través de la convicción divina, estaba con él entonces.

Rut fue sincera y abnegada en el primer capítulo, cuando unió su suerte a su afligida suegra. Le obedeció debidamente cuando, en el segundo capítulo, fue a espigar al campo del hombre rico; y allí, hermosamente, como bajo la mano de Dios, se comportó ante él, aceptando su generosidad con humildad y gratitud. Pero fue mucho más que todo esto en el tercer capítulo, cuando consintió en postrarse a sus pies en la era y reclamarlo como su esposo. Esto era fe. Un alma puede ser bondadosa con los demás, humilde y reverente ante Dios, y aún así estar en la naturaleza; pero contar con el amor de Cristo, reclamarlo, saber que uno tiene derecho a él, usarlo y disfrutarlo, encontrar un propósito en Él y recibir como un hecho que Él ha encontrado un propósito en nosotros, esto está por encima de la naturaleza. Esta es la bienaventuranza del más alto orden, que nos es dada por el Espíritu; glorificación de Dios y el cielo para nosotros mismos.

Para Rut, pasar de la era a los pies de Booz a su casa, a su mesa y al lugar de dueña de sus siervos y partícipe de sus riquezas y de sí misma fue fácil, natural y necesario; pero pasar del espigueo a la era fue un viaje que solo pudo haber sido

realizado (como el de Pedro en Juan 21) bajo la guía del Espíritu Santo, atraída por las cuerdas del amor. Llamar al Señor ya no « Baali », sino «Ishi », es fe en verdad.

EL HIJO DEL HOMBRE EN EL CIELO.

HECHOS 1.— IX.

La segunda de las cartas de San Lucas a su amigo Teófilo no retoma de forma rígida y formal la narrativa inspirada, donde la primera la había dejado; hay un entrelazamiento más bien fluido y elegante entre ambas: la segunda retrocede un poco a las escenas y momentos que cerraron la primera, dándoles el mismo carácter general con algunos ligeros rasgos distintivos. Pero cada una de estas cartas, «el Evangelio de Lucas» y «los Hechos de los Apóstoles», tiene, por supuesto, como es obvio, su propio tema.

En los primeros capítulos del segundo de ellos, es decir, de los «Hechos de los Apóstoles», y al que me estoy refiriendo ahora brevemente, encontramos un relato de Jesús como Hombre glorificado en los cielos; así como en los primeros capítulos del primero encontramos un relato de Dios manifestado en carne en la tierra. Es decir, esto es característico, por separado, de cada uno de ellos. La Persona es, sin duda, la misma en ambos: el Dios-Hombre.

Aprendemos mucho sobre el Hijo del Hombre en el cielo gracias a los evangelistas, donde este misterio se anticipa de vez en cuando. El Señor mismo nos dice que Él será visto allí por la fe durante toda la era presente, sentado a la diestra del poder; y que a su debido tiempo saldrá de allí en las nubes del cielo (Mateo 26:64). También nos dice que cuando salga, se sentará en el trono de su gloria (Mateo 25:81). Estos son solo ejemplos de cómo se anticipaba este gran misterio. Pero la Persona que se ve en los evangelistas es Dios manifestado en carne y, como tal, en acción en la tierra. En estos capítulos de los Hechos, que siguen a los evangelistas, es, por otro lado, el Hombre glorificado en el cielo y actuando allí.

En el capítulo 1 , se ve a Jesús de Nazaret, que era Dios manifestado en carne aquí, ascendiendo a los cielos.

En el capítulo 2, se da el Espíritu prometido, y Pedro comienza su predicación tomando este don, según la profecía de Joel, como texto. Y después de recitarla, dice: « Varones israelitas, escuchen estas palabras: Jesús de Nazaret, varón aprobado por Dios entre ustedes con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por medio de él entre ustedes, como ustedes mismos saben; a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, lo prendieron y por manos de inicuos lo crucificaron y mataron». Y luego muestra, a partir de los Salmos 16 y 110, que este Hombre, aprobado por Dios en la tierra, ahora había resucitado de entre los muertos y glorificado a la diestra de Dios en el cielo.

Así se establece el misterio del Hijo del Hombre, Jesús de Nazaret, exaltado en los cielos. Así como los evangelistas ya habían contemplado a Jesús mientras caminaba, ministraba, trabajaba y sufría aquí en la tierra, ahora, en su predicación de este capítulo y de los siguientes, Pedro nos presenta algunos de los caminos y virtudes de este mismo Jesús ahora ascendido al cielo.

Así, en este mismo capítulo 2, con Joel todavía como texto, nos dice que Él es el Dios mencionado en esa profecía, quien ahora ha enviado el Espíritu. Según Joel, por lo tanto, es el Dios de Israel quien realiza esta gran maravilla pentecostal; según Pedro, es el Hombre que ahora está en el cielo quien la realiza.

Esta es sin duda una magnífica manera de comenzar la historia de las virtudes y glorias de Jesús de Nazaret, ahora glorificado en lo alto a la diestra de Dios; donde también Pedro declara que está sentado hasta el día en que ponga a sus enemigos por estrado de sus pies, como el «Mi Señor» del Salmo 100. Y luego, con la autoridad de estas cosas, llama a toda la casa de Israel a reconocer al Hombre una vez crucificado como Señor y Cristo. Y cuando varios de sus oyentes se conmueven con esta predicación, les anuncia la virtud del « nombre» de este Ser glorificado, que puede asegurar la vida eterna y el don del Espíritu a todos los pecadores que lo reciben.

Luego, en el capítulo iii, este mismo Apóstol nos dice varias otras grandes cosas de Jesús en los cielos: que fue Su nombre, por medio de la fe en él, el que acababa de sanar al mendigo cojo en la puerta del Templo; que Él era el Profeta prometido por Moisés en Deuteronomio 18; que los cielos ahora lo están reteniendo, pero que Él nuevamente los dejará a su debido tiempo, y traerá tiempos de refrigerio y la restauración de todas las cosas, con Él de regreso a la tierra.

Luego, en el capítulo 4, predica mediante este mismo Jesús la resurrección de entre los muertos, y proclama además que Él era «la Cabeza del Ángulo», según el Salmo 118, y el Único designado por Dios para salvación en este mundo culpable. Y hacia el final de este capítulo, él y sus compañeros santos en Jerusalén presentan el nombre de este mismo Jesús ante el Señor Dios, Creador del cielo y de la tierra, como toda su confianza y derecho a la bendición.

Luego, en el capítulo V, Pedro y los demás apóstoles testifican ante el concilio judío que a este mismo Bendito, a quien habían matado y colgado en un árbol, Dios lo había exaltado con su mano derecha para ser a la vez Príncipe y Salvador , todo en verdad para Israel, ya sea para bendición o para gobierno.

De esta manera, en el curso de esta predicación, recibimos un testimonio amplio y variado del Hombre en el cielo. Bien podría seguir al inefablemente importante y bendito testimonio de los evangelistas sobre el Hijo del Padre, Dios manifestado en carne, en la tierra. Pero aquí, con este quinto capítulo, termina el testimonio apostólico bajo el Espíritu dado. Pasamos de él a una visión. Porque después de escuchar acerca del Hombre glorificado, se nos concede, por un breve momento, verlo. Pedro había estado predicando. A Él, Esteban, lo verá ahora. Son testigos

iguales, aunque de maneras diferentes, del mismo gran misterio: que el Hijo del Hombre estaba en el cielo a la diestra de Dios. Esteban es llevado por hombres malvados fuera de la ciudad para ser apedreado, mientras su rostro brilla como el de un ángel; y se le abren los ojos, y mira hacia arriba, hacia un cielo abierto, y allí ve la gloria de Dios, y a Jesús, «el Hijo del Hombre», de pie a la diestra de Dios.

Así, el Hombre en el cielo es testificado por la mirada de Esteban, como lo fue por los labios de Pedro. El Espíritu llena a uno con una historia inspirada sobre Él, y Dios abre la mirada del otro con una visión gloriosa de Él. Pero el objeto es el mismo: el Hombre glorificado, el Hijo del Hombre en el cielo, Jesús de Nazaret a la diestra de la majestad en las alturas, Aquel que, habiendo sido «Dios manifestado en carne» aquí, humillado, sirviendo, crucificado, sepultado y resucitado, ahora era exaltado en su humanidad al más alto lugar de honor allí.

Sin embargo, algo aún permanece en la revelación de este gran misterio. En el capítulo IX, este Hombre glorificado desciende del cielo y se muestra, por un breve instante, aquí en la tierra. En santa y pacífica gloria, y con la actitud de quien lo recibía con una bienvenida dichosa y perfecta, acababa de ser visto, como en su debido lugar en el cielo, por su santo sufriente. Pero ahora, en terrible majestad, en el resplandor ardiente de la gloria judicial, es visto por el perseguidor de su santo, aquí en la tierra. Aparece así como Aquel listo y todopoderoso para vengar la sangre de su rebaño sacrificado. La misericordia ciertamente se regocijará por el juicio en este caso, y el perseguidor se convertirá en Testigo y Apóstol; pero la visión nos dice que el Hombre en el cielo espera allí, como en otros personajes, así en este, el Vengador, a su debido tiempo, de los agravios cometidos en la tierra. Esto es así, y esto se promete y prefigura aquí. Porque sabemos que Jesús ascendió en diversos roles. Ascendió a su lugar natal, la gloria que tenía con el Padre antes de que el mundo existiera; ascendió para preparar moradas en la casa del Padre para los elegidos; ascendió como su Precursor; ascendió para sentarse en el Tabernáculo erigido por Dios como nuestro Sumo Sacerdote; ascendió como el Autor y Consumador de la fe y como Purificador de pecados; pero también ascendió para ocupar su lugar como Adonai a la diestra de Jehová, hasta poner a sus enemigos por estrado de sus pies. Y debe cumplir este último rol al regresar a la tierra, ya que ahora desciende al camino que unía Jerusalén con Damasco para dar, por así decirlo, un ejemplo de ello, y para sentenciar a muerte a este perseguidor Saulo de Tarso.

PABLO EN MILETO. Actas XX.

En el curso de las Escrituras, encontramos varios ejemplos de santos y siervos de Dios moribundos que se despiden de la escena y de su ministerio. Jacob lo hace, al igual que Moisés , Josué y David. Y entre ellos también Samuel, en una escena muy conmovedora registrada en 1 Samuel 12.

En este capítulo, el apóstol Pablo se encuentra en una situación similar. Se despide de su ministerio en la costa de Mileto, en presencia de los ancianos de Éfeso.

La historia de Pablo en el libro de los Hechos consta de dos partes: su servicio y sus sufrimientos; o bien, en una vemos a Pablo como el siervo de Jesús; en otra, a Pablo como el prisionero.

La primera parte termina con este capítulo vigésimo, habiendo comenzado, diría yo, con el decimotercero. La segunda parte termina con el libro mismo, habiendo comenzado con el vigésimo primero.

Sin embargo, lo que me atrae en este momento es Pablo en este capítulo en contraste con el Señor Jesús en circunstancias similares, en Juan 13-17 . Pues allí el Señor se despide de su ministerio en presencia de los Doce, como aquí el Apóstol hace lo mismo en presencia de los ancianos de la Iglesia de Éfeso.

Hay puntos de contraste presentados ante nosotros muy vívidamente, y el kuman en sus mejores condiciones se encuentra al lado de aquello que era Dirine así como humano; y las distinciones están finamente mantenidas y expresadas.

Pero esto es solo lo que habríamos contado. Somos instintivamente conscientes de que Pablo, el ejemplo más brillante y elevado de un vaso de Dios ungido y lleno del Espíritu, se presenta ante los afectos y recuerdos del corazón de manera muy diferente a la del Señor. Nuestro amor por él es el que damos a un semejante, y solo eso: el amor que damos al Señor Jesús es un amor de adoración. Esto lo sentimos instintivamente. No necesitamos que nos lo enseñen. Lo sabemos, y así llevamos en la sensibilidad de nuestra mente renovada el testimonio de lo que nos dice la Escritura: que Jesús era Dios y hombre, y que el vaso más dotado en la casa de Dios, aunque también sea el santo más entregado , sigue siendo solo un semejante.

El contraste que estas Escrituras ofrecen (el Señor en una hora de despedida, y Pablo en una hora de despedida) nos da una muestra e ilustración de todo esto, y vuelve a sellar las conclusiones a las que nuestras almas ya habían llegado y en las que habían reposado, como he dicho, instintivamente.

Los puntos de contraste pueden notarse así: 1. El Apóstol somete su ministerio al juicio de sus hermanos . Les habla de la humildad y las lágrimas con las que lo había llevado a cabo; y luego de su diligencia en él, de cómo les había enseñado tanto públicamente como de casa en casa, y de cómo en su predicación había aceptado tanto a judíos como a gentiles. Y todo esto es dulce en él y le conviene. Los trata

como compañeros en el servicio de Dios y les somete su propia medida y manera de servicio, como ellos podrían hacerlo con él.

Pero pregunto: ¿Es este el estilo del Señor Jesús? ¿Acaso somete Él, de esta manera, su obra a la aprobación de los hombres? En los capítulos a los que me he referido, no lo vemos haciendo esto ni siquiera con su Padre. Allí, más bien, entrega su ministerio como ya consumado. «He acabado la obra que me diste que hiciera», es su lenguaje, mientras sus ojos están puestos en el cielo y su voz se dirige al Padre desde allí. Entrega una obra consumada, una obra que Él sabía que era perfecta. Esta fue su gloria como ministro, su gloria en su ministerio. En lugar de someterla a la aprobación de sus apóstoles, más bien, como he dicho, entrega su obra como algo ya consumado, y consumado a la perfección.

2. Pablo les dice a los ancianos de Éfeso que él iba de camino, atado en espíritu, a Jerusalén, pero que no sabía lo que le iba a suceder, más allá de lo que el Espíritu Santo había presenciado, que le esperaban cadenas y prisión.

* Así, a su debido tiempo, Él «entrega el reino» (1 Corintios 15). Ahora, habiendo servido como Testigo, y más adelante, cuando haya servido como Rey, sigue siendo perfecto en cada uno. Él entrega su mayordomía como alguien que había sido fiel.

¿Era este el Señor ?, pregunto de nuevo. ¿Por qué, se manifiesta en Él precisamente lo contrario? Al despedirse de su ministerio y de sus siervos, les hizo saber que lo sabía todo, tanto cerca como lejos, en el cielo y en la tierra, la historia de la enemistad del mundo y del sufrimiento de los justos en él; y la historia de la eternidad misma; pues también les dijo que regresaría para llevarse a su pueblo a casa con Él, para estar en la casa del Padre, allí para morar para siempre . Sin duda, esta es la gloria del Señor una vez más; y da testimonio de Aquel con quien conversamos en Juan XIII - XVII .

8. Además, el Apóstol les dice a sus compañeros que, por muy extensa e íntimamente que hubiera estado con ellos hasta entonces, ahora estaba a punto de dejarlos y que no lo verían más.

Pero ¿qué dice el Señor en contraste con esto? Pablo no podía decir nada más, lo reconozco. Él, como hombre, como criatura , a punto de terminar rápidamente su carrera y su servicio aquí con la muerte, solo tenía que decir: « No verán más mi rostro». Pero pregunto de nuevo , ¿dice el Señor esto? Todo lo contrario. Él hace saber a sus siervos que nunca dejaría de verlos, y que ellos nunca dejarían de verlo a él. «Porque yo vivo, vosotros también viviréis», les dice. «El mundo ya no me ve , pero vosotros me veis a mí». Y así sería para siempre . Él regresaría a ellos y por ellos, para poder estar con ellos. Lo verían en espíritu hasta que llegara ese momento; y luego en gloria, como con él en la casa del Padre, para siempre .

¡Qué eclipsante es esto! Pablo no podía expresarse con un lenguaje más elevado; Jesús no podía expresarse con un tono más bajo. Es la criatura y Dios; es la dulce,

atractiva y amorosa forma de compañía humana; es la irradiación de la gloria divina personal.

4. Por otra parte, escuchamos al Apóstol, que no se preocupa por la prisión ni por la muerte. Y es bueno . Puede que nos humille encontrar tal... Una fe abnegada en otro. Pablo puso su vida en el altar, dispuesto a ser ofrecido. Pero cuando escuchamos, a su vez, al Señor Jesús, percibimos el lenguaje de Aquel que, como sabía, regresaba al Padre en gloria, porque ya había glorificado a Dios y al Padre en la tierra. Pablo se prepararía con bendición para lo que quedaba del conflicto y el viaje, pero Jesús estaba al final, en la perfección consciente de Aquel que había glorificado a Dios en el mundo, tanto que le dio su lugar y su título de ser glorificado con Dios en los cielos.

5. Y encontramos además al Apóstol aconsejando a sus hermanos . Y fue un consejo oportuno y acertado. No podría ser más justo y adecuado, podríamos decir. Era este: servir a Dios en su Iglesia y cuidar de sí mismos, pues los peligros acechaban.

Pero ¿qué encontramos en Cristo que corresponda a esto? Él también aconseja a sus apóstoles, y sus palabras son diversas. Pero entre ellos les dice que darán testimonio de Él. Y les dice que el Espíritu Santo, que está a punto de descender del cielo, también dará testimonio de Él y glorificará su nombre tomando de sus cosas y mostrándoselas.

¿Qué distancia infinita y, sin embargo, debida hay aquí? ¿Podría Pablo decirles algo así a los ancianos de Éfeso? ¿Podría, se atrevería, a convertirse en su objeto cuando estaba ausente? ¿Iba a ser su súbdito? Les dice, y con razón, que sirvan a Dios y se preocupen por sí mismos. Pero sin robo, Jesús se pone en compañía de Dios y del Padre, haciéndose junto con el Padre objeto del testimonio del Espíritu Santo y del ministerio de los Apóstoles.

Sin duda, en cada rasgo de este contraste, resplandece la gloria de Aquel que fue infinitamente superior al primero de los simples hijos de los hombres . Todo esto confirma las impresiones instintivas de nuestras propias almas, diciéndonos que con Jesús, y solo con Jesús, de todos los hijos de los hombres, estamos en conversación consciente con el mismo Dios vivo, con Aquel a quien adoramos y amamos.

6. Pero aún hay más de esto.

Pablo encomienda a sus hermanos y compañeros a Dios y a la palabra de su gracia. ¿Qué más podía hacer? Pero ¿qué hace el Señor, en circunstancias similares, dejando tras de sí a sus apóstoles y santos, como Pablo dejaba tras de sí a sus compañeros y hermanos? De diversas maneras, y siempre gloriosamente, actúa en efecto. Les deja su paz; les lava los pies para que puedan presentarse ante Dios «totalmente limpios»; les promete el Espíritu para ser su luz y consuelo; y los encomienda al Padre, para que este continúe haciendo por ellos, en su ausencia,

lo que Él mismo había estado haciendo por ellos mientras estaba con ellos. ¡Qué eclosiones de gloria divina! Y se compromete a brindarles su cuidado, consideración y servicio, hasta que haya perfeccionado su condición, y eso para siempre , en la casa del Padre.

Si Pablo, como hombre, no pudo hacer nada más de lo que hizo, Jesús está aquí haciendo lo que nada menos que el Compañero de Jehová podría haber hecho.

7. Y una vez más, al rastrear este maravilloso tema.

Pablo somete su conducta al juicio de sus hermanos . «No he codiciado ni la plata ni el oro ni la ropa de nadie; sí, vosotros mismos sabéis que estas manos me han servido para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo». Él se presenta ante ellos con el testimonio de una buena conciencia. No lo culpo ni busco menospreciarlo por esto, aunque en otra ocasión podría haber dicho que era muy poca cosa para él ser juzgado por el juicio humano (1 Cor. 4:3), y habría reconocido que era un necio al gloriarse (2 Cor. 11:12). Pero repito , no lo culpo ni lo menosprecio por esto. Pero pregunto: ¿es este el Señor Jesús? ¿Somete su conducta al juicio humano? No, más bien afirma tres grandes y gloriosos hechos morales relacionados con Él mismo, con Su camino, vida y comportamiento en el mundo. Les dice a Sus Apóstoles que había glorificado a Dios en la tierra; le dice al Padre que lo había glorificado en Su ministerio a los elegidos;

y Él dice de Sí mismo: “El príncipe de este mundo viene, y él nada tiene en mí”.

¡Qué elevación moral consciente se expresa aquí! Es una gloria moral de una cualidad necesaria y esencialmente divina. Esta fue una vida y una conducta que solo Dios, manifestado en carne, pudo exhibir. No nos atrevemos a buscar algo semejante en ningún otro lugar que no sea Jesús. Nos alegra saber que no se pudo encontrar en ningún otro lugar, ni en el cielo ni en la tierra, ni entre los ángeles ni entre los hombres; que nadie sino el Hijo del seno, que también era el Hijo del Hombre, pudo haber ofrecido al Dios bendito un sacrificio vivo de incienso puro y olor fragante , más que la obediencia de toda la creación.

De este modo ¿Hemos contemplado la gloria que sobresale ? En Pablo había, sin duda, una dulce belleza moral. Podemos sentirnos humildes al contemplar o pensar en un hombre así. Pero nuestras propias almas se dicen, y las historias nos lo dicen de igual manera, que es de otra clase y calidad, diferente en cuanto a su materialidad y temperamento, de la que se nos manifiesta en el Señor Jesús. En él, la belleza moral era divina. Era el hilo de oro labrado en el efod. (Éxodo 39:8)

Y permítame preguntar además: ¿no hay una expresión de humanidad en la escena, al final, que no pudimos obtener en la escena similar entre el Señor y Sus Apóstoles? '' Pablo se arrodilló y oró con todos ellos; y todos lloraron desconsoladamente, y se echaron sobre su cuello y le besaron. Esto es precioso para el corazón. Anhelamos tener más de ello y verlo más. Nos sentimos apretados y fríos. El corazón tiene poca capacidad para expresarse de esta manera. Pero

¿podría haber sido este el camino entre Jesús y sus apóstoles? ¿Qué dicen nuestros instintos renovados, nuestras aprensiones y sensibilidades en la nueva criatura? ¿Y qué dice la historia ? Jesús oró, como Pablo, pero fue como si volviera la mirada al cielo y se dirigiera a su Padre, basándose en el título de su obediencia cumplida; y luego expresara su voluntad y deseo con respecto a sus santos. Los discípulos estaban tristes, como los compañeros de Pablo, muy tristes. La tristeza había llenado sus corazones, porque estaban a punto de perderlo, según creían. Pero sabían bien que Él era más y diferente para ellos de lo que Pablo era para sus hermanos. Difícilmente, en una intimidad humana, afectuosa y cálida, se arrojarían al cuello de Aquel que tan recientemente, en la gracia divina, les había lavado los pies, dándoles derecho a... presentarse ante Dios su Padre sin mancha alguna en ellos . .

Sin duda, estas distinciones están llenas de significado y son de una belleza perfecta. Y repito , pues me alegra pensarlo, que nuestros instintos de santos nos habrían sugerido precisamente estos contrastes que encontramos en estas dos historias sagradas.

LA OBEDIENCIA DE LA FE.

Romanos I. 5.

Valoramos profundamente y con justicia nuestra Versión Autorizada, pero a veces se sugieren alteraciones, como en este versículo, que más bien debería ser: “Por quien recibimos la gracia y el apostolado para la obediencia a la fe entre todas las naciones”.

Podríamos juzgar religiosamente que nada es más aceptable para Dios que los servicios del amor. Estaríamos dispuestos a admitir que la mera conformidad con la ley o la observancia de los mandamientos no le bastan; pero al mismo tiempo, sentiríamos que los servicios y las demostraciones de amor deben ser suficientes.

En esto, sin embargo, nos equivocamos gravemente. El servicio del amor no es lo importante. Es «la obediencia a la fe» (como dice Romanos 1 :5) lo que se espera de nosotros, pecadores.

Debemos recordar esto para Su gloria y nuestro consuelo.

Tenemos un indicio fugaz de esto en Lucas 7. La pecadora de la ciudad que se presenta allí amaba fervientemente al Señor. Nada en su estima era demasiado bueno para Él; se entregó a sí misma y a los tesoros de su casa. Él valoraba y disfrutaba de su amor. Sin duda . Pero reconoció su fe al final, cuando vino a despedirla: «Tu fe te ha salvado», le dice; «ve en paz».

Así, en Juan 11, el Señor está allí, en medio de los más queridos afectos. La escena se desarrolla en Betania, el lugar más querido para Él sobre la faz de la tierra, el lugar que entonces había superado a Jerusalén en sus afectos , pues trataba

personalmente, y no dispensacionalmente, con los bienes que lo rodeaban. Pero incluso allí , Él capacita a los que lo amaban para tener fe en Él. Quería que comprendieran su gloria, su gloria por ellos, y no podía descansar en su amor por Él.

Y este mismo espíritu se expresa todavía más vívidamente en las escenas que presenciamos después de Su resurrección.

El amor llevó a las mujeres al sapalehre en Lucas 24, pero el ángel las reprende por su falta de fe. Los discípulos que iban a Emaús estaban tristes. Habían perdido, según creían, su esperanza y a Aquel a quien amaban. Pero el Señor ahora, como su ángel antes, reprende esta falta de fe. Y así, en el mismo capítulo, a la compañía en Jerusalén. El Señor los guía, amándolo como realmente lo amaban, a la fe en el hecho y el significado de su resurrección.

Así, en Juan XXI, Magdalena está sola junto al sepulcro , con un afecto profundo, personal y ferviente. Pero el Señor no está satisfecho. Estoy seguro de que lo valora; pero ella debe conocerlo mejor, comprenderlo por la fe, así como brindarle estos fervientes servicios de amor. Por lo tanto, Él se revela a ella como resucitado, y como resucitado por amor a sus hermanos. Es decir, ella debe conocerlo en su gracia y servicio, y no en sí misma y su amor. Debe tener fe en su perfecto amor por los suyos, y no simplemente traerle el fruto de su amor. Así, en el mismo capítulo, los discípulos de la ciudad se alegraron al verlo; se alegraron porque lo amaban. Pero Él se propone de inmediato instruirlos sobre su resurrección y sus resultados, los resultados para ellos mismos y para otros pecadores. Les habla de la «vida» y la «paz », y luego, al final del capítulo, desafía la fe.

Así es, estoy completamente seguro. Pero no quisiera, ni puedo, sino añadir que todos estos ejemplos son abundantes para demostrarnos que estos afectos y servicios le eran preciados. El corazón de Jesús apreciaba el amor ignorante. Y lo demuestra con los ejemplos que he estado considerando. « Se darán señales o indicios a la duda del amor, aunque se nieguen a la duda de la indiferencia», como alguien dijo. Cierto. Esta mujer amorosa y otras recibirán señales que disiparán su incredulidad, así como reproches por su incredulidad; y esto nos dirá que él apreciaba su amor, aunque no podía conformarse con él.

¡Cuán verdaderamente aceptable es todo esto para nuestros corazones! Nos deleita pensar que el Señor aprecia así los débiles e ignorantes deseos del corazón hacia Él, y nos permite saber cómo les responde, con su gracia y bondad. Pero seguramente podemos deleitarnos igualmente al pensar que, si bien Él valora nuestro amor por Él, necesita que conozcamos Su amor por nosotros. Él necesita tener fe: ese principio que confía en Él como Dador, ese principio que lo convierte en objeto en lugar y actividad de la gracia, que lo reconoce en el amor que nos sirve, y no en el trono que nos exige; que comprende este feliz secreto divino: que Dios ha hallado, en cuanto a Sí mismo, «más bienaventurado es dar que recibir».

Y es el propósito de la Epístola a los Romanos, al menos en su parte doctrinal, exponer las excelencias y maravillas de la fe. Nos habla de la fe, la fe de un pecador, de lo que percibe como su objeto; y luego, de lo que alcanza y disfruta como su herencia.

El undécimo libro de Hebreos celebra la fe como el principio por el cual un santo lleva a cabo sus servicios y sus victorias en medio de las circunstancias de la vida en el mundo. Es la fe la que se expone allí en sus excelencias; pero es fe en los santos, en los ancianos, como se llama allí a los santos de antaño. Pero en la Epístola a los Romanos es la fe en el pecador la que se expone, no celebrada en sus servicios y victorias, ni como ese principio secreto del alma por el cual los santos obtuvieron un buen testimonio, sino el secreto en el alma de un pecador que comprende objetos maravillosos y alcanza una bienaventuranza admirable . La fe de los santos será recompensada; la fe de los pecadores cantará por siempre . Allí se declara mirar al Cristo de Dios entregado por nuestras ofensas y resucitado para nuestra justificación. ¡Qué objetos maravillosos se presentan allí a su vista y a su aceptación! ¡Nada menos que el hecho más estupendo que jamás pudo haberse llevado a cabo en el amplio, amplio ámbito de la creación misma: que Dios entregara a su propio Hijo para morir por los pecadores, y luego lo resucitara de entre los muertos, para la justificación de todos los que lo recibieran!

La sangre sobre el propiciatorio, o propiciación, se presenta a la vista de la fe: el gran y bendito misterio de que Dios ahora es justo mientras justifica a los impíos.

maravillosos como estos pueden llenar la vista ! Y estos son los objetos que se presentan a la fe de los pecadores. (Rom. 3, 4)

Y si los objetos de la fe son así excelentes y maravillosos en el más alto orden de excelencias y maravillas, también lo son sus logros o las cosas que alcanza y posee, según también la enseñanza de esta Epístola.

«La justicia de Dios» es su ER. El pecador creyente la posee de inmediato. Esa justicia constituye, por así decirlo, su persona. Lo hace lo que es. Lo reviste. Lo coloca en su debida forma y personalidad ante Dios. ¿Y quién, entre sus criaturas, puede ser más excelente que quien brilla ante él como su propia justicia? Somos hechos «la justicia de Dios».

Y como esta es la posesión presente del pecador creyente, como esto forma su persona, o es él mismo ahora y como lo será por siempre , así también «la gloria de Dios» es su herencia, en cuya esperanza camina día a día. Y si la persona es excelente, ¿qué decimos de esta condición? Si nada superior podría formarme ante los ojos de Dios que su propia justicia, ¿qué podría hacerme más elevado en mi estado y circunstancias a su alrededor que su propia gloria? (Rom. 3:5)

¿No hemos, pues, alcanzado y logrado las condiciones más maravillosas , así como comprendido los objetivos más maravillosos ? Ciertamente es así. Contemplamos al Hijo de Dios en muerte y resurrección por nosotros, como entregado y resucitado

para nuestra bendición. Estos son nuestros objetivos. Y entonces, brillamos personalmente en la justicia de Dios, y reclamamos como nuestro patrimonio y herencia la gloria de Dios. Estos son nuestros logros o posesiones.

¿Qué más se podría haber hecho de lo que se ha hecho? Si se exige la obediencia de la fe, se la anima más allá de todo lo que el corazón humano pudiera concebir.

Pero debo añadir esto: que Aquel que reclama nuestra confianza como pecadores, tiene derecho a ella. Y este es un secreto bendito de las Escrituras . Exige nuestra fe en Cristo y en la redención que él obró por nosotros; y nos revela su derecho divino a esto, lo cual él desafía.

La Epístola a los Hebreos es, por así decirlo, el testimonio final y culminante de ello. Diría que sella, y sella para siempre , sella con un sello incuestionable e indeleble, el derecho del Bendito a la fe que reclama.

En un aspecto de ella, esa Epístola puede ser llamada, “La aceptación de Cristo por parte de Dios”. Expone ese hecho, estableciéndolo en boca de los testigos más augustos.

Ya se habían dado otros testimonios del mismo bendito misterio. Lo sé. El velo rasgado... En el momento de la muerte, se testificó la aceptación de Cristo por parte de Dios. Luego, la resurrección, como testimonio más público, dio evidencia de ello. Y entonces, el don y la presencia del Espíritu Santo aquí, fruto de la ascensión y la gloria de Jesús, llega a su debido tiempo para proclamar la misma gran verdad. De modo que, en boca de estos tres augustos testigos —el velo rasgado , la resurrección y la presencia del Espíritu Santo aquí abajo—, se establece el hecho de que Cristo ha sido aceptado y aceptado por nosotros.

Pero luego, después de todo esto , llega esta Epístola para realizar el mismo servicio por nosotros, de una manera diferente y más profunda. En ese escrito, el Espíritu abre los cielos; y los cielos así abiertos se convierten en el testimonio supremo del mismo gran hecho. Porque nos muestra el cielo como la sede del Jesús ascendido, ascendido y sentado allí con caracteres que se adaptan y responden a nuestras necesidades. Nos muestra a Jesús allí como «el Purificador de nuestros pecados»; como «el Apóstol y Sumo Sacerdote de nuestra profesión»; como «el Mediador del nuevo pacto»; « el Autor y Consumador de la fe»; y todos y cada uno de estos caracteres nos hablan de la aceptación de Cristo por parte de Dios.

FE.

Hablamos tanto de “fe” en conexión con la verdad cristiana, que es bueno indagar un poco más cuidadosamente lo que la Escritura nos dice acerca de ella, para que podamos estar algo mejor familiarizados con aquello de lo que hablamos tan a menudo y tan familiarmente.

La primera parte de la Epístola a los Romanos es el pasaje bíblico principal sobre este gran tema, o al menos, sobre la «fe» que se despierta inicialmente en el pecador. La vida de fe en un santo, como bien sabemos, se ilustra en Hebreos 11.

Al comienzo de esta epístola, aprendemos que es «la obediencia» de la fe lo que Dios busca ahora en el Evangelio. Y al reflexionar un poco sobre ello, podremos ver que la obediencia que la fe produce es la forma más elevada y debe ser la más aceptable que la obediencia puede adoptar. (Véase cap. yo . 5.)

Si obedecemos a Dios como Legislador, debemos honrar Su autoridad; pero cuando obedecemos a Él, revelándose en la gracia y salvación del Evangelio, lo honramos a Él mismo.

Así, aunque es la gracia la que nos obra, la respuesta que recibe le otorga al Bendito una gloria mayor que la que hubiera recibido por cualquier otro principio. Es honrado como Salvador por nuestra fe; lo habría sido como Legislador por nuestra fe, con cada jota y tilde de los Estatutos.

“A la obediencia a la fe entre todas las naciones” (Rom. 1 :5) —y luego se añade: “por su nombre”— dando a entender cómo su gloria está involucrada en este —como he dicho— el honor más brillante, más querido y más bienvenido que su nombre podría recibir, lo recibe de la fe de un pecador.

En cuanto a la fe, aprendemos qué es lo que posee. Y aquí aprendemos que si Dios, por la fe, obtiene de nosotros su gloria más resplandeciente, nosotros, por la fe, obtenemos la mayor dignidad de la que una criatura es capaz: la justicia de Dios. Ninguna criatura puede tener una dignidad más maravillosa que esta. Y, sin embargo, así sucede con quienes tienen la fe del Evangelio.

Y en relación con esto, aprendemos aún más sobre el objeto que la fe capta y al que se aferra, para así obtener la justicia divina. Es «Jesús» y «su sangre», como leemos en el capítulo 3:22: «la justicia de Dios que es por la fe en Jesucristo, para todos los que creen». (Véanse también los versículos 25 y 26).

Ante la mirada de la fe, Dios ha establecido una propiciación, un propiciatorio. La fe en la sangre de Cristo lo comprende. Ve a Dios justo y, a la vez, justificador. Es estar en el Lugar Santísimo y ver allí el propiciatorio . Ese trono místico se asentaba sobre la Ley. La Ley, o el Testimonio, estaba en el Arca, y el Trono donde moraba la Gloria descansaba sobre el Arca. Por lo tanto, la Ley lo sustentaba. Y sin duda. No sería el trono de Dios si el juicio y la justicia no se mantuvieran allí. Pero la sangre está allí, así como la Ley. La sangre que rasgó el velo, satisfizo todo lo que el trono podía exigir

de un pecador, también está allí. La muerte del Señor Jesús logró la reconciliación, al mantener la justicia al mismo tiempo que responde por el pecado; y así, la fe que mira hacia arriba ve un propiciatorio y, por lo tanto, se adueña de la justicia divina.

La fe se apodera así de su objeto y se apodera de esta dignidad personal.

Se nos dice luego cuáles son sus propiedades, sus virtudes, los fines y resultados que produce .

“ Excluye la jactancia.”

Se dirige por igual a todos, tanto al mundo gentil en general como al judío. Dios en la gracia, Dios comprendido por la fe, obedecido por la fe, es el Dios de unos y de otros.

Establece la ley, porque no recibe nada sino sobre la base de lo que Cristo ha hecho para magnificar la mandíbula y hacerla honorable .

Trata de la gracia.

Pone al Dios bendito en acción y mantiene a la criatura como receptora.

Da toda la gloria a Dios.

Éstas son las excelentes propiedades y resultados de la fe, como nos muestran los capítulos iii y iv.

Y después de esto, esta Epístola continúa detallándonos las diversas características de esa bendita condición en la que nos encontramos por la fe.

Y aquí puedo notar que la fe es Nos ha mostrado que somos algo individual y personal. «Es poder de Dios para salvación —dice el Apóstol del Evangelio— a todo aquel que cree ; el justo [número singular] vivirá por la fe» (1:16 , 17). Y cada uno, en su propia personalidad, se mantiene por la fe en esta bendita circunstancia.

1. Damos paz plena y presente con Dios, aunque seamos pecadores.

2. Da acceso a un estado de gracia o favor .

8. Nos pone en la esperanza segura y cierta de la gloria.

4. Da razón del por qué debemos gloriarnos en la tribulación.

5. Nos introduce al amor perfecto en Dios.

6. Nos da un interés en la vida presente de Cristo, como en su muerte consumada.

7. Nos revela a Dios mismo como fuente de alegría.

No es de extrañar, en efecto, que las Escrituras den tanta importancia a la fe, ya que tales son sus mecanismos de funcionamiento, sus virtudes, sus propiedades, los fines que alcanza y lo que asegura. Una religión así debe ser divina. Es el secreto y

el principio de la confianza inmediata y personal en Cristo, rechazando los apoyos de la religiosidad humana o carnal.

JUSTIFICACIÓN POR LA FE.

En la dispensación de su gracia, Dios provee al pecador una respuesta a sus propias exigencias. Le da seguridad en el día del juicio de justicia. Porque él juzga el pecado. Ciertamente no puede pasarlo por alto. La justicia exige su juicio. Pero él, en su gracia, provee al pecador una respuesta y un refugio; y es deber y obediencia del pecador usar este refugio, y este uso de la provisión de Dios es fe.

De esta manera, el Señor le dio a Noé una respuesta a su propio juicio justo y determinado que vendría sobre el mundo antes del Diluvio. «Hazte un arca de madera de gofer », le dijo Dios. Noé así lo hizo, creyendo tanto en la palabra de juicio como en la de liberación, y quedó a salvo.

Él proveyó a Israel en Egipto, para que no volviera a ser juzgado. Israel usó esta provisión, poniendo la sangre sobre el dintel, y se libró de la espada del Ángel.

De la misma manera, Él hizo provisión para Rahab en el día del juicio de Canaán, como había hecho provisión para Israel en el día del juicio de Egipto; y ella escapó, simplemente porque recibió la palabra por fe, y usó las provisiones de Dios, colgando el cordón escarlata de la ventana.

Y así ¿Aún lo es ?

Hay dos cosas ahora bajo juicio, como lo estuvo el mundo antediluviano, luego Egipto y luego Canaán. El hombre y el mundo están destinados al juicio. Pero Dios ha provisto un refugio para el hombre pecador. El Evangelio es lo que lo revela. El sacrificio de su propio Cordero es la respuesta a todas sus demandas en justicia contra el pecador, y Dios mismo ha dado ese Cordero y aceptado ese sacrificio. La fe acepta este don. Por la fe, el pecador alega esa respuesta y es salvo.

método tan sencillo y maravilloso ! ¡Qué riquezas de gracia! Como vemos, nada entra en el camino de Dios por gracia, excepto la fe. Por lo tanto, es la obediencia a la fe lo que ahora se exige (Rom. 1 :5). Y cuando algunos le preguntaron al Señor: «¿Qué debemos hacer para obrar las obras de Dios? », Él respondió: «Esta es la obra de Dios: que creáis en el que él ha enviado» (Juan 6:1).

La excelencia de este principio de la fraternidad , su obra maravillosa y su alta estima ante Dios, puede demostrarse mediante el testimonio de las Escrituras de principio a fin. Todo cede ante él. Incluso un estado de inocencia inicial tuvo que ceder el paso a un estado de fe (Génesis 3). El juicio se enfrenta y se evita gracias a él, como hemos visto. La ley se deja de lado para dejarla entrar. Y el amor mismo no será aceptado por Dios en su lugar. La fe se establece como el vínculo entre Dios y nosotros.

Pero siendo esto así, estando esto establecido y establecido, es una bendición que se nos enseñe, como en Romanos 1-5 , las glorias morales que se descubren en esta preciosa doctrina de la fe. Agradecidamente, en verdad, debemos recibir tal instrucción divina.

Esta doctrina, que vemos y conocemos allí, expone y humilla al hombre por completo. Asume que estamos muertos en pecados, abandonados incurable e irremediablemente a nuestra suerte, por nosotros mismos y bajo la ley. Pero también nos asegura y nos dignifica. Otorga al pecador creyente el derecho claro y seguro de regresar a Dios; y cuando regresa, le habla de las dignidades y alegrías, los honores y los privilegios que le aguardan en ese lugar de riqueza y bendición.

Y además ... Es perfecta tanto en lo que nos niega como en lo que nos otorga. Excluye la jactancia, al tiempo que nos hace justicia de Dios e hijos, y nos da paz, gracia y gozo, un interés eterno en la muerte pasada de Cristo, en su vida presente y en su gloria venidera, de la cual ahora nos da la esperanza segura, con la posesión del amor de Dios en su plenitud inconmensurable.

Estas son las cosas que esta doctrina de la fe hace por nosotros, como aprendemos de estos maravillosos capítulos, Romanos 1-8 . ¿Y qué puede ser más bendito que este principio de fe, y la justificación por él, cuando asegura al pecador condiciones y resultados como estos?

En cuanto a Dios, es aquello que lo exhibe y, por lo tanto, lo glorifica por encima de todo . Ese maravilloso misterio, llamado Evangelio, la buena nueva de Dios, presenta a Dios a toda su creación en las más altas formas de gloria moral. Lo muestra en la plenitud de la gracia y la justicia combinadas, como justo y, sin embargo, Justificador. Lo coloca como el hacedor de toda la obra y el heredero de toda la gloria. También lo presenta por igual ante todos los hombres, judíos y gentiles. "¿Es Dios solo de los judíos?", pregunta; y responde: "No , sino también de los gentiles".

Éstas son consecuencias benditas de esta doctrina o principio de fe, en lo que respecta a Dios.

Y además, como estos capítulos también nos enseñan, establece la ley. Este es otro fruto excelente y consecuencia de la doctrina de la fe. Pues el Evangelio (y es con el Evangelio con lo que la fe tiene que ver) exhibe la Ley magnificada y enaltecida , habiendo sido soportada la pena completa por su quebrantamiento por Aquel a quien el Evangelio nos predica.

Seguramente podemos decir entonces: Bien puede comenzar esa gran y divina Epístola diciendo que es la obediencia de la fe la que ahora Dios demanda de todos los hombres, para la gloria de su propio nombre.

En la Epístola del mismo Apóstol a los Gálatas, nos deja percibir, como en su propia persona, que la «justificación por la fe», que allí defiende, no es un mero dogma ni una proposición que pueda ejercitar el intelecto o dar un tema de discusión a la

mente, como en las escuelas. Nos hace saber que él mismo la ha demostrado como una verdad llena de vida y poder.

Y existe esta diferencia, entre otras, entre estas dos epístolas. En Romanos encontramos esta doctrina propuesta en su gloria moral, insistida, enseñada y probada, con su relación con la gloria de Dios y con la condición del pecador creyente, como hemos visto. En Gálatas, el Apóstol se nos muestra en relación con esta doctrina. La vive, más que enseñarla o probarla, aunque también lo hace. La defiende contra quienes la contradicen, y no simplemente la propone a los pecadores; y con fervor de espíritu, Dios lo guía para que nos cuente cómo esta doctrina, este principio de fe, ilustró su virtud en su propia persona, y también en diversas relaciones, tanto con las criaturas que lo rodeaban, como con quienes la contradecían, como en la propia presencia de Dios, y en relación con este presente mundo malo.

En cuanto a la criatura, esa bendita, personal e inmediata posesión de Dios, que esta doctrina o principio de fe le había dado, lo hacía independiente. Podía ir a Arabia. Podía darle la espalda a Jerusalén y a todo lo que allí lo reconfortaba y lo reconfortaba, y mirar hacia la soledad del desierto. (Cap. I.)

En cuanto a los que contradecían, esto lo hizo tan valiente como un león, no intimidado ni siquiera por la presencia de un Pedro, quien, en ese momento, más que cualquier otro hombre, tenía todo el derecho en la carne. (cap. ii.)

Como en la presencia de Dios, le hizo libre y feliz, respirando allí el espíritu de adopción y conociendo la libertad de quien es aceptado como en el Amado. (cap. iv.)

En cuanto a este mundo malo actual, le dio la victoria sobre él. Fue crucificado a él, y él a él. (Cap. VI)

Estas son algunas de las reflexiones de la doctrina de la justicia divina, o justificación por la fe, en el alma de este querido Apóstol. No era la mera posesión intelectual de un dogma lo que podía lograr estos efectos en el alma. Esta doctrina implica la restauración a Dios, una restauración personal e inmediata. Adán, por el pecado, lo perdió; el pecador, por la fe, lo recupera. Es la fuente de la esperanza y del amor, como nos dice en esta misma Epístola (vv. 5, 6). No es una mera proposición escolástica; la justificación por la fe es la religión del pecador con una confianza personal e inmediata en Dios.

En esta misma Epístola, el Apóstol, bajo el Espíritu Santo, protege esta verdad contra todos los infractores, sean tan augustos y llenos de autoridad como se desee; ya sean, por así decirlo, principales en la creación, como los ángeles; principales en el oficio, como los apóstoles; o principales en los caminos de Dios, como la Ley (1 :8; 2:11-21; 4:19-81). Los ángeles serán malditos si contradicen esta verdad. A Pedro se le resistirá cara a cara sin piedad si la nubla . La Ley, que fue la

voz misma de Dios en su tiempo y lugar, debe callar cuando esta verdad se proclama.

Esta verdad, el Evangelio de Dios, me trae un mensaje sobre mí mismo, añadiría, así como sobre Dios. Me habla tanto del pecado como de la salvación. Me dice que el mundo entero está en un estado de rebelión y rebelión, y que yo mismo soy un pecador autodestruido. Si recibo un mensaje como ese, la convicción y los afectos que la acompañan se despertarán en mí. El alma se ocupará de ellos con la misma naturalidad que con la paz, la seguridad y el gozo que inspirará el mensaje de salvación. «Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo», le dijeron a una pecadora asustada. La samaritana fue convicta de pecado por el Señor antes de revelarse a ella como Salvador . El Evangelio habla de juicio y de paz, pero atribuye el juicio a todos y la paz a la conciencia de quienes despiertan. La justificación por la fe nunca se considera una mera proposición escolástica. De hecho, no lo es. Es la religión de la confianza personal e inmediata del pecador convicto en Dios, y eso, además, se disfruta con un título que Dios mismo, por así decirlo, le ha otorgado. Podemos ver la riqueza de ese lugar al que (según esta misma Epístola a los Gálatas) lleva al pecador. Lo introduce en la familia de Dios, convirtiéndolo en un... ehild . Le introduce en la esperanza o perspectiva de la gloria como herencia. Y allí, en estos lugares de riqueza, le enseña a respirar el aire de la libertad y el amor. (Gálatas 3:26; 5:1, 5, 6.) ©

La grandeza moral de este dogma (porque así podemos llamarlo) es en todos los sentidos maravillosa. La justificación por la fe dista mucho de simplemente dejarnos libres del juicio o librados de la maldición. Tampoco es regresar a Dios con dudas y temores. Es un retorno completo a Él, un retorno completo, una restauración que va más allá del buen estado que Adán perdió por la transgresión, un estado de tranquilidad y una seguridad insospechada. No sería redención si no nos diera el estado, con todas sus riquezas, que perdimos por el pecado. Nos da más que eso, lo sé. Pero debe darnos eso, al menos, para ser lo que es: redención. Esto ha sido observado por otros desde hace mucho tiempo; y debe ser así.

acerca el alma a Dios y la une a Él. Convierte a Dios mismo en la gran circunstancia de nuestra condición. Renunciar a la religión de la fe es alejarse de Dios. Las cosas intermedias desaparecen, todo lo que intervino se elimina cuando entra la fe. La misma Epístola enseña estas cosas (Gálatas 1:6; 3:25; 4:9).

Y además, al tratar este gran dogma, el Apóstol nos muestra cómo este garantiza los derechos de santidad.

Él enseña que la redención de la Ley se logra únicamente por la muerte de Cristo; y que no tenemos derecho a liberarnos de ese viejo esposo, excepto mediante la unión con Aquel que resucitó de entre los muertos, el nuevo esposo; y por esta unión, se produce fruto para Dios. Esta es la religión de la fe, y es, de esta manera, la fuente y la seguridad de la santidad. (Rom. 7)

Así también, en Gálatas, el mismo Apóstol enseña que oír con fe era recibir el Espíritu; y andar en el Espíritu es no satisfacer los deseos de la carne (3 :1-5; 5:16-18).

1 CORINTIOS XV. 22—28.

ERAS DE RESURRECCIÓN.

En cuanto a todo este capítulo, puedo decir que hay un orden en sus partes, que resulta edificante descubrir y meditar. Podría titularse «La historia de la gracia y la gloria a la luz de la resurrección». El orden al que me refiero es el siguiente.

1—4. Se afirma el hecho de la resurrección del Señor Jesús.

5—11. Este hecho lo prueban muchos y diferentes testigos: quienes lo vieron en la tierra después de resucitar, y quien lo vio en gloria después de ascender.

12—19. El valor del hecho así declarado y probado se expone aquí (en un orden perfecto). Se declara que todo depende de ello: los intereses de los muertos y de los que aún viven y trabajan ; de hecho , de todos los pecadores, es decir, de toda la humanidad.

Aquí termina la historia de la gracia a la luz de la resurrección, porque hemos sido sacados de nuestros pecados.

20—28. Aquí comienza la historia de la gloria a la luz del mismo misterio. El Señor resucitado es considerado como primicia , la prenda de una cosecha que se recogerá «en su venida» y que luego, con él, será llevada a través del reino y hacia la era en que «Dios será todo en todos». Esto puede leerse en relación con 1 Tesalonicenses 4 y Apocalipsis 20 y 21.

29—38. A propósito, el Apóstol retoma aquí ciertas reflexiones. Reconoce que si no hubiera resurrección, él mismo sería un necio, sufriendo en vano. Pero dice que son más bien necios quienes cuestionan la resurrección, pues desconocen el conocimiento de Dios mismo y la lección que nos enseñan la siembra y la cosecha.

39—49. En estos versículos, retoma la historia de la gloria a la luz de la resurrección. Ya nos había mostrado, en los versículos 20—28, el camino que los santos resucitados recorrerían, de gloria en gloria; ahora nos muestra las personas o cuerpos en los que emprenderían ese camino.

50. En este versículo enseña que sólo una persona así podría emprender semejante viaje.

51—57. Aquí nos enseña el maravilloso proceso mediante el cual esta nueva persona o cuerpo será asumido por los santos. Y nos deja saber, además, que esta será la participación en la victoria que el Señor Jesús ya obtuvo.

58. Aquí, en este último verso, extrae brevemente la lección moral o práctica de este gran misterio.

Esta parece ser la estructura natural y el contenido general de este maravilloso y magnífico capítulo. Sin embargo, me dispongo a analizar con más detalle los versículos 20-28.

Como ya he dicho, en el gran tratado sobre este misterio que encontramos a lo largo de este capítulo, el Apóstol (habiéndolo ya afirmado, luego probado por testigos y luego mostrado su necesidad e indispensabilidad), en estos pocos versículos procede a enseñarnos las diferentes eras de la resurrección y lo que ocurrirá tanto durante como después. Es una escritura muy rica y hermosa en sus comunicaciones.

En primer lugar, aprendemos que el Señor Jesús estaba completamente solo el día de su resurrección. Él mismo ocupó ese momento, y de la gente, por así decirlo, no había nadie con él, ni uno solo. «Cristo, las primicias », como leemos aquí. Porque su resurrección tenía cualidades peculiares; totalmente así. Fue una resurrección de entre los muertos, una resurrección victoriosa, vida en victoria sobre el poder de la muerte, una victoria forjada y ganada por Él mismo. Pero fue la única resurrección que tenía esta cualidad o carácter. La resurrección se debía a Cristo. Él resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre (Romanos 6:4). No era posible que alguien así estuviera sujeto a la muerte y al sepulcro (Hechos 2:24). Él mismo también pudo decir, y dijo: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré» (Juan 2:19). Y se refería al templo de su cuerpo.

Todo esto era peculiar, como no hace falta decirlo, y no podía decirse de ningún otro. La resurrección le correspondía ; y además, tenía el poder de ella en sí mismo, o en virtud de lo que era. Por lo tanto, lo vemos solo a Él en la era de las primicias de la resurrección, «Cristo, las primicias ». Y esto había sido simbolizado bajo la ley, por la siega de una gavilla al comienzo de la cosecha (y antes de que se comiera el trigo nuevo) y por su mecido, tal como era, ante el Señor (Levítico 23:9-14).

Pero entonces, Cristo en resurrección, al ser llamado "las primicias ", promete una cosecha. Este es el significado de tal título. En consecuencia, a su debido tiempo sigue la cosecha, y esto constituye la segunda era en la serie de resurrecciones. Como leemos a continuación en esta escritura: "Luego, los que son de Cristo, en su venida". Y esto es cualquier cosa menos solitario. Incontables miles estarán allí, todos los elegidos desde el principio hasta ese momento, pues todos ellos son "hijos de la resurrección" (Lucas 20:36). Pero al igual que la resurrección anterior de las primicias, será una resurrección de entre los muertos, una resurrección victoriosa; esta cualidad, sin embargo, la distingue de la otra: es una victoria sobre la muerte no obtenida por esta multitud, sino conferida a ellos; no debida a ellos, sino en gracia infinita otorgada a ellos, y otorgada a ellos por Aquel que ya ha sido "las primicias", o, como se le llama en otro lugar, "el primogénito de entre los muertos". Se levantan de entre los muertos, o en victoria, simplemente porque «son

de Cristo», como leemos aquí. Él había resucitado en su época simplemente porque era quien era y lo que era; ahora resucitan con la misma sencillez y meramente porque son de quienes son. «Los que son de Cristo, en su venida». Esta es la cosecha de Levítico xxiii, después de las primicias : la recolección. O, al menos, es como esa recolección. Se dice que somos «primicias de sus criaturas» (Santiago 1:18). Y, bendecidos por repetirlo, resucitamos, como el Señor mismo, de entre los muertos, o en resurrección victoriosa. «Si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros» (Romanos 8:11).

Cumpliéndose esto a su tiempo, como leemos, “en su venida”, y como vemos que se nos muestra además en 1 Tes. iv., entonces, nuevamente en su tiempo, llegamos a la tercera era de resurrección, llamada “el fin” (v. 24). Pero aquí, se nos sugieren nuevos pensamientos.

Esta es una resurrección indigna de tal nombre; por consiguiente, solo se implica y no se expresa aquí. No es una resurrección victoriosa, ni una resurrección de entre los muertos, como la anterior, sino simple e ignominiosamente una resurrección de entre los muertos, un resurgimiento de los no regenerados, de aquellos cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida, para recibir el fruto de sus obras del juicio de Aquel que se sienta en el gran trono blanco. Es, por así decirlo, una resurrección judicial, no victoriosa; una resurrección no a vida, sino a juicio, como lo anticipa el Señor en Juan 5:29 y como lo exhibe el profeta en Apocalipsis 20:11-15.

Esto es algo nuevo, y de carácter verdaderamente solemne. «Cantaré», dice el arpa de la profecía, «de misericordia y de juicio». A las soleadas estaciones de resurrección que vimos al principio, resurrección a la vida y en gloria, ahora les sucede una estación de resurrección que convoca a los muertos al juicio y al lago de fuego. Y necesitamos diferentes estaciones en nuestras almas al leer estas diferentes cosas. Debemos conocer el gozo de anticipar la resurrección de entre los muertos; y debemos sentir las terribles advertencias y presagios que nos da la Escritura sobre la condenación de quienes, en esta era de «longanimidad», este «año aceptable», este «día de salvación», no tocan a Cristo entre la multitud ni obtienen virtud de Él. Pero somos fríos y de corazón estrecho. De hecho, lo somos. Pero así es, repito; las voces de los profetas hablan de misericordia y de juicio: de resurrección de entre los muertos, en cuanto a gloria, y de resurrección de entre los muertos, en cuanto a juicio. ''La hora vendrá cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz ; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.'' (Juan 5:28-29).

, encontramos mucha información relacionada con esta tercera época de resurrección en estos pocos versículos de 1 Corintios 15. Pues el Espíritu se complace, en este maravilloso capítulo, en escribirnos una gran parte de la historia de la resurrección, así como en afirmar y probar su veracidad. Como hemos visto,

ya nos ha enseñado sobre la resurrección, en cuanto a las eras o épocas en las que ocurrirá; ahora, por medio del Apóstol, continúa enseñándonos qué acompañará a la tercera y última de estas eras.

Aprendemos varias cosas, importantes en sí mismas, serias e interesantes, y apropiadas, como toda verdad profética, para regular y ampliar nuestros pensamientos sobre el gran tema de los tratos de Dios con este mundo nuestro en ruinas, y sus propósitos respecto a las diversas manifestaciones de sus propias glorias.

Aprendemos que el Señor Jesús , habiendo recibido un Reino después de la segunda era de resurrección, lo sostendrá por un tiempo (aquí no definido) y lo ordenará de tal manera que reduzca a todo enemigo a sujeción a Él, incluso a la muerte.

Habiendo hecho esto, y así cumplido el oficio y negocio del “Reino”, bajo comisión de Dios, habiendo sido fiel a esta gran mayordomía, como lo fue antes a toda otra mayordomía, Él la entregará, “entregará el Reino a Dios, el Padre”, para que “Dios sea todo en todos”. Es decir, para que Dios mismo pueda entonces ser mostrado en alguna, sin duda, inefable forma de gloria digna de Él mismo y digna de Su eternidad, cuando todas las mayordomías en la mano de Cristo se hayan cumplido, cuando la gracia en la era de la longanimidad, y el poder en la era del Reino, hayan cumplido su comisión.

Sincrónicamente con esta entrega del Reino y esta gran acción final, tendrá lugar la tercera temporada de resurrección . Será, como hemos visto, una resurrección de los muertos y para juicio. El juicio tendrá lugar ante el «gran trono blanco», y el destino de los muertos entonces juzgados será el «lago de fuego». Y esta acción será plenamente coherente con todo lo que la acompaña, porque será otro testimonio de que el Señor Jesús está allí sometiendo todas las cosas a sí mismo. Será una acción del Reino , así como el lanzamiento de la muerte al lago de fuego será otra acción. Todo habla de la plena sujeción de ese momento a Cristo en todo —que Él ha podido someter todas las cosas a sí mismo, como leemos en Filipenses 3— y que, entonces, es hora, tiempo oportuno, tiempo glorioso, de dejar a un lado el poder y la mayordomía, y entrar en la propia eternidad de Dios, cuando un cetro de justicia pueda dar paso a una morada de justicia (Hebreos 1 :8; 2 Pedro 2:18).

Pero debo notar dos o tres cosas conectadas con esto más particularmente. Cristo, leemos aquí, "entrega " el Reino. Esta será la primera vez, en el largo curso de la historia del mundo, en la prolongada sucesión de tronos y dinastías, que el "poder " ha sido devuelto a la mano que lo había entregado. Una de las Bestias de Daniel tras otra perdió su reino. Había sido infiel a lo que se le confió, y la mayordomía le fue arrebatada. Esta es la historia común. Nunca ha habido un reino "duradero ", porque nunca ha habido un reino "fiel ". Todavía no ha habido un cetro "justo" , y por lo tanto todavía no ha habido un cetro "inquebrantable" . Las naciones de la tierra son juzgadas, así como las cuatro grandes Bestias o Imperios : " las pequeñas

colinas", así como las "grandes montañas". Esto lo vemos en Isaías 15-24 y en Jeremías 25, donde la copa de la indignación de Dios se envía de un pueblo a otro, hasta que toda tierra, toda nación, es obligada a beber de ella. Y no hace falta añadir que la nación de Israel y el trono de la casa de David eran tan desleales como cualquiera, y más culpablemente desleales que cualquiera.

El Mesías no solo es preeminente , sino también el único en su Reino. Será el Rey verdadero y fiel, como ya lo ha sido el Testigo y Profeta verdadero y fiel (Apocalipsis 19:11). Ordenará su Reino con juicio y justicia. Sostendrá su cetro con rectitud y guardará su Casa del Reino como debe guardarse (Salmos 10:11). Por lo tanto, no se lo quitarán para dárselo a otro más fiel. Puede rendir cuentas de su administración, aunque ha demostrado ser el único capaz de responder ante tales desafíos (Lucas 16:1; Salmos 132). Nadie le quitará el Reino, sino que lo entregará como Aquel que ha sido infinitamente fiel, fiel hasta la jota y la tilde, a Aquel que lo designó.

Todo esto es sencillo, pero precioso, y todo esto se transmite a nuestro pensamiento, con plena seguridad, por las palabras: “Cuando entregue el reino a Dios, el Padre”, o, como podrían ser las palabras, “Cuando entregue el reino a Dios, el Padre”.

Este es uno de los benditos secretos acerca del Señor Jesús que aprendemos en esta magnífica, aunque breve, palabra profética. Hay un toque fugaz de belleza, que también debo destacar, en medio de las grandes y trascendentales comunicaciones de esta escritura. Es que la «muerte» es el único enemigo que se especifica o señala aquí, como destruido o puesto bajo los pies de Cristo. De manera general, aprendemos que «todos los enemigos» deben ser sometidos; pero la «muerte», y solo la muerte, se menciona aquí individual o específicamente ...

Hay un toque de belleza en esto. Esto mantiene en mente el gran tema de todo el capítulo, pues es un escrito sobre la resurrección. Otros profetas nos hablarán de la sujeción de otras cosas al cetro del Señor Jesús en el día de su realeza. Daniel nos dice que Él destruirá todos los demás reinos y llenará toda la tierra con el suyo. Isaías nos dice que la tierra, en ese día, estará llena del conocimiento de la gloria del Señor, como las aguas cubren el mar. El salmista nos habla una y otra vez de que toda la creación lo reconoce en su señorío universal. Juan puede llamarlo «Rey de reyes y Señor de señores»; y puede oír al mundo entero exclamar: «¡Aleluya , porque el Señor Dios Todopoderoso reina !». Todo esto, y mucho más de gloria similar, lo relatan los profetas de Dios respecto a la venidera soberanía del Hijo del Hombre. Pero no hay un solo rasgo en el amplio espectro de esta monarquía universal, y poder dominante y conquistador, señalado aquí, sino la destrucción de la muerte en la poderosa influencia del Reino de Cristo. Y repito , hay un toque de belleza en ello, ya que la resurrección fue el tema de todo el capítulo.

RAMA ARMA

Dublín: Impreso por Porteous y Gibbs, 18 Wicklow Street.

Todo lo que ha sido para el Señor o del Señor entre Sus santos será reconocido en Su día. Toda gracia en ellos, todo amor, todo servicio, todo sufrimiento por Él o por la justicia, todas las formas y medidas de estas cosas y cosas afines, serán aceptadas y honradas . Pero así, añado, todo aprendizaje de Su mente tendrá su aceptación ante Él y su propio gozo en ese día. Puede ser pequeño en comparación, pero tendrá su medida. Siervos, amantes, imitadores, mártires, serán aceptados entonces, pero también lo serán los discípulos. Reclamo un lugar en ese día cuando «todo hombre recibirá alabanza de Dios», para aquellos que, en medio de los errores y malos juicios humanos, han aprendido, valorado y se han aferrado a los pensamientos y principios de la Sabiduría Divina, de la mente de Dios en el progreso de Sus dispensaciones.

Digitalizado por Google